La sepultura 142



J. R. Barat



J. R. Barat

La sepultura 142



Índice

Capítulo primero

Hemos ido al supermercado

ERA una tarde agradable de octubre y decidí regresar a casa andando cuando salí de la facultad. Me gustaba caminar con la mente perdida en mis cosas antes que estar esperando el autobús, nunca menos de quince o veinte minutos. Además, el otoño seguía siendo desde siempre mi estación favorita. La lluvia y el aire frío me recordaban mi infancia, aquellos días mágicos en que empezaban las clases en el colegio, el olor de los pupitres, el del estuche nuevo con los lápices de colores, la goma de borrar y el sacapuntas, el de los libros que mi madre me ayudaba a forrar… Y, sobre todo, me atraía el color de las calles y las avenidas porque los árboles que pueblan la ciudad parecían pintados con un barniz de oro.

La avenida Complutense rebosaba de estudiantes que iban y venían a sus quehaceres. Pasé por delante de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Agrónomos y crucé la rotonda, mientras recordaba el trabajo que nos había mandado la profesora de Historia del Mundo Actual, veinte páginas a un espacio, y que debía tener terminado en menos de una semana.

Echaría de menos a Alicia para hacer aquella tarea.

Alicia.

Pensé en ella.

Se marchó a Gélver de manera precipitada porque su tía Leonor había enfermado inesperadamente y la habían ingresado de urgencias en el hospital de Vera, donde pronto le diagnosticaron peritonitis.

Me sentía bien con Alicia.

Era la compañera perfecta. Siempre con una sonrisa en los labios, siempre con la frase justa en el momento adecuado, siempre adelantándose a mis pensamientos, siempre solidaria con los que tienen problemas.

Incapaz de soportar las injusticias del mundo, se había implicado con una organización de estudiantes que protestaban contra los desahucios, la corrupción política, los abusos de las entidades bancarias o la especulación urbanística. No había semana que no apareciera por la Puerta del Sol con alguna pancarta reivindicativa.

Nuestras discusiones sobre la actualidad solían terminar con una especie de frustración compartida. Alicia era más idealista. Yo, más práctico. Sin embargo, a los dos nos invadía el mismo escepticismo. Alicia creía que el mundo podía regenerarse todavía y limpiar sus heridas. Defendía a

Rousseau: «El hombre es bueno por naturaleza». A mí me asaltaban las dudas y solía defender más bien lo contrario, igual que Plauto: «El hombre es un lobo para el hombre».

Sonreí interiormente. Desde hacía un par de años, éramos inseparables. Para lo bueno y para lo malo.

Fue al llegar a Moncloa cuando tuve por primera vez la sensación de que alguien me seguía. Creo que oí un siseo o un susurro, la voz apagada de alguien llamándome con cierta discreción. Me volví y observé, extrañado, que no había nadie detrás de mí. Supuse que debía de haber oído algún grito lejano, el sonido de un vehículo alejándose, el viento soplando entre las hojas de los árboles.

Figuraciones mías.

Volví a sumergirme en mis pensamientos.

Alicia.

Evoqué sus ojos de caramelo y su mirada limpia. Cuatro días sin ella.

Alcé la vista y me tropecé con el imponente edificio del Cuartel General del Ejército del Aire, la bandera española ondeando en todo lo alto. Una construcción roja, grande, monolítica, con aspecto de prisión o cárcel, las techumbres azules, las dos torres acabadas en punta afilada flanqueando el cuartel, igual que dos centinelas.

A aquellas horas de la tarde, la ciudad parecía un hervidero de gente y vehículos que circulaban en todas direcciones. Una ambulancia pasó con la sirena encendida hacia el paseo de San Francisco de Sales. Tal vez hacia el hospital donde trabajaba mi padre.

Cuando llegué a Princesa experimenté de nuevo la sensación de que alguien me seguía. Me volví con disimulo. Dos hombres paseaban a cierta distancia, hablando tranquilamente. Una mujer caminaba con una bolsa de la compra en la mano.

Me alcé de hombros.

Estaba cansado y necesitaba una ducha urgente. Crucé la calle, entré en el portal de mi edificio y subí andando, como era mi costumbre. Tan pronto abrí la puerta, di una voz para avisar de mi presencia, pero nadie respondió. La casa estaba en silencio. Sobre la mesa de la cocina encontré una nota.

> *«Vendremos hacia las ocho y media. Irene y yo hemos ido al supermercado. Un beso. Mamá».*

Abrí la nevera y bebí un trago de zumo de tomate directamente del envase. Me gustaba hacerlo, y solo podía permitírmelo si no me veían mi madre o mi hermana. Irene solía llamarme *troglodita* cuando me sorprendía. Entré en mi cuarto, lancé la mochila sobre la cama y me libré de los zapatos y de los calcetines.

La ducha.

Cogí algo de ropa limpia y me dirigí al baño.

Al cruzar el pasillo volví a experimentar de nuevo la sensación de que había alguien a mi lado y me quedé quieto, escuchando.

Durante un par de minutos permanecí atento a lo que sucedía junto a mí.

Silencio.

Un silencio espeso y pegajoso, que se extendía a mi alrededor como un reptil amenazante, caminando entre las sombras que invadían la casa. Miré hacia todas partes y creí percibir ligeros movimientos en los objetos. Jarrones, sillas, cuadros, muebles, lámparas, portarretratos parecían cobrar vida y desplazarse unos centímetros.

¿Qué me estaba ocurriendo? ¿Acaso deliraba?

Una sensación de angustia empezó a apoderarse de mí.

Como cuando era niño y me quedaba solo en casa, abrumado por el miedo, encendí luces, busqué por los rincones, abrí armarios y puertas, crucé pasillos, salí al balcón, me asomé detrás de los sillones del comedor y entre los muebles. Trataba de encontrar alguna anomalía que justificara aquella desazón que había empezado a invadirme.

Nadie. Nada.

Solo aquel silencio opresivo.

Seguía con la ropa limpia en la mano y comenzaba a cansarme de aquella estupidez. Me metí en el cuarto de baño, dispuesto a darme una ducha refrescante y recuperar la normalidad en mi vida. Pensé que el cansancio me hacía ver visiones.

Pulsé el interruptor y encendí la luz indirecta de la lamparita que descansaba sobre el estante de la pared.

Al posar los ojos en el espejo me quedé petrificado por el espanto.

Detrás de mí, a través del espejo, distinguí a una persona mirándome fijamente a los ojos.

Capítulo segundo

Un tema de candente actualidad

ATERRADO, me di la vuelta, pero no vi a nadie. Me encontraba completamente solo.

Mis ojos regresaron al espejo. El desconocido había desaparecido.

¿Había sufrido una alucinación?

Sin poder desprenderme de la extraña sensación de irrealidad, me desnudé y me metí bajo la ducha. Dejé que el agua corriera por mi cuerpo unos minutos, con los ojos cerrados. Aquello que acababa de pasarme no tenía ninguna explicación. O tal vez sí. Tal vez se debía a la fatiga que me abotargaba. Relajé los músculos y dejé la mente en blanco.

La imagen del espejo regresó a mi cerebro.

A pesar de la rapidez con la que todo había sucedido intenté hacer un retrato robot. El aparecido era un chico de unos dieciocho años. De mi estatura, más o menos. Complexión robusta, pelo rizado, negro, y rostro inexpresivo. Y vestía una camisa azul a cuadros.

No recordaba nada más.

Me puse el albornoz y me tumbé en el sofá, de cara a la tele. Durante un cuarto de hora, traté de seguir inútilmente las aventuras de una pandilla en un lugar con mucha vegetación, tal vez una isla, pero sin enterarme demasiado bien de quiénes eran, ni dónde estaban, ni cómo habían ido a parar allí. Las conversaciones y las peripecias de aquellos adolescentes no lograban captar mi atención.

Mi mente se iba una y otra vez hacia el joven que se me había aparecido en el cuarto de baño.

La puerta de la casa se abrió de manera inesperada. Mi madre y mi hermana regresaban del supermercado, hablando a voces, como siempre.

Cuando entré en la cocina, las sorprendí guardando la compra y riendo a mandíbula batiente.

–¿Se puede saber el chiste?

Mi madre cerró la puerta de la despensa, donde acababa de apilar una docena de latas de conservas, y me miró con aire risueño.

–Tu hermana. Acaba de contarme que esta mañana dos chicos del instituto se han peleado por sentarse a su lado en clase de Inglés.

Irene estaba en cuarto de la ESO. Tenía el pelo rubio, largo, casi hasta media espalda, como una cola de caballo. Todavía le quedaban en la cara

algunas pecas de la niñez. Sus ojos, grandes y castaños, brillaban despiertos. Era alta y delgada como un junco. Lo que más le gustaba era meterse conmigo, por lo que yo le devolvía los dardos cada vez que se me presentaba la ocasión.

–Vaya, vaya –bromeé–. Así que ahora te dedicas a provocar altercados entre tus admiradores.

Irene me miró con sorna.

–¿Qué dices, mentecato? Esos dos idiotas querían ponerse a mi lado para copiar en el control de lectura de Robert Louis Stevenson. ¡Que les den morcilla!

Solamente a mi hermana Irene podía ocurrírsele decir una palabra tan extravagante y cursi como «mentecato».

–Pobrecitos. ¿No te da pena tratarlos así? Dos pobres adolescentes, rendidos ante tus encantos intelectuales…

–¡Olvídame!

Mi madre, como siempre, puso paz. Dispersó la asamblea, mandándonos a cada uno a ocuparnos de nuestras cosas hasta que llegara mi padre del hospital para cenar.

Volví al sofá. La película de aquellos jóvenes extraviados en una selva había terminado y en su lugar estaban dando un programa concurso. Zapeé por todos los canales, sin encontrar nada que me llamase la atención. Finalmente, me quedé viendo un partido de tenis entre dos desconocidos.

Por la noche mi padre nos contó el caso de un chico que llevaba unos días ingresado en el hospital, en estado de coma. Los jardineros municipales lo habían encontrado de madrugada en el parque de San Isidro, inconsciente. Al parecer, y según todos los indicios, debía de ser cosa de una banda de cabezas rapadas o de *ñetas,* que le habían dado una paliza salvaje.

–Hoy ha estado la policía en el hospital.

–¡No sé dónde vamos a llegar! –exclamó mi madre acompañando la frase con un gesto de resignación–. ¡Cada vez hay más violencia! ¡Ya ni pasear por el parque puede uno…!

–¡Pobre muchacho!

Mi padre y mi madre se metieron en la cama antes de las once. Son de esa clase de personas que en cuanto terminan de cenar les entra sueño. Mi hermana Irene se encerró en su cuarto para hacer las tareas del instituto. Y yo me quedé solo, sin ganas de leer, ni de acostarme, ni de hacer nada, tumbado en el sofá, aburriéndome con un documental sobre los babilonios.

Sentí que me sacudían por los hombros y abrí los ojos.

–Despierta, tronco. Para dormir se ha inventado una cosa llamada *cama.*

Era Irene. Fruncí el ceño, desconcertado. En la tele estaban proyectando una película en blanco y negro del año de la polca. Mi hermana me miraba

divertida.

–¿Qué hora es?

–La una y cuarto –dijo dándome la espalda–. Me voy a la cama. Hasta mañana.

Me incorporé y permanecí unos segundos como alelado viendo las imágenes del televisor. Humphrey Bogart y Katherine Hepburn discutían encima de una ruinosa embarcación con la que surcaban un río peligroso.

Decidí acostarme. Al pasar por delante de la habitación de matrimonio, escuché los ronquidos espaciados de mi padre. En el cuarto de mi hermana reinaba un silencio absoluto.

Me desnudé a oscuras y me metí en la cama. Y tan pronto como me cubrí con las sábanas, me pareció oír una respiración sofocada dentro del cuarto.

Permanecí durante unos minutos alerta, intentando captar el más leve ruido, la más mínima señal de alguna presencia en mi habitación.

Nada.

Decidí olvidarme de todo y tratar de dormirme, pero el sueño se me había ido por completo. Con la luz apagada, boca arriba, los ojos mirando al techo, volví a recordar la imagen del chico que se me había aparecido en el espejo esa misma tarde. La camisa a cuadros azules, el rostro inexpresivo, el cabello negro y rizado.

No sé cuándo me dormí, pero debió de ser muy tarde. El despertador me rescató del sueño a las siete y media. La luz que entraba por la ventana volvió a instalar en mi alma una impresión de certidumbre que había extraviado durante la noche. Me asomé a la ventana, todavía sin vestirme. Contemplé los altos plátanos que crecían a ambos lados de la calle, cuyas hojas habían comenzado a alfombrar las aceras. A pesar de lo temprano de la hora, el corazón de la ciudad latía con toda su fuerza. Había un tráfico infernal. El cielo estaba limpio y azul, moteado de pequeñas nubes blancas.

En la cocina, mi madre y mi hermana conversaban animadamente, quitándose la palabra de la boca una a la otra para contarse lo que habían soñado.

Reparé en que yo no recordaba nada de mis sueños. Me vino de nuevo a la mente la imagen del espejo y sonreí. A la luz del día, mis pasadas fantasías oníricas me parecían una auténtica tontería. Saludé y me senté a la mesa con un vaso de leche fría.

–Hoy tampoco vendré a comer –anuncié–. Tengo un montón de trabajo.

Mi madre suspiró. Se levantó y comenzó a prepararme el bocadillo.

Irene dejó su tazón vacío en la pila.

–Me largo –dijo–. Voy a llegar tarde y tengo examen a primera hora.

Nos dio un beso rápido y desapareció silbando una canción de moda. La vi marchar como un remolino.

Yo también tenía prisa, así que me bebí la leche de un trago. Luego, cogí el bocadillo que mi madre acababa de envolver con papel de aluminio.

–No me gusta que te quedes a comer en la facultad. Todavía estás creciendo y necesitas alimentarte bien.

–Tus bocadillos son estupendos, mamá.

–Dame un beso.

La clase de Teoría de la Información se había convertido en una de mis preferidas. El profesor era un tipo de unos cincuenta años, que vestía indefectiblemente con traje chaqueta de color gris y usaba corbata. Se llamaba Jesús Iraola, y se pasaba la clase dando vueltas por el aula, arriba y abajo, sin parar de hablar.

–Van a tener que elaborar un trabajo para mi asignatura.

Otro trabajo, pensé un poco fastidiado.

–Deben elegir una noticia de candente actualidad y seguirla durante el curso. Quiero originalidad.

Un alumno que estaba sentado a mi lado levantó la mano. El profesor hizo un gesto con la cabeza, dando a entender que le daba permiso para hablar.

–¿Cuál ha de ser el tema?

Jesús Iraola subió a la tarima y desde allí barrió la sala con la mirada.

–¿El tema? Elijan… Política, economía, deportes, sociedad… Lo que importa es que se trate de un tema de candente actualidad. Ya se lo he dicho. Lean la prensa, vean los telediarios, escuchen la radio, pregunten, infórmense, indaguen… Cualquier vecino puede tener un cadáver escondido en el armario de su habitación. El camarero que les sirve el café todas las mañanas puede ser un psicópata. El sacerdote de su parroquia tal vez guarda un terrible secreto. Un político que defrauda a Hacienda, un maestro que abusa de sus alumnas, un banquero que desvía dinero a una cuenta en Suiza… Los periódicos están llenos de casos sin resolver. Hay cientos de misterios esperando a que ustedes vayan a desvelarlos.

Un alumno situado en primera fila hizo una segunda observación.

–¿Nos está pidiendo que actuemos como detectives?

–¡Usted lo ha dicho! –aprobó el profesor Iraola–. ¡Eso es precisamente lo que debe ser un buen periodista! ¡Un detective! Un tipo que se mete donde no lo llaman, que hurga, que pregunta, que busca en la basura. ¿Les he dicho alguna vez que el mundo es un auténtico vertedero?

–Mi barrio, desde luego –dijo una alumna sentada a mis espaldas–. Los del camión de la basura pasan cuando les da la gana.

Una explosión de carcajadas resonó en la sala. El profesor Iraola no pudo reprimir tampoco una sonrisa.

–No está mal el chiste –dijo, poniéndose serio enseguida–. Deberán

moverse, viajar, visitar sitios... El trabajo ha de estar listo en junio. Mínimo, cuarenta páginas. Un verdadero dosier. Con fotos, estadísticas, nombres propios… ¿Alguna pregunta?

Alcé la mano.

–¿Sí?

–Supongamos que elegimos un tema cualquiera, un caso que nos parece interesante al principio, pero que acaba resolviéndose antes de lo previsto por la intervención de la justicia o de la policía. ¿Qué pasaría entonces?

–Un periodista siempre va más allá de lo que dictamina un tribunal o lo que decide un comisario de policía. Siempre hay un lado oscuro. Lo que no se ve o lo que no se dice. Ahí es donde entran ustedes.

En aquellos momentos sonó el timbre. La clase había finalizado. El profesor se despidió de nosotros con un escueto «hasta mañana», recogió sus papeles y desapareció por la puerta, seguido de varias alumnas.

Me quedé unos momentos sin moverme de mi sitio, meditando sobre las palabras de Iraola. A mi alrededor oía el murmullo característico de los alumnos levantándose de sus asientos, despedidas, risas, frases inacabadas... Yo seguía meditando, ajeno a todo lo que me rodeaba.

Capítulo tercero

El otro lado de la muerte

La estación de Atocha rebosaba de gente. Siempre me ha provocado cierta tristeza el ambiente que se respira en una estación ferroviaria. Trenes que llegan, trenes que se van. Despedidas, reencuentros, abrazos, lágrimas. Me gusta observar a la gente que espera haciendo tiempo, paseando por el andén, de pie frente a los paneles en donde se anuncian las llegadas o las partidas, tomándose un café o leyendo un libro.

A las 18:40 horas, con diez minutos de retraso, llegó el tren procedente de Almería. Alicia bajó del segundo vagón con una sonrisa de oreja a oreja, arrastrando una maleta marrón.

Nos abrazamos con fuerza y nos dimos un beso de película.

–¿Qué tal el viaje?

–Largo y pesado. Menos mal que he venido en compañía de Khaled Hosseini.

–¿Khaled qué?

–Mil soles espléndidos.

–¿Pero qué dices?

–Khaled Hosseini es un novelista de origen afgano. *Mil soles espléndidos* es su último libro. Muy bueno, por cierto. Deberías leerlo.

–¿Cómo está tu tía? –pregunté sin hacer caso de su sugerencia.

–Bien. Fuera de peligro. La pillaron a tiempo de milagro. ¿Sabes? Me he enterado de que la peritonitis antiguamente tenía otro nombre.

Hice un gesto para manifestar mi ignorancia.

–Cólico miserere –aclaró Alicia en plan académico–. Los cementerios están llenos de muertos por culpa suya.

Salimos a la calle. Apenas tuvimos que esperar porque el autobús llegó enseguida. Subimos y nos sentamos al fondo.

–Tenemos trabajo por un tubo –la informé–. Espero que vengas con ganas de currar.

–Tengo ganas de estar contigo –me dijo Alicia con cara picarona– y de darme una vuelta por Madrid sin pensar en nada.

Mis padres y mi hermana estaban cenando cuando llegué. En la televisión se proyectaba una película de indios y vaqueros bastante antigua. Muchas

veces me pregunto por qué está la tele siempre encendida en mi casa, incluso cuando comemos, porque nadie le presta atención. Mi padre y mi madre suelen aprovechar las comidas para hablar de lo que llevan entre manos y conversar con Irene y conmigo. Se interesan por nuestras cosas, lo cual es lógico, supongo, aunque a veces su charla se transforma en un interrogatorio policial: dónde te has metido, qué has hecho, con quién has estado.

–Dichosos los ojos –saludó mi padre.

Fui a la cocina y regresé al instante con un plato, un vaso y los cubiertos.

–¿Qué hay para cenar? –pregunté mientras me sentaba.

–¿Es que estás ciego? –me espetó la impertinente de mi hermana.

Fui a replicarle con una grosería, pero estaba bastante fatigado y no tenía ganas de discutir con ella. Además, tenía razón. No había más que echar un vistazo a la mesa para saber lo que había de cena: puré de verduras, filetes rebozados de merluza y fruta.

–¿Qué tal la tía de Alicia? –quiso saber mi madre.

–Bien. Ha tenido suerte –respondí, sirviéndome un poco de puré–. Por cierto, he averiguado cómo se llamaba antiguamente la peritonitis…

–Cólico miserere –dijo Irene sin mirarme.

Me sentó como si me hubiera dado una patada en el estómago. Mi hermana era una sabihonda repelente.

Cenábamos sin hacer caso de la televisión, hablando un poco de todo, cada uno con lo suyo, como en una conversación descabellada, salpicada de incoherencias, interrupciones, risas y, sobre todo, disparates de mi hermana. En la pantalla, un numeroso grupo de colonos, parapetados detrás de las carretas de una caravana, trataban de hacer frente a una tribu de pieles rojas. Los indios daban vueltas con los caballos alrededor de los colonos, igual que en un tiovivo, mientras unos y otros disparaban sin parar.

–El que no ha tenido tanta suerte ha sido el muchacho que os comenté el otro día –señaló mi padre con la manzana del postre en una mano y el cuchillo para pelarla en la otra.

En la pantalla, un indio acababa de ser abatido por el disparo de un rostro pálido y tanto él como su caballo se habían venido al suelo espectacularmente.

–¿El del coma? –preguntó mi madre.

Mi padre afirmó con la cabeza.

–Tres días. Pobre muchacho.

–¿Y no se ha sabido nada de lo que le pasó?

–Nada.

Los demás guardamos silencio.

–Lo han llevado esta tarde al tanatorio –añadió mi padre– y mañana le darán sepultura.

Terminamos de cenar. Mis padres se metieron en la cama y mi hermana

Irene se quedó viendo el final de la película de los indios. Yo no tenía ganas más que de acostarme y olvidarme de todo, pero antes me apetecía darme un baño. Llené la bañera y me zambullí en el agua caliente, cerrando los ojos y abandonándome al placer del instante. No sé cuánto tiempo estuve en ella. Creo que me dormí. Fueron los golpes de mi hermana, aporreando la puerta del cuarto de baño, los que me sacaron de mi letargo.

–¡Tengo que lavarme los dientes! –me gritó desde el otro lado de la puerta.

–¡Ya voy, ya voy!

Salí de la bañera y me envolví con la toalla, anudándomela a la cintura. El cuarto de baño se había llenado del vapor del agua caliente, como una sauna. Antes de abrir la puerta, me quedé observando el espejo, que estaba completamente empañado. Un escalofrío recorrió mi piel cuando advertí una anomalía inexplicable.

En el centro del espejo, unos + habían escrito sobre el vaho la palabra *Berta.*

Yo jamás cerraba la puerta del baño por dentro. Cualquiera podía haber entrado, en tanto yo estaba adormilado en la bañera, y haber escrito aquella palabra. Mis padres, desde luego, no habían sido. Ambos se habían acostado hacía ya media hora y, además, ninguno de los dos solía gastar aquel tipo de bromas. Solo podía ser Irene. Abrí la puerta con decisión, dispuesto a darle una bofetada:

–¿Se puede saber qué bromas son estas?

Irene se quedó mirándome como si yo fuera un zombi.

–¿Qué dices?

–Confiésalo. Has entrado mientras yo estaba en la bañera, medio dormido, y has escrito una de tus tonterías en el vaho del espejo.

Irene miró hacia el lugar que yo le indicaba con el brazo y luego se encaró conmigo.

–¿Qué palabra?

–*Berta,* ¿no lo ves?

Solo entonces volví a mirar el espejo. Parpadeé varias veces. ¿Cómo era posible? El espejo seguía empañado y, en el lugar en el que yo había leído aquel nombre, ahora no había nada.

Absolutamente nada.

–¿Se puede saber qué te pasa? –preguntó Irene un poco mosca.

–Ahí –dije señalando el centro del espejo–, he visto escrita hace un momento la palabra *Berta,* te lo aseguro.

–Yo creo que se te ha subido el vapor a la cabeza.

Irene se olvidó de mí al instante. Cogió su cepillo, le puso un poco de pasta y, después de limpiar el vaho del espejo con la mano para poder verse

la cara, empezó a frotarse los dientes con energía.

Abandoné el cuarto de baño con una sensación de desconcierto. Era evidente que mi hermana no tenía nada que ver. No había más que verle la cara de pasmada que había puesto. ¿Quién había entrado mientras me daba el baño? ¿Quién era Berta? ¿Había leído realmente aquella palabra o tal vez había sido cosa de mi imaginación otra vez?

Estaba ya en la cama cuando recibí un wasap. Lo abrí. Era Alicia.

«Te quiero».

Le devolví el mensaje: «Yo también te quiero. Hasta mañana».

Apagué la luz y me quedé pensando en ella. Evoqué sus ojos color caramelo, su risa espontánea, su cuerpo delgado.

Me dormí abrazado a su recuerdo.

A las siete y media, como todas las mañanas laborales, sonó el despertador. Me vestí, desayuné de pie y salí a la calle con la mochila. Una vez en la facultad, me tropecé con Alicia en la puerta de la cafetería, hablando con un chico.

–¡Hola! –saludé, con un beso rápido.

Alicia hizo las presentaciones.

–Daniel. Víctor…

–Zurano –completó el desconocido, dándome la mano; se la estreché–. Precisamente Alicia me estaba hablando de ti. Me comentaba que sois de primero.

–Pues sí.

–Yo estoy en tercero. Si necesitáis cualquier cosa, lo que sea, no dudéis en pedírmelo.

–Podríamos tomar algo –propuso Alicia–. El conserje me ha dicho que la profesora de Sociología no va a venir hoy.

El conserje era un tipo de unos treinta años que se dedicaba a coquetear con todas las alumnas. Lo llamaban *el Rambo,* porque tenía un aspecto musculoso. Andaba con los brazos y las piernas separados del cuerpo, como un culturista. Cuando no estaba en la facultad, ligando con las alumnas, debía de estar en el gimnasio, poniéndose cachas.

Víctor hizo un gesto cordial de rechazo. Era un chico tan alto como yo, con el pelo ondulado, castaño, y la mirada limpia. Tenía un rostro muy agradable.

–Gracias, pero yo sí tengo clase dentro de diez minutos. Voy a aprovechar para hacer unas fotocopias antes. Nos vemos en otro momento.

–De acuerdo.

Alicia y yo entramos en la cafetería de la facultad.

–¿De qué conoces al tipo ese?

–¿Estás celoso o qué?

–No seas tonta.

–Lo he visto algunas veces en la fotocopiadora y en la cafetería. Es muy simpático.

Pedimos dos cortados y nos acomodamos junto al ventanal. En la mesa vecina estaban sentados dos compañeros de clase. Uno de ellos llevaba un ejemplar de *El País*. Me acerqué a él y se lo pedí para echar un vistazo al mismo tiempo que tomábamos los cortados.

Mientras Alicia revisaba los apuntes, yo me dediqué a hojear el periódico sin mucho entusiasmo: actualidad política, economía, deportes… Fue al llegar a la sección de sucesos cuando el corazón me dio un vuelco.

La esquela decía lo siguiente:

> *Héctor Miranda García falleció el día de ayer, a los diecinueve años de edad, después de permanecer tres días en coma, habiendo recibido los Santos Sacramentos y la bendición apostólica. D.E.P. Sus afligidos padres, don Ernesto Miranda López y doña Encarnación García Ramos, sus abuelos, tíos, primos y demás familia ruegan una oración por su alma, y agradecerán que asistan al responso que tendrá lugar hoy jueves, 11 de octubre, a las 18:00 horas, en la capilla del tanatorio del Hospital Clínico San Carlos y a su posterior entierro en el cementerio de La Almudena, por cuyo señalado favor les anticipan las gracias*.

Me había quedado completamente pasmado. Junto a la esquela se publicaba una foto de Héctor Miranda, el muchacho fallecido con diecinueve años y que iba a ser enterrado esa misma tarde. La foto estaba en blanco y negro, y no era demasiado buena, pero me bastaba para reconocer al chico de camisa azul a cuadros que había visto a través del espejo de mi cuarto de baño.

Las palabras de mi padre retumbaron en mi cerebro: «Lo han llevado esta tarde al tanatorio y mañana le darán sepultura». Ahora lo veía claro. El muchacho al que se había referido mi padre y el que yo había visto reflejado en el espejo eran el mismo. Sentí un estremecimiento. Durante el coma, Héctor Miranda buscaba desesperadamente la manera de decirme algo. ¿Habría sido él quien escribió la palabra *Berta* en el vaho del espejo? Pero ¿qué tonterías se me estaban ocurriendo? Aquello no tenía sentido. Nada tenía sentido.

Y, además, ¿por qué yo?

Volví a mirar la foto. Héctor sonreía. El cabello rizado le caía sobre la frente. Tenía una expresión de alegre inocencia en la mirada.

De repente, empecé a sospechar que los ojos de aquel joven me estaban contemplando desde una lejanía indescifrable fuera del tiempo y de la realidad.

Tal vez Héctor Miranda me estaba pidiendo auxilio desde el otro lado, el de la muerte.

Capítulo cuarto

Nadie nos ha dado vela en este entierro

HABÍA comenzado a llover a media mañana. Una lluvia blanda, fina, persistente.

Alicia me esperaba en la puerta de El Corte Inglés. Todavía no le había confesado mis planes ni por qué la había citado a las cinco y media en aquel lugar, bajo aquella llovizna. Solamente le había dicho que se vistiera con ropas oscuras.

Nos dimos un beso.

–¿Se puede saber adónde vamos a estas horas y con este tiempo?

Yo puse cara de angelito antes de soltar lo que llevaba rumiando todo el día.

–A un entierro.

Alicia creyó que no había oído bien.

–¿Qué?

–Eso. A un entierro.

–¿Y se puede saber quién es el muerto?

No quería asustarla con las apariciones de Héctor, ni con la extraña historia de la palabra *Berta* escrita en el vaho del espejo.

–Un chico que conocía del instituto –mentí.

Echamos a andar bajo la lluvia en dirección al Hospital Clínico San Carlos. Por fortuna, no estaba demasiado lejos. Una multitud de gente se agolpaba a las puertas del tanatorio. Había muchos adolescentes, que debían de ser amigos y compañeros del fallecido.

Alicia y yo nos colamos entre el gentío, simulando que éramos también allegados. Yo miraba a todos lados, tratando de encontrar algún rostro que me resultara familiar. Madrid es una gran ciudad, pero en situaciones como aquella no era difícil hallar un amigo o un conocido. Sin embargo, no reconocí a nadie.

La ceremonia fue bastante sencilla. En las primeras filas de la capilla donde se celebraba el responso estaban los que debían de ser los padres. Me fijé en ellos. Un hombre y una mujer de unos cincuenta años, completamente abatidos. Junto a ellos, vi un montón de familiares, que supuse serían los abuelos, los hermanos, los tíos, los primos… A todos ellos

los embargaba la misma desolación.

Alicia no paraba de mirarme de reojo durante la ceremonia, pero yo hacía como que no me daba cuenta. Me interesaba captar lo que sucedía a mi alrededor. Nos habíamos colocado al final de la capilla y desde nuestra posición podíamos observar todos los detalles del duelo.

De repente, ocurrió algo inaudito. La tapa del ataúd se abrió lentamente, como empujada desde el interior. Héctor Miranda se incorporó dentro del féretro abierto y con absoluta naturalidad salió de él, hasta quedarse de pie frente al altar donde el cura seguía impasible oficiando el responso. Héctor se dio la vuelta y se enfrentó a toda la multitud que asistía a su entierro. Nadie se alteró, nadie se puso a gritar, nadie reparó en él. Todo el mundo continuaba mirando hacia el altar, siguiendo con los ojos los movimientos del sacerdote que peroraba desde el pequeño púlpito, enumerando las innumerables virtudes del fallecido.

Yo estaba aterrado. Me volví hacia Alicia, pero ella tampoco daba muestras de haber reparado en el resucitado. Estaba absorta escuchando al párroco. Aquello era una locura. Nadie parecía darse cuenta de que el muerto había abandonado el ataúd y se encontraba de pie, en mitad de la sala, observando a la concurrencia con gesto abatido.

Los ojos de Héctor Miranda y los míos se cruzaron en aquel preciso momento y sentí que era yo, tan solo yo, el destinatario de su rastreo.

Héctor comenzó a caminar hacia mí sin prisa, por el centro de la sala, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Iba vestido con un traje oscuro y su rostro tenía una expresión muy triste. A medida que se acercaba, yo podía observarlo mejor. Vi que tenía varias heridas en la cara y en la cabeza. Debían de ser los golpes que había recibido antes de perder la consciencia y entrar en coma. Tenía el labio superior partido, el pómulo derecho magullado y el ojo izquierdo ligeramente cerrado.

No podía entender cómo nadie más que yo se daba cuenta de aquella extraordinaria situación. El ataúd permanecía abierto y Héctor Miranda acababa de recorrer toda la sala hasta situarse a mi altura.

El sacerdote seguía hablando del día del juicio final y de la bondad de Dios con un tono suave y reposado. «Nuestro hermano Héctor descansa en el Señor». La gente escuchaba en absoluto silencio las delicadas palabras del párroco. El aire olía a flores y a aceite de lámparas.

Héctor y yo nos miramos a los ojos.

Alicia continuaba con las pupilas puestas en el altar. Miré en todas direcciones, completamente espantado, buscando la complicidad de alguien que, al igual que yo, fuera capaz de percibir aquella aberración absurda. ¡Un muerto que se levanta del féretro y se pasea por la capilla donde se celebra su funeral!

Sin embargo, nadie, excepto yo, parecía percatarse de ello. Todos seguían con atención las palabras y los ademanes beatíficos del sacerdote.

«Señor, ten piedad. Cristo, ten piedad».

Héctor me tendió la mano. Se la estreché. Estaba fría como el hielo y la retiré enseguida, presa del pánico.

Hizo un gesto, quizás para pedirme que no me asustara. Y luego abrió la boca para decirme algo, pero de su garganta no salía sonido alguno. Movió los labios y pronunció una palabra que no pude comprender.

Héctor volvió a intentarlo. Abrió la boca de nuevo y con un gran esfuerzo pronunció un nombre que esta vez sí entendí. Una palabra de cinco letras. Una palabra que se quedó incrustada en mi cerebro para siempre.

–¡Berta! –repetí yo en voz alta.

Todos los que me rodeaban, incluida Alicia, se volvieron hacia mí, preguntándome con los ojos. Me quedé azorado, sin saber qué decir. Señalé hacia donde había estado el muerto, para justificarme, pero en ese mismo momento descubrí que Héctor Miranda, o quienquiera que fuese aquella extraña presencia, había desaparecido.

El ataúd, al pie del altar, estaba cerrado.

Llovía tanto que no tuvimos más remedio que refugiarnos en el primer bar que pillamos a mano, en el paseo de San Francisco de Sales. Se trataba de una cafetería abarrotada de gente que, como nosotros, huía del chaparrón.

Pedimos algo en la barra y nos sentamos en una mesa al fondo.

Habíamos esperado hasta el final de la ceremonia. Cuando la gente empezó a desfilar para dar el pésame a los familiares, abandonamos el tanatorio.

Ahora, después de dejar los chaquetones y los paraguas en las perchas del bar, parecíamos haber recobrado el calor y el aplomo. Alicia, sentada frente a mí, me contemplaba con expresión preocupada.

–¿Quién es Berta?

Lo estaba esperando. Me hice el despistado porque no sabía qué decir.

–¿Berta? ¡No tengo ni idea!

El temporal arreciaba en la calle.

–Pues espero que me lo expliques antes de que te acabes ese café, porque si no, me voy a mosquear. Y otra pregunta, ¿qué hacíamos nosotros en el funeral de un desconocido?

–Ya te lo dije. Era un antiguo compañero…

Alicia no me dejó terminar la frase. La tibia sonrisa se había convertido en una mueca huraña.

–No me mientas.

–¿Cómo que…?

–Nadie nos ha dado vela en este entierro. Nunca mejor dicho. No conocías absolutamente a nadie allí y el tanatorio estaba ocupado por una

legión de chicos de nuestra edad. Allí había decenas de personas que conocían a Héctor Miranda y supongo que entre esas personas habría profesores y alumnos de su etapa del colegio y del instituto. Sería lo normal. Si tú hubieras sido compañero suyo, habrías conocido a muchos de ellos.

El razonamiento de Alicia era aplastante.

–¿Quién es Héctor Miranda? –preguntó muy seria.

–No tengo ni idea –volví a repetir, desolado.

Alicia puso cara de fastidio.

–¿Y Berta?

–Menos todavía.

Alicia se quedó unos minutos mirándome con desconfianza. Sus ojos parecían querer taladrarme.

–¿Te has metido en un lío?

Bebí un trago de café con leche mientras pensaba en la manera de dar comienzo a mi relato.

–Está bien. Te lo contaré.

–Desde el principio.

–Desde el principio.

Cuando acabé de contarlo todo, Alicia y yo nos quedamos sumidos en un profundo silencio. La gente entraba haciendo aspavientos y maldiciendo el temporal. Las conversaciones en las mesas vecinas habían aumentado de volumen hasta límites insoportables. En la barra se amontonaban los clientes apresurados, que hablaban a voces. Los dos camareros no daban abasto para satisfacer a la clientela.

Vimos que la lluvia había remitido considerablemente, así que pagamos y salimos a la calle. Con los paraguas abiertos, comenzamos a pasear por la acera, dejándonos impregnar por el aroma del aguacero.

Alicia me cogió de la mano y durante algunos minutos anduvimos despacio y en silencio, sumido cada uno en sus propias reflexiones.

–Es evidente que Héctor Miranda fue asesinado –dije de repente.

Alicia caminaba cabizbaja, mirando hacia el suelo. Como si de un momento a otro sus pies fueran a tropezarse con la solución al problema. Era su forma especial de concentrarse.

–Vamos a recapitular –anuncié resueltamente–. Héctor fue atacado el sábado día 6 por la noche. Tal vez en la madrugada del domingo día 7. Era joven y fuerte, por lo que los agresores debieron de ser varios. El lugar de los hechos, el parque de San Isidro. Al menos, es allí donde apareció el cuerpo.

–Lo más probable es que los medios de comunicación hayan hecho un seguimiento del caso, aunque sea testimonial. Y la Policía habrá abierto una investigación –dijo Alicia sin mirarme.

–Sí, claro.
–Es lo lógico.
–Lo que no acabo de entender es qué pinto yo en todo esto.
–Es una buena pregunta, desde luego. Pero me temo que solo tú puedes responderla.
Nos quedamos callados un rato. Habíamos ido caminando sin darnos cuenta hasta la calle Vallehermoso, donde vivía Alicia. Me invitó a subir, pero me apetecía estar solo y recapacitar sobre todo lo que me estaba sucediendo. Necesitaba tiempo para reflexionar.
–Hay otro tema que resolver –dijo Alicia ya en el portal, después de sacar las llaves de su bolso.
–¿A qué te refieres?
–Berta.
No. No me había olvidado de Berta. Pero ¿qué podía decirle si yo mismo no tenía ninguna respuesta? Yo también me había estado haciendo esa pregunta insistentemente.
–Te doy mi palabra de que no conozco a ninguna mujer llamada Berta.
Alicia me contempló con cierta suspicacia.
–Pues sospecho que vas a tener que ponerte manos a la obra. Menos mal que no hay muchas mujeres con ese nombre en el mundo.
–Gracias por levantarme el ánimo.
Nos dimos un beso y nos despedimos. Volvía a llover con insistencia. Me arrebujé en el chaquetón y abrí el paraguas. Eché a andar por la acera, bajo los árboles que orillaban la calle. La noche se había apoderado de la ciudad con su manto eléctrico.

A las once de la mañana salí de clase y me encerré en la biblioteca. Disponía de una hora hasta la siguiente asignatura. Me acerqué a la bibliotecaria, una mujer de unos sesenta años, que siempre estaba leyendo *best-sellers,* y que levantó la vista nada más oír mi carraspeo. Me contempló a través de sus gafas de miope sin mostrar ningún entusiasmo.
–¿Sí?
–Me gustaría hojear los periódicos de la última semana.
–En aquella estantería. Procura dejarlo todo como está.
Le di las gracias y me encaminé hacia el lugar indicado. Los diversos estantes mostraban montones de prensa: *El País, El Mundo, ABC*… Descarté el resto de publicaciones. Tomé de cada periódico los ejemplares correspondientes a los seis días anteriores. Me senté en una mesa con aquel enorme fardo, dispuesto a rastrear el caso de Héctor Miranda desde el primer momento.
A la media hora había terminado mi pequeña investigación. En el ordenador portátil quedaron registrados los datos que consideré de interés:

Héctor Miranda García fue encontrado inconsciente la madrugada del día 7 en el parque de San Isidro por los jardineros municipales. El joven presentaba signos de violencia y fue ingresado de urgencia en el Hospital Clínico San Carlos. La Policía había abierto la instrucción del caso, pero no había testigos oculares y resultaba muy difícil averiguar lo que había sucedido realmente (…). El joven permanecía en estado de coma en la unidad de cuidados intensivos (…). El miércoles día 10 de octubre, a las 11:30 horas, Héctor Miranda falleció sin que se pudiera hacer nada por su vida (…). La misa fúnebre se celebró en el tanatorio del hospital y posteriormente se realizó el traslado del féretro al cementerio de La Almudena. Nombres de los padres: Ernesto Miranda López y Encarnación García Ramos.

Eso era todo. Miré mi reloj de pulsera y comprobé que me faltaban diez minutos para entrar en la clase de Jesús Iraola. Apagué el portátil, devolví los ejemplares de la prensa a sus estantes correspondientes y me marché de allí. La bibliotecaria ni levantó la vista del libro que tenía entre manos, un volumen tan gordo como la Biblia de cuyo título solo acerté a leer la palabra *enigma*. No me molesté ni en decirle adiós.

Alicia me esperaba en nuestra mesa de siempre, tercera fila, centro de la sala. Me hizo una seña con el brazo en cuanto me vio entrar por la puerta. Estaba radiante.

–¿Dónde te has metido? –me preguntó después de darnos un beso–. Llevo una hora buscándote por todas partes.

En aquellos momentos entró el profesor. Vestía su invariable chaqueta gris y una corbata azul cobalto.

–He estado en la biblioteca. Luego te cuento.

Iraola comenzó a dar vueltas por el aula, entre las filas de alumnos que seguíamos su ir y venir con interés. Era un excelente orador que manejaba a la perfección todos los resortes de la retórica. Cuando se cansó de caminar por la sala, sin dejar de parlotear, se subió a la tarima, se sentó teatralmente y se dedicó a recorrer la sala con la mirada. Daba la impresión de que pretendía intimidarnos.

–Todavía no ha venido nadie a mi despacho a explicarme cuál va a ser su proyecto de investigación. Y les advierto que el tiempo corre en su contra.

Se oyeron murmullos de desazón.

–Tienen lo que queda de semana para hablar conmigo y plantearme lo que quieran. Ya saben que suelo estar todas las tardes en el despacho, de cinco a siete.

Dicho lo cual, tomó sus papeles, bajó los cuatro escalones de la tarima y se dirigió a la puerta, dando la clase por zanjada.

–¡Vamos! –le dije a Alicia, cogiendo mi mochila y mi portátil.

Alicia me miró intrigada.

–¿Adónde?

Iraola ya había franqueado la puerta y su figura se había perdido de mi vista.

–¡Te lo explico después!

Alicia y yo salimos en tromba de la clase, subimos por las escaleras y llegamos al despacho de Iraola casi al mismo tiempo que él.

–¡Profesor! ¿Podría atendernos cinco minutos?

Jesús Iraola nos contempló con simpatía. Miró su reloj y luego nos sonrió.

–Cinco minutos –subrayó–. Ni uno más.

El despacho era sencillo. Tenía una pequeña mesa cuadrangular con un ordenador y un teclado, un bote con bolígrafos y algunos libros. Nos sentamos frente al profesor, en las dos únicas sillas disponibles. Alicia todavía ignoraba qué era lo que yo me traía entre manos.

–Se trata del trabajo que usted nos ha propuesto –comencé diciendo–. Según sus palabras, debe orientarse hacia una noticia de candente actualidad.

Dije lo de «candente actualidad» porque era una de las frases favoritas de Iraola. Una expresión que él repetía a todas horas.

–Sí, en efecto.

–Tenemos la noticia –añadí–. Un caso verdaderamente triste. Pero queríamos saber si podemos hacer su seguimiento en equipo. Nosotros dos.

Jesús Iraola se aflojó el nudo de la corbata e hizo un gesto con el cuello como si pretendiera aflojar una invisible soga.

–Si el tema merece la pena, no veo por qué no.

–Desde luego. Es la historia de un chico de nuestra edad. Hace una semana apareció inconsciente en un parque. Al parecer, había recibido una brutal paliza. A consecuencia de esta, ha estado en coma tres días, hasta su fallecimiento. Ayer mismo lo enterraron. Nadie sabe lo que ha ocurrido en realidad. Los medios no han dicho nada más que lo que yo le he resumido.

El profesor no necesitó meditar demasiado mis palabras.

–Está bien –aprobó la propuesta al tiempo que asentía con la cabeza–. Tenéis hasta junio para trabajar sobre el caso. Y ahora, disculpadme, tengo cosas que hacer.

Nos despedimos y abandonamos el despacho. Tan pronto como cerramos la puerta, Alicia se me encaró.

–Podrías habérmelo consultado. ¿No te parece?

–Estaba seguro de que te gustaría la idea. Además, así trataremos de averiguar quién es la tal Berta y qué relación tiene con Héctor Miranda. ¿Qué te parece?

Alicia me cogió la mano y echamos a andar.

–Me parece que ya es hora de comer. Eso es lo que me parece.

Capítulo quinto

Un pequeño crucifijo negro

ME acerqué hasta el hospital y sorprendí a mi padre en su despacho, manipulando documentos en una estantería. Vestía una bata blanca y llevaba puestas las gafas de leer.

–¡Daniel! –exclamó sinceramente sorprendido y quitándose los lentes–. ¿Qué haces aquí?

–No te preocupes, que no me he roto ningún hueso.

Le expliqué que quería investigar el caso de Héctor Miranda y que el asunto estaba relacionado con la asignatura de Teoría de la Información. Yo sabía que en el hospital había un historial de cada paciente ingresado, en especial de los que acababan de fallecer después de pasar media semana en coma en la unidad de cuidados intensivos.

–Lo que me pides no es tan fácil –dijo mi padre cuando terminé de hablar.

–Ya sé que tenéis que guardar el secreto profesional o el derecho a la intimidad o el sumario clínico o como se llame todo eso. Pero yo no quiero hurgar en el dolor de la familia ni me interesan nada los temas facultativos… Solo quiero saber quién era Héctor Miranda, dónde vivía, qué le provocó el coma, de qué murió en realidad… Algunos datos que me permitan saber lo que le sucedió.

Mi padre endureció el semblante. Durante unos instantes, que me parecieron eternos, me miró con el ceño fruncido.

–Daniel…

–Por favor. Yo sé que a ti no te va a costar nada.

En aquel momento, entró un enfermero con unas radiografías, cruzó unas palabras con mi padre de las que no entendí prácticamente nada y salió del despacho, dejándonos de nuevo frente a frente.

–Está bien –concedió sin sonreír–. Veré lo que puedo hacer, aunque no te prometo nada.

Alicia no asistió a la primera clase del día, que era la de Iraola precisamente. Me extrañó bastante, porque si había tenido algún problema, lo normal era que me hubiese mandado un wasap.

Después de clase teníamos media hora de descanso. Como todavía no me

había despejado lo suficiente, decidí acercarme a la cafetería. Mientras bajaba por las escaleras, le mandé un mensaje.

Llegué hasta la barra, pedí un cortado y me senté en un rincón, con el móvil en la mano por si Alicia respondía a mi mensaje. Entretanto, me puse a leer los apuntes de Historia para matar el tiempo.

Llevaba cinco minutos cuando oí una risa conocida. Era Alicia, que acababa de entrar en la cafetería con aquel chico que cursaba tercero de carrera. ¿Cómo se llamaba?

De repente recordé: Víctor Zurano.

Ambos hablaban de forma muy cordial. Víctor gesticulaba y Alicia reía, con aquella risa transparente que a mí me había cautivado desde el primer día. Estaban tan entusiasmados con su conversación que no repararon en mi presencia. Se dirigieron a la barra y pidieron algo.

¿Por qué no me acercaba hasta ellos y los saludaba?

Me sentía paralizado, oyendo la risa de Alicia y viendo la cara de felicidad que ponía. Nunca supe por qué lo hice, pero me quedé sentado, viéndolos en la distancia, como espiándolos y avergonzándome al mismo tiempo de mi propia conducta. ¿Qué me ocurría?

Alicia parecía muy feliz con aquel tipo, que hablaba y hablaba, movía los brazos, la cabeza, y hacía gestos ostensibles para dar énfasis a sus palabras. Alicia reía igual que una niña. Y cuanto más reía, peor me sentía yo.

Me levanté y, tratando de que no detectaran mi presencia, me deslicé hacia la salida, como una sombra furtiva. Tomé asiento en un banco del vestíbulo, rumiando mi enfado. Alguien me saludó y no me enteré.

Volví a mandarle otro wasap, y otro, y otro. Pero nada.

Alicia no respondía.

Marqué su número.

«El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura».

–¡Mierda!

Decidido a poner fin a aquella ridícula situación, me levanté y me dirigí de nuevo a la cafetería. Estaban sentados y me hice el encontradizo.

–¡Hola! –saludé cargado de electricidad–. ¿Puedo sentarme?

–¿De dónde sales? –preguntó Alicia con una sonrisa.

–De clase. ¿Y tú? ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué no has venido?

–Me falló el despertador.

Yo sabía que ella utilizaba el móvil como despertador, igual que yo.

–¿No usas el teléfono?

–Claro, pero ya te he dicho que me falló el despertador. No funciona. No sé qué le pasa. Tendré que ir a que le echen un vistazo. A lo mejor es la tarjeta.

–Hola –dije saludando al chico–. Tú eres Víctor, ¿no?

–Sí, buena memoria –sonrió el aludido–. Y tú, Daniel.

Sonreí sin mover los labios.

–¿Quieres tomar algo? –me preguntó Víctor con tono amistoso.

–No, gracias.

–Le estaba contando a Alicia que el sábado pasado di un pequeño concierto en un bar que se llama Odesa. Está por la zona de Salamanca. Dentro de quince días vuelvo a dar otro. Estáis invitados.

–¿Un concierto? –pregunté secamente–. ¿De qué?

–De piano.

–¿Estudias piano, además de Periodismo?

Víctor esbozó una sonrisa, y tuve que reconocer que era limpia y atractiva.

–Sí. Estoy en segundo de grado superior. Son ochenta y ocho soldados contra mí solo, pero no podrán conmigo. Los venceré.

–¿Ochenta y ocho soldados? –pestañeé sin poder evitarlo. ¿De qué hablaba aquel tipo?

–Ochenta y ocho teclas en total –explicó Víctor–, entre blancas y negras.

–Yo le he dicho que no entiendo mucho de música clásica –dijo Alicia–, pero Víctor toca lo que sea: *jazz,* baladas, *new age*, bandas sonoras de películas, *swing, rock*… ¡Impresionante!

Víctor contempló a Alicia con ojos iluminados.

–No se hable más –dijo con efusión y moviendo las manos como si fuera un prestidigitador–. Tenéis que venir a mi próximo concierto.

–De acuerdo –aceptó Alicia.

–Ya veremos –musité yo.

Dos días tardó mi padre en darme lo que le pedí. Era miércoles y él tenía la tarde libre.

–Toma –dijo entregándome un sobre blanco–. Ahí tienes lo de ese chico.

Abrí el sobre y extraje una hoja con los datos personales del paciente y un resumen breve de la patología.

–Gracias, papá –sonreí y le di un beso rápido–. Eres un buen tipo.

–No es mucha información...

–No importa. Servirá.

Me metí en mi cuarto para leer con calma el informe. Los datos personales decían que Héctor Miranda había nacido el 7 de mayo de 1993 en Madrid, que vivía en la calle Juan Duque, número 20. Había ingresado en el hospital a las 6:55 de la madrugada del domingo 7 de octubre de 2015, en estado de coma, a consecuencia de un traumatismo craneoencefálico, presentando también fracturas en otros huesos menores del cuerpo y en tres costillas (…). El estado del paciente era de pronóstico reservado (…). Tratamiento, diagnóstico, evolución (…). La muerte se produjo por fallo cardíaco el miércoles 10 de octubre de 2015.

Leí dos veces el documento para retener en la cabeza los datos que

necesitaba. Luego, encendí el ordenador, abrí una carpeta con el nombre de HMG y anoté toda la información que consideré importante.

Me quedé meditando unos instantes, con los ojos clavados en lo que había escrito, las letras bailando ante mis pupilas. Necesitaba ordenar aquellos datos dispersos y trazar un plan de actuación.

Consulté Google Maps. La calle Juan Duque quedaba a menos de media hora andando desde mi casa.

Me entró un wasap de Alicia: «No sé nada de ti. ¿Dónde estás? ¿Por qué no vienes a recogerme y damos una vuelta? Estoy cansada de estudiar».

Recordé la escena de la cafetería de la facultad. La imagen de aquel chico, Víctor Zurano, o como se llamara, se me había atragantado como un hueso en la garganta y no había forma de tragarla. Lo que más me irritaba era la sonrisa iluminada de Alicia escuchándolo. Respiré hondo y traté de serenarme. No podía dudar de ella a las primeras de cambio. Decidí darle un voto de confianza.

Respondí: «Vale. Paso por tu casa dentro de media hora y te invito a un chicle»». Y le di a *Enviar*.

Al momento me entró un nuevo wasap: «¡Un chicle entero para mí sola! ¡Eres muy generoso!».

Pasé por el salón. Mi madre estaba sentada en el sillón orejero con un libro entre las manos y la lámpara de pie a su lado, alumbrando las páginas que leía.

–Me voy a dar una vuelta con Alicia. Vendré a cenar. ¿Qué lees?

–Murakami.

–Tiene nombre de moto –bromeé; yo sabía que era uno de sus autores favoritos.

–No vengas tarde.

Mi padre e Irene estaban jugando una partida de ajedrez. Ninguno de los dos me respondió cuando dije *adiós* desde la puerta, pero no me molestó. En cuanto se sentaban ante el tablero, tenían tal capacidad de concentración que el mundo entero desaparecía a su alrededor. En eso eran iguales.

Hacía un tiempo húmedo y frío. Cerré el chaquetón hasta arriba y eché a andar, sin dejar de darle vueltas al asunto que llevaba entre manos. Comenzaba a caer la tarde, y el cielo, poblado de nubes, amenazaba lluvia.

Alicia bajó enseguida. Llevaba puesto el anorak azul.

–A ver ese chicle –dijo después de darme un beso en los labios.

Le di el paquete de Orbit con sabor a clorofila.

–Quédatelo. Tengo más. ¿Te apetece ir a algún sitio en especial?

–Me da lo mismo.

–Pues entonces vamos a Juan Duque.

–¿Juan Duque? ¿Qué se nos ha perdido allí?

–Es la calle donde vivía Héctor Miranda.

Caminamos por la calle Amaniel hasta la plaza de España y, tras bajar por la cuesta de San Vicente, atravesamos los jardines del Campo del Moro hasta desembocar en Juan Duque. Se trataba de una calle de edificios de cinco o seis alturas, casi todos de ladrillo rojo, con coches aparcados a ambos lados, contenedores, pintadas en las paredes, muchos vados permanentes y pocos comercios. Tenía el aspecto de ser tranquila y un poco tristona. El número 20 era un portal pequeño de color grisáceo, con una puerta de barrotes negros.

Contemplé el edificio desde la acera de enfrente. Era rojo, y tenía seis alturas.

–Muy bien. Ya hemos llegado –dijo Alicia con tono escéptico–. Aquí es donde vivía Héctor. ¿Y ahora qué hacemos?

–Mira lo que hay al lado del portal.

–Un bar.

–Pues eso. Vamos a tomar algo. Te invito.

Entramos en el local, completamente vacío. Un camarero muy amable nos sirvió un par de refrescos. Coca-Cola para mí y Fanta de naranja para Alicia. Aproveché que estábamos solos en el bar para entablar una conversación con él. Le pregunté si conocía a Héctor Miranda y frunció el ceño.

–El chico a quien enterraron el jueves y que vivía en esta calle –aclaré.

–Ah, sí –el camarero sonrió levemente, pero enseguida cambió el gesto, tal vez al recordar la tragedia–. Sí, claro. Venía por aquí de vez en cuando... No sabía cómo se llamaba.

–Hemos leído el caso en la prensa –dije–, y nos ha llamado la atención. La noticia decía que vivía en esta calle, y al pasar ahora por aquí, lo he recordado.

–Me parece que vivía justo arriba –el camarero señaló con el dedo, los ojos y la cabeza al mismo tiempo hacia el techo.

Alicia había entendido mi estrategia. Teníamos por delante un trabajo de investigación y había que empezar a tirar del hilo para conseguir información. Cualquier detalle, por mínimo que fuera, podía tener su importancia.

–Creo que era un chico bastante serio –comenté, por decir algo.

El camarero me contempló sorprendido.

–¿Serio?

Alicia y yo pusimos cara de circunstancias.

–¡Pero si era un chico muy simpático! La verdad es que ha sido una tragedia… A mí me caía muy bien.

Entraron un par de hombres mayores conversando, pidieron unos poleos y se sentaron en una mesa, frente a la televisión. El camarero preparó las

infusiones sin dejar de hablar con nosotros.

–¿Sabes a qué se dedicaba?

–Pues no tengo ni idea –respondió el camarero, de espaldas, mientras calentaba el agua para los poleos.

Me había quedado sin ideas. ¿Cómo podía sacarle alguna información a aquel tipo sin tener que dar demasiadas explicaciones?

Afortunadamente, el camarero parecía tener ganas de hablar sobre el tema.

–Creo que le interesaban las carreras de coches –añadió mientras colocaba las infusiones y las bolsitas con azúcar y sacarina en los platos.

El camarero salió del mostrador para llevarles las consumiciones a los dos hombres, que contemplaban un programa de cotilleos en la tele, y regresó junto a nosotros.

–Las carreras de coches, decías… –le recordó Alicia.

–Ah, sí. Hace unas dos semanas más o menos, estuvo aquí con un amigo. Hablaban bastante alto y escuché que iban a pasarse por el Carlos Sainz Center a probar unos *karts*.

Yo había estado alguna vez por allí. Era un circuito de *karts* bastante concurrido no demasiado lejos de mi casa. Junto al circuito había también una gran bolera a la que mis amigos y yo íbamos de vez en cuando.

Saqué unas monedas y pagué las consumiciones.

–¿Y cómo era ese chico? –pregunté mientras recogía el cambio–. El que estuvo aquí con Héctor…

El camarero puso cara de concentración.

–Déjame que haga memoria… –de repente, su rostro se iluminó–. Sí. Ahora me acuerdo de un detalle: llevaba un pendiente muy extraño en la oreja.

–¿Un pendiente extraño?

–Sí. Era un pequeño crucifijo negro. Me fijé porque me gustan mucho los pendientes.

Y diciendo eso nos enseñó los dos que él llevaba, y que eran diferentes. Un ancla en la oreja derecha y una estrella azul en la izquierda.

–La verdad es que era un pendiente muy original –añadió con un leve tono de envidia en la voz.

Eran las siete del sábado cuando me presenté en el piso de Alicia.

–Pasa –me abrió Bea, una de las compañeras de piso de Alicia–. ¿Quieres un café? Tu chica está en el baño todavía.

–Gracias. Con un poco de leche. Me vendrá bien.

Y tanto. El tiempo estaba desapacible. Hacía un día otoñal, frío y húmedo, y lo único que apetecía era quedarse en casa tomando algo caliente.

Bea era una chica gordita, que siempre llevaba faldones anchos en plan jipi para disimular, supongo, los michelines. Hablaba por los codos, mientras preparaba el café, y andaba de un lado para otro, haciendo varias cosas a la vez. Estaba en segundo de Magisterio y, según decía, quería especializarse en Educación Infantil. Le pregunté si seguía teniendo esa idea.

–Me encantan los niños. Cuanto más pequeños, mejor –me explicó poniéndome el café con leche sobre la mesa camilla–. Lo siento. Se nos han acabado las galletas.

–No importa.

–No te lo tomes a mal, pero los hombres, en general, cuando cumplen doce años se vuelven idiotas. Así que lo mejor es cuidar críos.

Alicia salió de la ducha con el albornoz puesto, me dio un beso y bebió un sorbo del café con leche de mi taza, quemándose la lengua.

–¡Uy!, podrías haber avisado de que está ardiendo…

–Te lo mereces, por tardona.

Se metió en el cuarto para vestirse y yo me quedé con Bea, que se había servido un café solo para acompañarme.

–¿Y Laura?

–Esa no se levanta hoy hasta las ocho de la tarde.

Laura era físicamente muy distinta a Bea. Y hablaba bastante menos. A mí, las dos me caían bien.

–Se queda estudiando hasta las tantas y después no hay quien la levante. Parece un murciélago. Si quieres verla, tienes que venir por la noche.

Alicia salió en aquel momento. Vestía vaqueros y jersey de cuello alto.

–¿Nos vamos?

–Por supuesto –dije apurando el café con leche y levantándome–. Adiós, Bea. El café estaba muy bueno.

–Como tú, guapo.

Alicia le soltó un pequeño coscorrón.

–¡Pero qué burra eres!

–¡Uy, chica, perdona!

Una vez en la calle, echamos a andar hacia el Carlos Sainz Center. Como era sábado, en la calle no cabía un alfiler. ¡Y decían que Madrid era una aldea comparada con Nueva York, México o Shanghái!

–No sé si lo sabes, pero los *karts* están cerca del parque de San Isidro –dije.

–¿El parque donde encontraron los jardineros a Héctor Miranda?

–Exacto.

–Pues entonces podemos darnos una vuelta por el parque después de los *karts*, ¿no?

–Eso es justo lo que yo había pensado.

Capítulo sexto

Laberinto de sombras

FUIMOS dando un paseo hasta los jardines del Campo del Moro y a la altura de la calle Segovia bajamos al río, para caminar bordeando su curso. A Alicia le gustaba pisar las hojas caídas de los árboles, hacerlas crujir bajo sus zapatos, mientras hablaba de cualquier cosa.

Subimos por la calle Daimiel y enseguida desembocamos en la de Sepúlveda, más ancha y espaciosa, que discurre entre unos jardines frondosos a la derecha y las instalaciones de un inmenso centro comercial llamado Ermita del Santo, prácticamente abandonado. Vimos el Barrio Art Decó, poblado de banderitas rojas, la bolera y el Carlos Sainz Center con la insignia a cuadros negros y blancos, como un tablero de ajedrez, sobre el cartel de la entrada.

Yo había estado alguna vez en los *karts,* aunque nunca me había subido a uno de esos bólidos. Subimos por las escaleras y accedimos a la parte superior del local. Había una cafetería, con mesas y sillas, y un poco más allá, el mostrador donde se vendían los billetes. Desde allí podíamos ver bien las dos pistas, la exterior y la interior, ambas con diferentes carriles para los coches. El ambiente estaba bastante animado. En la pista interior se estaba celebrando una carrera. Por unos instantes nos quedamos fascinados contemplando los movimientos rapidísimos de los coches. El que iba en cabeza era un *kart* naranja que tomaba las curvas con tanta velocidad que parecía que iba a salirse de un momento a otro. En las paredes dominaban los colores rojo y negro, con marcas de coches de ralis, empresas de combustible y fotografías gigantescas de los grandes héroes del automovilismo.

Alicia y yo nos acercamos a la barra de la cafetería. Una chica vestida de gótica que masticaba chicle nos preguntó si queríamos algo. Dijimos que una Coca-Cola.

–¿Una?

–Sí. Es que nosotros lo compartimos todo –afirmó Alicia, cáustica.

La camarera se alzó de hombros. Llevaba un pendiente en la nariz, un pirsin en la oreja derecha y otro en el labio inferior.

–Perdona –dije mientras la gótica nos servía el refresco–. Estamos buscando a un chico que viene por aquí.

–¿Ah, sí?

–Lo malo es que no recuerdo su nombre.

–Pues estamos jodidos…

–Lleva un pendiente espectacular –señaló Alicia después de beber un sorbo de Coca-Cola–. Una cruz negra.

La gótica hizo un gesto que tal vez pretendía ser una sonrisa.

–Cidones –dijo.

–¿Y sabes dónde podríamos localizarlo?

–Claro –afirmó señalando con los ojos hacia la pista interior–. Es el que conduce el *kart* naranja.

Alejandro Cidones era un chico de mediana estatura, rostro alargado, ojos saltones y pelo liso y largo, como pasado de moda. A mí me recordaba las melenas que llevaban los Beatles en los años 60 y 70, cuando mis padres eran unos adolescentes.

Nos habíamos sentado en una mesa de la cafetería. Cidones se pidió una cerveza.

–Estamos tratando de averiguar lo que pasó con Héctor Miranda –dije tras las presentaciones iniciales.

Cidones se puso serio y nos miró con desconfianza.

–¿Sois polis?

Alicia contuvo a duras penas la carcajada.

–¿Tenemos pinta de maderos?

–¿Detectives?

–Estudiamos Periodismo.

Alejandro Cidones echó un trago de cerveza. Se limpió los labios y se quedó contemplando la mesa.

–¿Y qué es lo que queréis saber exactamente?

–Queremos saber lo que pasó. Nada más. Estamos haciendo un reportaje sobre el asunto y hemos dado contigo por casualidad. Con sinceridad, no sabemos por dónde empezar a tirar del hilo, por eso tu ayuda nos podría ser de gran utilidad. Bastará con que nos hables de Héctor. Cómo era, qué le gustaba, todo eso.

Cidones se levantó, fue hasta la caja y pagó su consumición y la nuestra. La gótica nos dijo adiós con una mueca desde la barra.

–Será mejor que salgamos a la calle. Estoy fumándome encima.

Salimos a la calle. La tarde había comenzado a expirar y sobre la ciudad se derramaban las primeras sombras de la noche. Cidones ofreció tabaco, dijimos que no con la cabeza, y encendió un cigarrillo. Fumó con ganas durante unos momentos. Nos pusimos a caminar.

–Héctor y yo éramos amigos del instituto. Era un buen tipo. Podías confiar en él.

–¿Por qué crees que se lo cargaron? –pregunté.

–No tengo ni idea.
–¿Tenía enemigos?
–¿Héctor? ¡Qué va! ¡Era el colega más enrollado que he conocido!
–La prensa baraja el móvil del robo.
–¿Qué demonios pueden robarle a un estudiante?

Habíamos ido caminando hasta el parque de San Isidro. Cuando llegamos a los primeros árboles, la noche había caído por completo y la ciudad se había llenado de luces. En el parque reinaba una calma sepulcral. Se veían pocas personas paseando bajo los pinos y los plátanos que se erguían como fantasmas nocturnos.

–Este es el lugar donde se lo cargaron.

Como si hubiéramos sellado un acuerdo tácito, comenzamos a caminar por los senderos del parque. A través del ramaje de los árboles se veían las primeras estrellas, como diminutas bombillas. La luna derramaba una luz lechosa y azulada sobre la vegetación que nos rodeaba. A medida que nos adentrábamos en el parque nos iba embargando una sensación de irrealidad.

De repente, lo vi. De pie. Frente a nosotros. Una sombra en mitad de las sombras. Irradiaba un resplandor fosforescente. Estaba junto a un estanque redondo, cuyas aguas quietas parecían un pozo de negrura.

Alicia y Cidones seguían caminando sin percatarse de la presencia de Héctor. Yo me había quedado parado, delante de aquella aparición espectral. Héctor me contemplaba con ojos desolados y yo tuve la impresión de que quería decirme algo. Miré hacia mis acompañantes, que seguían caminando, ajenos a aquello que me estaba sucediendo. Quise llamarlos, pero no fui capaz de pronunciar ni un solo sonido. Volví la mirada hacia Héctor y comprobé que trataba de indicarme algo con el brazo derecho. Señalaba hacia el césped, un poco más allá. Me acerqué con temor y seguí con los ojos la dirección de su brazo. Su dedo índice parecía un lápiz de luz sulfúrica.

Salté la pequeña valla metálica que separaba el césped del camino y me dirigí hacia donde señalaba el dedo de Héctor Miranda.

–¿Qué diablos?

Estaba tan oscuro que no podía distinguir nada. Escudriñé la hierba con atención. La luz fosfórica que desprendía el cuerpo de Héctor se prolongó en forma de delgada línea hasta posarse sobre un punto del suelo. Acerqué el rostro a escasos centímetros del césped, tanteé casi a ciegas y, de improviso, presa de un repentino terror, alcancé a tocar con los dedos un objeto, pequeño, frío y metálico. ¿Qué era aquello? Lo levanté hasta mis ojos y me quedé estupefacto. A pesar de la oscuridad, supe que se trataba de un pin, uno de esos pequeños objetos que se clavan en la camisa.

Alcé los ojos para interrogar a Héctor Miranda y me encontré con la

noche frente a mí. De la misma manera que se había materializado su figura coronada de luz, había desaparecido sin dejar ni rastro. Me sentía completamente desorientado. Dirigí la vista hacia todas partes, pero solo hallé la más absoluta negrura. Las copas de los árboles se recortaban contra el azul oscuro del cielo.

Alicia y Cidones se habían parado unos veinte metros más allá, en mitad del sendero, y me miraban a través de las sombras. Sus dos siluetas, apenas iluminadas por la claridad fantasmal de la luna, se destacaban como las de dos muertos salidos de sus tumbas.

–¿Qué haces? –gritó Alicia.

Estuve a punto de devolverle el grito, diciéndole que acababa de ver a Héctor Miranda, nimbado por una luz azufrada, y que había encontrado un pequeño pin.

–¡Nada! ¡Me había parecido ver algo! –dije, acercándome a donde estaban ellos–. Creo que deberíamos irnos de aquí.

Ambos estuvieron de acuerdo. Pasamos por un espacio sin árboles. Parecían unas canchas deportivas o una zona para jugar a la pelota. Oímos voces y risas. La lumbre de varios cigarrillos brillaba en mitad de la oscuridad. Era un grupo de seis o siete adolescentes alborotando. Su alegría contagiosa contrastaba con el ambiente sepulcral que se respiraba en el parque.

El olor de la marihuana era intensísimo. Los jóvenes se pasaban botellas que debían de contener alcohol de garrafa. Uno de ellos comenzó a aporrear una guitarra y los demás lo jalearon con palmas. El guitarrista se puso a cantar una balada y al instante otros tres o cuatro sumaron sus voces distorsionadas. Cantaban entre risas y chirigotas.

–¿Queréis un trago?

Cidones se llevó a la boca la botella que le pasaron y bebió un buen trago. Alicia y yo declinamos la invitación. Nos marchamos de allí justo cuando la canción había llegado a su fin y el lugar se llenaba de aplausos, silbidos y gritos de entusiasmo.

Seguimos caminando bajo las sombras en dirección a la ciudad. De vez en cuando, nos cruzábamos con una pareja que buscaba el refugio de aquellos follajes solitarios.

–Buen lugar para amantes y camellos –dijo Cidones.

Poco después, salimos a la luz de los primeros edificios. Ante nosotros, volvía a ofrecerse en todo su esplendor la lujuria de neón de la gran ciudad. Atrás habíamos dejado el bosque oscuro del parque de San Isidro, con su laberinto de sombras.

–Héctor hubiera sido un buen ingeniero. O lo que hubiera querido –comentó nuestro acompañante–. En el instituto sacaba unas notas alucinantes.

Alicia y yo caminábamos cogidos de la mano. Cidones encendió otro

cigarrillo.

–Además, era el que más ligaba –añadió.

–¿Era guapo? –preguntó Alicia.

–¿Guapo? Yo diría que era algo más que guapo. Tenía gancho, sí. Eso era. Gancho. Las tías se lo rifaban.

La conversación con Cidones estaba salpicada de grandes silencios. Era un tipo extraño. De repente se quedaba callado, lo mismo que un muerto, fumando sin parar, como si se extraviara en hondas reflexiones. A mí me parecía un individuo pintoresco.

–Un buen ingeniero. De Teleco. Era lo que siempre había soñado. Yo, en cambio, un ilustre gilipollas.

–¿A qué te dedicas?

Cidones me miró como si yo fuera un extraterrestre.

–Soy poeta en paro.

Al parecer, a Cidones le iba el sarcasmo.

–Héctor siempre fue el mejor. En el instituto, desde luego. Además, un tío sano y legal. Desde hacía un par de años, nos habíamos alejado un poco el uno del otro. Supongo que es lo lógico. Él en la universidad y yo haciendo el perro callejero. Nos juntábamos de vez en cuando para ir a los *karts* o al cine.

Cidones se quedó callado. Soplaba un airecillo frío y Alicia y yo llevábamos los chaquetones con los cuellos subidos. Durante unos instantes, caminamos en silencio. En la glorieta del Puente de Segovia, nuestro acompañante se detuvo.

–Yo me quedo aquí. Cogeré el bus.

–¿Crees que pudo ser cosa de cabezas rapadas o de *ñetas?*

Las pupilas de Cidones se movieron dentro de los ojos saltones, como dos insectos redondos. Se pasó la mano por la melena y suspiró.

–Puede ser. Hay demasiado malnacido en todas partes. Y mucho mal rollo. Pero tuvieron que ser varios, porque Héctor era fuerte como un toro.

–¿Sabes si salía con alguna chica últimamente? –pregunté antes de despedirnos.

Cidones arrojó el cigarrillo lejos de sí y se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros. Llevaba una chaqueta de cuero marrón con las solapas alzadas y tenía cierto aire de macarrilla.

–Ya lo creo. Menuda tía. Angelina Jolie a su lado es una piltrafa.

En aquellos momentos vimos llegar el autobús.

–Bueno, ha sido un placer conoceros. Espero que nos veamos otro día.

–¿Cómo se llamaba esa preciosidad? –pregunté cuando Cidones ya había subido al autobús.

–Berta –respondió desde arriba, un segundo antes de que el autobús cerrara la puerta y se pusiera en movimiento–. Berta Ríos.

Aunque el asunto de Héctor Miranda me tenía atrapado, tuve que hacer un alto en mis pesquisas para terminar el trabajo sobre Historia del Mundo Actual. Fueron varios días intensivos en los que, a excepción de las clases, apenas salí de mi habitación. Me había abastecido de documentación y bibliografía como para elaborar una tesis doctoral.

Era sábado. El sonido del móvil me sobresaltó.

–¿Alicia?

–Premio. Soy Alicia en el País de la Sociología. ¿Qué haces?

–Yo estoy con el trabajo de Historia. Esto es un peñazo que no hay por dónde cogerlo.

Alicia soltó una risita al otro lado del hilo telefónico.

–No seas gruñón. Esta tarde es el concierto de Víctor Zurano en el Odesa. ¿Te apuntas?

Ya no me acordaba de ese tipo, ni de su concierto, ni de nada que tuviera que ver con él. No tenía tiempo ni ganas.

–Estoy hasta arriba de trabajo. Creo que no voy a poder.

Esperaba que Alicia me dijera que ella no quería ir sola al bar Odesa, ni a ninguna parte, y que se quedaría toda la tarde en casa, leyendo, o que vendría a echarme una mano con mi trabajo.

–Pues yo me voy a escucharlo. Se lo prometí. Además, estoy segura de que Víctor tocará el piano igual que los ángeles.

Sentí lo mismo que si me hubieran dado a beber vinagre. Hablé echando bilis.

–¿Y por qué sabes tú que toca bien? A lo mejor es un tocaflautas.

–Percibo cierta aspereza en tu tono –acusó, mordaz, Alicia–. Pero haré como que no me he dado cuenta. Bueno, pues ya te contaré. Un beso.

Alicia me colgó y yo me quedé con el móvil en la mano un buen rato, pensando en el pianista y representándome en la mente la escena en el bar. Alicia reía y Víctor Zurano hablaba y movía los brazos, no como un pianista, sino como un director de orquesta, arriba y abajo, a derecha y a izquierda, se apartaba los rizos de la frente, sonreía seductoramente, y Alicia parecía la mujer más feliz del mundo.

Traté de apartar aquellas imágenes de mi cabeza y concentrarme en el trabajo de Historia. Debía ordenar un montón de datos relacionados con los acontecimientos políticos y sociales más importantes de los últimos tiempos en América Latina. Me había leído la obra completa, o casi completa, de Eduardo Galeano. En concreto me había impresionado un libro: *Las venas abiertas de Latinoamérica*. Me pareció uno de esos libros que todo el mundo debería leer. También me había tenido que leer un volumen de casi mil páginas, la última obra de Naomi Klein, titulada *La doctrina del shock,* aunque había tenido que extraer solamente lo que hacía referencia a los países del centro y del sur del continente americano. Otro libro fundamental. Debía ordenar todos los datos extraídos, resumir, estructurar, pasar a limpio.

En definitiva, tenía por delante un trabajo de narices y ninguna gana de acometerlo.

Me faltaba Víctor Zurano.

¡Maldita sea! Me sentía incapaz de olvidarme de aquel tipo. Me lo imaginaba tocando un piano de cola, vestido con un traje negro, elegante, interpretando nocturnos de Chopin y arias de Puccini y piezas de Cole Porter y boleros de Antonio Machín y bandas sonoras de Ennio Morricone y de Henry Mancini, y recibiendo aplausos y parabienes, y haciéndose fotos, y sonriendo, mientras una chica muy guapa que tenía la cara de Alicia le entregaba un ramo de flores.

¡No podía concentrarme!

Fui a la cocina, bebí un trago de zumo de tomate directamente del envase, como a mí me gustaba, y me asomé a la ventana que daba a la calle. El mundo continuaba, imperturbable, ajeno a mis pensamientos. La gente iba y venía, con prisa, los coches circulaban, el cielo era azul y el sol brillaba como cualquier otro día.

¡Un asco!

El domingo, después de comer, y aprovechando que me había quedado solo en casa, decidí dar el punto final al trabajo de Historia. Me hallaba enfrascado en la tarea, cuando oí que la puerta de mi casa se abría y se cerraba de golpe. Eran las seis de la tarde. Demasiado pronto para que mis padres hubieran regresado de su visita a casa de mis tíos. Debía de tratarse de mi hermana. Pero Irene suele llegar como un huracán, silbando o dando voces, para que todo el mundo se entere de su existencia. Sin embargo, el silencio más absoluto se había adueñado de la casa.

Me levanté, intrigado, y me asomé al pasillo.

—¿Irene?

El sonido de mi voz se quedó dormido en el aire tibio de la casa.

—¿Papá? ¿Mamá?

Nadie respondió a mi llamada.

Me pregunté si había oído el portazo o si me lo había imaginado.

—¿Quién está ahí?

Silencio.

Avancé despacio por el pasillo, abriendo las puertas de las habitaciones y los cuartos de baño, llegué hasta el vestíbulo, regresé por el pasillo y entré en la cocina, en el lavadero, y en el salón. Me asomé al balconcillo.

Me quedé de pie, en mitad del comedor, con los oídos atentos para captar el más mínimo ruido. Durante unos segundos interminables solo podía escuchar el latir alterado de mi propio corazón.

De repente, oí otra vez la puerta de la casa. Me acerqué corriendo, presa del pánico, seguro de que alguien acababa de entrar o salir del piso. Al

llegar a la puerta no vi a nadie. La abrí y me asomé al rellano de la escalera. Estaba desierto.

Volví sobre mis pasos. Cerré la puerta y me quedé unos momentos con la espalda apoyada en ella, los ojos cerrados, el corazón latiéndome a doscientos por hora, pensando que me estaba volviendo loco.

Capítulo séptimo

Ardillas y mariposas de colores

MIRÉ el pin, que había dejado sobre la mesa. Era pequeño, rectangular, blanco, con dos árboles de color esmeralda cruzados en forma de aspa y un círculo negro en el centro, en la intersección de los dos árboles, con las letras CPRS en blanco. Lo sopesé mientras trataba de buscarle algún sentido. Pensé que debía de ser de algún club, logia o cofradía.

Encendí el ordenador y escribí aquellas siglas.

Me aparecieron varias entradas:

CPRS: Physical Therapy. Millersburg, Ohio. EE. UU.
CPRS: Canadian Public Relations Society. Canadá.
CPRS: California Park Recreation Society. EE. UU.
CPRS: Carbon Pollution Reduction Scheme. Australia.
CPRS: Canadian Pacific Railway. Canadá.
CPRS: Central Policy Review Staff. Reino Unido.
CPRS: Comprehensive Psycopathological Rating Scale.
CPRs: Centros de Profesores y Recursos.

Suspiré, desalentado.

Mi hermana asomó por el quicio de la puerta de mi cuarto. Golpeó con los nudillos para llamar mi atención. Su sonrisa no presagiaba nada bueno.

–Oye, que si puedes venir un momento al salón.

Ese era el modo en que me trataba Irene cuando quería fastidiarme. No soporto que alguien conocido me llame con un «oye».

–Me llamo Daniel. Y además, no tengo ganas de ir al salón.

–Te buscan.

Me levanté con desgana y la seguí hasta el comedor. Al llegar, casi me dio un patatús. Irene se había traído a toda su pandilla. Chiquillas de quince y dieciséis años con las feromonas a tope.

–Han venido mis amigas y querían saludarte.

Todas las amigas de mi hermana me sonrieron como si estuvieran haciendo un anuncio de pasta dentífrica.

Empezaron a desfilar para besarme. Olían a champú de fresas, a colonia

de mandarina, a gel de manzana…

–Hola, Daniel –dijo una morena despampanante llamada Susana con una sonrisa felina–. Te he mandado varios mensajes al Facebook, pero no me contestas.

–Es que no suelo meterme en las redes sociales.

–Pues es una pena.

–¿Quieres tomarte algo con nosotras? –preguntó otra.

–No, no, tengo cosas que hacer. Otro día.

Me largué de allí para no darles ocasión a seguir insistiendo, oyendo risas y comentarios sobre mi persona. Irene disfrutaba poniéndome en apuros. Al fin y al cabo, era una niñata en la edad del pavo, como todas sus amigas, que se pasaban el día mandándose wasaps y babeando al hablar de One Direction o Mario Casas.

Me metí en la habitación y volví a concentrarme en mis cosas.

CPRS.

Cerré Google y me quedé observando la fotografía de Héctor Miranda aparecida en la prensa, junto a la esquela que informaba de su muerte. Estaba solo, sonriente, posando para la cámara, con un gesto de inocencia.

Nada más. Aquella foto no me ofrecía ninguna información adicional sobre él, aunque debía de ser una de las últimas que le habían hecho.

Me tumbé en la cama, sin dejar de reflexionar sobre el asunto. A través del tabique y de la puerta escuché cómo mi hermana se despedía de sus amigas entre risas y voces. De pronto, llamaron a la puerta.

–¿Sí?

Irene asomó la cabeza.

–Soy yo.

–¿Qué quieres? –pregunté sin moverme de la cama.

Mi hermana puso cara de no haber roto nunca un plato.

–Mis amigas me han pedido tu número de móvil…

–No se lo habrás dado…

–No he tenido más remedio.

Me levanté como impulsado por un resorte.

–Eres una alcahueta, y te voy a dar una paliza.

Irene echó a correr por el pasillo en dirección al salón. Se refugió detrás de mi madre, que estaba sentada a la mesa, leyendo la correspondencia que acababa de subir del buzón.

–¿No te da vergüenza? –me amenazó con un bolígrafo rojo–. Con lo grande que eres…

–Tu hija es una indeseable –dije señalándola con el índice derecho.

–¡Mi hija es tu hermana!

–Conclusión del silogismo –bufé, airado–: ¡Mi hermana es una indeseable!

Un rato después, sonó la musiquilla de mi móvil y pulsé la tecla verde sin saber quién me llamaba.

–Soy yo.

La voz de Alicia es alegre como el canturreo del agua de un río entre las piedras. No creo que exista en el mundo una melodía más hermosa.

–Tenemos que vernos –me dijo.

–¿Cuándo?

–Ahora mismo.

Consulté el reloj. Eran las seis y cuarto de la tarde.

–Me doy una ducha y voy para tu casa.

Media hora más tarde, Alicia me abría la puerta de su piso.

No le había preguntado nada del concierto de Víctor Zurano, y Alicia tampoco me había dicho nada al respecto. No quería darle mayor importancia a ese tema. Me había propuesto comportarme como un hombre normal, sin celos, sin envidias. Si Alicia me prefería a mí, el tiempo lo diría. Pero no podía dejar de ser yo mismo y comportarme igual que un imbécil.

–¿Quieres tomar un güiski? –me preguntó, socarrona.

Me quedé observándola, como si no la hubiera oído bien.

–Sabes que no bebo alcohol.

–Pues creo que te vendría bien. Echa un vistazo a la prensa de hoy, página 52.

Sobre la mesa del comedor había un ejemplar de *El País*. Lo abrí por la página 52. Sucesos. Una mujer muere al ser atropellada por una moto en un paso de cebra. Un suicida se arroja desde un décimo piso en la calle Colombia. De repente, mis ojos se posaron sobre la noticia que venía al final de la página:

La joven Berta Ríos sigue sin aparecer.

Espantado, me puse a leer con avidez.

> *La joven que desapareció misteriosamente el pasado sábado día 6 sigue sin dar señales de vida. La Policía continúa investigando el suceso sin que por el momento se hayan producido avances en las pesquisas. En el momento de su desaparición vestía pantalón vaquero, camisa verde y chaqueta marrón de cuero. Es rubia, alta, ojos castaños. Se agradecerá cualquier información que pueda contribuir a la solución del caso. Los padres y demás familiares no pierden la esperanza de encontrar con vida a Berta. LÁZARO ABELLÁN.*

Junto a la noticia, se publicaba una fotografía de Berta Ríos, sonriente. Alcé los ojos y me encontré con las pupilas de Alicia fijas en mí. Ambos nos miramos en silencio.

–Berta Ríos no es, por desgracia, la única persona desaparecida en

España. Me he molestado en rastrear por Internet el número de gente que se evapora en Madrid, en España, en el mundo… Hay una página tremenda que se llama Sosdesaparecidos. Según los datos, hay en el mundo más de 14000 personas desaparecidas en extrañas circunstancias: viejos, niños, adultos, bebés...

Abrí unos ojos como platos.

–Pero Sosdesaparecidos no es la única asociación relacionada con el tema. Hay más: Adesepa, Inter-Sos, Sos-Víctimas… En los depósitos de cadáveres españoles hay más de 5000 cuerpos pendientes de identificación. Algunos de esos cuerpos llevan más de un año esperando que les hagan las pruebas de ADN.

–Supongo que muchos jóvenes se largan de casa, hartos de aguantar a sus padres –comenté–. O a sus hermanas –añadí pensando en Irene.

–No es el momento de hacer chistes malos.

Tenía razón. Me sentía abrumado por las cifras y empezaba a darme cuenta de que aquella situación me sobrepasaba. Me dejé caer en una silla y permanecí en silencio. Recordé las palabras de Cidones. Por su descripción, Berta debía de ser una chica físicamente espectacular: «Angelina Jolie a su lado es una piltrafa», había dicho. Volví a contemplar la fotografía de la prensa. Era una foto bastante mala, en blanco y negro. No se distinguía nada del lugar en el que había sido tomada.

–Vístete –dije, poniéndome en pie con resolución–. Nos vamos.

–¿A dónde?

–A la redacción de *El País*.

Por fortuna, Lázaro Abellán se encontraba en la redacción del periódico, ultimando las noticias para el número del día siguiente. Era un tipo alto, robusto, manos enormes, pelo crespo, la mirada despierta. Un leñador del norte. La mesa en la que trabajaba estaba repleta de papeles que parecían haber llegado allí arrastrados por el viento.

–Sentaos donde podáis. ¿Un café?

–No, gracias.

Abellán aprovechó nuestra presencia para hacer un alto en su trabajo, se acercó hasta la máquina expendedora y se sirvió un capuchino. Volvió a su mesa y se puso a mover el azúcar mientras nos sonreía.

–Vosotros diréis.

–Somos estudiantes de Periodismo.

Lázaro Abellán sonrió conmiseratiyamente.

–Dos colegas.

–Todavía estamos en primero –puntualizó Alicia.

–Sí, pero los años pasan que da gusto. Parece que fue ayer cuando estudiaba primero de carrera y mira dónde estoy ahora. Acabo de cumplir

los cuarenta y seis, y ya tengo una mujer, una hija, una hipoteca, una suegra paralítica, el colesterol por las nubes y tanto trabajo que a veces duermo en esta silla para no perder tiempo.

Abellán tomó un pequeño sorbo de café y se quedó mirándonos.

–¿Qué queréis saber?

–Venimos por lo de Berta Ríos –dije yo.

–Estamos haciendo un trabajo para la universidad –añadió Alicia–. Nos han pedido que investiguemos algún asunto de actualidad y hemos pensado en tratar de averiguar lo sucedido con Berta Ríos. Tal vez usted nos pueda echar una mano.

El periodista chasqueó la lengua.

–Un caso triste, desde luego. Pero en esta profesión uno tiene que acostumbrarse a los casos tristes. Son más abundantes, por desgracia, que los alegres.

–¿Qué puede contarnos usted al margen de lo aparecido en su artículo? –preguntó Alicia.

Abellán bebió otro pequeño trago. Luego, se quedó mirándose las manos y jugueteó con el anillo que llevaba en la izquierda.

–La muchacha desapareció el sábado por la noche. Sus padres dieron la voz de alarma a las diez de la mañana del domingo. Nadie sabe qué puede haber pasado. La Policía y la Guardia Civil están sobre el caso, pero, sinceramente, no creo que sepan mucho más que yo.

–¿Ha oído hablar del caso de Héctor Miranda?

–Por supuesto –dijo Abellán–. Otro caso triste. Ya os dije que abundan.

–¿Y qué opina?

–¿Qué opino de qué?

–De la muerte de Héctor Miranda.

–Pienso que fue apaleado por una banda de criminales para atracarlo y se les fue la mano. Eso es lo que pienso. Le habían dado hasta en el carné de identidad.

Alicia y yo nos habíamos sentado en dos sillas. Nuestro anfitrión había apoyado las posaderas sobre una esquina de la mesa.

–¿No es posible que ambos casos sean, en realidad, el mismo caso? –preguntó Alicia jugueteando con un lápiz entre los dedos.

Lázaro Abellán la miró sorprendido.

–¿Qué te hace suponer eso?

–Héctor fue encontrado inconsciente la madrugada del domingo, justo el mismo día que desapareció Berta. Y ambos salían juntos. Eran pareja.

Abellán terminó el café, se limpió con una servilleta, hizo una bola de papel y la lanzó a la papelera, encestándola con maestría.

–Sí. Es posible. Pero no veo por qué. Hay tantas desapariciones, agresiones, peleas, robos, atracos y violencias callejeras todos los días que Madrid parece una sucursal del infierno.

Lázaro Abellán se incorporó sin prisa y se acercó hasta la ventana. A través de la cortinilla se asomó al exterior. La ciudad se veía desde allí como un hormiguero de minúsculos insectos que iban y venían en todas direcciones, afanándose en sus quehaceres diarios, tropezando unos con otros, corriendo, zigzagueando. Los edificios se levantaban como gigantes de cemento, cuyos interiores estaban poblados por miles de habitantes que discurrían por intrincadas galerías. Cientos, miles de edificios, calles, avenidas, plazas, circunvalaciones, túneles, puentes…

–Madrid y sus poblaciones vecinas forman un laberinto en el que viven cerca de diez millones de almas.

El periodista se encaró con nosotros.

–Durante el fin de semana al que nos referimos se produjeron en esta ciudad y en sus alrededores decenas de actos violentos: atracos, homicidios, violaciones… ¡Vamos, poneos a soñar! Y nosotros, de un lado para otro, mendigando las migajas de la Policía, de la Guardia Civil y de toda esa chusma de políticos que nos gobierna.

Alicia parpadeó, aturdida.

–¿Quiere decir que los periodistas no cuentan con la colaboración de las autoridades?

–Tú lo has dicho. Un periodista no es más que una mosca cojonera para toda esa gentuza. Si volviera a nacer, me gustaría ser guarda forestal, para vivir en un bosque solitario, sin gente y sin problemas, rodeado de ardillas y mariposas de colores. Ya lo decía no sé quién: cuanto más conozco al hombre, más quiero a mi perro.

La expresión de Abellán era la de alguien que ha perdido la esperanza. De repente, aquel hombre me pareció un niño grande y desvalido.

–Supongo que la Policía habrá abierto una investigación.

–La Policía instruye diligencias a todas horas, como una máquina de tricotar, pero la inmensa mayoría de esas instrucciones se quedan en agua de borrajas. Además, con esto de la crisis, los de arriba no hacen más que recortar medios y recursos. A los únicos que beneficia esta mierda de crisis es a los especuladores y a los delincuentes.

–¿Sabe quién instruye los casos de Héctor Miranda y Berta Ríos?

–Por supuesto. El inspector Ostolaza, de la comisaría de la calle Leganitos. Es un conocido de mi hermano mayor. Los dos jugaban en los juveniles del Rayo Vallecano.

Abellán volvió a asomarse a la ventana.

–Hay días en los que tengo la agenda tan llena de sucesos a los que hincar el diente que no sé por dónde empezar. Muchas veces me paso noches enteras en la redacción sin parar de teclear, como un idiota –suspiró profundamente y nos observó con una mirada compasiva–.Vosotros todavía estáis a tiempo de elegir otra profesión.

–Como siga dándonos tantos ánimos, vamos a tener que replantearnos

nuestro futuro –ironizó Alicia–. Tal vez decidamos abrir un puesto de chucherías.

Abellán sonrió.

Nos levantamos. Lázaro Abellán había empezado a desahogarse con nosotros y poco más podría decirnos.

–Es tarde –dije dándole la mano–. ¿Puede darnos una tarjeta? Ya sabe, por si queremos volver a ponernos en contacto con usted.

–Estaré encantado de hablar con vosotros –dijo dándome una tarjeta con el membrete del periódico y sus datos personales.

Estaba a punto de cerrar la puerta, cuando me acordé del pin que había encontrado.

–Una última cosa.

Lázaro alzó las cejas.

–¿Sabe qué puede ser esto?

Le acerqué el pin. Abellán lo miró con curiosidad, por delante, por detrás, lo sopesó. Finalmente me lo devolvió.

–No tengo ni idea. ¿Qué es?

¿Cómo podía decirle a Lázaro Abellán de qué manera había descubierto el pin? Recordé la noche en que Alicia, Cidones y yo paseamos por el parque de San Isidro, la imagen de Héctor, el resplandor sulfúrico y el dedo que indicaba, como un lápiz de luz, el lugar en que estaba el pin, que debía de tener algo que ver con todo aquel asunto. Estaba plenamente convencido.

–Es muy largo de explicar –me excusé para no entrar en detalles–, pero tengo la sospecha de que este pin tiene alguna relación con Héctor y con Berta. O mejor dicho, con los tipos que acabaron con él y que la han hecho desaparecer a ella.

–¿Y por qué piensas eso?

–Tengo motivos para pensarlo, pero preferiría no tener que hablar de ello, por el momento.

Lázaro Abellán me contempló con cierta suspicacia, los ojos un poco entrecerrados, la sonrisa diluida en un rictus que no pude descifrar. Al final se alzó de hombros.

–Puede ser cualquier cosa. De todos modos…

–¿Sí? –lo animé.

–De todos modos, si te interesa mucho, tal vez haya alguien que pueda ayudarte. Un detective que conozco. Se llama Carlos Valle y vive en la calle Alcalá, entre Pueblo Nuevo y Ciudad Lineal.

Tan pronto como pisamos la calle, Alicia se encaró conmigo.

–¿Qué significa ese pin? Creo que tengo derecho a saber lo que pasa por tu cabeza. ¿De dónde lo has sacado?

Me sentí como un estúpido.

–Pues la verdad es que no te he comentado nada porque no ha salido el tema –dije un poco atropelladamente–. Además, no hace tanto tiempo que lo tengo. Lo encontré la noche que paseamos con Cidones por el parque de San Isidro. No quise meterlo a él en el asunto.

–Pero yo no soy Cidones.

Pensé en la pinta de aquel tipo: la cara apepinada, los ojos saltones como los de un batracio, el pelo lacio, las ropas oscuras y el crucifijo negro colgado de la oreja.

–No. Menos mal que tú no eres Cidones –dije sonriendo, para quitarle hierro al asunto–. Aunque te pareces un poco…

–Déjate de chorradas y ve soltando. Me tienes contenta.

–Está bien –acepté, recobrando la seriedad–. Ya te lo he dicho. Lo encontré la noche que paseábamos por el parque de San Isidro con Cidones. Lo metí en el bolsillo y me olvidé del asunto. Lo siento.

–A ver, trae –dijo Alicia, alargando la mano sin mirarme.

Durante unos instantes, se dedicó a contemplar aquel objeto con el ceño fruncido, sin decirme nada.

–¿Por qué piensas que este pin puede estar relacionado con Héctor y con Berta?

En pocas palabras resumí la aparición de Héctor Miranda la noche de marras, el dedo sulfúrico señalando hacia el suelo, mostrándome el pin oculto entre la hierba.

–¿Quieres decirme que aquella noche viste el fantasma de Héctor Miranda?

Suspiré. Ya no estaba seguro de haber visto nada.

Alicia me observó con cara preocupada.

–No hay duda de que se trata de una pista –añadí.

Alicia volvió a examinar el pin detenidamente. Luego cerró la mano, con él dentro, y se quedó mirando hacia ninguna parte.

–Lo guardaré yo. Para algo soy la cabeza pensante del equipo.

Y metiéndolo en el bolsillo de su chaquetón, echó a andar dejándome atrás.

Capítulo octavo

El Galeón Fantasma

SOÑÉ con una muchacha de rostro muy antiguo. Llevaba un vestido rojo y en la mano derecha sujetaba un pequeño ramo de rosas blancas que olían muy bien. La joven era bellísima. Tenía los labios rojos, carnosos, sonrientes; la mirada confiada y seductora. El pelo rubio lo recogía en un gracioso moño. Sus rasgos eran perfectos.

Me estaba contemplando a través de un cristal. Sus ojos desprendían una luz fosforescente y verdosa que me hipnotizaba. Me pareció que pronunciaba mi nombre, aunque no podría haberlo asegurado porque en realidad no escuchaba ningún sonido. La muchacha abría los labios y yo oía el viento silbando entre los árboles de las avenidas.

Me acerqué para verla mejor, para oír su voz, que debía de ser dulce y armoniosa. El cristal a través del cual me miraba era traslúcido. Ella se encontraba al otro lado, como encerrada en una habitación pequeña de la que no podía salir. Me aproximé hasta rozar el cristal. De su boca salían sonidos extraños que me recordaban el gemir del aire. Me fijé en sus ojos y vi que no eran los ojos hermosos que yo había creído contemplar, sino dos agujeros sin fondo. De repente, el gemido del aire se convirtió en un insoportable graznido de cuervos y tuve que taparme los oídos.

Comprobé, horrorizado, que el cristal tras el que estaba la hermosa muchacha era en realidad el de la tapa de un ataúd. Al otro lado de ese cristal había ahora una mujer con el rostro devorado por la muerte. Era el rostro de alguien que llevaba medio siglo encerrado en un féretro. La graciosa cabellera rubia, la proporcionada cabeza, la hermosura del rostro, la belleza de los ojos y la dulce sonrisa de los labios carnosos se habían convertido en una calavera sin ojos, con algunos mechones de pelo pegados al cráneo.

Me desperté gritando. Irene entró en el comedor como una exhalación.

–¿Qué pasa? –me preguntó, asustada.

–No lo sé –dije incorporándome–. He tenido un sueño absurdo.

–¿Y por qué has gritado esa palabra tan rara?

Contemplé a mi hermana, sin poder disimular mi confusión.

–¿Qué palabra he gritado?

–¡Bastero! ¡A grito pelado!

–¿Bastero? ¿Y qué puede significar *bastero?*

–Tú sabrás. Estoy estudiando. No puedo perder mi valioso tiempo descifrando tus sueños tontos.

Me dio la espalda y se metió en su cuarto, dejándome desconcertado.

Mi padre se encontraba en su despacho, revisando historiales. No es que le guste mucho traerse el trabajo a casa, pero no tiene más remedio que dedicarle todos los días un rato a los casos que atiende en el hospital. Llamé a la puerta y oí su voz bien modulada dándome permiso para entrar.

–Pasa, hijo, pasa. ¿Qué ocurre?

–Nada, papá. Quería hacerte una consulta. He pensado que tal vez puedas echarme una mano.

Mi padre se quitó las gafas, cruzó los dedos de las manos y se quedó mirándome con aire severo.

–¿Dinero?

Negué con la cabeza.

–¿Mujeres?

–No, hombre, no –sonreí, a mi pesar–. En realidad, se trata de una tontería. ¿Qué puede significar la palabra *bastero?*

Mi padre se levantó de la silla y se acercó hasta mí. Tomó asiento a mi lado.

–¿Bastero?

–Sí. Eso he dicho.

–Pues no sé. Así de pronto… ¿Por qué quieres saberlo?

¿Cómo podía decirle a mi padre que había pronunciado aquella extraña palabra en un sueño y que no tenía ni la más pajolera idea de lo que podía significar? Me intrigaba el hecho de que uno pueda decir palabras inexistentes en un sueño. Aquello parecía cosa de magia.

–La oí el otro día –mentí–. Y me llamó la atención. El diccionario de la Real Academia dice que un bastero es un hombre que vende o fabrica bastos.

–¿Los de la baraja?

–Bueno, más bien se refiere a las albardas o aparejos que llevan las caballerías en el mundo rural. Ya sabes, guarniciones, monturas y todo eso.

Mi padre me miró con cierta inquietud.

–En Internet aparece el Teatro Bastero en Andoain, Guipúzcoa. Y también aparecen algunos individuos que se llaman Bastero de apellido. Pero, la verdad, todo esto me tiene intrigado.

–Intrigado me tienes tú –en sus palabras había un cierto tono de reproche–. Dime lo que te traes entre manos o me voy a enfadar.

Mi padre era demasiado inteligente para que yo anduviera mareándole la perdiz. Nos miramos de hito en hito durante unos momentos, hasta que, avergonzado de mí mismo, bajé la cabeza.

–He tenido un sueño muy raro –dije al fin, venciendo mis reticencias a duras penas–. Un sueño en el que aparecía una joven de rojo en un ataúd. Y me he despertado gritando la palabra *bastero*. Nada más. Como comprenderás, no es normal que uno grite una palabra desconocida mientras duerme.

Mi padre se levantó y dio algunos pasos por el despacho.

–No. No es normal. Pero yo no le daría más importancia. Bastero puede ser cualquier cosa. A lo mejor es una palabra que has oído o leído en cualquier parte, un apellido, como tú mismo has dicho, y tal vez no la hayas percibido racionalmente sino de manera irracional. A veces, leemos o escuchamos cosas de forma indirecta, sin prestar atención, pero pasan a nuestro interior, a nuestro cerebro…

–O sea, que lo más probable es que yo haya interiorizado sin darme cuenta una palabra que he oído o leído…

–Sí. Eso ocurre con frecuencia. Por ejemplo, es fácil ver un programa de la tele en el que sale un periodista entrevistando a alguien cuyo nombre aparece escrito en la pantalla, y por alguna razón se queda en nuestra memoria…

Bastero. Podía ser. Sonaba a apellido de médico, o de escritor, o de político.

Me levanté yo también. Acababa de oír a mi madre entrando en casa y aquella conversación había tocado a su fin.

Alicia y yo nos dimos un beso en mitad de la acera. Algunos transeúntes nos miraban al pasar. Luego echamos a andar por la acera sin rumbo, cogidos de la mano.

–¿A dónde te apetece ir?

–Hace tiempo que no vamos al cine y hoy es miércoles, día del espectador.

Yo no tenía ni idea de la cartelera, pero estaba seguro de que Alicia ya había mirado los estrenos y los reestrenos, los horarios, los precios y todo lo necesario.

–¿Qué quieres ver?

–Pues podemos ver *La ladrona de libros*. Sale Geoffrey Rush. O si lo prefieres, *La venganza del hombre muerto*. Su protagonista es Colin Farrell.

–Me da lo mismo. Elige tú.

Yo sabía que Alicia ya había decidido por los dos.

–*La ladrona de libros*. He leído el libro y me ha gustado bastante.

–¿De qué va?

–Pues de libros. Y de nazis.

Hacía un par de días que Alicia guardaba el pin. Durante todo ese tiempo, me había preguntado muchas veces si habría averiguado algo importante.

Yo no dudaba de que tenía un sexto sentido, un olfato especial para sacar petróleo de debajo de las piedras. Donde yo solo veía oscuridad, ella era capaz de encontrar un poco de luz. La suficiente para que nos alumbrara el camino.

–¿Has averiguado algo sobre el pin?

Alicia tardó un poco en responder. Estaba entreteniéndose en hacer balancear nuestras manos mientras caminábamos por la acera.

–Quizás –dijo misteriosamente.

Me frené en seco, como si hubiera visto un escorpión delante de mí.

–¿Cómo que quizás?

–Pues eso. Quizás.

–¿Y no vas a decírmelo?

Alicia me sonrió.

–Te lo diré cuando esté segura de que he encontrado una pista.

Guardé silencio durante unos instantes. Alicia caminaba a mi lado sin añadir nada más, contemplando la ciudad, la gente con la que nos cruzábamos, los coches que pasaban junto a nosotros. De vez en cuando, silbaba o canturreaba una canción de moda. La miré de reojo. Parecía la mujer más feliz del mundo.

–¿En qué piensas? –me preguntó de repente.

Estaba pensando en la palabra *bastero.* No hacía más que darle vueltas y vueltas. ¿Un apellido, un restaurante, una ciudad, una marca…? ¿Quién podía saberlo? Le conté el extraño sueño a Alicia.

–¿Bastero? No había oído esa palabra en la vida –aseguró–. ¿Y dices que la pronunciaste en sueños?

–Pues sí.

Alicia se alzó de hombros.

–No tengo ni idea. A lo mejor es el rótulo de un comercio que has visto y has memorizado sin darte cuenta. Electrodomésticos Bastero. Suena bien.

Justo en aquel momento llegamos a la puerta del cine. Había una cola de unos quince o veinte metros. La mayoría eran jóvenes, como nosotros.

–Y ahora olvidémonos del mundo –dijo alegremente–.Vamos a disfrutar de la película. Me han dicho que está genial. Prohibido hablar de cosas serias.

Saqué la cartera y comprobé la salud de mi economía. Veinte euros. El sueldo de toda la semana. Tendría que hacer malabarismos financieros para llegar al lunes.

Estaba completamente desvelado. Mis padres y mi hermana hacía rato que se habían acostado y en la casa no se oía ni un ruido. El silencio más absoluto me envolvía.

Me levanté de la cama y encendí el ordenador. El reloj de mi mesita

marcaba las dos y cuarto de la madrugada. Mientras se ponía operativo cogí las fotografías de Héctor y de Berta, las puse la una al lado de la otra y me dediqué a observarlas unos momentos.

Abrí Google y escribí el nombre de Berta Ríos. Aparecieron varias entradas. Todas hacían referencia a la misteriosa desaparición y decían prácticamente lo mismo. En Patrulleros.com, Berta figuraba en cuarta posición. Me fijé en que los desaparecidos estaban ordenados cronológicamente.

¡En dos semanas se habían producido en España cuatro desapariciones!

Abrí la ficha de Berta Ríos.

Fotografía en color.

Datos: Berta Ríos Solano. 18 años. 1,70 cm. Ojos castaños. Cabello rubio, largo, liso. Complexión normal. Vestimenta en el momento de la desaparición. La última vez que se la vio fue en el restaurante X el sábado día 6 a las 22:00 horas, acompañada de un muchacho de su edad. Ver Noticia.

Pulsé «Ver Noticia». Leí los datos que ya conocía y anoté los números de teléfono de contacto. Policía Nacional, Policía Local, Guardia Civil y Protección Civil.

Volví a mirar las fotografías de los dos jóvenes. No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que el muchacho que había cenado con ella en el restaurante X la noche del día 6 era Héctor Miranda.

¿Qué pasó cuando salieron del restaurante X? ¿A dónde habían ido? ¿Con quién se habían tropezado? Demasiadas preguntas sin respuesta.

Justo en aquel instante me entró un wasap de Alicia: «¿Estás despierto?». Respondí afirmativamente. «Pues abre Google Maps», escribió. Obedecí: «Ya lo tengo abierto». «Callejea por las calles Carnero y Arganzuela», me pidió. «No son horas de hacer turismo callejero», le respondí mientras escribía en el buscador: «Calle Arganzuela». Alicia me obsequió con una frase amable: «No seas lerdo».

Arganzuela, Carnero, Mira el Río Alta, Bastero…

Di un salto en la silla.

Marqué el número de Alicia y al momento oí su voz al otro lado de la línea.

–¿Cómo lo has averiguado?

–Pensando –dijo Alicia con voz de sueño.

–¿Pensando? Permíteme que sea escéptico. Yo llevo tres días pensando en esta palabreja y todavía no sé a qué atenerme. Venga, dime cómo has dado con ello.

–Muy fácil. He empezado a preguntar por el Facebook y por el Tuenti a todo el mundo. Como supondrás, ha habido de todo. Un teatro, un auditorio, un pueblo… Todos en el País Vasco. También algún comercio, varios personajes apellidados así y una calle en Madrid. Me he metido en Google

Maps y he buscado la calle. Creo que será mejor que empecemos por la calle, aquí en Madrid, antes que irnos al País Vasco a echar un vistazo. Pero no podemos descartar nada.

Calle Bastero. Podía ser. Pero ¿quién me aseguraba que era eso precisamente lo que yo había gritado en medio de mi pesadilla?

Y en el supuesto de que me acercara hasta la dichosa calle, ¿qué se suponía que debía buscar?

–No estamos seguros de nada, Alicia. Lo más probable es que *bastero* se refiera a otra cosa.

–Mañana lo averiguaremos. No te preocupes. Y ahora, buenas noches. Vamos a dormir, que son casi las tres de la madrugada. Un beso.

–Un beso. Hasta mañana.

Al día siguiente fuimos a la calle Bastero; era estrecha y ofrecía un aspecto bastante desolador. Los edificios, de dos o tres plantas, tenían un aire antiguo. La mayoría de los comercios estaban cerrados, bajadas las puertas metálicas, y se veían pintadas de mal gusto por todas partes. Si juzgáramos la ciudad por calles como esta, podríamos pensar que Madrid había sido tomado por una civilización de tribus bárbaras.

Nuestra sorpresa fue mayúscula cuando nos encontramos con numerosas casas de antigüedades. Al parecer, la mayor parte de los comercios de esta índole se habían dado cita en la misma zona. Alicia y yo empezamos a recorrer la calle, leyendo los nombres de los comercios cerrados. Se traspasa. Se vende. Se alquila. Grafitis. Más grafitis.

El único comercio que permanecía abierto era un local con pinta de garito inmundo, en cuya fachada alguien había dibujado en negro los perfiles de un barco. Sobre el dintel de la puerta, destacaba un cartel blanco con letras rojas: El Galeón Fantasma.

Al abrir la puerta sonó una campanilla. El interior de la tienda estaba en penumbra. Parecía un bazar de objetos pasados de moda, amontonados sin orden ni concierto, igual que en un almacén de chatarra. Espejos, muebles, cuadros, lámparas… Todas las piezas tenían algo en común: eran oscuras y recordaban a un desguace. A mi derecha había un sillón de la época de la Restauración. Era de cuero negro, repujado, y la madera tenía ornamentos y filigranas. En la pared, sobre una estantería, descansaba un candelabro con tres velones encendidos, que proporcionaban a la estancia una luz fantasmal. Del techo colgaban pañuelos y telas. A mi derecha, sobre un taburete había un muñeco del tamaño de un bebé, una especie de títere, que sonreía enigmáticamente. En la repisa de una chimenea vi tres máscaras horrorosas, iguales. Representaban la cara de un cadáver a medio descomponer. Una especie de esqueleto momificado. Las cuencas de los ojos, vacías. El hueco oscuro en lugar de la nariz. La dentadura amenazadora como la de un

depredador. La cara descarnada y sonriente. Las tres máscaras envolvían la cabeza con un pañuelo negro, atado por debajo de la barbilla, a modo de caperuza siniestra.

Me giré hacia la izquierda y descubrí en un expositor de cristal varios animales disecados. El olor del polvo y la madera antigua se mezclaba con el de hierbas aromáticas. En alguna parte debía de estar ardiendo un pebetero con incienso o sándalo.

De repente, me quedé petrificado. En la pared del fondo colgaba un cuadro enorme, de dos metros por uno y medio aproximadamente. En él aparecía una mujer bellísima y muy joven, vestida con un elegante vestido de muselina roja y un ramo de rosas blancas en la mano derecha, el pelo recogido en un gracioso moño, los labios rojos, la piel blanca, la mirada soñadora.

–¡Aquella mujer del cuadro! –le señalé a Alicia–. ¡Es la misma que he visto en el sueño que te conté!

Alicia me contempló con temor unos segundos y luego clavó la mirada en el cuadro, pero no tuvimos tiempo de seguir hablando del asunto, porque enseguida oímos una ligera tos a nuestras espaldas y nos volvimos. Frente a nosotros había un hombrecillo encorvado, que vestía ropas oscuras y tenía el rostro del color de la tierra. Usaba un sombrero negro y puntiagudo y llevaba puestos unos anteojos diminutos. Parecía un personaje escapado de un cuento de brujas.

–Bienvenidos a mi tienda de objetos mágicos –dijo sonriendo con una boca sin dientes.

Hizo una reverencia anacrónica.

–¿Buscáis algo en particular?

–No, no. Solo queríamos echar un vistazo. Hemos visto que esta calle está llena de tiendas de antigüedades, aunque la mayoría están cerradas.

–Soy el último superviviente de una religión ya extinta –dijo el hombrecillo con cierto tono de solemnidad decadente–. En otra época esto era un barrio maravilloso. La gente entraba, miraba, compraba. Había una gran actividad. Pero los tiempos cambian. Para bien y para mal. Vivimos en un mundo azotado por las prisas. Un mundo sin encanto, sin magia, sin belleza.

Al oír la palabra *belleza* me volví hacia el cuadro de la muchacha de rojo.

–Es un cuadro muy bueno –dije–, aunque no entiendo mucho. Y la mujer retratada es muy hermosa.

La expresión del anticuario se endureció de súbito.

–Sí. Era muy hermosa. En realidad, fue la mujer más hermosa que jamás haya existido sobre la tierra.

–¿Quién es? –quiso saber Alicia.

–Se llamaba Belinda.

Alicia y yo nos quedamos callados. El olor del incienso se extendía por

todo el local, como una fragancia antigua. Aquel hombre nos observaba sin dejar de sonreír. Yo volví a mirar el cuadro porque no sabía qué decir ni dónde poner los ojos.

–El demonio se la llevó siendo una niña. Tenía dieciocho años cuando murió.

–¿La conoció usted?

Su rostro se ensombreció. Sus ojos se posaron sobre el lienzo.

–La conocí –susurró, como hablando consigo mismo.

–¿De qué murió?

El anticuario nos contempló con frialdad. Sus ojos parecían dos ascuas apagadas.

–Tuberculosis.

Me acerqué al cuadro para verlo mejor. Estaba fascinado. Admiré la belleza de aquella mujer atrapada por la muerte en la flor de la juventud. Aquella mujer que parecía mirarme desde la eternidad. Se trataba de un retrato de medio cuerpo. El vestido rojo dejaba al descubierto los hombros y los brazos, blancos como el mármol, igual que el cuello, el rostro, las manos... La piel de Belinda debía de haber sido de una blancura renacentista. A su espalda, el pintor había dibujado un paisaje sencillo. La dama se encontraba en una terraza, cercada por una balaustrada y un macetón con un arbusto verde. Al fondo se divisaban el campo, algunos árboles dispersos, un río lejano, las montañas azules, el cielo y las nubes. Todo lo que había en el lienzo parecía estar retratado allí para inmortalizar la belleza inquietante de aquella mujer.

Me acerqué hasta casi tocar el lienzo, y de repente reparé en que al pie del cuadro había dos anotaciones. En la parte inferior derecha se leía un garabato que decía *RM Iranzo.* En la parte contraria había escrita una fecha: *6 de octubre de 1942.*

–El pintor y la fecha de composición, supongo.

El anciano vino hacia mí. Lo observé con detenimiento. Arrastraba la pierna derecha y andaba un poco encorvado. Parecía que llevara sobre la espalda una carga invisible.

–Iranzo fue el pintor que hizo este retrato, en efecto. Un verdadero artista.

El hombrecillo se había colocado junto al cuadro y lo contemplaba con veneración. Durante un rato interminable observó el retrato de aquella mujer y por unos momentos me pareció que suspiraba y que trataba de disimular sus sentimientos más íntimos.

–Nadie mejor que él podía haber pintado a Belinda con tanta precisión. ¿Y queréis saber por qué?

Alicia también se había acercado hasta colocarse a mi lado. Noté que ella

estaba tan alterada como yo. El anciano volvió el rostro hacia nosotros. Un rostro contraído por la emoción.

–Porque la amaba. Porque la amaba tanto como yo. Por eso tuve que matarlo.

Dijo aquello con tanta naturalidad que me heló la sangre.

–¿Cómo que lo mató? –preguntó Alicia sin poder ocultar la incredulidad.

Nuestro anfitrión sonrió. La piel de su cara era tan rugosa que me pareció un pedazo de tierra. Un tubérculo deforme con dos ojos brillando, lo mismo que dos tizones de carbón.

–Lo maté con mis propias manos. Y luego me comí su corazón.

Alicia y yo nos miramos aterrados.

–Hace mucho tiempo… –añadió–, pero me acuerdo como si hubiera sido ayer.

Le hice un gesto a Alicia con los ojos, y ella entendió. Teníamos que marcharnos o aquel viejo acabaría volviéndonos locos. ¿Qué endiablada historia era aquella? Si continuábamos allí, íbamos a terminar por confundir la realidad con la fantasía. Aquel tipo debía de estar como una cabra.

–Tenemos que irnos –dije con una sonrisa forzada–. Se nos ha hecho tarde.

El viejo nos miró alternativamente a los dos. Hizo una mueca ambigua.

–Tarde, tarde… El tiempo no existe. Nunca es tarde. Nunca es pronto.

Alicia me cogió de la mano y tiró de mí.

Al llegar a la puerta, y antes de salir a la calle, me volví para contemplar por última vez aquel lugar de pesadilla. El anticuario nos había acompañado hasta la salida. Ataviado con aquellos ropajes oscuros, con aquel sombrero puntiagudo y negro, parecía la sombra de un gnomo medieval.

–El 6 de octubre de 1942 no es la fecha de composición del cuadro –dijo, sonriendo enigmáticamente.

Alicia y yo nos quedamos mirándolo, sin atrevernos a preguntarle por el significado de aquel nuevo dato. El hombrecillo acercó el rostro, en plan misterioso, y bajó la voz, como si fuera a confesar un secreto o un crimen.

–Es la fecha de la muerte de Belinda.

Abandonamos aquel lugar sombrío como almas que lleva el diablo.

Caminamos deprisa, en silencio, envueltos en oscuras premoniciones, hasta que cinco minutos más tarde llegamos a la Puerta de Toledo. Parecíamos dos fugitivos huyendo de una jauría de fantasmas. A nuestro alrededor se desmoronaba la tarde. Nos sentamos en un banco y durante unos minutos nos dedicamos a contemplar el gentío que circulaba en todas direcciones. Alicia había comenzado a morderse las uñas y eso era un indicio de que algún pensamiento terrible estaba pasando por su cabeza.

–¿Estás pensando lo mismo que yo? –me preguntó de repente.

–Me temo que sí –dije sin mirarla.

Alicia se puso de pie, frente a mí. Empezó a frotarse las manos, mientras se movía a derecha e izquierda, muy alterada.

–El 6 de octubre es el mismo día que desapareció Berta Ríos –observó– y el mismo día, aunque mejor sería decir noche, que golpearon a Héctor Miranda hasta dejarlo inconsciente, al borde de la muerte. Pero hay más. Belinda murió el año 1942. Y estamos en el 2015. El 6 de octubre se han cumplido setenta y tres años exactos. Belinda tenía dieciocho años cuando murió. Los mismos que tiene ahora Berta Ríos.

–Pues ya puestos a sacarle punta a la cosa –dije con un tono de cierta ansiedad–, no sé si te has fijado en las iniciales: Berta y Belinda.

Alicia había comenzado a pasear como un león enjaulado, con la cabeza inclinada hacia el suelo. Levantó el rostro y fijó su mirada en mí.

–Me di cuenta. Pero ahora viene lo más fuerte –dijo con la voz atravesada por la emoción–. Si Belinda tenía dieciocho años en 1942, es que nació en 1924. Si viviera, ahora mismo tendría… noventa y tres años.

–El anticuario dijo que la conoció y que la había amado. Tal vez Iranzo y él se batieron en duelo o algo así. Un duelo de amor. No sería la primera ni la última vez.

–Puede ser. Pero si eso es así, significa que ese hombre tendría que tener una edad aproximada a la de Belinda. Es decir, que debería rondar los noventa años. Y sin embargo, aparenta unos setenta como mucho. No más.

Tomé a Alicia de la mano y echamos a andar sin saber a dónde. Necesitábamos caminar y descargar la adrenalina. Caminar entre la gente, perdernos por las calles de Madrid, deambular sin rumbo, mientras seguíamos deshilando la madeja de aquella historia truculenta en la que nos hallábamos inmersos y que nos tenía completamente atrapados.

–Lo más impresionante de todo es la frialdad con la que este tipo ha confesado su crimen –dije al mismo tiempo que cruzábamos un semáforo en verde en la Gran Vía–. ¿Tú crees de verdad que mató al pintor y se comió su corazón?

–Yo creo que todo esto es demasiado extraño. Pero sí. Creo que este personaje tan siniestro es capaz de cualquier cosa.

Recordé el local. Jamás había visto un lugar tan asombroso. Ubicada en una calle solitaria, llena de grafitis, en la que todos los comercios habían cerrado, aquella tienda ofrecía un repertorio de objetos de lo más extravagante. Evoqué el aroma a sándalo, la luz de los velones ardiendo en el candelabro, las marionetas, los títeres de guiñol, las tres máscaras macabras con el rostro de la muerte y el cuadro con el retrato de Belinda en la pared del fondo.

–Me temo que tendremos que volver a esa tienda–dije con voz atribulada.

–Ya lo había pensado.

Capítulo noveno

¿Quién has dicho que eres?

ALICIA aprovechó el puente de Todos los Santos para regresar a Gélver con sus padres. Yo me mentalicé para estar cinco días sin ella.

Cinco eternos días solo.

El metro me dejó prácticamente a unos pasos del número 390 de la calle Alcalá, donde vivía Carlos Valle, el detective que me había recomendado Lázaro Abellán. Subí andando y al llegar a la puerta me quedé un tanto perplejo. Valle había colgado un cartel en el que se leía con letras de molde: *Charly Valley, Detective's Agency*.

Llamé al timbre y a los pocos segundos me abrió la puerta un tipo no demasiado alto, barrigón, escaso de pelo, con cara de sueño y barba de varios días. Vestía batín de andar por casa y zapatillas de paño.

–¿El señor Carlos Valle? –pregunté sin entrar.

–El mismo que viste y calza.

–Me llamo Daniel Villena –comencé diciendo–. Y vengo de parte de Lázaro Abellán, un periodista que trabaja en la redacción de *El País*.

Le enseñé la tarjeta que me había dado Abellán, en cuyo dorso había anotado yo los datos de Valle. El detective no necesitó coger la tarjeta. Se limitó a asentir levemente.

–Pasa –dijo, franqueándome la entrada.

Se trataba de un piso pequeño con muebles baratos. Un par de gatos que remoloneaban por el pasillo se quedaron mirándome con desconfianza.

Durante el trayecto que recorrí desde la puerta hasta su despacho vi lo suficiente para darme cuenta de que aquel individuo vivía precariamente. Muebles viejos y desvencijados, polvo en los rincones, olor a comida rancia…

–Aquí estaremos más cómodos.

El despacho era una habitación de unos seis metros cuadrados. De manera inverosímil, aquel individuo había logrado reunir en tan pequeño espacio una mesa, su silla de trabajo, dos asientos más para los posibles clientes, una estantería, un archivador, un ordenador con escáner e impresora, una planta artificial y un armario. Las paredes estaban tapizadas con diplomas, títulos y certificados de cursos por correspondencia. Carlos Valle se sentó en su silla y me invitó a tomar asiento frente a él.

–Tú dirás.

Saqué el pin del bolsillo y se lo alargué. Valle lo cogió con su mano derecha.

–Encontré este pin en la calle y me gustaría saber qué significa, a quién pertenece, qué valor puede tener… En fin, ya sabe.

Valle guardó silencio mientras analizaba el pequeño objeto con detenimiento, los dos árboles color esmeralda en forma de aspa, el círculo negro, la leyenda CPRS en el centro. El enganche de aguja. Suspiró.

Extrajo una libreta del cajón de su escritorio, cogió un bolígrafo del bote atestado de lápices y tomó nota de todo ello. Fue hasta el armario y regresó con una pequeña balanza de las que usan los orfebres.

–12 gramos –dijo.

Lo anotó en la libreta. Luego volvió al armario y esta vez regresó con una cámara fotográfica Cannon. Hizo varias instantáneas del objeto.

A continuación, sacó una regla de estudiante de uno de sus cajones y tomó las medidas del pequeño pin.

Finalmente, se quedó mirándome con expresión risueña.

–Necesitaré una semana.

–¿Qué puede significar CPRS?

Valle se acarició la lija de la barba y puso cara de jugador de póquer.

–Cualquier cosa. Quién sabe... ¿Dónde lo has encontrado exactamente?

–En el parque de San Isidro.

Valle sacó un plano de Madrid y lo extendió sobre la mesa. No tardó ni diez segundos en señalar el parque con el índice de su mano.

–Como comprenderás, chaval –dijo con la vista clavada en el mapa–, este lugar es visitado por miles de personas durante el día.

–Y por las noches.

–¿Por las noches? –Valle lanzó un bufido–. Por la noche eso se llena de putas, maricas, moros, rumanos, borrachos, yonquis…

En aquel momento oímos la voz de una anciana.

–¡Carlitos! ¡Carlitos!

–Es mi madre –sonrió compasivamente el detective–. Está impedida y se pasa el día entre la habitación y el salón, viendo la tele o haciendo crucigramas. Tengo que ir a ver qué quiere.

–¡Ya voy, mamá! –gritó.

Valle se levantó, dando por terminada la entrevista, y yo lo imité.

–Llámame dentro de cuatro o cinco días y ya te diré lo que he averiguado.

Nos dirigimos hacia la salida de la casa. En el pasillo, los dos gatos, agazapados entre las patas de las sillas, volvieron a observarme con la misma desconfianza de antes. Uno era blanco y el otro negro.

Estábamos en la puerta. Yo no sabía cómo decirle que no tenía dinero para pagarle. Me daba un apuro enorme.

–Verá, señor Valle. Soy estudiante y mi economía es, como usted

comprenderá, bastante delicada. Bueno –enrojecí y bajé la mirada–, lo de delicada es un eufemismo. En realidad, roza la bancarrota.

Carlos Valle soltó una carcajada y me palmeó los hombros con ademán campechano.

–Vamos, chaval. Si has venido aquí de parte de Lázaro Abellán, no tienes que pagarme nada. Ya se lo cobraré a él en la primera ocasión que se me presente.

–Gracias, señor Valle –dije estrechándole la mano.

–Llámame.

Valle cerró la puerta y yo me quedé unos instantes de pie, observando el cartel: *Charly Valley, Detective's Agency*. Sonreí. Aquel tipo tenía pinta de cualquier cosa menos de detective.

Oí el sonido que anunciaba la entrada de un wasap mientras bajaba las escaleras del metro. Era Alicia. «Estoy bien. Mi familia te manda recuerdos. No te metas en líos. Te quiero». Le devolví el mensaje al momento: «Por aquí todo va bien. Saludos en casa. Yo también te quiero».

El metro me dejó en la Gran Vía y de allí me dirigí andando a la calle Leganitos.

La Comisaría de Policía Distrito Centro era un edificio de ladrillo rojo, cuatro alturas, la bandera española ondeando en la fachada. La puerta y las ventanas bajas formaban un zócalo gris. A la entrada había dos agentes uniformados de azul, gorra reglamentaria, semblantes serios. Al ver mis intenciones de entrar, me hicieron el alto. Dije que quería ver al inspector Ostolaza.

–¿De parte de quién?

Saqué del bolsillo la tarjeta que me había dado Lázaro Abellán.

–*El País* –dije guardándomela enseguida para que no vieran las anotaciones que yo mismo había escrito en el dorso.

–¿Tienes cita?

–¿Qué?

–O sea, que no.

Sonreí estúpidamente.

–¿No llevas acreditación? Todos los periodistas tienen que llevar una acreditación para entrar aquí.

–Me la he dejado en casa –improvisé–. Esta mañana me he cambiado de camisa y debo de habérmela dejado en el bolsillo de la otra.

Los dos policías intercambiaron una mirada de mosqueo, pero mi aspecto inofensivo jugó a mi favor.

–¿No eres muy joven para trabajar en un periódico como *El País?*

–Estoy haciendo prácticas.

Uno de los policías se alzó de hombros y el otro chasqueó la lengua.

–Anda, pasa. El inspector estará en su despacho. Primer piso. ¡Y que sea la última vez que vienes aquí sin la acreditación!

El inspector Javier Ostolaza rondaría los cincuenta y pocos años. Era de constitución ancha, moreno, alto, bigotudo, cabeza rectangular, pelo abundante y canoso. Parecía un gigante. Vestía el uniforme oficial y estaba de pie, revolviendo papeles en una estantería, cuando me hicieron pasar a su despacho, después de atravesar una máquina detectora de metales, como esas que hay en los aeropuertos, y de haber sufrido un cacheo superficial.

–No tengo mucho tiempo –dijo sin volverse.

–Será solo un momento –repliqué desde la puerta, sin atreverme a pasar.

Ostolaza cogió una carpeta de la estantería y se sentó en el sillón de cuero negro que había frente a su escritorio. El despacho, a diferencia del de Valle, era muy amplio, casi como un salón de baile. Un retrato del rey colgaba en la pared que se alzaba tras la mesa del inspector, en una de cuyas esquinas ondeaban tres banderitas: una de la Comunidad de Madrid, otra de España y la tercera de la Unión Europea. Observé que la mesa estaba completamente limpia de papeles. Debía de tratarse de un tipo ordenado.

–¿Quién has dicho que eres?

–No se lo he dicho –dije todavía de pie en mitad de aquella enorme sala en la que uno se sentía igual que un náufrago en mitad del océano–. Me llamo Daniel Villena. Soy estudiante de Periodismo y estoy haciendo mis prácticas en *El País* –mentí como un villano–. Me manda Lázaro Abellán, a quien usted conoce.

–Abellán –repitió Ostolaza sin sonreír–. Sí, lo conozco.

–Necesito cierta información para un reportaje que estoy preparando. Un reportaje acerca de un suceso ocurrido aquí en Madrid hace un par de semanas.

–¿Información? –Javier Ostolaza torció el gesto y se quedó mirándome como un dóberman–. ¿Qué clase de información?

–¿Puedo sentarme?

El inspector asintió con un leve movimiento de los ojos. Tomé asiento frente a él y carraspeé antes de ponerme a decir lo que traía preparado.

–Se trata de Héctor Miranda y Berta Ríos. Lo supongo al tanto de los dos casos.

Ostolaza no movió ni un músculo de su cara.

–Tengo la corazonada de que ambas historias son la misma historia –añadí tratando de que mi voz sonara convincente.

–Es una hipótesis que barajamos –masculló Ostolaza fríamente–. Y como te imaginarás, ambos casos se encuentran bajo secreto de sumario policial. Es decir, que no puedo decirte nada.

Ostolaza se quedó callado, mirándome sin pestañear, y yo supuse que

debía inventar algo para no largarme con viento fresco y con el rabo entre las piernas. Algo con lo que pudiera granjearme su confianza. Repasé rápidamente la conversación con Abellán y, de repente, se encendió la luz en mi cerebro. Lucharía, aunque fuera a ciegas.

–Me comentó Lázaro Abellán que usted y su hermano habían jugado en los juveniles del Rayo Vallecano –dije sonriendo como un niño a quien le acaban de regalar una Nintendo.

Ostolaza pareció relajarse y yo vi el cielo abierto. Empecé a soltar mentiras, con tal de ganarme su confianza.

–Es que Abellán y yo nos conocemos desde hace tiempo –dije, tratando de que mi voz sonara convincente–. Somos buenos amigos. A los dos nos gusta el fútbol.

El inspector parpadeó. Decidí lanzar un órdago.

–Y también me dijo que, según su hermano le había contado muchas veces, usted era el mejor del equipo y que con un poco de suerte habría podido jugar en Primera División.

Ostolaza abrió los ojos como platos, pero enseguida infló el pecho y sus ojos se empequeñecieron, tal vez abrumados por la nostalgia. Se rascó la coronilla mientras soltaba un soplido. Me fijé en que, en efecto, su cabeza era rectangular.

–Seguramente –afirmó con una media sonrisa.

–O sea, que usted iba para futbolista…

El inspector respiró hondo. Noté cómo se esponjaba poco a poco.

–¡Qué tiempos, muchacho! Yo era más delgado que tú, que ya es decir, y corría con el balón en los pies igual que una gacela delante de un tigre.

Diana. Las enseñanzas de mi madre habían obrado el milagro. No hay nada como removerle a uno los buenos recuerdos si quieres llevártelo a tu terreno. Puestos a decir mentiras, decidí lanzar un segundo órdago.

–¿Y es verdad que el Real Madrid estuvo a punto de ficharlo para el primer equipo?

Ostolaza se quedó mirándome, entre asombrado e incrédulo.

–¿Te ha contado eso el tunante de Abellán?

Me estaba convirtiendo en un mentiroso compulsivo, pero no tenía otra alternativa si quería sonsacarle a aquel hombre algún dato sobre lo que estaba investigando. Puse cara de niño ante el altar el día de su Primera Comunión.

–Eso me aseguró. Y Lázaro Abellán no suele mentir. Ya le he dicho que lo conozco desde hace años.

–Pues algo de eso hubo, sí… –sonrió con la cara iluminada.

Mi estrategia de adulación había funcionado. Ostolaza estaba rendido y yo tenía que aprovechar el momento para sonsacarle lo que pudiera.

–Entonces, ¿no podría responder a cuatro preguntas sencillas que quería hacerle? Le quedaría muy agradecido.

El inspector Javier Ostolaza me contempló por primera vez con cierta benevolencia. Creo que acababa de darse cuenta de que yo no era un gusano impertinente.

–Me has pillado en la hora tonta.

Saqué la libreta diminuta que llevaba en la mochila, junto a la grabadora Olympus, y el bolígrafo, y me dispuse a tomar nota aunque fuera de manera taquigráfica.

–¿Qué significa restaurante X?

Ostolaza debió de pensar que revelarme aquella información comprometía el secreto sumarial de la instrucción abierta por la Policía.

–Es un restaurante de comida exótica, pero no puedo decirte el nombre. Lo siento. Prometimos no difundirlo a los dueños del establecimiento, para no dañar su reputación entre los clientes.

–Comprendo. ¿Han pedido algún rescate por Berta Ríos?

–¿Un rescate? –Ostolaza pareció sorprendido–. Pues no… Aquí nadie ha pedido ni un euro ni ha dicho nada.

–De lo que se desprende que no se trata de un rapto o secuestro.

–Efectivamente, aunque aún es pronto para pronunciarse.

–¿Es posible que los que dejaron en coma a Héctor Miranda sean los mismos individuos que hayan hecho desaparecer a Berta Ríos?

–Es muy probable, sí. Pero no podemos asegurarlo. En un fin de semana ocurren muchas cosas desagradables en Madrid.

–Y la última pregunta, inspector. ¿Hay alguien a quien pueda preguntar por Berta Ríos, aparte de sus padres? No quisiera hurgar en su dolor y, además, no creo que tengan ganas de que vaya nadie a molestarlos. Alguien a quien ustedes hayan interrogado y que pueda hablarme de ella, de sus amigos, sus estudios, sus aficiones…

El inspector Ostolaza se quedó pensando unos breves momentos.

–Hay una chica que te podrá contar lo que quieras de Berta. Se llama Helena Hidalgo. Helena con hache. Es compañera del instituto.

–¿A qué instituto se refiere?

–El Gran Capitán, uno enorme que está al lado del campo del Atleti. Ve allí y pregunta por ella.

Había llegado el momento de levantar el ala y largarme. Con aquellos datos tenía más que suficiente para seguir tirando del hilo. Me dirigí hacia la puerta acompañado por el inspector.

–Y dime, muchacho. ¿Qué más te ha dicho ese pillastre de Abellán?

–Me dijo que no solo era usted el mejor del equipo, sino que además era un auténtico donjuán con las chicas.

Ostolaza se quedó boquiabierto.

–¿De veras te dijo eso?

–Pues sí –insistí muy serio–. Exactamente eso.

–¡Será canalla…! Eso debió de ser por una novia que le quité una vez a su hermano. Cuando éramos solteros, claro. Una a la que llamábamos la Trini, y que estaba más buena que la Sofía Loren. Pero yo creo que le hice un favor. ¡Menuda pieza estaba hecha!

Nos dimos la mano en la puerta.

–Sí, debió de ser por eso.

El inspector Ostolaza había terminado por caerme bien. En el fondo, me sentía algo arrepentido por haberle mentido en lo referente a sus antiguas habilidades futbolísticas y a sus hazañas amorosas. Bien mirado, se trataba de mentiras inofensivas con las que había conseguido hacerlo feliz durante unos minutos y conseguir algo de información, sí, pero esto no me tranquilizaba.

Estaba en deuda con él.

Una tarde, paseando por el centro, me tropecé con Víctor Zurano, que salía de una tienda de ordenadores. Hubiera querido hacerme el despistado, pero Zurano se me echó encima sin que pudiera evitar el contacto.

–¡Pero si es Daniel Villena! –exclamó mientras me tendía la mano con tanta cordialidad que me sentí abrumado.

–Hola, Víctor –dije estrechándosela–. ¿Qué tal?

–Suelo venir a esta tienda cada vez que necesito material informático. El dueño es amigo mío y entiende mucho del tema. ¿Y tú?

–He salido a dar una vuelta. Me asfixiaba en casa. De vez en cuando necesito salir a que me dé el aire.

–Estupendo. A mí también me gusta callejear y perderme un poco.

Nos pusimos a caminar por la acera, sin rumbo. Víctor era un tipo amable y gran conversador. Tenía que admitirlo. Culto, pero no pedante. Se notaba enseguida que estaba al día en cualquier tema de actualidad, que tenía una base sólida en conocimientos generales y que razonaba y argumentaba con gran claridad. Además, era ingenioso porque salpicaba la conversación con anécdotas o con ocurrencias que le venían a la cabeza sobre la marcha. Pronto comprendí por qué Alicia se reía tanto a su lado.

–¿Qué tal el concierto del otro día en el Odesa? Lamenté no poder asistir –mentí sin pudor– y Alicia no me comentó nada después.

–Yo creo que le gustó mucho porque no paraba de aplaudir. Me dijo que la avisara cuando diera otro concierto. Espero que puedas venir tú también la próxima vez. Creo que en Navidad voy a dar uno. Os avisaré.

–Sí. Me gustaría –volví a mentir.

Bajamos hasta la plaza de Oriente.

–Sentémonos, te invito a una cerveza –propuso.

Entramos en un bar cualquiera y nos apostamos en la barra.

–Dos cañas –pidió Víctor al camarero.

Estuve tentado de decirle que nunca tomaba alcohol y que prefería una Coca-Cola, pero me callé y acepté la invitación. Bebería cerveza, aunque me gustara lo mismo que el aceite de ricino.

–Mi padre nunca ha entendido que yo quisiera estudiar Periodismo –confesó Víctor con una sonrisa franca–. Dice que soy la oveja negra de la familia y que me va a desheredar...

La sonrisa se convirtió en una media carcajada.

–¿Por qué?

–Mi padre es notario; mi hermano mayor, procurador, y mi hermana prepara oposiciones para la judicatura. Ya me dirás qué pinto yo en medio de tanta toga. En mi casa no se habla de otra cosa más que de códigos, artículos, pleitos y querellas.

Me di cuenta de que Víctor sonreía por todo. Era la simpatía personificada.

–A mí, sinceramente, lo que me va es la música. Si pudiera me dedicaría a componer bandas sonoras de películas, como Ennio Morricone, John Barry o Roque Baños. ¿Has oído la banda de *Las trece rosas?* ¡Qué bárbaro!

–¿Y por qué estudias Periodismo?

–El periodismo me permite desarrollar mi lado social. Hay tantas cosas que denunciar… El mundo es una jungla llena de depredadores. O comes o te comen. Ya sabes eso del pez grande y el pez chico… Yo estoy siempre a favor del pez chico, del pobre, del que no tiene nada. Es una cuestión de principios. Qué sé yo.

–¿Y cómo puedes compaginar la carrera de Periodismo y los estudios de piano en el conservatorio?

–Copiando en los exámenes.

Yo puse cara de circunstancias y Víctor volvió a soltar otra carcajada.

–Es broma, hombre. Lo que hago es aprovechar al máximo el tiempo. Por ejemplo, entre semana no veo la tele. Me entero de lo que pasa en el mundo por Internet, media hora al día me basta para saber lo que se cuece a mi alrededor.

Víctor pagó y salimos a la calle.

–Te dejo –me dijo, dándome la mano–. A ver si nos vemos por la facultad.

–De acuerdo.

–Y dale recuerdos a Alicia. Es una chica que vale mucho.

Vi marchar a Víctor Zurano por la acera, irradiando un aura de confianza en sí mismo que subyugaba enseguida. Tenía el aire del hombre que ha nacido para triunfar. Eché a andar, con las manos en los bolsillos, la cabeza inclinada, sin poder evitar el compararme con él.

Capítulo décimo

Helena con hache

ENCENDÍ el ordenador. Escribí «Raimundo María Iranzo» en Google y aparecieron tan solo tres entradas. Dos de ellas no me servían para nada. Una aludía a una tesis doctoral sobre la pintura madrileña de finales del XIX y la otra era una referencia cultural en una revista antigua de arte y literatura. En ambos casos únicamente se citaba el nombre del pintor. Nada más. La tercera entrada, sin embargo, era la web de un especialista en pintura realista española, y allí encontré una breve reseña biográfica de Iranzo: «Pintor nacido en 1914, en Burgos, y muerto de manera misteriosa en 1980, en Madrid». Su obra era muy breve. Se trataba de un pintor menor, especialista en retratos, que no había dejado rastro en la iconografía española.

La historia que me había contado el dueño de El Galeón Fantasma era imposible por cuestiones cronológicas y, además, no había forma de averiguar qué había de verdad y qué de mentira en todo aquello.

Recordé la inquietante tienda de antigüedades. Evoqué las tres máscaras siniestras y sentí un escalofrío.

Abrí Google Maps y escribí el nombre del instituto Gran Capitán. Al instante apareció la página web del centro. Se alzaba justo detrás del estadio Vicente Calderón, junto al paseo de los Pontones. Conocía perfectamente la zona. Estuve fisgoneando un rato para ver lo que hacían en el centro y que a mí me recordaba mi época tan reciente de estudiante de bachillerato.

–Helena Hidalgo –dije en voz alta. Sonaba bien. Me acordé del inspector Ostolaza, «Helena con hache», había dicho, y sonreí.

Pasé el sábado y el domingo igual que un perro vagabundo, dando vueltas sin ton ni son, examinando una y otra vez mis notas, del mismo modo que alguien que necesita encajar las piezas inconexas de un puzle y no acierta de ninguna forma. Me sentía como un idiota.

El lunes al mediodía llamé a Carlos Valle. Su voz telefónica era delgada y nasal, y me recordaba a esas voces que hablan por megafonía en los grandes supermercados o en los aeropuertos: «Señor Zacarés, señor Zacarés, preséntese en el mostrador de atención al cliente, señor Zacarés».

Valle no se anduvo con rodeos.

–Mala suerte, chaval.

«Lo que me faltaba», me dije. El detective Charly Valley no había

conseguido averiguar nada sobre el misterioso pin. Me asaltó el pensamiento mezquino de que aquel tipo barrigón y mal afeitado, en vista de que no iba a cobrar ni un céntimo por su trabajo, apenas habría dedicado a mi problema cinco minutos de su precioso tiempo. Me acordé de los gatos, uno blanco y otro negro, del olor a comida rancia, de la madre inválida haciendo crucigramas y de la sensación de miseria que se respiraba en su casa, y me prometí internamente que si alguna vez abría un despacho como detective o periodista, o de lo que fuera, cuidaría la estética y la higiene.

–No ha habido manera –me lo imaginé acariciándose la barbilla sin afeitar o rascándose el sobaco mientras me daba calabazas–. Reconozco que no he podido dar con la clave, chaval, pero te aseguro que seguiré intentándolo hasta que lo consiga. Cualquier día te llamo.

–Gracias de todos modos.

–De nada, chaval.

Alicia no regresaba hasta el día siguiente. Le mandé un wasap cariñoso. Necesitaba desahogarme. Era lunes y me encontraba bajo de moral. Me hubiera gustado meterme en la cama, taparme con la sábana, cabeza y todo, como cuando era pequeño y me daba miedo la oscuridad, y olvidarme del mundo. Pero mi madre acababa de llamarme para cenar. Me senté en la mesa con la misma ilusión con la que un reo sube al cadalso donde lo van a ejecutar. Dicen que la cara es el espejo del alma. Pues algo así me ocurría a mí. Mi cara debía de parecer un poema fúnebre y mi hermana Irene no perdió la oportunidad de meterse conmigo.

Estábamos cenando, y todos participaban de la conversación familiar. Todos, excepto yo, que me hallaba a miles de kilómetros de mis padres, de mi hermana, del salmón a la plancha y de la ensalada de aguacate.

–Susana ha colgado una foto de Daniel en Tuenti.

Fue como si me expulsaran de mi nube con una patada.

–¿Qué has dicho?

–Todas mis amigas la han comentado.

–Pero ¿se puede saber por qué no me dejas en paz?

Mi madre, como siempre, salió en defensa de Irene.

–No hables así a tu hermana.

–Pues que no se meta conmigo. Y que deje de hacer de alcahueta.

Mi padre sonrió. Se limpió la boca con la servilleta antes de hablar.

–Vamos, Daniel. No seas tan quisquilloso. Total, por una foto…

No respondí. ¿Para qué? Me concentré en el salmón a la plancha. En esos momentos me sonó el móvil, que llevaba en el bolsillo del pantalón. Lo saqué con tanta precipitación que se me cayó al suelo el pin, produciendo un sonido metálico al rebotar en el suelo, igual que si se me hubiera caído una moneda. Tin, tin, tin. La llamada del móvil era una tontería. Publicidad de

Vodafone. Me agaché para recoger el pin del suelo, pero mi hermana fue más rápida que yo. Con una velocidad de liebre lo cogió y se quedó mirándolo con curiosidad.

–¿Qué es esto?

–A ti qué te importa. Dámelo.

Mi padre se puso serio.

–¿Qué modales son esos?

–Lo siento, papá. No me gusta que se metan en mis cosas.

Mi madre alargó la mano.

–A ver, déjame verlo.

Irene se lo pasó a mi madre. Mi madre se lo pasó a mi padre y este, finalmente, me lo devolvió.

–Lo encontré en la calle –dije con el pin aún en la mano–. No sé lo que significa.

Aquello espoleó a mi hermana. No hay nada que la estimule más que demostrar que es más inteligente que yo.

–No será tan difícil averiguar el significado –dijo con suficiencia–. Usa las neuronas.

Me dieron ganas de tirarle el salmón a la cara.

–Ah, ¿sí? ¿Y qué se supone que significa?

–Tú sabrás.

Guardé el pin y terminé la cena lo más rápidamente posible. No quería seguir con aquella conversación estúpida. Con la excusa de estudiar, me encerré en mi cuarto, dispuesto a encontrar de una vez el significado de aquellas siglas.

Encendí el flexo. Saqué el pin y lo puse encima de la mesa, frente a mí. Enfoqué la luz para verlo mejor. Volví a escribir CPRS en Google, y otra vez aparecieron las referencias conocidas: centros de profesores y organizaciones o empresas extranjeras.

Me dediqué a revisar en las redes sociales todo lo referente a Berta Ríos y a Héctor Miranda durante las últimas semanas. Esperanza y dolor a partes iguales. Indignación. Sufrimiento. Algunos hablaban de expulsar de España a todos los extranjeros y de volver a instaurar la pena de muerte. Yo estaba convencido de que aquello no era obra de una banda de inmigrantes; ni siquiera de una banda de delincuentes.

De repente, llamaron a la puerta.

–¿Sí?

Supuse que sería mi madre, que venía a darme las buenas noches o a traerme un vaso de leche. Pero en su lugar, vi asomar la cara de mi hermana.

–¿Puedo pasar?

–Estoy ocupado.

Mi hermana no hizo caso y entró en el cuarto.

–Te he dicho que estoy ocupado. Lárgate.

–Tengo que pedirte algo.

–¿Qué?

–Que tengo que pedirte algo.

–Ya lo he oído. ¿Qué es lo que tienes que pedirme?

–Una foto dedicada.

Mi hermana había dado un paso, lo suficiente para ocupar el hueco entero de la puerta. Hizo una pequeña pausa teatral mientras yo me mordía la lengua para no mandarla a tomar viento fresco.

–¿Qué dices de una foto?

–Mi amiga Cristina quiere que le firmes una foto tuya.

La miré con asombro.

–Pero ¿se puede saber qué rollo te traes con tus amigas? ¿Por qué no me dejáis tranquilo?

–Se lo he prometido.

–Pues lo llevas claro. Por mí como si te operas. Dile a Cristina de mi parte que se compre un peluche.

–¡Eres un cernícalo!

–Vale. Cierra la puerta cuando salgas.

El instituto Gran Capitán se alzaba en el paseo de los Melancólicos. Un edificio enorme, con varios módulos, funcional, que debía de albergar a más de mil personas entre estudiantes, profesores, personal de limpieza, conserjes… Cuando llegué no había nadie por los alrededores, por lo que supuse que los alumnos estarían en las aulas. Llamé al timbre varias veces. Tarea inútil. El conserje debía de estar almorzando. Por suerte, apareció por allí un tipo con aspecto de profesor, cartera de piel, cuarentón. Abrió la puerta con una llave y sin preguntarme quién era ni qué pintaba yo allí me invitó a pasar al interior.

–Guillermo estará por ahí.

Supuse que Guillermo sería el conserje extraviado. Le pregunté dónde podía encontrar al director del centro y me señaló un pasillo. En el vestíbulo de la entrada, unos pocos alumnos iban y venían con mochilas a la espalda. Un profesor y una profesora pasaron hablando sin hacerme caso. Vi que la conserjería estaba vacía. Al parecer, el tal Guillermo «estaba por ahí».

Me dirigí hacia el pasillo indicado. Leí Jefatura de Estudios, Secretaría, Dirección. La puerta de esta última estaba entreabierta. Me asomé con discreción y vi a una mujer de unos cincuenta años conversando con otra bastante más joven.

–¿El director? –pregunté tímidamente.

Las dos mujeres interrumpieron su conversación para mirarme. La mayor, que llevaba gafas, fue la que habló:

–Soy yo.

–¿Podría hablar un momento con usted?

–Enseguida –dijo; al momento se volvió hacia la otra–. Luego seguimos, Elisa. Te busco en el departamento.

La profesora joven salió del despacho, después de sonreírme. Le devolví amablemente la sonrisa.

–¿Sí?

–Me llamo Daniel Villena. Estudio Periodismo y estoy de prácticas en *El País*.

Enseñé la tarjeta falsa que me había confeccionado a partir de la que me entregó Lázaro Abellán. Me había bastado usar el logotipo de *El País* y el formato de la tarjeta, y cambiar el nombre de Abellán por el mío. Un poco de *tippex,* una fotografía en color tamaño carné, un escaneado láser y un plastificado perfecto habían obrado el milagro. Yo sabía que aquello constituía un delito y que podía tener problemas con la justicia, pero estaba convencido de que el fin justificaba los medios.

La directora, tal como yo había supuesto, no prestó demasiada atención a la tarjeta. Se limitó a mirarla desde la distancia y asentir.

–Tengo entendido que aquí estudia Berta Ríos Solano.

La mujer se puso seria.

–Sentémonos –dijo.

Cerró la puerta y ambos nos sentamos en los sillones de cuero del despacho.

–¿Qué podría decirme de Berta?

–Pues que es una alumna bastante estudiosa. Alegre, dinámica… Como cualquier chica de su edad. Todos estamos muy preocupados.

–Lo comprendo. ¿En qué curso está?

–Segundo de bachillerato. Ciencias Sociales. Creo que quiere estudiar Derecho. Su expediente es bastante bueno.

–Me gustaría hablar con una compañera suya, una tal Helena Hidalgo.

La directora pulsó un botón del teléfono, cruzó unas palabras con alguien de secretaría y volvió a prestarme atención.

–La verdad es que no sabemos qué más hacer –dijo, afligida–. Hemos realizado dos manifestaciones en la puerta del instituto, con pancartas, parando el tráfico, hemos iniciado una campaña en las redes sociales…

Una mujer de mediana edad entró en el despacho, después de llamar a la puerta.

–Lo que me has pedido, Carmen –dijo entregándole un papel a la directora, y desapareciendo enseguida.

La directora me miró, entre seria y comprensiva.

–Helena está ahora mismo en clase y no puedo hacerla salir. Tampoco

puedo darte su número de móvil ni sus datos personales. Pero lo que sí puedo facilitarte es el número de teléfono de su casa.

–Será suficiente –dije tomando nota.

–Helena y Berta son como hermanas. Van a la misma clase desde 1.º de ESO.

La taberna Ángel Sierra es un local que abre sus puertas en la plaza de Chueca. Llegué temprano. Apenas había cuatro o cinco parroquianos, tomando cervezas y vasos de vino. El local parecía el sótano de un castillo, una cueva atestada de barriles y toneles por todas partes, mesas y sillas de madera maciza, botellas en los altillos. Olía a vino fermentado y a vinagre. Pedí una Coca-Cola y me senté en una esquina. Saqué la libreta de notas de la mochila y me dediqué a repasar mis apuntes mientras esperaba.

El anticuario, Belinda, Iranzo, Alejandro Cidones, Berta Ríos, Héctor Miranda, el parque de San Isidro, Charly Valley, el inspector Ostolaza, Lázaro Abellán… Aquello parecía el diario de un loco. Un galimatías imposible de descifrar.

De repente, noté que alguien se había plantado frente a mí. Levanté los ojos y la vi. La muchacha más sensual y hermosa que pueda imaginarse. Casi tan alta como yo, el cabello largo, negro carbón, cayéndole sobre media espalda, el rostro ovalado, los ojos del color de un lago, la sonrisa roja. Me levanté apresuradamente y estuve a punto de tirar la Coca-Cola encima de los papeles.

–¿Helena?

–Tú debes de ser Daniel Villena.

Le tendí la mano como un estúpido. Ella hizo como que no la había visto y se acercó para darme dos besos. Olía a lavanda.

–¿Qué quieres tomar? –invité–. ¿Coca-Cola, Fanta…?

Helena sonrió. Creo que era la sonrisa más atractiva que había visto en mi vida.

–Un chato de vino.

Fui hasta el mostrador, pedí el chato y regresé con él a la mesa.

–Estoy investigando lo de Berta –empecé diciendo después de echar un pequeño trago de Coca-Cola–. He revisado lo que dice la prensa, la televisión, la radio, lo que aparece en Internet, lo que se comenta en las redes sociales… Le he dado veinte mil vueltas al asunto y he de confesar que estoy en un callejón sin salida.

Helena había dejado de sonreír tan pronto como abordé el tema de su amiga.

–También estoy investigando la muerte de Héctor Miranda. Supongo que habrás oído hablar del caso. Estoy seguro de que ambos sucesos son el mismo.

Helena me contempló con ojos desolados.

–Es lo más probable –dijo en voz baja–. El día 6 hacía justo un mes que estaban saliendo juntos. Berta estaba muy enamorada de Héctor. Y estoy segura de que Héctor también lo estaba de ella. No había más que verlos.

–¿Un mes justo? ¿Cómo puedes saberlo con tanta exactitud?

–Pues porque la noche que…, en fin, la noche del 6 de octubre, Héctor y Berta iban a celebrar precisamente eso, que llevaban un mes saliendo juntos. Me lo dijo ella en clase. Me comentó que iban a cenar a un restaurante que estaba cerca de su casa.

–Y al parecer, eso fue lo último que se supo de ellos…

Helena se bebió medio chato de vino de un golpe.

–Eso creo.

–¿Nadie sabe de qué restaurante se trata? Tal vez si supiéramos el nombre podríamos averiguar algo… El inspector que lleva el caso, con quien hablé, no quiso revelarme el nombre del establecimiento. Dijo que pertenecía al secreto sumarial de la instrucción abierta por la Policía.

–Al menos sabemos que se trata de un restaurante que está cerca de su casa.

–¿Dónde vive Berta?

–En la calle Caramuel, 16.

–También sabemos que es un restaurante de comida exótica, según las palabras del inspector Ostolaza. No creo que haya tantos restaurantes de ese estilo cerca de Caramuel.

Pagamos en la barra y salimos a la calle. Estaba anocheciendo. Volví a admirar la belleza de Helena Hidalgo, una belleza fuera de lo común. Los hombres que pasaban por la calle se volvían para mirarla.

–Háblame de su familia –le pedí–. ¿Hay algo que pueda darme alguna pista?

–Berta es la hija mayor. Tiene un hermano dos años más pequeño, que va a 4.º de ESO, en nuestro instituto. Se llama Rafa. Sus padres son bastante normales. El padre de Berta se llama Rafael, igual que el hijo, y trabaja en el Ayuntamiento, no sé de qué. La madre trabaja en un despacho de abogados, como administrativa. El resto, lo de cualquier familia: abuelos, tíos, primos…

–¿Alguna afición especial?

Helena se quedó mirando al infinito. Parecía que estaba a tres mil kilómetros de distancia con el pensamiento. La observé de soslayo y comprendí que era de esa clase de mujeres de las que uno puede enamorarse perdidamente con mucha facilidad.

–Lo normal: la música, el cine, los libros… Es una fan de Julio Verne.

Habíamos llegado a la Gran Vía y era el momento de separarnos.

Había caído la tarde definitivamente. En el cielo resplandecían las primeras estrellas. Helena con hache estaba hermosísima a la luz

fosforescente de los rótulos que brillaban por todas partes, Capitol, Deutsche Bank, Hotel Tryp Rex, semáforos, taxis que pasaban a gran velocidad… Hubiera deseado quedarme toda la vida con ella.

–Podrías darme tu número de móvil –sugerí–. Por si necesito llamarte otro día.

Helena me sonrió con tristeza.

–Claro. Toma nota y luego me das el tuyo.

En la agenda escribí solamente H. H.

–Llámame cuando quieras –le dije, devolviéndole la sonrisa triste–. Tal vez te acuerdes de algún detalle que pueda serme útil.

Nos dimos dos besos y echamos a andar por caminos diferentes. Ella, hacia la carrera de San Francisco. Yo, hacia Marqués de Urquijo. Me volví un momento para verla alejarse entre el gentío, elegante, escultural, como una diosa olímpica, ajena al mundanal ruido que la envolvía, indiferente a las miradas con que la obsequiaban los hombres, segura de sí misma, inmensamente triste.

La perdí de vista y me puse a caminar igual que un perro vagabundo, las manos en los bolsillos, la cabeza hecha un avispero, las ideas disparadas como flechas en mil direcciones diferentes. Pensé en lo que habíamos hablado y tuve que admitir que no había sacado nada en claro.

Me sentía atrapado, igual que un ratón en un laberinto o un abejorro dándose cabezazos contra el cristal de una ventana.

Caminé y caminé, sin ser muy consciente de hacia dónde me guiaban mis pasos, hasta que casi sin darme cuenta me di de bruces con el portal de mi casa.

Capítulo undécimo

Mesa para dos

ALICIA regresó de Gélver el martes por la tarde. Llegó sonriente, alegre, una fuente de energía, igual que siempre.

Nos abrazamos como si hubiéramos estado un año sin vernos. Traía una maleta de mano. Se la cogí y nos pusimos a andar hacia la parada del metro.

–¿Qué tal por Gélver?

–Como siempre. Mi familia te manda recuerdos.

Sonreí. Recordé el día en que nos conocimos, dos años atrás, en pleno verano, cuando fui con la familia a veranear a Gélver, en Almería. La primera vez que Alicia y yo entablamos conversación fue en una excursión vespertina a la Cueva del Moro, una gruta en la que entra el agua del mar siempre que sube la marea. Desde entonces, éramos algo más que una pareja de enamorados. Formábamos un verdadero equipo. Y tenía que reconocer que sin Alicia me sentía como un huérfano.

–Me he apuntado a una plataforma para evitar la desertización del sureste peninsular. Cada vez que voy a Gélver, me entra depresión.

–¿Dónde hay que firmar?

–Tan pronto como lleguemos a casa te lo digo.

El metro nos dejó en San Bernardo. Desde allí hasta la calle Vallehermoso, donde vivía Alicia, dimos un paseo. Hacía frío. Nos abrazamos mientras caminábamos.

–¿Y por aquí?

–Tengo muchas cosas que contarte.

Llegamos al piso de Alicia, que estaba sumido en un silencio absoluto. Al parecer, Bea y Laura debían de haber salido.

Al sabernos solos, Alicia y yo nos besamos con pasión. Olvidándonos de todo, nos metimos en su habitación y nos desnudamos con prisa. Los dos estábamos deseosos de recuperar el tiempo perdido.

–Hoy estoy dispuesto a darte todo lo que me pidas –le susurré al oído mientras la besaba en el cuello.

–Eres un golfo –sonrió con picardía–. Solo me quieres por mi cuerpo.

–Y tú a mí por mi dinero.

El cuerpo de Alicia era delgado y blanco, y el pelo castaño le caía sobre los hombros como una cascada de trigo maduro. Era proporcionada y de curvas suaves. Toda ella olía a primavera recién creada.

Nos amamos sin prisa mientras el mundo se diluía a nuestro alrededor.

Después de la ducha, nos sentamos en el sofá del salón. Alicia llenó dos vasos de zumo de naranja. Brindamos. Después de beber un poco, dejó el vaso a un lado y me miró, con una sonrisa radiante.

–Eres un alma de cántaro.

Me quedé esperando, sin atreverme a preguntar nada.

–¿Qué piensas? –me preguntó Alicia, sin dejar de sonreír.

–¿Has averiguado algo?

Me besó en la punta de la nariz.

–Por supuesto.

Me puse tan serio que Alicia empezó a reírse a carcajadas.

–Somos un par de memos –dijo tan pronto como recobró la compostura.

–¿Por qué dices eso?

–Era evidente que a CPRS le faltaban las vocales. Bastaba con mirar el dibujo.

Saqué el pin y lo miré con ojos anhelantes.

–¿Vocales?

–Pues claro –afirmó Alicia en tono doctoral–. ¿Qué ves?

–¿Que qué veo? Pues dos árboles…

–Exacto. Venga. Vamos a jugar a decir nombres de árboles, empieza.

Levanté los ojos hacia Alicia, sin atreverme a abrir la boca.

–Vamos –me animó–. ¿Es que no conoces ninguno?

–Pino, naranjo… –comencé a enumerar como un alumno torpe–, higuera, limonero…

–CPRS –recordó Alicia.

Me quedé pensando unos segundos hasta que de pronto se hizo la luz en mi cerebro. ¿Cómo no me había dado cuenta?

–¡Ciprés!

–¡Premio para el caballero!

Volví a mirar el pin. Evidentemente, los dos árboles que se cruzaban, en forma de aspa, tenían todo el aspecto de dos cipreses. ¡Qué ciego había estado!

Alicia fue hasta su cuarto y regresó con el portátil encendido. Tan pronto como el ordenador se puso operativo, buscó la palabra «ciprés» en el DRAE y leyó en voz alta:

–Ciprés: árbol de hoja perenne, familia de las cupresáceas, etc. En latín: *cypressus sempervirens*. O sea, árbol siempre verde. Sinónimo poético: Cipariso.

Luego tecleó la palabra «Cipariso» en Google. Aparecieron varias entradas, todas ellas relacionadas con el mito clásico de un joven, llamado Cipariso, a quien el dios Apolo convirtió en ciprés, el árbol que simboliza el

dolor por los seres queridos muertos. Otras entradas explicaban que el ciprés era un árbol sagrado en las religiones antiguas, especialmente la grecolatina, por su longevidad, su resina incorruptible y su verdor perenne. Se consideraba el árbol de la vida eterna, la inmortalidad y la resurrección. Miré el pin con otros ojos. Todo empezaba a encajar. Dos cipreses, dos vidas, dos amantes eternos.

De manera inevitable, mis pensamientos volaron hacia el anticuario y la hermosa Belinda. Pero también me llevaron hacia Héctor y Berta.

Estaba desvelado. El despertador marcaba las 2:35 de la madrugada. Me levanté y me acerqué hasta la cocina. Bebí un trago de leche fría. Pensé en mi hermana, que solía insultarme siempre que bebía a morro del envase. «¡Eres un neandertal!». Que le fueran dando, me dije mientras bebía.

Volví a mi habitación. Me encontraba totalmente despierto. Pulsé el botón de encendido del ordenador y esperé unos segundos hasta que la pantalla se puso operativa. Abrí Google y escribí: «Restaurantes exóticos Madrid».

Decenas de entradas. Restaurantes turcos, libaneses, hindúes, iraníes, pakistaníes, griegos, orientales, tailandeses, macedonios, marroquíes, argelinos, italianos, argentinos, mexicanos, japoneses… Aquello parecía una torre de babel gastronómica. Me puse a pensar, pero no se me ocurría por dónde seguir tirando del hilo.

Escribí «Restaurante exótico cerca calle Caramuel». Aparecieron decenas de referencias, gastronómicas y no gastronómicas: Los Pinos, La Esquina de Eusebio, Caramuel Centro de Salud, Dermoestética Ramírez, Clínica Veterinaria, Farmacia Pabón Torres, Cipariso…

¡Me quedé helado!

Cipariso.

Especialidad: cocina griega.

Dirección: Paseo de Extremadura, 152.

Abierto todos los días, excepto los lunes.

Teléfono: 91 366 44 13.

Tomé nota de todo en mi bloc y le mandé un wasap a Alicia: «Mañana te invito a cenar. Paso por tu casa a las ocho. Ponte guapa. Besos».

El día siguiente era viernes. Y los viernes no teníamos clase.

Me metí en la cama y apagué la luz.

Supongo que debí de quedarme dormido ya de madrugada. Cuando mi madre vino a despertarme al día siguiente era cerca del mediodía. Tenía que llamar al restaurante enseguida para hacer la reserva.

Alicia se había puesto realmente guapa. Llevaba un vestido de color

malva y calzaba zapatos de medio tacón. La melena le bailaba como ocurre en esos anuncios en los que se promocionan champús. Y encima se había maquillado, cosa inusual en ella. Llevaba los ojos, los pómulos y los labios pintados de color violeta, a juego con su vestimenta. Estaba hecha un bombón.

–¿Adónde me llevas?

–Es un secreto.

–¿Y a qué se debe esta inesperada y generosa invitación? ¿Es que has heredado la fortuna de una tía desconocida y millonaria?

–Te he dicho que es un secreto. No seas impaciente.

Cruzamos el puente de Segovia y enfilamos el paseo de Extremadura. El otoño avanzaba, con sus vientos, sus fríos y sus lluvias. La ciudad bullía de luces y ajetreo. La gente entraba en los bares, salía de los comercios, se oían risas, conversaciones. Madrid ofrecía un aspecto casi navideño.

Alicia abrió la boca y los ojos cuando llegamos y vio el nombre del restaurante.

–¿Entramos? –pregunté al mismo tiempo que abría la puerta con ademanes ceremoniosos.

El local reproducía con la decoración motivos helénicos. Los pilares imitaban columnas jónicas y dóricas, rematadas con capiteles del mismo estilo. En las paredes se veían formas y caracteres alfabéticos griegos. Había también imágenes y grabados, con mitos clásicos. Reconocí a Heracles luchando con la hidra, a Zeus blandiendo su rayo, a Afrodita saliendo de la espuma del mar de Chipre.

–¿Mesa para dos?

Era una muchacha de unos veintipocos años, bajita, morena, simpática. Por la manera de hablar parecía andaluza.

–Sí. Tengo una reserva para dos personas. A nombre de Daniel Villena.

–Muy bien. Seguidme, por favor.

Nos precedió hasta una mesa situada junto a un macetón con una planta de interior, verde y trepadora, con florecillas blancas. Más de la mitad de las mesas estaban ocupadas por gente que hablaba en voz baja.

Un camarero nos trajo la carta.

–Según todos los indicios –comencé a decir sin abrir la carta–, Héctor y Berta cenaron aquí la noche de marras. Podríamos preguntar.

–¡Muy bien! –exclamó Alicia sonriendo–, pero vamos a pedir primero. ¿Te parece? No vamos a preguntar de buenas a primeras, como si fuéramos dos policías… Habrá que hacerlo con cierta discreción.

–De acuerdo.

Elegimos un poco de aquí y un poco de allá, lo que nos pareció más llamativo y típico –según las aclaraciones entre paréntesis de los ingredientes–, para probar varios sabores distintos: *tzatziki, taramosalata,* ensalada espartana y *spanokopita.*

Sonaba una música de fondo con reminiscencias helénicas, y las mesas estaban adornadas con flores y velas encendidas.

Durante una hora aproximadamente, nos dedicamos a degustar aquellos sabrosos manjares. El *tzatziki* consistía en una especie de salsa elaborada con pepino, yogur y ajos, que servían para acompañar cualquier otro plato. De entrada, nos sirvieron la *taramosalata,* que era una crema de huevas de pescado. Después, como plato más consistente, nos trajeron la *spanokopita,* un pastel de espinacas, y la ensalada espartana, que combinaba varias verduras con queso feta, uno de los más típicos del país. Regamos la cena con vino griego. Para el postre, acompañando a los dulces, nos sirvieron *metaxá,* un licor que mezclaba vino y brandy, y que debía de tener una alta graduación porque no pude pasar del primer sorbo.

El ambiente estaba bastante animado. Mientras comíamos, nos dedicamos a observar el local, a la gente que cenaba a nuestro alrededor, a los camareros que iban y venían entre las mesas, para tratar de captar algún detalle sospechoso y dar con alguna pista.

La camarera que hablaba con acento andaluz pasó cerca de nuestra mesa y vi llegado el momento de abordarla. Le hice una seña con la mano, para llamar su atención, y se me acercó con una sonrisa encantadora.

–¿La cuenta?

–Sí, por favor.

Poco después, la camarera nos presentaba la factura: 44,50 euros. ¡Vaya crujido! Después de aquel exceso económico, tenía que ahorrar a la fuerza.

–Querríamos hablar contigo un momento –dije cuando recogí el cambio–. Si no te importa…

Ella acentuó la sonrisa, dando a entender que aceptaba.

–Verás, se trata de un asunto un poco delicado. ¿Quieres sentarte con nosotros?

La muchacha dejó de sonreír.

–¿Algún problema con la cena?

–No, no. Por favor, siéntate.

–No nos permiten sentarnos con los clientes.

–Pues entonces, ¿podemos hablar en un lugar más discreto?

Ella se puso en guardia. Su cara dejó traslucir un cierto temor.

–No entiendo.

Saqué la tarjeta de periodista con el logotipo de *El País* y se la mostré fugazmente, lo suficiente para que ella pudiera verla por encima. Antes de que reaccionara, ya había guardado la tarjeta en el bolsillo del pantalón. La muchacha nos indicó que la siguiéramos. Nos condujo a un reservado que había entre las cocinas. Se trataba de un cuarto pequeño que servía, al parecer, como oficina de contabilidad y gestión del negocio.

–Llamaré al dueño.

–No será necesario. Solo queremos hacerte un par de preguntas muy sencillas, si no te importa.

–Vosotros diréis –dijo no muy convencida.

–¿Has oído hablar del caso de Berta Ríos y Héctor Miranda?

La muchacha tensó los músculos de la cara. Afirmó asintiendo con la cabeza.

–Al parecer, la noche del sábado día 6 de octubre cenaron aquí.

–Ya hemos dicho todo lo que sabemos un montón de veces. A la Policía, a la Guardia Civil, a la prensa, a la tele… ¿Qué más queréis saber? ¿Por qué no nos dejáis en paz?

–Bastará con que nos cuentes lo que recuerdes.

–Lo único que sé es que cenaron aquí. Parecían muy felices. Debieron de marcharse a las once y media más o menos, creo. Lo que les pasara después, solo Dios lo sabe.

–¿Y no recuerdas algún dato, algún detalle, algo que pudiera ayudarnos a esclarecer lo que ocurrió? Ya sabes que Héctor fue hallado inconsciente cinco o seis horas después de salir de aquí, y murió unos días después. En cuanto a Berta, sigue desaparecida.

–Todo eso ya lo sé –dijo la andaluza–. Llamaré al jefe.

Sin darnos tiempo a reaccionar, nos dejó solos y regresó antes de un minuto con un hombre bien vestido, que desprendía un aire grave, y al que habíamos visto en el comedor mientras cenábamos.

–Me dice Olga que son periodistas.

–*El País* –dije sin enseñar la tarjeta–. Solamente queríamos preguntar…

–Ya lo hemos dicho todo respecto al tema de esos dos jóvenes, así que les ruego que no nos sigan molestando. Si son tan amables…

Nos hizo una seña para que abandonáramos el despacho. Alicia y yo cruzamos una mirada breve. Allí ya no teníamos nada más que rascar.

–La señorita Olga los acompañará hasta la salida –añadió el dueño del restaurante.

La andaluza nos precedió hasta la puerta. Una vez en la calle, me volví hacia ella, con la intención de sonsacarle algún detalle más, pero ella no me lo permitió.

–Lo siento –dijo antes de que yo formulara mi última pregunta–. Adiós.

Y tras decir esto último, cerró la puerta y nos dejó con un palmo de narices.

Alicia y yo nos miramos, desalentados.

–Vámonos, aquí no hacemos nada –dije cuando recobré el sentido de la realidad.

Caminamos hasta la calle Mayor, que como siempre estaba repleta de

gente. Sobre todo, gente joven, como nosotros.

–Yo creo que tanto el dueño del restaurante como la andaluza saben algo más –dijo Alicia al cabo de un rato en el que habíamos caminado en silencio, observando el ambiente que nos envolvía–. No me gusta cómo nos han tratado.

–Es posible –admití– que la camarera pueda decirnos algo más de lo que nos ha dicho. No lo discuto. Desde luego, el dueño parece un sepulturero con mala leche y, a lo mejor, la pobre muchacha no se atreve a contar nada.

–Sabemos que se llama Olga –recordó Alicia–. ¿Recuerdas? –y cambió la voz, emulando la entonación engolada del dueño del restaurante–. Me dice Olga que son periodistas… La señorita Olga los acompañará hasta la salida…

Ambos nos echamos a reír.

Nos sentamos en un banco de piedra y durante algunos minutos nos dedicamos a contemplar a la gente.

–¿Qué te parece si nos metemos en algún sitio? –cambié de tema, porque ya me dolía la cabeza de tanto darle vueltas a lo mismo sin llegar a ninguna conclusión–. Podríamos entrar en un cine o echarnos una partida de billar. Solo son las once y cuarto.

Le pasé el brazo por los hombros y la atraje hacia mí, en un gesto de protección y cariño. Alicia se dejó arropar.

–Me parece bien –dijo–. Lo del billar. Te reto a un duelo.

–Mejor que sea un duelo a besos –le dije acercando mi boca a la suya.

Alicia cerró los ojos mientras la besaba.

En aquellos momentos sonó el móvil. Fue como si nos cayera un rayo encima.

–¡Qué oportuno! –exclamó Alicia mientras yo consultaba en la pantalla quién era el autor de la llamada. Me quedé de piedra cuando vi las dos iniciales que yo mismo había escrito no hacía demasiado tiempo en mi agenda telefónica: H. H.

Capítulo duodécimo

Chocolate con churros

MEDIA hora más tarde, nos encontramos con Helena en la Puerta del Sol. Vestía un abrigo de color fucsia que llamaba poderosamente la atención. En realidad, los dos llamaban poderosamente la atención: el abrigo y Helena con hache.

–Mis amigas querían meterse en algún sitio a bailar y tomar copas –dijo después de presentarle a Alicia–. Y yo no tenía ganas de juerga ni de irme a casa.

Echamos a andar hacia la plaza Mayor.

–Desde lo de Berta no me apetece ir de fiesta a ninguna parte. Y en casa tampoco estoy a gusto. Me cuesta concentrarme. No hago más que pensar en ella. Seguramente, fue por eso que busqué tu número y te llamé –sonrió–. Pensé que un viernes por la noche tal vez estarías por ahí.

Callejeamos sin rumbo por la plaza Mayor y sus alrededores, envueltos por el gentío y el bullicio. Helena y Alicia congeniaron enseguida. Reconozco que Alicia tiene un don especial para caerle bien a la gente. Pero también debo reconocer que Helena era una chica muy agradable.

Su inteligente conversación conseguía cautivarte por completo. Demostró tener una clara vocación sociopolítica, porque no paraba de analizar la situación de España y del mundo, la corrupción, el abuso de los bancos, la creciente pobreza del país, el desempleo… Alicia estaba entusiasmada.

–Quiero estudiar Ciencias Políticas –dijo Helena cuando nos sentamos en un portal.

–Yo creo que desde el periodismo también se puede hacer bastante para mejorar este asqueroso mundo –comentó Alicia convencida.

–Lo malo es que, por mucho que nos manifestemos o luchemos, esto no va a cambiar –aseguró Helena haciendo un gesto de resignación con la boca–. La maldita globalización acabará con todo.

–No estoy de acuerdo –protestó Alicia–. La lucha es lo que legitima la vida. Quien no lucha está muerto.

–¿De quién es esa frase? –preguntó admirada Helena.

–¿De quién va a ser? –intervine yo–. Es suya. Alicia es única inventando máximas y aforismos. Le he sugerido cientos de veces que escriba un libro.

–Es muy bueno –aprobó Helena–. De veras.

Fuimos a la chocolatería San Ginés, en el pasadizo del mismo nombre.

Pedimos tres tazas de chocolate y media docena de churros, y nos sentamos junto a la puerta.

–¿Cómo llevas lo de Berta y Héctor? –preguntó Helena, mirándome a los ojos.

–Llevamos –me apresuré a aclarar–. Alicia y yo vamos a medias.

Helena volvió la cara hacia Alicia, que acababa de meterse en la boca un churro mojado en el chocolate.

–Así que formáis un equipo.

–Más o menos –aclaró Alicia–. Daniel pone la fuerza y yo la inteligencia.

–Muy graciosa –protesté dirigiéndole a Alicia una sonrisa ácida; luego, me volví hacia Helena y esbocé un gesto de fastidio–. La verdad es que la cosa está bastante estancada. Los medios no dicen nada, las redes sociales tampoco ayudan mucho. Siento lástima de la Policía y de la Guardia Civil. El mundo está lleno de delitos, crímenes y desapariciones sin resolver.

Nos quedamos callados unos momentos, comiéndonos los churros bañados de chocolate.

–Quiero creer que Berta sigue viva –dijo de pronto Helena–, pero cada día que pasa sin saber nada me parece un poco más difícil.

–Antes o después aparecerá –aseguró Alicia, tratando de levantarnos el ánimo a todos, incluida ella–, aunque debemos darnos prisa. Es posible que el tiempo corra en nuestra contra.

Noté que la habitación empezaba a estrecharse, paredes, techo, suelo, todo se movía lentamente, como impulsado por una fuerza oculta. Dejé de ver siluetas y contornos de cosas. En medio de la oscuridad, no podía ver nada más que un pozo de negrura. Sentía que me faltaba el aire y que las paredes, el techo y el suelo iban a aplastarme de un momento a otro. Era una sensación claustrofóbica.

De manera inexplicable, me encontré en un espacio muy pequeño, limitado por todas partes. No podía extender los brazos porque mis manos tocaban una superficie lisa, como de madera barnizada, a derecha, a izquierda, arriba y abajo. Y olía a flores mustias.

¡Estaba dentro de un féretro!

Quise gritar, pero no era capaz de emitir sonido alguno.

Debía de estar soñando. ¿Cómo era posible que soñara que estaba soñando? Traté de encender el interruptor. Mis manos no tocaban más que aquella superficie de madera pulida. El olor de las flores pronto se convirtió en un olor nauseabundo, parecido al de la carne podrida.

Intenté levantarme y comprobé, aterrado, que no podía moverme. Hice un esfuerzo titánico para incorporarme, pero mis músculos no me obedecían. Era como si mi cuerpo perteneciera a otra persona.

«Debo calmarme», me dije.

Procuré no pensar en nada. Sin embargo, a mi mente acudieron unas palabras extrañas: «Pobre niña. ¿Qué se han hecho / los delirios de tu infancia?».

De pronto, se abrió la tapa del ataúd y vi tres máscaras que se abalanzaban sobre mí. Tres máscaras horribles. Semejaban calaveras sonrientes, sin ojos, sin nariz, con la dentadura amenazante, con un pañuelo negro alrededor del cráneo, atado bajo el mentón.

Comencé a gritar y alguien encendió entonces una luz.

Mi padre, alarmado, estaba en la puerta de mi cuarto, en pijama, la mano en el interruptor, la expresión preocupada.

–Daniel, ¿qué te pasa?

Me incorporé en la cama. Estaba cubierto de sudor, pálido. Mi padre debió de asustarse de mi aspecto.

–¿Te encuentras bien?

–Sí, papá, gracias. No te preocupes. He debido tener una pesadilla.

–Me he levantado al baño y, al pasar por delante de tu puerta, he oído que estabas hablando. Me he asustado.

–Gracias, papá. No ha sido nada.

Mi padre se largó, dejando la luz encendida. Eran las cuatro y cuarto de la madrugada. ¡Qué pesadilla más absurda! ¿Y qué palabras eran aquellas que había proferido en sueños?

Me levanté y me senté ante el ordenador. Abrí Google. Escribí «los delirios de tu infancia» y al instante apareció la siguiente entrada: «A una mujer. José Zorrilla. Poesías de amor».

¿Un poema de Zorrilla?

Lo único que yo recordaba de Zorrilla era que había escrito *Don Juan Tenorio* y que pertenecía al movimiento llamado Romanticismo. Nada más.

Leí el poema entero. Zorrilla divagaba sobre el sentido de la vida, el transcurrir del tiempo, la vanidad del mundo, la muerte que al final todo se lo lleva.

¿Qué tenía eso que ver con mi pesadilla?

Leí la biografía de José Zorrilla, pero era tan vasta y tan prolija que no encontré ningún asidero al que agarrarme.

Recordé la sensación de haber estado encerrado en un féretro. Y las tres máscaras. Las tres máscaras que yo había visto en la tienda del anticuario.

Me volví a la cama, pero dejé la luz del flexo encendida. No me atrevía a apagarla. Y lo peor era que se me había ido el sueño por completo. Los pensamientos volvían una y otra vez sobre lo mismo: Héctor, el ataúd, los extraños versos de Zorrilla, el olor de las flores muertas…

Cuando mi madre entró en el cuarto para preguntarme por qué no me había levantado para ir a la universidad, me dolía el cuerpo como si hubiera estado trabajando en una cantera toda la noche.

–Hoy no tengo clase –dije sin asomar la cabeza entre las sábanas.

Mi madre se quedó un momento en silencio y después exclamó, en tono de queja, que me veía muy raro últimamente. Yo me tapé la cabeza con la sábana para no escucharla. Al poco, oí que cerraba la puerta y me dejaba tranquilo.

Se acercaba el cumpleaños de mi madre y decidí darme una vuelta por el centro para comprarle un libro. Es lo único que se me ocurre siempre que deseo hacerle un regalo. Por otra parte, me gusta echar un vistazo de vez en cuando a las últimas publicaciones, para no perder del todo el hilo de las novedades literarias.

Había llegado a la Gran Vía y estaba parado ante un semáforo en rojo cuando reparé en una cara conocida entre el gentío que esperaba en la acera de enfrente a que el semáforo cambiara de color. ¿Dónde había visto yo aquel rostro? Traté de recordar, pero no era capaz de ubicarlo en ninguna parte.

El semáforo se puso verde y, tan pronto como los vehículos se detuvieron, los peatones nos lanzamos a la calzada. Al cruzarme con la muchacha cuyo rostro me había llamado la atención la observé. A ella debió de pasarle algo parecido porque también se quedó mirándome, apenas unas décimas de segundo, mientras nos cruzábamos entre la muchedumbre. Noté que ella había reparado en mí, pero apartaba la mirada y aceleraba el paso. ¿Quién era aquella chica?

De repente, caí en la cuenta. ¡Era la camarera andaluza que trabajaba en el restaurante Cipariso!

Sin pensar en lo que hacía, volví sobre mis pasos. El semáforo acababa de ponerse en rojo y los coches se movían. Un Renault rojo me pitó, para que me apartara. Salté como una gacela a la acera, mientras el conductor me insultaba con un bocinazo y yo me acordaba de toda su familia.

Pero no tenía tiempo para reflexionar sobre la educación de los conductores, las prisas de todo el mundo y los sinsabores del tráfico madrileño. La muchacha caminaba por la acera, alejándose de mí. No podía perder aquella oportunidad. Aceleré el paso, sin dejar de observarla y la alcancé en la esquina.

–¡Hola! –saludé con la mejor de mis sonrisas.

Ella se quedó mirándome unos momentos.

Recordé las palabras del dueño del restaurante: «La señorita Olga los acompañará hasta la puerta».

–Tú eres Olga.

Ella pestañeó, desconcertada por lo extraño de la situación. Sonrió tibiamente al escuchar su nombre.

–Me llamo Daniel Villena –añadí antes de que ella dijera nada–. Una amiga y yo fuimos a cenar al Cipariso hace unos días. Estuvimos hablando

contigo. Soy periodista y estoy haciendo prácticas en *El País*.

–Sí, te he reconocido –dijo–. Me preguntasteis por esos dos chicos de los que habla todo el mundo.

Acentué mi sonrisa, para hacerme el simpático.

–¡Buena memoria!

–Pues ya te dije todo lo que sé. Te acordarás…

–Sí, ya, pero también me acuerdo de que tu jefe es un poco, cómo diría –busqué un eufemismo para «capullo» o «gilipollas»–, un poco… «especial». Nos mandó a la calle sin que pudiéramos hacer siquiera un par de preguntas.

–Sí. Es bastante «especial».

Ella puso tanto énfasis en el adjetivo que me hizo sonreír.

–Lo has dicho de una manera… Parece que en vez de «especial» hayas querido decir otra cosa. Estúpido o algo así.

Ahora fue Olga la que dejó asomar un atisbo de sonrisa.

–¿Te puedo invitar a un refresco? Me gustaría hablar contigo un poco.

Olga suspiró. Miró su reloj de pulsera y finalmente aceptó.

–Pero solo diez minutos. Tengo cosas que hacer.

Entramos en el primer bar que pillamos a mano. Nos sentamos en dos taburetes, frente a la barra, delante de un expositor donde se ofrecían calamares, ensaladilla, tortilla, albóndigas…

–Ya te he dicho que no sé nada más… Lo hemos contado todo.

–Sí, sí. Claro.

Nos quedamos unos momentos en silencio. Ni ella se arrancaba a decir nada ni yo sabía qué preguntar. Decidí sincerarme.

–La verdad es que voy a ser un periodista bastante mediocre porque no se me ocurre ni por dónde tirar. En primer lugar, debo pedirte disculpas por haberte mentido. No estoy de prácticas en ninguna redacción. Soy solamente un estudiante de Periodismo, igual que la chica que me acompañaba la noche que nos conocimos. Se llama Alicia. Creo que te debo esta explicación porque tal vez te puse en un aprieto delante de tu jefe. Alicia y yo estamos investigando lo que ocurrió aquella noche. Se trata de un trabajo que nos han puesto en la universidad. Lo único que sabemos a estas alturas es que Berta y Héctor cenaron en el Cipariso y que al salir debieron de ser abordados por una pandilla de canallas. Decidí ir con Alicia a cenar allí porque era el lugar donde Berta y Héctor fueron vistos por última vez. Por si averiguábamos algo. Nada más.

Bebí un trago de Coca-Cola para remojarme la garganta, porque se me había secado después de aquella parrafada.

Olga volvió a sonreír. Esta vez sin reparos. Y advertí que tenía una sonrisa bonita.

–Pues ya que has sido sincero conmigo –dijo con su gracioso acento andaluz–, yo también lo seré contigo. Tienes razón: mi jefe es un poco estúpido.

Cruzamos una mirada cómplice y ambos lanzamos una carcajada.

–O sea, que es un capullo –dije cuando se me pasó la risa.

–Integral.

No hizo falta que le tirara de la lengua. Seguramente estaba deseando desahogarse.

–Es una mezcla de viejo verde y de explotador medieval. ¡Me tiene harta! Se pasa el día persiguiéndonos por todas partes, sobre todo a las mujeres. Olga, esto, Olga, lo otro. Esos clientes. Aquella mesa. Mira la cocina. Date prisa. Y cada vez que puede se te arrima como un baboso, aprovechando cualquier ocasión. Hasta el día que le suelte una bofetada… ¡Ese tío no sabe cómo somos las de Lucena!

Solté otra carcajada. Decididamente, Olga me caía muy bien.

–¿Y no podrías hacer memoria? –reconduje la conversación hacia donde más me interesaba–. No sé. Algún detalle de aquella noche, algún gesto, algo que tú observaras durante la cena. Algunos clientes especiales…

Olga apuró la limonada y se quedó contemplando el vaso vacío, como si buscara alguna pista en él.

–Pues el caso es que, no sé, estoy pensando en una cosa que a lo mejor…

–¿Sí?

–Verás. Hay una mesa circular, situada en uno de los extremos del restaurante. Una mesa que suelen reservar tres hombres bastante elegantes. Y, además, se trata siempre de una fecha concreta: el primer sábado de mes. La noche que pasó aquello fue el 6 de octubre, sábado.

–O sea, que esa noche los hombres a los que te refieres estaban cenando en el restaurante…

–Sí. Y pasó una cosa extraña.

Olga frunció el ceño, como si de repente su memoria hubiera desempolvado un recuerdo oculto en la trastienda del subconsciente.

–Uno de ellos se levantó de la mesa y se acercó a los jóvenes. Por la manera de actuar, daba la impresión de que se conocían, porque hablaban con bastante familiaridad. Luego, cuando los chicos se marcharon, esos tres hombres salieron inmediatamente detrás, de manera precipitada. Me llamó la atención. Parecía que habían estado esperando el momento en que los chicos se marcharon para salir ellos también. Había algo raro. Y además…

–¿Además?

–No sé cómo decirte. Las mujeres notamos cuándo un hombre nos observa de forma especial. Es algo común. Un don, una costumbre, un hábito… No sé cómo explicarlo. El caso es que esos individuos no paraban de mirar a la chica, que, dicho sea de paso, era una belleza: rubia, alta, guapísima… Ella y su novio estaban sentados en una mesa algo alejada, y esos tipos se la estaban comiendo con los ojos…

–¿Y no podrías decirme algo más concreto sobre esos hombres?

La andaluza se quedó meditando.

–Pues que son los clientes más ricos que tenemos.
–¿Los más ricos?
–Claro. Cenan con Turó d'en Mota 1999. Y se beben no menos de tres botellas cada vez que aparecen por el restaurante.
–Turó… ¿qué?
–D'en Mota 1999. El champán más caro que servimos.
–No sabía ni que existía –dije, realmente asombrado–. ¿Cuánto vale cada botella?
–En la mesa, ciento veinte euros.
Solté un silbido.
–Ya te dije que era el más caro que teníamos.
Pagué las consumiciones y salimos a la calle.
–¿Y no habría manera de saber quiénes son esos tipos?
Olga se quedó pensando, con la expresión concentrada de quien está sopesando qué hacer sobre algo importante. Hasta que de repente pareció decidirse y clavó sus pupilas en las mías.
–Tal vez podría hacer una cosa... No es muy legal, pero me has caído bien y quizás pueda ayudarte. No lo sé.
Abrí los ojos y esperé.
–Como imaginarás, en el restaurante guardamos las copias de los comprobantes de pago que emite la Verifone, sobre todo cuando se trata de facturas importantes.
–¿La Verifone?
–Sí. La terminal bancaria. El aparatito ese donde se colocan las tarjetas de crédito de los clientes cuando pagan las facturas.
–Ah.
–Pues el caso es que, como te decía, esos tipos se dan unas cenas imponentes. Nunca bajan de quinientos euros.
Lancé un soplido. Olga sonrió.
–Tal vez pueda hacerte una fotocopia del comprobante de pago de la última cena. Tendría que rebuscar entre las facturas y a lo mejor ya las hemos tirado. Solemos guardarlas unos treinta días más o menos, por si surgen problemas con el banco.
–¿De veras harías eso por mí?
–Dame tu número de móvil y, si encuentro el comprobante, te llamaré.

Capítulo decimotercero

Procedimientos civiles

ACABABA de comer y me encontraba en mi cuarto. Los apuntes de Sociología descansaban sobre la mesa. Yo los miraba y remiraba, pero no conseguía concentrarme.

De pronto, sonó el móvil. Número desconocido. Pulsé la tecla verde, pensando que iban a hacerme una oferta los de Movistar o los de Orange.

–Soy Olga –dijo una voz andaluza femenina.

¡La camarera del restaurante Cipariso! El corazón comenzó a latirme vertiginosamente.

–Tengo algo para ti. ¿Podríamos vernos?

–Claro que sí. Dime dónde y cuándo, y allí estaré.

–Entro a trabajar a las cinco. Podríamos quedar en un bar que hay enfrente del restaurante. Se llama Los Rodrigos. A las cuatro y media. ¿Cómo te viene?

Miré el reloj de pulsera. Faltaba una hora.

–De acuerdo. Allí nos veremos.

Decidí guardar los apuntes y arreglarme para salir.

Estaba en el cuarto de baño, poniendo el dentífrico en el cepillo, cuando Irene apareció por la puerta.

–¡Te pillé!

–¿Qué quieres ahora?

–Ya sé quién es el que despachurra el tubo de la pasta. ¡No podía ser otro!

–¿No tienes otras cosas que hacer que andar persiguiéndome? Enderézalo tú si tanto te molesta.

–¡No me gusta que despachurren el tubo del dentífrico!

–¡Y a mí no me gusta que me des la murga!

Me enjuagué la boca, me sequé con la toalla y salí como una flecha, dejándola con la palabra en la boca. Irene me persiguió hasta la puerta de la calle.

–¡Eres un mameluco!

–Vale, Irene. Yo también te quiero.

Cerré la puerta y desaparecí.

Olga me esperaba en la puerta del bar, a la sombra de un árbol. Era una

muchacha algo baja, regordeta, morena, con el pelo atado en una coleta negra. Al verme aparecer, sus ojos lanzaron un destello de reconocimiento y sus labios se curvaron en una media sonrisa.

Nos dimos un beso protocolario.

–¿Tomamos algo?

–No tengo mucho tiempo.

–Venga, mujer. Te invito.

Pedimos unos refrescos y nos sentamos. Había poca gente a aquella hora. Un par de cuarentones apoyados en la barra. Una mujer mayor sentada en una mesa al fondo. Tenía el periódico abierto y blandía un bolígrafo en la mano derecha. Parecía muy concentrada. Debía de estar haciendo un crucigrama o un sudoku. Un hombre que rondaría los setenta años manipulaba la máquina tragaperras.

–Toma –dijo Olga, después de rebuscar en su bolso y alargarme un papel–. He traído esto para ti.

Era una fotocopia. La desplegué ante ella.

Restaurante Cipariso
Madrid
Comercio: 644047713
TPV: 30457584319
APLIC: A0000000041010
MasterCard
Tarjeta: **********8020
Alcázar Montalbán, Melchor
Venta
Fecha: 06/10/15
Hora: 23:35
Número Operación: 0000288
Núm.Aut.:7470960
Cód. Respuesta: 00
680,10 EUR

–¡Ostras! –exclamé en voz alta–. ¡A lo mejor se quedaron con hambre!

–Ya te dije que cenaban como marqueses.

–No sabes cuánto te lo agradezco.

–No hace falta que te diga que esto no es muy legal –dijo Olga con expresión seria–. Si se enteran de que te he dado este papel puedo tener problemas. Lo mejor será que apuntes los datos en algún sitio y luego destruyas el documento.

–Te lo prometo.

Salimos a la calle. Desde la puerta, a la sombra de un frondoso árbol, podíamos distinguir un poco más allá, en la acera de enfrente, la fachada del restaurante Cipariso.

–Tengo que irme –dijo Olga, después de consultar su reloj–. El jefe quiere que lleguemos con tiempo para cambiarnos de ropa y prepararnos.

–No te cae bien, ¿eh?

–Pues no. Ojalá le parta un rayo.

Nos dimos un beso y nos despedimos. La vi cruzar la calle y alcanzar la acera en un santiamén. Tenía unos andares pizpiretos. Ya casi en la puerta, se volvió y me dijo adiós con la mano. Alcé la mía y le devolví el saludo.

El domingo Alicia vino a comer a casa. Le cae fenomenal a mi familia, incluida Irene. Durante la comida, mi hermana no paró de decir tonterías: que si cuándo pensábamos casarnos, que cuántos hijos íbamos a tener, qué dónde íbamos a vivir..., hasta que mi madre salió en mi defensa.

–Basta ya, Irene. ¿No te das cuenta de que eres una pesada?

–Me preocupo por ellos.

Alicia respondía a todo con una sonrisa y un escueto «ya veremos» y a mí se me habían ido las ganas de comer nada más empezar.

–¿Cómo va la universidad? –preguntó mi madre a Alicia.

–Bien, bien. Nos aprietan bastante, pero sobreviviremos.

–Yo he pensado ser biotecnóloga –dijo Irene sin que le preguntara nadie–. Debe de ser apasionante estudiar una ingeniería que puede aplicarse a campos como el medio ambiente o la medicina.

–Sí, supongo –afirmó Alicia, que se divertía mucho con las bobadas de mi hermana.

–Ya lo creo. Además, tened en cuenta que la biotecnología engloba muchas disciplinas: la biología, la genética, la física, la agronomía, la virología...

–Vale ya, Irene –corté molesto–. No hace falta que enumeres todas las áreas que abarca la biotecnología. Más o menos lo tenemos claro.

–Y luego me iré a África o a Canadá o a Australia, no sé, para investigar...

–Tienes mucha imaginación –aseguró mi madre.

Mi padre levantó la copa.

–Por vosotros, que sois el futuro de este país.

Mi madre levantó también su copa. Alicia, Irene y yo alzamos los vasos con agua. Brindamos alegremente. Entre todos recogimos la mesa. Mis padres se fueron al sofá a ver la tele un rato e Irene se marchó a casa de unas amigas a echar una partida de Monopoly, según dijo. Alicia y yo nos metimos en mi cuarto, para escuchar música y hablar a solas de nuestras cosas.

Una vez solos, volvimos a leer los datos de la fotocopia que nos había conseguido Olga.

–Estos tíos son unos cerdos –exclamó Alicia, visiblemente enojada–. ¡Seiscientos ochenta euros entre tres! ¡Con el hambre que hay en el mundo!

–Con diez céntimos.

–Lo único que sabemos es que esta gente se va a morir cualquier día de una indigestión. ¿Quién dijo aquello de «Están de grandes cenas las sepulturas llenas»?

–Sería Quevedo. O Cervantes. O Lope de Vega. ¡A saber!

–Pues eso.

Le arrebaté el papel y volví a leer los datos del comprobante.

–Estos datos nos dan una información que vale su peso en oro, y supongo que ya sabes a lo que me refiero.

–Me imagino.

Alicia se acercó al teclado, abrió Google y escribió «Melchor Alcázar Montalbán».

–Menos mal que no se llama José García Pérez –bromeó.

Aparecieron varias entradas, todas referidas a lo mismo. Al parecer, el tal Melchor se dedicaba al mundo del Derecho. En la tercera entrada se leía: «Ilustre Colegio de Abogados de Madrid, Alcázar Montalbán, Melchor».

Cinco entradas más abajo, leímos: «Melchor Alcázar, abogados en Madrid». Abrimos el enlace: «Bufete particular. Calle Juan Bravo, 1, 5.º A. Teléfono 91 365 88 90».

Nos quedamos en silencio unos instantes, con los ojos clavados en la pantalla.

–No me lo digas –dijo Alicia, apartando los ojos del ordenador y mirándome fijamente–. A ver si adivino lo que está pasando por tu cabeza. Mañana vamos a buscar un abogado.

–Pues sí –yo también dejé de contemplar la pantalla y le cogí las manos–. Y en premio a tu sagacidad, he decidido invitarte a un paseo. ¿Qué me dices?

–Tendrás que ser más convincente –bromeó ella.

Me acerqué lentamente hasta poner mis labios sobre los suyos. Ella cerró los ojos y se entregó a la caricia. La besé con dulzura.

–¿Qué me dices ahora?

Cuando abrió los ojos, tenía las pupilas brillantes.

–Me has dejado sin palabras.

La ciudad olía a Navidad. Los escaparates de las tiendas ofrecían el típico repertorio de estas fechas. Bolas de colores, nacimientos con los tres Reyes de Oriente y el portal de Belén, turrones, árboles con nieve artificial, muñecos de Papá Noel…

Alicia y yo caminábamos maravillados por aquel ambiente. Algunas calles estaban iluminadas con guirnaldas y luces de colores.

Habíamos callejeado por el barrio de Salamanca hasta llegar a la dirección del bufete: Juan Bravo, 1, 5.º A. Nos quedamos un rato mirando el

edificio, que hacía esquina con la calle Serrano. El bloque era de tres alturas, gris, y tenía un aire antiguo, con grandes balcones.

–¿Entramos? –preguntó Alicia.

–Para eso hemos venido –fui a pulsar el botón correspondiente, pero Alicia me sujetó la mano.

–¿Qué pasa?

–Espera un poco. Me siento ridícula.

Habíamos trazado un plan muy sencillo. Alicia se había vestido de manera provocativa: mallas que evidenciaban sus largas piernas y su hermoso trasero, zapatos de tacón de aguja, labios y uñas pintados de rojo intenso, ojos realzados con rímel, pómulos rosados, vestido ajustado, escote exagerado, sombrero bohemio.

–Parezco una ramera.

–Estás guapísima. Y si ese tipo es tal como creemos, se va a comportar igual que un viejo baboso en cuanto te vea. No es un plan tan descabellado.

–No lo veo.

Le levanté la barbilla y la miré a los ojos con amor infinito. Ciertamente, Alicia parecía otra con aquel maquillaje exagerado y aquella ropa. Tenía que reconocer que estaba muy atractiva. Mientras callejeábamos por Madrid, vestida ella de aquella guisa, ambos nos percatamos de que los hombres la observaban sin disimulo. Alguno, incluso, se había atrevido a silbarle.

–Saldrá bien –murmuré.

La atraje hacia mí y la besé. Olía a rosas.

–¡Qué bien hueles!

–Estos tíos cobran por todo –dijo, sin hacer caso de mi halago–. En cuanto pisemos la alfombra de su despacho, nos va a pedir doscientos euros. Te recuerdo que ese es mi presupuesto para todo el mes.

Sonreí. En realidad, yo lo tenía tan poco claro como ella, pero no quería mostrarle mis dudas.

–Ya lo hemos planeado y ahora no vamos a echarnos atrás. Entramos, le contamos una bola y a ver qué pasa.

El rótulo que había junto a la puerta decía: «Melchor Alcázar. Abogado. Procedimientos civiles».

Una mujer de mediana edad, vestida con un traje de chaqueta gris, nos abrió la puerta. Tenía el pelo castaño, ondulado, cayendo sobre los hombros, y usaba gafas. Esgrimió una sonrisa mínima.

–¿Sí?

–¿El despacho del señor Alcázar?

La mujer nos miró de arriba abajo sin disimulo. El aspecto de Alicia debió de alarmarla y dio un respingo.

–¿Tienen cita?

–¿Cita? –repetí estúpidamente–. Pues no, pero…

–Pues en ese caso, no creo que el señor Alcázar…

–Se trata de un asunto de vida o muerte –dijo de repente Alicia.

La secretaria parpadeó.

–Es muy importante –insistió Alicia con una voz tan convincente que la secretaria no encontró el valor para oponerse.

–Pasen. ¿Podrían facilitarme sus nombres, por favor?

–Los hermanos Gélver –dijo Alicia–. Alicia y Daniel Gélver.

La secretaria volvió a mirar a Alicia de arriba abajo, como si no acabara de fiarse. El aspecto de mi compañera parecía realmente el de una fulana.

–Esperen un momento.

Nos quedamos solos, de pie, en mitad de la sala. Era grande y tenía, además de la mesa de la secretaria, unas pocas sillas y un par de plantas de interior, muy verdes; algunos diplomas y certificados en las paredes, varios cuadros modernos, y una ventana que daba a la calle Juan Bravo.

–Los hermanos Gélver –repetí en tono socarrón–. Tienes más imaginación que Tim Burton.

–Tú confía en mí –me dijo tan convencida que no supe qué replicar–. Voy a sacar la actriz que llevo dentro.

La secretaria abrió la puerta del despacho, interrumpiendo la conversación, y nos invitó a pasar con una sonrisa tan forzada que daba a su cara el aspecto de una careta de carnaval.

–Pueden pasar. El señor Alcázar los espera.

Entramos en el despacho. La secretaria cerró a nuestras espaldas y se quedó fuera. Un tipo de mediana estatura, elegantemente vestido con un traje de Armani, pelo engominado peinado hacia atrás, corbata roja y aspecto jovial, se levantó de detrás de la enorme mesa de madera de caoba.

–Pasad, pasad –sonrió.

Salió a saludarnos con la mano extendida. Alicia y yo se la estrechamos.

–Yo soy Alicia Gélver. Y este es mi hermano Daniel.

–Encantado. Sentaos. Estoy muy atareado, pero mi secretaria me ha dicho que se trata de un asunto muy importante.

–De vida o muerte –repitió Alicia con voz aterciopelada.

Observé que Melchor Alcázar sometía a Alicia a un discreto aunque intenso examen anatómico.

–Decidme.

–La verdad, señor Alcázar… –comenzó diciendo Alicia.

–Podéis llamarme Melchor –sonrió seductoramente a mi compañera y yo me di cuenta de que aquel tipo estaba dispuesto a ningunearme.

–Mi hermano y yo tenemos un problema bastante grave. Verá. Nuestra madre murió cuando éramos muy pequeños, como consecuencia de un accidente de automóvil. Nuestro padre ha tenido que sacar a la familia adelante él solo, pero desde hace cierto tiempo… –Alicia hizo como que se

le cortaba la respiración; yo estaba alucinado observando su capacidad de invención y sus dotes teatrales–, desde hace cierto tiempo sufre una grave enfermedad: esclerosis múltiple.

–Vaya por Dios –exclamó el abogado, aparentemente compungido–. Sí que es una desgracia…

Alicia me tenía fascinado. Lo hacía tan bien que yo mismo estaba a punto de creerme sus mentiras.

–El caso es que la situación familiar es desesperada, sobre todo desde el punto de vista económico.

–Lo comprendo.

El abogado había dejado de mirar lascivamente a Alicia y había compuesto una expresión de condolencia.

–Hace un mes más o menos recibimos una carta del banco. Una carta terrible.

Melchor Alcázar contuvo el aliento, mientras yo fingía sentirme desolado.

–Nos amenazan con el desahucio.

Alicia se echó a llorar como una consumada actriz. El abogado le alargó un pañuelo de papel, en tanto trataba de consolarla.

–¡Vamos, vamos, Alicia! ¡No te preocupes, que todo tiene arreglo!

Yo aproveché el momento de distracción del abogado para echar un vistazo al despacho con mayor detenimiento. Recorrí la pequeña habitación con los ojos, tratando de hallar alguna cosa que me llamara la atención, pero desafortunadamente aquel era un despacho vulgar y corriente.

Alicia se había levantado y se había acercado hasta el balcón desde el que se admiraba la calle Juan Bravo. Nuestro abogado estaba junto a ella, intentando animarla con palabras amables.

–Mi hermano y yo estamos estudiando, la pensión de mi padre es insuficiente… –seguía diciendo Alicia con voz entrecortada–, ¿cómo vamos a hacer frente a la hipoteca? ¡Nos han dado tres meses!

Me puse también de pie, si bien con la intención de fisgonear el escritorio. Entre el ordenador y la impresora había un pequeño archivador con papeles, un bote con lápices y un pequeño calendario con anotaciones. Me acerqué disimuladamente para leer lo que decía allí.

En la casilla del viernes 21 de diciembre había escrita una palabra dentro de un círculo rojo. Una palabra que golpeó mi cerebro como una maza.

Me volví atemorizado hacia Alicia, que seguía gimoteando y haciendo teatro, mientras el abogado trataba en vano de que se calmara.

–Tenemos que irnos –dije de pronto; y los dos me miraron sorprendidos. Alicia, estupefacta.

–Pero si todavía no hemos empezado a hablar del asunto –protestó blandamente Melchor Alcázar–. Y os aseguro que estoy dispuesto a…

–En ese caso volveremos otro día –lo atajé porque después de lo que acababa de leer ya no tenía ningún sentido que siguiéramos allí–. Si nos da

una tarjeta, lo llamaremos. Solo queríamos saber si podíamos contar con usted.

–Por supuesto, por supuesto.

Melchor Alcázar, desconcertado, fue hasta su mesa, metió la mano en un cajón y sacó una tarjeta. Se la alargó a Alicia, que parecía haber recuperado el pulso.

–Llámame cuando quieras –le dijo el abogado a Alicia mirándola fijamente a los ojos–, a la hora que sea.

–Gracias –dijo ella fingiendo cierta turbación.

Alcázar y yo nos dimos la mano. Noté que estaba fría y blanda. Alicia se dejó besar y abrazar hasta los límites que impone la decencia.

–Le llamaré –le dijo ya en la puerta.

–Eso espero.

La secretaria salió a recibirnos cuando abandonamos el despacho de Alcázar, pero el propio abogado le hizo una seña, dándole a entender que él mismo se encargaba de despedirnos. Nos precedió hasta la puerta principal, sin parar de sonreír y de decir que lo llamáramos, que había sido un placer conocernos. Parloteando como un guacamayo, salió con nosotros al rellano y pulsó el timbre del ascensor.

–No te preocupes –le susurró a Alicia, mientras la devoraba con los ojos–. Dile a tu padre que esto del desahucio lo paramos seguro. Te lo prometo. Esos tipos no saben con quién se han metido.

Encima, presuntuoso.

A mí sencillamente me ignoraba. Mientras esperábamos el ascensor, pude comprobar que olía a colonia cara y que llevaba los zapatos más limpios que una patena. Es una frase que repite mucho mi madre, aunque yo no sé qué narices es una patena. Por suerte, el ascensor llegó enseguida. Alcázar abrió la puerta y nos invitó a entrar.

–Estaré esperando tu llamada –le dijo a Alicia antes de que se cerraran las puertas del ascensor, con una sonrisa que pretendía ser seductora y que a mí me pareció algo más que detestable.

Cuando nos vimos solos en el ascensor, Alicia apoyó la espalda en el espejo y soltó una estruendosa carcajada.

–No sé de qué te ríes –protesté, un tanto picado–. La cosa no tiene ninguna gracia. He estado a punto de darle un pañuelo para que se limpiara la baba.

–Al tío este lo tengo en el bote. Es capaz de hacer el pino en medio de la M-40 si se lo pido.

–Pues te aseguro que cuando te diga lo que he descubierto husmeando en su escritorio, mientras tú te lo camelabas junto al balcón, se te van a ir las ganas de reír. Aquí hay gato encerrado.

Salimos a la calle. Estábamos junto a la puerta del edificio y Alicia había recuperado ya su temple habitual.

–¿Qué has descubierto?

–Encima del escritorio, este tipo tenía un calendario. En la casilla del viernes 21 había una palabra en rojo que me ha helado la sangre.

Alicia se puso seria.

–¿Qué palabra?

–Galeón.

Capítulo decimocuarto

Solo en casa

MIS padres se marcharon con Irene a pasar el fin de semana a Bustarviejo, donde los padres de Susana, la amiga de mi hermana, tienen un chalecito. Yo me excusé, alegando exceso de trabajo, y me quedé en Madrid.

Alicia también necesitaba estudiar antes de que llegaran las navidades, para preparar con tiempo los parciales de enero. Entre lo de su tía Leonor y el asunto de Berta Ríos y Héctor Miranda, ambos habíamos descuidado la mayor parte de las asignaturas. De pronto, nos habíamos dado cuenta de que el trabajo de la universidad se nos estaba acumulando «peligrosamente».

Me encantaba quedarme solo en casa. Así no tenía que dar explicaciones a nadie sobre horarios ni comidas. Sobre todo, me entusiasmaba la idea de no tener que soportar a mi hermana en un par de días.

Estaba sin ganas de hacer nada. La conciencia me decía que debía ponerme a estudiar sin más demora Documentación Informativa, Historia del Pensamiento Político Contemporáneo y Sociología, pero me sentaba frente a los apuntes y los libros y no conseguía concentrarme ni dos minutos. La cabeza se me iba una y otra vez al asunto de Héctor y de Berta.

Abrí la página de Patrulleros.com. Allí estaba la fotografía de Berta. Los datos y el número de teléfono de su padre. Después de leer de nuevo el breve historial sobre su desaparición, decidí echarle valor y llamarlo. Me presenté como un excompañero del instituto y quedé con él para el día siguiente, que era domingo, a media mañana.

Luego volví a meterme en las redes sociales: Facebook, Twitter, Tuenti, Linkedin… En todas partes se hablaba de Berta y de Héctor. Amigos, compañeros, vecinos, familiares… Unos a otros se daban ánimos. Muchos opinaban que Berta seguía viva y que estaría encerrada en un zulo, a la espera de un rescate. Rastreé la prensa en Internet. La Policía y la Guardia Civil no daban pistas sobre las investigaciones. Todo estaba en punto muerto. Me quedé con la mente perdida en ninguna parte, tamborileando con los dedos sobre la mesa. El almanaque que tenía encima de la mesa me advertía que se acercaban las navidades. Y, sobre todo, el día 21, viernes.

El Galeón Fantasma. Volví a pensar en el anticuario. ¡Qué tipo tan extraño! ¿Qué diablos tendrían en común ese viejo brujo y el abogado Melchor Alcázar?

CPRS. Saqué el pin y volví a observarlo con detenimiento. Los cipreses

cruzados, dos, una pareja, un hombre y una mujer. El árbol de la inmortalidad. Amor eterno. La resurrección de la carne. El más allá.

Leí de nuevo el mito de Cipariso.

La historia había transcurrido en Quíos, una isla del Egeo. Cipariso, descendiente de Heracles, fue uno de los muchos amantes del dios Apolo. Según la leyenda, Apolo le regaló una jabalina para cazar, pero por error el joven Cipariso mató al ciervo que él mismo había domesticado, que era un animal con cuernos de oro y guirnaldas de piedras preciosas. Su dolor fue tan grande que pidió al dios permiso para llorarlo eternamente. Apolo aceptó y lo convirtió en ciprés, que desde entonces es el árbol relacionado con el dolor por los seres queridos.

Mitología. Siempre me había apasionado, pero ahora empezaba a verla con otros ojos. ¿Era posible que el mito de Cipariso tuviera alguna relación con la historia de Héctor y Berta?

Pronto lo sabría.

Había ido a casa de mi tía Esmeralda, una hermana de mi padre que vive en la calle Ayala. Mi primo Juanlu tenía problemas con las matemáticas y necesitaba que le diera un par de clases particulares antes del examen. El metro me dejó en Colón y desde allí hasta la casa de mis tíos apenas me quedaban diez minutos paseando.

Fue al pasar por la calle Serrano, justo a la altura de Cortefiel, cuando los vi.

Alicia y Víctor Zurano caminaban por la acera de enfrente y en dirección contraria a la mía, enfrascados en una conversación muy amena. Víctor hablaba y gesticulaba, y Alicia reía sin dejar de mirarlo. Parecían extraordinariamente felices.

Sentí un arrebato de celos insoportable y reaccioné por instinto. Entré en Cortefiel y simulé que examinaba la ropa. Una de las vendedoras se acercó a mí y me preguntó qué buscaba. Le dije que no lo tenía claro, que prefería echar un vistazo. Me camuflé entre las prendas que se exponían y me dediqué a vigilar a través del escaparate lo que ocurría en la calle.

Víctor y Alicia seguían paseando, muy alegres, ajenos a todo lo que los rodeaba.

Salí a la calle cuando calculé que ya no podían verme y empecé a seguirlos a cierta distancia, como había visto hacer tantas veces en las películas de espionaje. Me ocultaba detrás de los árboles, de los coches, en los portales, bajo las marquesinas de los comercios, sin importarme las miradas de algunos viandantes que me contemplaban, entre curiosos y suspicaces.

Al llegar a Goya doblaron hacia la izquierda y poco después, en el primer cruce, hacia la derecha. Entraron en la calle Lagasca, cruzaron Jorge Juan y

poco más adelante doblaron otra vez a la izquierda. Se trataba de calles estrechas, con poco tráfico y no demasiada gente, por lo que debía seguirlos a cierta distancia, escondiéndome dentro de mi chaquetón, poniéndome la caperuza hasta más abajo de los ojos para que nadie pudiera reconocerme, ni siquiera Alicia si se daba la vuelta y se topaba conmigo de repente.

Habían llegado a una calle en la que yo no había estado nunca. Se llamaba Gurtubay y tenía, como muchas de Madrid, árboles en las dos aceras y coches aparcados en ambos lados de la calzada, unos en batería y otros en cordón.

Alicia y Víctor se pararon delante de un portal y se quedaron conversando un rato todavía. No entendía de qué podían hablar tanto. Víctor seguía moviendo los brazos, haciendo muchos gestos con las manos y la cabeza; a veces, saltaba o hacía alguna pirueta teatral, y Alicia reía y reía sin parar. Era evidente que se sentía feliz junto a aquel tipo. Yo me había apostado al principio de la calle, detrás de un Citroën Xantia blanco, y me moría de celos.

Vi que Alicia y Víctor se daban un beso en la mejilla y se despedían con grandes muestras de afecto. Luego, Alicia echó a andar y Víctor entró en un portal. Supuse que debía de ser su casa.

Me quedé como un imbécil, sin saber qué hacer con mi vida.

Berta Ríos vivía en la calle Caramuel, número 16, un edificio anaranjado, de cuatro alturas, situado entre una tienda de envío de dinero y un mesón. Frente a la puerta, ante los coches aparcados, se agolpaban dos contenedores, amarillo y naranja. En la acera crecían las acacias, cuyas ramas alcanzaban las ventanas protegidas por persianas verdes de las viviendas del segundo piso.

Pulsé el portero automático. Faltaban todavía unos minutos para las once. Mientras esperaba, recordé la conversación con Helena Hidalgo. Berta era la hija mayor. Tenía un hermano llamado Rafa, que iba a 4.º de ESO. Su padre trabajaba en el Ayuntamiento y su madre en un despacho de abogados. Por una asociación de ideas, evoqué, a mi pesar, a Melchor Alcázar y creí percibir su olor a colonia cara, su pelo engominado, su ropa de Armani. Aparté a Alcázar de mi mente y volví a concentrarme en Berta. Helena había dicho que le gustaban la música, el cine, los libros, sobre todo Julio Verne…

La voz de un adolescente me preguntó quién era.

–Soy Daniel Villena. El señor Ríos me está esperando.

Me abrieron el portal. Berta vivía en el segundo piso por lo que subí andando. Cuando llegué al rellano, un muchacho que debía de ser el hermano y el mismo con el que había hablado por el interfono me estaba esperando con la puerta entreabierta.

–Tú eres Rafa –dije a modo de saludo.

Él frunció el entrecejo, sorprendido de que un extraño lo reconociera.

–Te conozco del instituto –mentí.

Me hizo pasar al salón comedor. Un hombre y una mujer de mediana edad tomaban café con leche sentados alrededor de una mesa camilla, sobre la cual había un gran álbum con fotografías familiares.

–Buenos días. Soy Daniel Villena.

Los dos se levantaron y me estrecharon la mano.

–Siéntate –me invitó el padre de Berta–. ¿Un café con leche?

–Gracias.

Tomé asiento junto a ellos.

–Lo primero que quiero decirles es que lamento mucho lo de Berta. La conozco del instituto –volví a mentir, pero no sabía por dónde empezar a indagar–. Concretamente, de vernos en la biblioteca. Ambos somos fans de Julio Verne.

La madre me sirvió el café y añadió un poco de leche, mientras yo hablaba.

–Este año estoy ya en la universidad. Estudio Periodismo. Ya sé que es una carrera con poco futuro –sonreí tímidamente–, pero alguien tiene que informar a la gente de lo que pasa en el mundo.

–¿Azúcar? –me preguntó la madre.

–Sí, gracias, dos cucharadas.

El hermano de Berta se había sentado también con nosotros. Era un muchacho de rostro agradable, granos en la cara, pelo rubio ondulado y aspecto de deportista.

–Verán. Lo que quiero decirles es que hay una asignatura en la facultad en la que me han pedido que investigue sobre algún tema de candente actualidad –al decir aquello de la «candente actualidad» no pude evitar recordar a Iraola, su chaqueta gris y sus corbatas llamativas de colores chillones.

–Y has pensado que la desaparición de Berta es un tema de candente actualidad –dijo el padre completamente serio.

–He pensado que podría ayudar a aclarar lo ocurrido y encontrar a su hija, sí.

Los padres de Berta se miraron entre sí. Se les notaba que estaban desesperados.

–¿No crees que eres muy joven? –me preguntó el padre con un gesto tan severo que por un momento temí que me mandaran a la porra–. El asunto está en manos de la Policía y de la Guardia Civil. Hay decenas de personas buscando a Berta… Incluso hemos contratado los servicios de una agencia de detectives.

Bebí un poco de café con leche. Estaba frío.

–¿Una agencia de detectives? –repetí por decir algo.

–Sí. Charly Valley. Nos han dicho que es muy buena.

Estuve a punto de tirar el café.

Así que Carlos Valle también andaba detrás de Berta Ríos. Todavía no se me había olvidado la poca atención que me prestó en el asunto del pin. Me vino a la mente el día en que lo llamé y oí su voz nasal al otro lado del hilo telefónico: «Mala suerte, chaval», había dicho. Ojalá pusiera algo más de entusiasmo en el asunto de Berta.

–Nos lo ha recomendado un periodista que trabaja en *El País* y que ha venido a entrevistarnos ya un par de veces.

–Sí, claro –supuse que el periodista tenía que ser Lázaro Abellán–. Conozco al detective. Y también conozco al inspector Ostolaza, que es quien instruye el caso.

Había dicho lo de Ostolaza para ganarme su confianza. Al fin y al cabo, era lógico que desconfiaran de un estudiante de primero de Periodismo, que se presentaba en su casa para husmear en un asunto tan grave.

–¿Y qué te ha dicho el inspector? –quiso saber la madre.

Puse cara de buen chico y traté de que mi voz sonara convincente.

–Pues que cuantas más personas busquemos a Berta, mejor. Todas las ayudas son pocas. Cuatro ojos ven más que dos. Y yo estoy de acuerdo con él.

–No recuerdo haberte visto por el instituto –dijo de pronto el hermano de Berta.

Aquello no me lo esperaba. Improvisé.

–Es que en El Gran Capitán solo hice segundo de bachillerato. Antes estudié en el colegio Pablo VI, en Bravo Murillo.

Fue lo primero que se me ocurrió. Recordaba que en aquel centro concertado había estudiado un amigo mío del barrio.

Posé mis ojos sobre el álbum familiar.

–¿Estaban viendo fotografías?

La madre me acercó el álbum. Comencé a pasarlas, sin decir nada. Reconocí de inmediato a Berta, que aparecía en casi todas las fotos. Rubia, guapa, alegre, sonriente. Tuve que admitir que era realmente una muchacha espectacular. Con los padres, con el hermano, con los amigos, con familiares…

Empecé a pasar páginas, mientras la madre, el padre y el hermano me iban comentando las fotografías, en el Parque de Atracciones, en el Retiro, en un viaje a Santander, en Portugal, el día de la comunión del hermano, en un cumpleaños, en la boda de un pariente…

De repente, mis ojos se posaron sobre una instantánea. Berta sonreía entre un hombre y una mujer de unos cincuenta años. Vestía una camisa anaranjada y un pantalón marrón de pinzas. El pelo le caía, largo y rubio, sobre la espalda. Sonreía como una diosa.

–¿Quiénes son?

–Mi prima Montse y su marido, Fernando, el verano pasado –explicó la

madre de Berta–. Un domingo que fuimos a pasar el día a Miraflores.

Fernando llevaba una camisa de polo verde y en el pecho, a la altura del corazón, lucía un pin. La imagen era tan pequeña que no podía apreciarse con nitidez, pero me pareció que había dos árboles cruzados y un círculo negro en el centro. Me estremecí ante la posibilidad de que aquel fuera el pin de Cipariso.

No sé si fue un presentimiento, una revelación o una corazonada. O todo a la vez. Acerqué la vista hasta casi tocar el papel de la instantánea con las pestañas, como si fuera miope, pero no había forma de distinguir con claridad qué era lo que había en aquella diminuta insignia. Me volví hacia los padres de Berta.

–Es una lástima que no pueda apreciarse bien –dije algo contrariado–. Soy un verdadero fan de los pins.

El hermano de Berta se levantó de la silla.

–No es ningún problema. Tengo todas las fotos en el ordenador. Espera un momento.

–Así que Fernando es el marido de su prima Montse… –reconduje el tema hacia aquel personaje sin dejar de mirar fotografías.

–Sí –afirmó la madre de Berta–. Fernando Fuentes. Tiene una empresa de construcción muy famosa. A lo mejor la has visto por ahí: FUCONSA. Él y mi prima viven en la calle Serrano y tienen dos hijos de la edad de Rafa.

Vivir en Serrano significaba que la vida te iba bastante bien. Fernando Fuentes era un hombre de mediana edad, elegante y bien parecido. Y desde luego, no tenía aspecto de pasar privaciones. Sí. Seguramente la empresa de construcción le había hecho ganar bastantes millones. Pensé que con toda probabilidad aquel individuo era uno más de los muchos que habían contribuido a hinchar la burbuja inmobiliaria, edificando sin control.

Rafa regresó con el portátil ya encendido. Un HP 600, igual que el de mi hermana Irene. Lo puso sobre la mesa y con la pericia del que se pasa más de la mitad de su vida tecleando ante la pantalla comenzó a buscar en su disco duro.

–Mis Imágenes –musitó–. Un momento.

Cliqueó aquí y allá, abrió unos documentos, cerró otros. Finalmente dio con un archivo que decía «Miraflores». Al momento, aparecieron varias fotografías. Las puso en formato de presentación y comenzó a pasarlas al ritmo que le parecía. Yo me fijaba tan solo en aquellas en las que se veía al tal Fernando, con su camisa verde hierba y el pin prendido al pecho.

–Esta es –dijo Rafa cuando dio con la foto que me había llamado la atención.

La instantánea ocupó la pantalla entera.

–¿Quieres que la amplíe? –me preguntó.

La intuición no me había fallado. El matrimonio Fuentes sonreía ante la cámara. Entre los dos esposos, la joven y bella Berta Ríos se mostraba plena

de vida, exuberante, como una princesa encantadora. Fijé mis ojos en Fernando. Alto, fornido, el pelo hacia atrás, la imagen del triunfador. Camisa verde de Burberry. Pantalón blanco pinzado.

Y en el pecho, aquel pin que se me había incrustado en el cerebro: los dos cipreses verdes, cruzados en forma de aspa, y el círculo negro sobre el que se podía leer con toda claridad, en letras blancas: CPRS.

–No. No es necesario.

Capítulo decimoquinto

Gatos vagabundos

ESTABA en la cama, repasando todo lo acontecido durante los últimos días, y los escasos progresos que habíamos hecho Alicia y yo, cuando caí en la cuenta de un detalle: ¿qué relación había entre el pin CPRS y el restaurante Cipariso?

Recordé al dueño del local, aquel tipo mal encarado que nos trató como si fuéramos dos insectos. Y también recordé a Olga, la muchacha de Lucena, sin cuya inestimable ayuda no habría averiguado algunas cosas.

Traté de dormirme, pero el sueño se me había ido del todo. En mi cerebro se amontonaban nombres, frases, imágenes, sin orden ni concierto. El rostro de Héctor Miranda en la fotografía de la esquela de su muerte aparecida en el periódico, el de Berta Ríos en la fotografía de la página de Sosdesaparecidos, la cara rectangular del inspector Ostolaza, el aspecto desaliñado del detective Carlos Valle, sus gatos examinándome desde las dos sillas del pasillo, la traza desgarbada de Alejandro Cidones y su crucifijo negro colgado de la oreja derecha, la belleza sensual de Helena Hidalgo, el aire siniestro del anticuario con su sombrero puntiagudo y sus anteojos diminutos, la mirada abatida de Lázaro Abellán…

De pronto, noté una presencia en la habitación. Sentí que alguien había entrado y se había quedado de pie a los pies de la cama, desde donde me observaba. Mis ojos trataron de abrirse paso a través de la oscuridad, pero era imposible distinguir nada. Intenté escudriñar una silueta, un perfil, una evidencia de que allí, a escasos tres metros de mí, alguien me estaba contemplando.

El aire de la habitación se había enrarecido. Olía a animal muerto. Como si hubiera en algún rincón de mi cuarto un perro o un gato en descomposición. Era un olor tan nauseabundo que me produjo arcadas y estuve a punto de vomitar. Aparté las sábanas y el edredón porque me asfixiaba. Sentía que me faltaba el aire en los pulmones. Quería respirar, pero al abrir la boca solo podía aspirar aquel hedor a podredumbre, a carne muerta, y volví a sentir náuseas. Mis ojos intentaron reconocer alguna forma humana o animal en la negrura impenetrable que me envolvía; sin embargo, me resultaba imposible distinguir nada a mi alrededor.

Soportando a duras penas el pánico que había empezado a apoderarse de mí, pulsé el interruptor de la luz.

Me levanté y busqué por los rincones, por los cajones de la mesa, por el armario, debajo de la cama. ¿Era posible que hubiera entrado una rata enferma por la ventana y se hubiera muerto en algún rincón de mi cuarto?

Busqué y busqué, pero no encontré absolutamente nada anormal.

Me senté en la cama y me quedé unos momentos meditando. Aquella presencia que yo había intuido en la oscuridad, ¿había sido una presencia real o había sido producto de una pesadilla? Volví a mirar en todas direcciones. La silla con la ropa. La mesa. La estantería con mis libros. El armario. La ventana que daba a la calle y que estaba entreabierta.

¿Y si aquel hedor repulsivo procedía de fuera?

Me asomé al exterior. La noche se había adueñado de la ciudad y no se veía a nadie. Mi reloj de pulsera marcaba las cuatro y cuarto de la madrugada.

Me fijé en una silueta que cruzaba la calle en aquellos momentos. Por la dirección que llevaba, debía de proceder de mi portal. Se alejaba hacia la parte contraria de la calzada. A la luz de las farolas, pude distinguir que se trataba de un chico de unos veinte años, que vestía una camisa azul a cuadros y un pantalón vaquero. Al llegar a la acera de enfrente se detuvo, se giró y me miró.

Me quedé helado: era Héctor Miranda.

A pesar de la distancia, pude ver –o tal vez me lo pareció– las magulladuras de su rostro, el ojo izquierdo levemente cerrado, las heridas en la cabeza, la tristeza infinita instalada en aquella mirada de súplica.

Los ojos de Héctor me observaban con fijeza obsesiva en la distancia. Luego, hizo un gesto vago con la cabeza, como despidiéndose, me dio la espalda y desapareció en la noche, difuminándose entre las sombras, igual que desaparecen los fantasmas en las pesadillas.

Eché la cortina y dejé de mirar. Observé que el hedor a podredumbre había desaparecido de mi habitación. De nuevo, olía a ropa limpia y al ambientador de lavanda que ponía mi madre en el salón. Permanecí quieto, abrumado por lo que acababa de suceder. ¿Qué diablos significaba todo aquello?

Varios días más tarde recibí la llamada inesperada del detective Carlos Valle. Quería hablar conmigo, pero no me adelantó nada de la posible entrevista. Quedé con él a media tarde en la puerta de El Corte Inglés que hay junto a mi casa, al que toda la gente conoce como «el de Princesa».

A mí me gusta llegar a las citas con cinco minutos de antelación. No tuve que esperar mucho, porque Valle asomó por la boca del metro solo con un par de minutos de retraso. Si quería pasar desapercibido, desde luego, no iba a conseguirlo. Llevaba toda la parafernalia típica de los detectives de las películas estadounidenses: gabardina blanca, sombrero de fieltro

ligeramente ladeado, andares sigilosos y expresión de sabueso.

–Hola, chaval –dijo tendiéndome la mano; se la estreché–. Me alegro de verte.

–¿Qué tal su madre?

–¿Eh?

–Su madre. ¿No está inválida?

Sonrió con la boca torcida.

–Ah, claro, sí. Pues allí está, la pobre. Cada día un poco peor. Pero ¿qué le vamos a hacer? Son las cosas de la vida...

Observé a Valle con disimulo mientras hablaba. La gabardina no era capaz de disimular la protuberancia de la barriga. Seguía teniendo cara de sueño, como el día en que lo conocí, y la barba mal afeitada le oscurecía el bozo. Pensé en su gato blanco y en su gato negro, en el aire rancio de su casa, con las flores de plástico y el olor a comida pasada.

–Vamos a tomar algo –propuso.

Nos metimos en el primer local que encontramos, que fue el bar Los Bocadillos, debajo de mi casa. Era una cafetería en la que no habría entrado ni dos veces en toda mi vida. Por lo general, cuando salgo a la calle, me largo lo más lejos posible de mi barrio. No me gusta quedarme por los alrededores de mi casa. Todo el mundo te conoce y trata de meterse en tu vida. Una de las cosas que más me gustan de Madrid es precisamente la posibilidad de camuflarte entre miles de individuos desconocidos. El anonimato.

–¿Qué te apetece?

–Coca-Cola.

Hizo una seña al camarero, que secaba vasos detrás de la barra con un trapo que alguna vez debió de ser blanco.

–Una Coca-Cola y una copa de Magno.

Valle y yo nos sentamos en una pequeña mesa. El local era tan estrecho que apenas cabía alguien entre la barra y nosotros.

–Estoy investigando el caso de Berta Ríos… –comenzó diciendo Valle tan pronto como se dejó caer en la silla. Me di cuenta de que dejaba la frase en el aire y me miraba a los ojos para ver mi reacción.

No moví ni un músculo de la cara. Los propios padres de Berta ya me habían dicho que habían contratado a aquel tipo para encontrar a su hija. Su objetivo y el mío eran, pues, el mismo. Y sin embargo, no tenía ninguna intención de allanarle el camino.

El camarero dejó la copa de coñac y la Coca-Cola encima de la mesa. Valle se bebió la mitad de un solo trago, sopló con fuerza para expulsar el ardor que le quemaba la garganta y chasqueó la lengua varias veces; luego se limpió la boca con una servilleta, hizo una bola y la tiró al suelo, al pie de la barra. A mí me repateaba la gente tan guarra que tiraba cosas al suelo, pero hice como que no me había dado cuenta y miré hacia otro lado.

Valle me contempló con expresión severa.

–¿No tienes nada que decirme?

–¿De qué?

–¿De qué va a ser? De esa dichosa insignia…

–¿Qué le pasa a la insignia?

–Viniste a verme por un pin. Parecías muy preocupado. Y luego he sabido por el inspector Ostolaza que andas husmeando en el asunto de Berta Ríos. ¿Qué tienen que ver el pin y la pobre chica? Quiero saberlo.

Me hice el tonto.

–No sé de qué me está hablando.

–¡A mí no me engañas, chaval! ¡Tú sabes algo!

La voz de Valle era tan nasal y aguda que restaba autoridad a sus palabras. Aún recordaba el poco interés que había mostrado por el pin cuando fui a verlo. A la semana lo llamé y me dijo «mala suerte, chaval». Yo estaba seguro de que no había movido un dedo por mí porque le había comentado que no tenía dinero para pagarle. Lo observé. Valle no se había molestado en quitarse la gabardina o el sombrero, como yo tampoco me había desprendido del chaquetón. Su aspecto parecía el de un actor de tercera fila interpretando a un espía de un país de la desmembrada Unión Soviética. Uno de esos personajes secundarios que en las películas de serie B acaban muriendo de la forma más tonta.

Podría guardarle cierto rencor, y sin embargo aquel tipo no me caía mal del todo. El oficio de detective apenas le debía de dar para comer. Lo imaginé alimentando a sus gatos con los restos de puchero, vaciando en el váter el orinal de su madre enferma, yendo por la casa con el batín a cuadros y las zapatillas de paño, tendiendo la ropa en la ventana del lavadero que daba al patio interior del edificio, sorteando los problemas económicos para llegar a fin de mes como un náufrago.

En el fondo, me parecía digno de lástima.

–Yo solo sé que Berta Ríos desapareció la noche del sábado 6 de octubre, igual que lo sabe todo el mundo. Basta con echar un vistazo a la prensa o ver el telediario. En cuanto a lo del pin, ya le dije que lo encontré por la calle.

–Ya. A otro perro con ese hueso, chaval. ¿Y por qué tanto interés por una simple insignia? También me dijo Lázaro Abellán que habías estado en la redacción preguntando por Berta y por ese dichoso pin. ¿Te crees que soy tonto? Vamos, chaval, desembucha de una vez.

Despaché la Coca-Cola y me levanté. No tenía ningunas ganas de que aquel tipo me amenazara ni me siguiera levantando la voz.

–He de irme. Y muchas gracias por la Coca-Cola.

–¿A dónde vas?

–Tengo cosas que hacer –respondí vagamente.

A decir verdad, no tenía nada que hacer en ninguna parte.

Valle se bebió lo que quedaba de la copa de un trago. No se molestó en coger una servilleta. Ahora se limpió con el dorso de la mano, pagó atropelladamente en la barra, recogió el cambio y salió detrás de mí como un remolino.

–Si averiguas algo, avísame –dijo ya en la calle, con tono menos apremiante; incluso me pareció que suplicaba–. La verdad es que no sé por dónde empezar a buscar.

Nos dimos la mano antes de separarnos.

–Ya nos veremos.

Dejé a Carlos Valle y eché a andar hacia Alberto Aguilera, muy seguro de mí mismo, como si caminara hacia un lugar en el que me estuvieran esperando. En realidad, no sabía a dónde ir. No me apetecía encerrarme en casa, ni seguir hablando con aquel hombre. Solo me atraía la idea de vagabundear por las calles de Madrid. La tarde estaba a punto de desvanecerse. Habían empezado a encenderse las luces de los comercios y por todas partes se respiraba el ambiente de la Navidad. Al pasar bajo una ventana entreabierta escuché música de villancicos.

Por la mañana nos dieron vacaciones. Los profesores nos recomendaron poco turrón y mucho estudio. A la vuelta, empezaban los exámenes del primer cuatrimestre.

Alicia y yo nos acercamos hasta Atocha al mediodía para comprar el billete de tren. El sábado se marchaba a Gélver a pasar las navidades con la familia. Solo nos quedaba la tarde del viernes para estar juntos.

No había podido olvidar ni un solo día la extraña relación que yo había descubierto entre Alicia y Víctor Zurano. Aquel día que los encontré en la calle, paseando, hasta que se despidieron ante el edificio donde él supuestamente vivía. Aquel beso en la mejilla, aquellas muestras de cariño. Todo se me había incrustado en el alma, como un veneno amargo.

Pero, por otro lado, era cierto que no había observado nada raro. Alicia y Víctor simplemente habían ido paseando por la calle, como dos buenos amigos. En realidad, no había habido nada más. El beso que se dieron al despedirse era el beso típico entre dos conocidos. ¿Por qué no podía ella ser amiga de un chico?

Alicia vino a comer a casa. Así aprovecharía para despedirse de mi familia.

Eran casi las dos cuando mi padre telefoneó desde el hospital para decirnos que no podía venir a comer con nosotros. Se quejó de que siempre le ocurría lo mismo: cada vez que llegaba la Navidad, la gente parecía ponerse de acuerdo en bloquear las salas de urgencias. Los ancianos se rompían las caderas, los jóvenes sufrían esguinces, los conductores se empeñaban en estrellarse contra los árboles que crecían en las cunetas…

La comida fue un suplicio porque mi hermana Irene no dejó de presumir de sus notas. Había sacado un diez en todo menos en Educación Física, asignatura en la que había obtenido «solamente» un nueve.

–¡Se cree que nos está entrenando para las Olimpiadas! ¡Es un retrasado mental! –decía mi hermana sin probar el pollo con manzana, con el objeto de dejar patente su enojo.

–¡Irene! –exclamó mi madre–. ¡No te tolero que hables así de tus profesores!

–¡No me ha puesto el diez porque no he llegado a las cincuenta flexiones! ¡No es justo!

–Tan solo es el primer trimestre… No es para tanto. Come, que se te enfría el pollo.

–No tengo hambre.

Alicia y yo comíamos sin hacerle caso.

–Si en la segunda evaluación no me pone el diez lo denunciaré por acoso sexual –comentó mi hermana con el ceño fruncido.

–¡¿Qué dices, Irene?! –replicó mi madre, que empezaba a cansarse de aquella conversación tan estúpida–. ¿Cómo vas a denunciar al profesor por algo tan grave como el acoso sexual solo porque no te pone un diez?

–Los chicos sí pueden hacer cincuenta flexiones. Es lógico. Tienen la masa muscular más desarrollada que nosotras. Es una cuestión fisiológica y biológica. No puede pretender que una chica haga las mismas flexiones que un chico. Eso se llama discriminación sexual.

–¡La discriminación no es acoso, Irene! –dije yo, que estaba perdiendo la paciencia con los desvaríos de mi hermana.

–Ya sabía que te ibas a poner de parte de ese imbécil. ¡Todos los hombres sois iguales!

–¡¡Irene!! –estalló mi madre.

–Déjala, mamá. Que se desahogue insultándome. La familia está para eso.

Mi hermana me sacaba de quicio, a veces hasta límites insoportables, pero aquel día yo tenía la mente muy lejos de allí. Tanto Alicia como yo debíamos confirmar si el «galeón» de Melchor Alcázar era El Galeón Fantasma de nuestro amigo el anticuario. Y en caso afirmativo, averiguar qué se estaba cociendo allí.

Solamente sabíamos que Melchor Alcázar había escrito en su agenda, en la cuadrícula del 21 de diciembre, una palabra: Galeón. Nada más.

Ignorábamos si se trataba de una cita. En el supuesto de que lo fuera, ¿quiénes eran los convocados? Y, además, ¿a qué hora? ¿Y qué iba a tratarse allí?

Tan pronto como terminamos de comer, Alicia y yo salimos a la calle. Queríamos despejarnos, dejar que nos diera el aire y el sol de la tarde, ese

sol preinvernal de las tardes de diciembre, y sobre todo, deseábamos no seguir soportando las tonterías de mi hermana, a la que la pubertad le sentaba fatal. Callejeamos un rato por el barrio de Embajadores, igual que gatos vagabundos, hasta que comenzó a anochecer y vimos llegada la hora de entrar en acción.

Eran las seis y cuarto cuando llegamos a la calle Bastero. El plan era muy sencillo. Entrar sin que nos vieran y escondernos en algún rincón para ver qué pasaba.

–Un poco cutre sí es tu plan –se burló Alicia tan pronto como llegamos a la puerta del comercio del anticuario–. ¿Lo has leído en una novela o lo has visto en alguna película de detectives?

–¿Se te ocurre algo más ingenioso?

La calle Bastero se encontraba prácticamente vacía. Apenas un viandante por aquí, un anciano paseando un perro por allá. Algún inmigrante despistado. Como la vez anterior, las tiendas estaban cerradas, víctimas todas de la globalización y la crisis económica. Todas excepto El Galeón Fantasma, aquel local en cuya fachada alguien había dibujado la silueta de un barco en trazos negros.

–Primer problema –dijo Alicia ya casi en la puerta–. ¿Cómo vamos a entrar sin que suene la campanilla?

Yo ya había pensado en ello.

–¿Te has dado cuenta de que la puerta es bastante baja? –le pregunté, señalando con la cabeza–. La otra vez casi me di en la coronilla y tuve que agacharme un poco. Bastará con inutilizar la campana manualmente. Tengo unos dedos muy ágiles –bromeé.

Alicia me miró, sin saber qué decir.

–¿Estás dispuesta?

No dijo nada. Se limitó a sonreír sin ganas.

–Vamos allá –dije.

Poniéndome de puntillas, me elevé lo suficiente. Abrí la puerta unos centímetros, lo justo para deslizar lentamente mi mano y sujetar la campanilla que colgaba sobre el dintel. Era una campanilla pequeña y sencilla, con un badajo minúsculo. Me moví con mucha precaución, mientras rezaba para que el anticuario no se encontrara tras la puerta y me sorprendiera actuando como un vulgar raterillo de barrio. Recordaba la vez anterior. El dueño había aparecido al rato de entrar nosotros, lo mismo que una sombra surgida de la nada.

Si el hombrecillo nos descubría, tendríamos que dar demasiadas explicaciones.

Afortunadamente, la primera parte del plan transcurrió sin problemas. Sujeté la campanilla para que no sonara y Alicia y yo pudimos entrar en el local. Y tal como habíamos imaginado, el dueño no se encontraba tras el mostrador porque en aquel extraño comercio no había nunca nadie a quien

atender.

Durante unos momentos, nos quedamos sobrecogidos contemplando de nuevo aquel lugar mágico. Parecía un museo de objetos antiguos. Volví a observar los muebles pasados de moda, los cuadros decimonónicos, las lámparas viejas, los pebeteros, el muñeco de madera sonriendo de forma enigmática sobre el taburete de terciopelo. En la estantería de la derecha, el candelabro de tres brazos soportaba tres velones encendidos que esparcían por el local una luz fantasmagórica. Algunas telas colgaban del techo lo mismo que espectros. En el expositor de cristal se veían los animales disecados, que parecían mirarme amenazadoramente, como a punto de saltar sobre mí. Una ardilla, una perdiz, una zorra, un jabalí. Sus ojos de vidrio me seguían a todas partes. Olía a cerrado, a madera carcomida y a flores apolilladas, pero sobre ese olor destacaba la fragancia tenue del incienso que debía de estar ardiendo en alguna parte. Escudriñé aquí y allá, admirándome de todos aquellos objetos anacrónicos que reposaban en una inmovilidad sin tiempo y me embargó la sensación de que había atravesado un túnel temporal o un espejo mágico y había entrado en otra dimensión, en un ámbito lejano y misterioso. En la pared del fondo, Belinda me observaba desde la inmensidad de la muerte. El vestido de muselina roja, el ramo con las rosas blancas en la mano derecha, la mirada dulce, la sonrisa delicada y perdida en las sombras de la eternidad.

Todo estaba como yo lo recordaba de mi primera visita.

Todo excepto una cosa.

En la repisa de la chimenea las tres máscaras habían desaparecido.

Capítulo decimosexto

El museo de los horrores

OÍMOS una voz en la trastienda. El anticuario debía de estar hablando con alguien. Teníamos que buscar un refugio para escondernos antes de que nos sorprendieran. Miré hacia todas partes, atemorizado, sin encontrar nada. Alicia tiró de mí y me arrastró hasta unas alfombras enrolladas junto a un armario. Era nuestra única oportunidad. Nos apretamos el uno contra el otro y contuvimos la respiración.

Las alfombras debían de ser de la época de María Antonieta. Olían a polilla y a polvo acumulado durante décadas.

Agucé el oído. Distinguí varias voces, todas masculinas.

–¿No te suena esa voz? –me susurró Alicia.

Me quedé en silencio, escuchando. El tono cavernoso del anticuario sonaba como una letanía. De vez en cuando, se oían otras voces. Y sí, una de ellas la había oído yo en alguna parte, aunque no lograba recordar.

Le hice una seña a Alicia, dándole a entender que debíamos abandonar nuestro escondrijo, porque no oíamos nada. Ella me miró aterrada, y negó con la cabeza.

–Voy a salir –le musité al oído.

La expresión de sus ojos no dejaba lugar a dudas: «¡¿Estás loco?!».

Pero no había otra manera de averiguar quiénes eran aquellos tipos que estaban hablando con el anticuario y qué era lo que se cocía en la trastienda de aquel lugar que helaba la sangre. Me deslicé subrepticiamente, procurando no tropezar con nada, cosa bastante difícil porque allí no había un espacio libre en ninguna parte. Tapices, gramófonos, juguetes de hojalata, libros encuadernados en tapas de cuero, objetos de porcelana, cerámicas chinas… Si no me movía con cuidado, iba a tirar algo al suelo en cualquier momento.

Una araña del tamaño de un garbanzo salió corriendo de detrás de un reloj de péndulo y Alicia, que había comenzado a arrastrarse detrás de mí, estuvo a punto de tirar al suelo un paragüero de cristal.

Delante de nosotros, a unos tres pasos, había una puerta con una cortinilla de yute que daba al interior. Las voces eran ahora mucho más audibles. Volví a mirar en todas direcciones, en busca de ideas. El lienzo de Belinda estaba ante mí. Sus ojos parecían taladrarme. De repente, observé que junto al cuadro había una puerta camuflada entre dos maceteros

enormes con hojas y flores de plástico. Sin pensar en lo que hacía, avancé un paso, tiré del picaporte y ambos nos colamos en el interior.

Era una galería estrecha y lóbrega, como el pasadizo de un sótano, y estaba tan oscura que no veíamos nada a un palmo de nuestras narices. Avanzamos tanteando las paredes, con cierta repugnancia, porque olía a humedad y a espacio cerrado, y no sabíamos lo que pisábamos. Recordé que Alicia padecía claustrofobia, y aquel lugar era lo más parecido a un calabozo inmundo.

–¡Voy a ponerme a gritar ahora mismo si no encontramos una salida! –me susurró Alicia, que se había agarrado a mí igual que una garrapata.

Me volví hacia ella y la abracé.

–Confía en mí –le susurré al oído mientras trataba de animarla con aquel abrazo–. Este pasadizo tiene que desembocar en algún sitio.

–Ya. En las mazmorras del infierno.

Pensé que aquel pasillo debía de tener algún tipo de iluminación, pero nosotros, en nuestra torpeza, habíamos entrado allí sin buscar un interruptor o un botón. Era imposible que nadie atravesara aquello igual que nosotros, como dos topos ciegos.

De súbito, mis manos tropezaron con algo parecido a una puerta. Tanteé en la oscuridad y distinguí con el tacto una superficie de madera rugosa y un picaporte de hierro, del tamaño aproximado de mi puño. Apliqué el oído y comprobé, satisfecho, que no se oía nada detrás de la puerta.

La abrí con mucho cuidado, pero sus goznes, que debían de ser tan viejos como mi tatarabuelo, chirriaron levemente, produciendo un sonido siniestro.

–¡Nos van a descubrir! –murmuró Alicia, abrazada a mi espalda.

Habíamos entrado en una habitación circular y grande, alumbrada tan solo por varios candelabros que descansaban en las esquinas. Las paredes estaban decoradas con tapices que tenían motivos mitológicos. En todas las paredes, entre los tapices, había hornacinas; en ellas se destacaban pequeñas figurillas de barro, que representaban máscaras mortuorias. En la parte contraria al pasadizo, enfrente de nosotros, junto a la pared se alzaba un pequeño altar cubierto enteramente por un manto de terciopelo negro, y adornado con dos búcaros llenos de rosas blancas. Tras él, en la pared, se extendía un tapiz de unos dos metros de altura que representaba a Apolo y a Cipariso, ya casi convertido en ciprés, con el ciervo muerto a sus pies. En la parte baja de aquel tapiz estaba escrita la leyenda CPRS. Delante del altar, había tres reclinatorios.

Un pebetero negro, a los pies del altar, exhalaba un embriagador aroma de incienso que perfumaba toda la estancia.

–Esto es un templo –susurré.

En aquel momento volvimos a oír las voces. Cada vez con mayor claridad.

Se acercaban a nosotros. Quienes fueran los que conversaban, pronto entrarían en aquella sala y nos descubrirían. Si no nos movíamos rápido estábamos perdidos. Desesperado, miré hacia todas partes. El único lugar en el que podíamos cobijarnos era el propio altar.

–¡Vamos! –dije tirando de Alicia.

Nos metimos debajo del manto negro que cubría el ara y nos abrazamos como para protegernos el uno al otro. Estábamos aún más apretados que detrás de las alfombras, momentos antes. No podíamos hablar ni movernos. Casi ni respirar. Imaginé si a Alicia o a mí nos daba por estornudar o toser, y me estremecí. Estaba convencido de que en aquel extraño lugar se estaba cociendo algo malo, y si aquellos tipos nos descubrían iban a convertirnos en picadillo sin preguntarnos quiénes éramos ni qué hacíamos allí.

De pronto oímos que se abría una puerta y escuchamos la voz del anticuario entrando en la sala.

–Colocaos en vuestros sitios.

Supuse que los aludidos ocupaban los reclinatorios. Debían de ser tres. Tres reclinatorios, tres máscaras. ¿Quizá los tres hombres que solían cenar el primer sábado de cada mes en el restaurante Cipariso? ¿Uno de ellos, Melchor Alcázar?

El anciano se colocó cerca del altar, al otro lado del manto negro, y comenzó a hablar en latín con una voz fúnebre y solemne. Yo había estudiado algo de latín en el instituto, pero no entendía nada. Debía de ser una oración. De vez en cuando, los otros tres individuos respondían al unísono, como un coro de acólitos, también en latín. Alicia estaba tan pegada a mí que yo podía sentir las palpitaciones aceleradas de su corazón. Sus ojos, a escasos centímetros de los míos, me miraban aterrados.

–Habéis metido la pata –dijo el anticuario en español–. Por eso debemos estar más unidos que nunca y extremar las precauciones.

–Ya hace dos meses y medio, y nadie ha descubierto nada –dijo la voz que me había resultado conocida–. No hay peligro.

–¡No subestimes nunca al enemigo! –bramó el anticuario–. Esa es la primera regla que tenemos que observar.

¿Dónde había oído yo aquella voz? De repente se hizo la luz en mi cerebro. ¡Era la voz de Melchor Alcázar!

–Dije muchachas solitarias. El trato estaba claro. Nada de chicas acompañadas por amigos o por novios. Así nos ha ido bien hasta ahora. Por esa metedura de pata vuestra, habéis puesto en peligro toda la organización.

–Era un asunto personal, Séptimus.

Vaya. Así que el anticuario se hacía llamar Séptimus…

–¡No podemos mezclar los asuntos personales! ¡Esto es un negocio! ¿O no se ha enterado todavía, señor Fuentes? –exclamó el anticuario con sorna.

Al escuchar aquel nombre, Alicia y yo nos miramos. El tío de Berta, el del pin. Se confirmaba que estaba metido en aquella trama terrible.

Durante unos momentos reinó el silencio.

–¿Alguien ha recibido alguna visita inesperada? ¿Habéis detectado algo anormal?

Nadie respondió.

–Quienes nos pagan exigen carne fresca y apetitosa. Chicas jóvenes, no más de veinte años, hermosas. Y ya sabéis que pagan bien.

–A nuestros clientes les gustan de piel blanca y cabello rubio como el sol –dijo otra voz que también me resultaba conocida.

–¿Y a quién no?

Sabía ya que el tío de Berta era uno de los secuaces del anticuario y había logrado identificar una de las voces conocidas, la de Melchor Alcázar, pero me faltaba la otra. Intenté recordar, al tiempo que seguía escuchando la conversación.

–El próximo trabajo es el día 5 de enero –recordó Séptimus–, que es precisamente la víspera de los Reyes Magos. Será noche de cabalgatas y bullicio. Una noche en la que todo el mundo sale a la calle.

–Mejor. Será más sencillo.

–O más peligroso.

–No tiene por qué haber peligro si las cosas se hacen bien –les recriminó Séptimus–. Recordad que no podemos permitirnos otro error.

Los tres acólitos guardaron silencio.

–Invoquemos a Cipariso –dijo Séptimus en tono solemne–, que vive en la eternidad de la llama dorada, descendiente del dios Heracles, protegido de Apolo, morador del infinito, a quien no puede dañar la ira de Cronos. Tú que guardas en tu seno inmortal a nuestra amada Belinda, la pura, la que jamás morirá, nuestra madre memorable, vela por la prosperidad de nuestras acciones que redundarán en una mayor gloria de tu nombre.

Séptimus volvió a hablar en latín, otra larga oración de la que no entendí nada. Me pareció que aquel tipo estaba un poco chiflado y que los tres individuos que actuaban como secuaces suyos le seguían la corriente por algún interés, probablemente económico.

–No debemos volver a vernos hasta la próxima entrega.

La palabra «entrega» debía de ser un eufemismo. Seguramente, se refería a la próxima víctima. La noche de los Reyes Magos.

–Sellemos nuestra alianza –dijo Séptimus.

No podíamos ver lo que estaban haciendo. ¿Cómo sellaban aquellos tipos su abominable convenio? ¿Besándose, abrazándose, sacándose sangre?

–Brindemos por Cipariso.

Imaginé que Séptimus bebía y luego pasaba la copa a sus acólitos. Aquella pócima debía de ser vino mezclado con especias. Hasta mí llegaba el olor dulzón del líquido, entre los efluvios del incienso.

De pronto comenzamos a oler de forma diferente. Un aroma tan fuerte que resultaba embriagador. Alicia me habló con los ojos, que estaban a dos dedos de los míos. Yo cerré los párpados, dándole a entender que había comprendido.

Olía a opio. Intensamente.

Aquellos tres individuos habían dejado de beber y supuse que se estaban pasando una cachimba con droga.

El olor era tan dulzón que estaba empezando a marearme. Si aquello no terminaba pronto, Alicia y yo íbamos a ponernos a toser de un momento a otro.

Por suerte, aquellos individuos abandonaron la sala a los pocos minutos. Nosotros esperamos todavía unos cuatro o cinco más, hasta estar seguros de que nos habíamos quedado solos en la estancia.

Nos asomamos con cuidado y vimos que, efectivamente, el templo estaba vacío.

El humo saturaba el lugar, como un cendal azul. En mitad de la sala, junto a los tres reclinatorios, descansaba el narguile del que habían fumado aquellos tipos. Sobre el altar, vi la copa que contenía el líquido rojo, del que habían bebido. Olía a vino peleón. Aparté la cara con un gesto de repugnancia.

–¡Vámonos ya de aquí! –me apremió Alicia–. Antes de que vuelvan.

Abrimos la puerta secreta con cuidado, para evitar que chirriara, y nos metimos otra vez en el túnel oscuro y húmedo. Comenzamos a desandar el camino a tientas. Algo se movió a mis pies, tal vez una rata, pero no dije nada para no asustar a Alicia.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó ella agarrándose a mí como a un clavo ardiendo.

–Mi pie –mentí.

Por fin llegamos a la puerta. Los dos pegamos la oreja y tratamos de captar algún ruido. Hasta nosotros llegaron todavía las voces de Séptimus y los otros tipos, algo amortiguadas por la distancia. Oí alguna risa. Seguramente, los cuatro hombres se habían animado con la ingesta del vino y el opio.

Aguardamos casi una hora, hasta que el silencio más absoluto se apoderó del local. Intenté calcular el tiempo que llevábamos en aquel lugar. Debían de ser las nueve de la noche, más o menos. Imposible distinguir algo en mi reloj. Había tanta oscuridad que no podíamos vernos la cara el uno al otro.

Lentamente, empujé la puerta y asomé la cabeza con cuidado. El local de Séptimus estaba en penumbra y silencioso, y no había rastro de su dueño. Salimos de nuestro escondrijo y nos dirigimos a la puerta sin mirar hacia ninguna parte, procurando no tropezar con nada. Al pasar por la chimenea, observé que las tres máscaras siniestras nos miraban a través de las sombras. Me estremecí. Cuando llegamos a la puerta de la calle, nos encontramos con

un problema con el que no habíamos contado.

Séptimus había echado el cierre metálico y no podíamos salir.

Me volví en todas direcciones, buscando una solución, pero la oscuridad que reinaba en mi cerebro era tan intensa como la que me rodeaba. Si no se nos ocurría algo, estábamos condenados a pasar la noche en aquel antro, hasta que nos rescatara el propio Séptimus.

–¡Nos hemos quedado encerrados en el museo de los horrores! –gritó Alicia conteniendo a duras penas la desesperación.

–No te preocupes –dije dando a mi voz un tono sereno para transmitirle una confianza que no tenía; en el fondo de mi corazón estaba tan asustado como ella–. Encontraremos una solución.

Nos sentamos en el suelo, entre una lámpara dorada grande, con cuatro brazos en forma de gárgolas demoníacas, y un sillón alto y afiligranado que parecía el trono de un rey medieval.

–Pensemos –dije recostando mi cabeza en la puerta de cristal.

La penumbra y el silencio que nos envolvían eran sobrecogedores. A nuestro alrededor, aquellos objetos heterogéneos y siniestros habían adquirido la apariencia de monstruos al acecho, como depredadores en una selva inhóspita. Y nosotros éramos las víctimas propiciatorias. Séptimus había abandonado definitivamente el local –era evidente– y, antes de irse, había apagado las velas que ardían en el candelabro de tres brazos que reposaba en la estantería que había entre la entrada y el mostrador.

No podíamos hacer nada.

De repente se me ocurrió una idea. Una idea absurda, pero no tenía mucho donde elegir. Saqué el móvil y lo encendí. Alicia y yo habíamos tenido la precaución de apagarlo durante nuestra visita a aquel lugar, para evitar que sonara en el momento menos oportuno.

–¿Qué haces?

–Voy a llamar al Sebas. ¿Te acuerdas? Una vez te hablé de él.

–¿El que tiene un hermano en Carabanchel…?

–Exacto.

–¿…Y es capaz de abrir la tumba de Franco con un destornillador?

–El mismo.

No era momento de explicarle a Alicia mi relación con el Sebas ni sus coqueteos con la delincuencia. Había nacido en el seno de una familia con demasiados problemas estructurales, pero era un buen chico. Marqué el número de su móvil y al tercer tono descolgó. Le expliqué rápidamente la situación. El Sebas era listo como el hambre y lo pillaba todo a la primera.

–¿Qué te ha dicho? –preguntó Alicia sin ocultar la ansiedad.

Por primera vez, después de cuatro horas de aguantar la respiración, pude expulsar el aire de mis pulmones con cierta tranquilidad. Sabía que el Sebas

no me iba a dejar tirado en aquella tétrica caverna.

Volví mi cabeza hacia ella, que había reposado la suya también contra la puerta de cristal. No podía verla con claridad, pero la intuía a mi lado. Asustada como una cervatilla.

–Que ahora viene.

El Sebas cumplió su palabra. Había venido en la moto, una Honda negra de poca cilindrada con la que se recorría Madrid de cabo a rabo y de rabo a cabo, y una caja de herramientas tan pequeña que le cabía en el bolsillo del anorak. Incomprensiblemente, en aquella caja llevaba martillos, llaves inglesas, ganzúas, destornilladores, alicates y un montón de herramientas de nombre desconocido.

Antes de diez minutos, Alicia y yo habíamos salido a la calle.

–Pero ¿qué hacíais ahí dentro?

Abracé a mi amigo como si volviera a verlo después de una guerra.

–Es muy largo de contar. Te lo explicaré otro día. Te debo una.

Se nos habían hecho las diez.

–¿Conoces a Alicia?

El Sebas era de mi edad y tan delgado como yo. Tenía una media melena que le caía descuidadamente sobre el ojo derecho y siempre estaba dando cabezazos para quitársela de la cara. Su aspecto era desaliñado y bohemio. Sometió a Alicia a un repaso ocular sin ningún tipo de comedimiento y, soltando una risa picarona, se le acercó para darle un beso.

–Si alguna vez te aburres del tío este –dijo en alusión a mí–, no tienes más que llamarme. Siempre estoy disponible.

Alicia sonrió, y le miró llena de gratitud.

–Nos has salvado de una buena.

El Sebas me contempló, socarrón, me guiñó un ojo y me palmeó los hombros antes de subirse a la moto y arrancarla.

–Cuídate, Dani. Y no hagas tonterías.

Lo vimos marchar en su Honda negra, entre una nube de humo y ruido, cruzar toda la calle y desaparecer tras la esquina.

Alicia y yo nos quedamos de pie, viéndolo marchar.

Nos fuimos de allí a toda prisa por si volvía Séptimus. Salimos a la calle Toledo y nos mezclamos entre la gente. Cruzamos la plaza de San Andrés y desembocamos en la calle Segovia. Caminamos en silencio, recordando la pesadilla que acabábamos de vivir. Cuatro tipos metidos en un negocio que tenía que ver con chicas muy jóvenes que desaparecían.

–Uno de los tipos era Alcázar, el abogado –dije–. Y otro Fernando Fuentes, el tío de Berta.

–Yo también me he dado cuenta.

–Pero había otra voz que también me resultaba familiar y que no consigo

recordar a quién pertenece.

Alicia se abrazó a mí. Temblaba.

–Cuando menos lo esperes, te acordarás.

Durante algunos minutos, nos dedicamos a caminar perdidos en la vorágine de la gente que nos rodeaba. Había un ambiente navideño que contagiaba alegría, pero nosotros caminábamos en silencio y con un regusto muy amargo.

–Mañana te marchas a Gélver –dije cuando llegamos al portal de la casa de Alicia.

–No te metas en líos –me pidió mientras me envolvía con sus brazos.

Nos besamos y nos despedimos.

Mientras me dirigía a mi casa, volví a pensar en lo que habíamos vivido hacía tan solo un rato. Tenía el estómago revuelto. Alicia y yo habíamos descubierto una trama perversa y no sabíamos qué hacer. Al menos, yo.

Capítulo decimoséptimo

Un tonto enamorado

ALICIA se marchó a Gélver para pasar las navidades con su familia, y yo me quedé en Madrid con mis padres y con Irene, con un montón de trabajo de la universidad y con el caso de Héctor y Berta sin resolver.

Era cierto que había avanzado mucho, pero también era cierto que quedaba mucho camino por recorrer. Y no tenía ni idea de lo que podía ocurrir todavía.

Por lo pronto, me estaba enfrentando a una banda de asesinos. Unos tipos que, según lo escuchado en el local de Séptimus, no dudaban en secuestrar chicas para venderlas a gente rica. Chicas jóvenes, guapas, de no más de veinte años.

Tráfico de mujeres.

Y luego estaba lo de Cipariso. Aquel extraño culto, el ritual del vino, la cachimba con el opio, las máscaras funerarias, el caso de Belinda… Todavía recordaba nuestra primera y única conversación con el cabecilla de aquella extraña cofradía. Según sus palabras, Belinda había muerto con dieciocho años en 1942. Hacía demasiado tiempo. Era casi imposible que Séptimus, que en aquel entonces tendría la edad de Belinda, viviera todavía. O por lo menos, que aparentase tener muchos menos años.

Y aquellas voces conocidas. La voz de uno de los tres compinches que obedecían a Séptimus era la de Melchor Alcázar, sí, pero ¿y la otra voz familiar? ¿Dónde la había oído? Además, estaba la presencia del tío de Berta…

Y por si no tuviera bastante, me vinieron a la mente los versos de Zorrilla que decían algo de una muchacha desgraciada y que había escuchado en aquel sueño horrible: «¡Pobre niña! ¿Qué se han hecho / los delirios de tu infancia?».

¿Qué había pasado realmente con Berta? ¿Dónde estaba? ¿Seguía viva?

Recordé las palabras de aquellos tipos: «muchachas solitarias… nada de muchachas acompañadas por amigos o novios… quienes nos pagan exigen carne fresca y apetitosa… chicas jóvenes, no más de veinte años, hermosas… y pagan bien… a nuestros clientes les gustan de piel blanca y cabello rubio como el sol… el próximo trabajo será el 5 de enero, la noche de los Reyes Magos…».

Lo único que tenía claro era que la noche del 5 de enero aquellos tipos

irían a cenar al restaurante Cipariso y que después una desdichada caería bajo sus garras. Eso era lo que llevaban entre manos aquellos tipos. Secuestrar a chicas inocentes y entregarlas a unos tipos sin escrúpulos que pagaban generosamente por carne fresca y joven.

Pasé la Nochebuena y la Navidad sin ganas de nada. Se me había puesto un humor de perros. Vinieron por casa cientos de familiares, tíos, primos, amigos. Hubo comidas especiales, como todos los años, para celebrar las fiestas. Mis padres no son practicantes, pero se consideran católicos y les gusta mantener las tradiciones. Por esa razón, año tras año, mi madre e Irene montan el belén en el comedor, una tabla sobre dos caballetes, y sobre la tabla las montañas con el corcho del alcornoque, el serrín para simular la arena del desierto, las palmeras, el río con el puente, los tres camellos con los Reyes y los pajes, los pastores, los pollos y los patitos, el arcángel san Gabriel, la Virgen y san José, la mula y el buey, el niño Jesús, rollizo y rosado. Y el papel de celofán simulando el cielo con las estrellas superpuestas y las luces de colores que se encienden y se apagan.

Mis padres, mi hermana y los familiares que venían por la casa vivían días de alegría. Se abrían botellas de vino y de cava, y se cantaban villancicos. A mi madre siempre le ha gustado cantar, lo hace bastante bien, y mi hermana reía y decía disparates, y mi padre esos días parecía reconciliarse con la vida, feliz, después de meses de duro trabajo en el hospital enderezando huesos.

Yo, entre tanto, me sentía el ser más desdichado de este mundo.

El día 26, Alicia me llamó desde Gélver. Estaba preocupada por mí y me hizo prometerle que hablaría con la Policía y le contaría todo lo que sabíamos sobre Berta y Héctor. Al fin y al cabo, era lo que también yo estaba deseando hacer. Aquel asunto hacía ya varias semanas que se nos había ido de las manos.

Mis padres se estaban vistiendo para asistir a un concierto benéfico que se celebraba en el CEDAM y que tiene la sede en la calle Altamirano, justo paralela a la mía. Mi madre había visto el cartel en la misma fachada del local. El Centro de Enseñanza y Desarrollo de Actitudes Musicales suele promover este tipo de actos, y de vez en cuando he acudido también a alguno de ellos en los que participaba alguien conocido.

Yo andaba por la casa, haraganeando. Acababa de hacer un alto en mi estudio y necesitaba descansar un poco y cargar las pilas.

–¿Qué vais a ver exactamente?

Mi padre iba en camisa, buscando la chaqueta por todas partes.

–Piano y canto. A lo mejor hay algo más. En estas cosas nunca se sabe.

–Supongo que tocarán canciones navideñas –dijo mi madre, apareciendo con la chaqueta de mi padre por la puerta del comedor–. Toma, desastre –le

dijo, ayudándole a ponérsela–. Te la habías dejado en el cuarto de baño.

Mi padre le dio un beso en la mejilla a mi madre y una palmada en el trasero. Le gustaban este tipo de bromas cuando estaba contento.

–Eres un sol.

–Y tú un frescales.

Yo no tenía muchas ganas de encerrarme a estudiar. Hubiera preferido salir a dar una vuelta, pero la conciencia me lo impedía. Pensé que tal vez podía pasar un buen rato escuchando música. La calle Altamirano estaba tan cerca que solo perdería el rato que durara la gala, una hora y poco más. Lo que no me apetecía era escuchar villancicos. Mi padre pareció leerme el pensamiento.

–De villancicos nada. El programa está claro. Puccini, Verdi, Bellini… ¡Ah, la ópera italiana! *¡Il bello canto! ¡Cosa più bella!*

De improviso, mi padre se puso a cantar el *Casta Diva* de Bellini, mientras iba de un lado para otro de la casa, persiguiendo a mi madre, que no sabía cómo quitárselo de encima. Siempre me ha gustado ver a mis padres de buen humor.

Vaya. Aquello no pintaba nada mal. Y además contribuiría con mi aportación económica a un acto social y benéfico.

–¿Dónde está el programa? –pregunté en voz alta a mis padres, que estaban a punto de abandonar la casa, riendo y bromeando como dos adolescentes.

–Encima de la tele, creo –dijo mi madre, apartando de un manotazo a mi padre, que pretendía darle un beso.

–Esperad que le eche un vistazo. A ver si me animo y me voy con vosotros. En efecto: Puccini, Verdi, Bellini, Leoncavallo, Donizzetti, Mozart, Schubert…

Miré más abajo.

Soprano: María Eulalia Santagadea.

Tenor: José Francisco Teruel.

Piano: Víctor Zurano.

Parpadeé, creyendo que no había leído bien. Pero no era una ilusión óptica, ni un error. No. Víctor Zurano era el que acompañaba al piano el concierto de aquella velada benéfica. De repente, me subió una oleada de acidez por el esófago.

–Esperadme –dije sin meditar–. Me cambio y voy con vosotros.

El 28 de diciembre, día de los Santos Inocentes, justo cuando estaba a punto de entrar en la comisaría me tropecé con el inspector Ostolaza, que salía acompañado de otro hombre más joven que él.

Vestía de paisano, pero lo reconocí en el acto. Cincuentón, ancho de hombros, piel curtida por el sol, canoso, bigotudo y, sobre todo, aquella

cabeza rectangular que le hacía parecer un gigante germánico.

–¡Inspector!

Se quedó mirándome, tratando de reconocerme.

–¿No se acuerda de mí? Vine a verle hace tiempo, de parte de Lázaro Abellán, de *El País.* Estuvimos hablando de su pasado futbolístico…

Solo entonces cayó en la cuenta. Sonrió sin entusiasmo al tiempo que me tendía la mano derecha.

–¡Claro, hombre! ¡El pequeño detective! –bromeó–. El subinspector Germán Galindo. Aquí…

–¡Daniel Villena! –dije estrechando la mano de ambos policías.

–¿Qué haces aquí?

–Venía a hablar con usted.

El inspector consultó su reloj y torció el gesto, en una mueca de contrariedad.

–Tenemos prisa. Quizás otro día… –trató de sonreír mientras lo decía.

–Es importante. ¿Recuerda el motivo de mi visita la otra vez? Berta Ríos y Héctor Miranda –dije.

Al inspector se le borró la sonrisa de la cara como por ensalmo. Se volvió hacia su acompañante. Galindo era un hombre de unos cuarenta y pocos años, delgado, el pelo negro peinado con raya a la derecha y expresión taciturna. Tenía un lunar del tamaño de un grano de arroz en la sien izquierda.

–¿Tenemos media hora, Germán? –le preguntó el inspector.

–No veo por qué no –dijo el otro.

–Está bien. Vamos al despacho.

En quince minutos les resumí al inspector y al subinspector Galindo todo lo que sabía sobre aquella trama. Obvié lo relacionado con las apariciones de Héctor Miranda, porque no me habrían creído, y tampoco les comenté nada sobre los versos de Zorrilla.

–Este tal Séptimus es un tipo muy extraño. Al parecer es el jefe del grupo. A los otros tres no les vi la cara, pero sé quiénes son dos de ellos, como les he dicho.

–El abogado Melchor Alcázar, el constructor Fernando Fuentes y otro más… –repasó Ostolaza mientras se acariciaba el bigote.

–Fernando Fuentes es tío político de Berta –puntualicé–. Pero debe de ser un mal bicho a quien le importan más los euros que los lazos familiares.

–¿Cómo has averiguado tantas cosas? –me preguntó Galindo con expresión concentrada.

Me fijé en que el subinspector tenía una voz áspera que desentonaba con su aspecto pulcro y estilizado.

Sonreí un poco turbado. ¿Cómo hablar de mis pesadillas, de las

apariciones fantasmales, de mis fantasías oníricas? Me habrían mandado a freír espárragos. Decidí salirme por la tangente.

–En la universidad nos pidieron un trabajo de investigación sobre un tema de actualidad. Una compañera y yo decidimos investigar sobre el asunto de Héctor Miranda al leer la noticia de su muerte en la prensa. Acudimos a su entierro y poco a poco, investigando aquí y allá, llegamos a la conclusión de que su caso era el mismo que el de una muchacha desaparecida, Berta Ríos. A partir de ese momento, todo fue preguntar a unos y a otros…

Más o menos, no había dicho ninguna mentira. Solo había escamoteado algunos detalles, como el hallazgo del pin en el parque de San Isidro.

–Todo lo que nos has dicho habrá que comprobarlo –dijo Ostolaza.

El inspector miró a Galindo, luego me miró a mí y por último se miró las manos.

–Tengo a más de cincuenta personas directa o indirectamente trabajando en el asunto de esos dos chicos. Y en el de otras personas que por desgracia desaparecen en esta ciudad y de las que no vuelve a saberse nada. ¡Más de cincuenta personas especializadas para nada! ¡La UDYCO, la UDEV, la UCIC…! ¿Y todo para qué?

Galindo escuchó desahogarse a su superior sin pestañear.

–Y ahora viene un chico de veinte años…

–Dieciocho –le recordé.

–¡Pues eso! ¡Peor me lo pones! ¡Un crío de menos de veinte años! ¡Y nos dice a todos los policías nacionales de Madrid cuánto son dos más dos!

A pesar del cabreo del inspector, yo sentía que había liberado mi conciencia. Ya no podía seguir investigando por mi cuenta sin riesgo de poner en peligro mi vida o la de Alicia. A partir de este momento, le había pasado el testigo a Ostolaza y yo me limitaría a ser un espectador. Seguiría el caso por los medios de comunicación y luego haría un informe para Iraola. Estaba convencido de que ya no podía llegar más lejos.

–¡Estoy rodeado de incompetentes! –bramó Ostolaza.

El policía sacó una cajetilla de tabaco del cajón de su escritorio y un mechero naranja, tomó un cigarrillo y lo encendió casi con rabia.

–Inspector, le recuerdo que llevaba dos meses sin fumar –objetó Galindo–. Y además, aquí en las dependencias de la comisaría nos está tajantemente prohibido. Las leyes antitabaco promulgadas…

–¡A la mierda las leyes antitabaco! –gritó, enfadado, Ostolaza.

Echó un par de caladas y lanzó el humo con violencia hacia el techo. En pocos segundos, se había formado una nube azul alrededor de su cara.

Me levanté porque allí ya no tenía nada más que hacer.

–Espero que tengan suerte y atrapen a esta gentuza.

Ostolaza y Galindo se pusieron de pie y me acompañaron a la puerta.

–Les recuerdo que la noche de Reyes estos tipos van a ir a cenar a

Cipariso y sospecho que después desaparecerá otra chica de esta ciudad.

Ostolaza me tendió la mano. Vi que en sus ojos había un brillo extraño. Luego me volví hacia Galindo, que permanecía a su lado, circunspecto y distante. Pensé que debía de ser un tipo bastante frío. Nos dimos la mano.

–Que pases buenas fiestas navideñas, Daniel –me deseó Ostolaza antes de cerrar la puerta a mis espaldas.

–Lo mismo le deseo, inspector.

Aunque echaba de menos a Alicia, pasé unos días bastante buenos. Por fin pude descansar. Me había quitado un peso de encima, poniendo en manos de la Policía todas nuestras averiguaciones sobre Berta y Héctor. Lo que pasara ahora era responsabilidad de Ostolaza y las fuerzas de seguridad del Estado.

En Nochevieja viajamos a casa de mis abuelos maternos, en Utiel. Mi abuelo se llama Daniel, igual que yo. Siempre se ha dedicado a la cosecha de la uva y a fabricar buenos vinos. Defiende que los caldos más famosos de España, como los de la Rioja, los de la Ribera del Duero, los catalanes o los gallegos, son mucho peores que los de Requena y Utiel. Lo que pasa, según él, es que no se han sabido vender.

–Unos crían la fama y otros cardan la lana –decía mi abuela mientras comíamos.

Mi abuela habla con refranes. Es el refranero español en persona. Yo creo que de ahí le viene la afición literaria a mi madre, que es su única hija.

Si mi madre es una pesada con la alimentación y nos da la vara con las vitaminas y las proteínas, mi abuela es una fanática de la repostería tradicional. En Utiel desayunábamos ensaimadas, merendábamos bizcochos, y en los postres de la comida y la cena mi abuela nos obsequiaba con pasteles de chocolate y tartas de manzana o ciruelas. A mi hermana Irene le encanta el dulce, así que a menudo se metía en la cocina con mi abuela para echarle una mano.

Pasé el día de Año Nuevo viendo las cepas de mi abuelo Daniel. Mientras me las enseñaba, me iba explicando las plagas existentes, los pesticidas que usaba para combatirlas, las variantes de uva empleadas en la fabricación del vino, los abonos para fertilizar la tierra, la madera de las barricas… Acababa de cumplir los setenta años y seguía estando fuerte y ágil, como cuando era joven.

–Aquí hay muchas clases de uva –dijo señalando una lejanía de viñas y cepas–: garnacha, merseguera, macabeo, merlot…, pero las mejores de todas son las variedades autóctonas. La bobal y la tardana no tienen rival.

–¿Y tú haces el vino con esas dos?

Mi abuelo sonrió. Al reír le salían dos hoyuelos en las mejillas, como a mi madre.

–Yo hago vino con todas las clases de uva. Unos son mejores para beberlos en el año. Otros son buenos para la crianza. Otros para la reserva. Hay vinos dulces de mesa. Espumosos. Hay uvas buenas para el cava… Además, sobre gustos no hay nada escrito. No sé si me entiendes.

A veces, mi abuelo se quedaba callado, observando sus cepas, que crecían retorciéndose sobre la tierra roja. Se le notaba enamorado de aquella actividad.

Yo le hablaba de Madrid, de mis estudios universitarios, de mis problemas con mi hermana, de Alicia…

–¿De dónde es? –me preguntó cuando regresábamos a casa.

–De un pueblo de Almería que se llama Gélver.

–¿Y es buena chica?

–Ya lo creo.

Me vino a la mente la imagen de Víctor Zurano tocando el piano el día en que había ido a verlo a la calle Altamirano con motivo de la gala benéfica organizada por el CEDAM y destinada a recaudar fondos para los comedores sociales. Estaba seguro de que Alicia se hubiera sentido orgullosa de mí, porque a ella todo lo relacionado con la solidaridad, las ONG y las causas perdidas le parecía estupendo.

Muchas veces había rememorado aquella velada. Víctor interpretó al piano diversas arias conocidas con una maestría incontestable. Una mujer y un hombre, elegantemente vestidos, cantaron fragmentos de obras que yo conocía, de habérselas oído muchas veces a mi padre y de haberlas escuchado en el coche o en el reproductor de música de casa. Reconocí arias de *Il trovatore, Las bodas de Fígaro* y *La bohème*.

–Tengo un problema con ella, abuelo.

Mi abuelo Daniel frunció el entrecejo.

–Desde hace cierto tiempo hay otro chico que va detrás de ella –hice una pausa porque no sabía cómo seguir; mi abuelo sonrió, supongo que para quitarle hierro al asunto y animarme a que continuara hablando–. Un chico que toca el piano y que estudia Periodismo, como nosotros, aunque es un poco mayor. Ya está en tercero. Un día los vi paseando por la calle y me pareció que Alicia estaba muy feliz a su lado.

–¡Vaya por Dios! ¡Estás celoso!

–Pues sí.

Mi abuelo soltó una carcajada. Yo estuve a punto de enfadarme. Me sentía mal conmigo mismo, irritado por aquel sentimiento de celos que no me dejaba vivir. Para colmo, mi abuelo, tan pronto como le confesaba mis problemas, se ponía a reír en mis propias narices. Aquello no me lo hubiera esperado.

–¿Por qué te ríes? –le pregunté un tanto mosqueado.

–No te enfades, Daniel –dijo poniéndose serio–. A tu edad, los celos son dolorosos. Lo comprendo. Pero si tuvieras mis años lo verías de otra manera.

Me quedé sin saber qué decirle.

–Esa chica, Alicia, no puede vivir solo para ti. Ha de tener amigos y amigas, gente conocida, vecinos, familia, compañeros, de todo un poco. No puedes retenerla en una urna de cristal para que no la mire nadie, para que nadie le hable, para que nadie la toque. Tiene que ser libre para vivir, para moverse por el mundo, para ir y venir donde le dé la gana. Igual que tú. Déjala que respire, que conozca más gente, más lugares, que salga a la calle sin ti… Solo así podrá elegir en libertad. Y ese será tu triunfo, si te elige a ti. No sé si me entiendes.

–Tú lo has dicho, abuelo. Si me elige a mí.

–Pues claro, bobalicón. Anda. No puedes vivir en ese infierno de la sospecha eterna. ¿Dónde estará? ¿Qué pensará? ¿Qué estará haciendo? ¿Con quién? Los celos son como una enfermedad, que pueden envenenarte y amargarte la vida.

Mi abuelo me tendió un brazo por los hombros y me sonrió, benévolo.

–Y tú eres demasiado inteligente para dejarte atrapar por ese demonio.

Alcé los ojos y los posé en los de mi abuelo, que me contemplaban como siempre, con amor infinito.

–Sí. Tienes razón, abuelo. Soy un tonto.

–Un tonto enamorado –dijo él–. El mundo está lleno de tontos enamorados.

–Pues sí –admití, sintiéndome algo mejor.

Habíamos ido caminando hasta llegar a casa. Mi padre estaba sentado a la puerta, tomando el sol y hablando con unos vecinos. Mi hermana Irene debía de andar por el pueblo. Tenía una panda de amigas en Utiel desde que era una niña y cada vez que veníamos a ver a los abuelos se pasaba los días en la calle, hasta que se le hacía de noche y entonces mi madre me mandaba a buscarla.

–Pues cuídala –dijo mi abuelo, que además de viticultor era filósofo–. Un hombre sin una buena mujer a su lado es lo mismo que una viña sin arar. No sé si me entiendes.

Sonreí. Mi abuelo Daniel había venido dos o tres veces a la capital. Decía que él no podía vivir en una ciudad como Madrid, con tanto coche, tanto humo y tanta gente con prisa. A él le gustaba la tranquilidad de Utiel y de sus campos. Y tal vez tuviera razón. Cada vez que yo venía al pueblo me invadía una paz desconocida. El aire de las mañanas traía el aroma del pan recién hecho. El campo olía a tierra y a pinos. Por las noches me acostaba arrullado por los grillos y por las mañanas me despertaba el piar de los pájaros. Recordé a Alicia, su risa alegre y sus ojos color caramelo. Pensé que la quería más que a nada en el mundo.

–Te entiendo, abuelo. Claro que te entiendo.

Capítulo decimoctavo

Los apuntes de Sociología

VOLVIMOS a Madrid. Aquellos cuatro días en Utiel nos habían sentado a todos estupendamente. A mí, desde luego. Al margen de mis paseos por las viñas con mi abuelo y de las merendolas de mi abuela, había tenido tiempo para desconectar de mis problemas y para estudiar algo.

El domingo por la mañana mi madre entró en mi cuarto como un remolino.

–¡Daniel! ¡Te llaman por teléfono!

Me desperté bruscamente. ¿Me llamaban por teléfono? ¿Quién? ¿Cuándo? ¿Cómo? Mi madre me había despertado en mitad del sueño. Vi sorprendido que el despertador marcaba las ocho menos cuarto.

–¿Qué pasa?

–¡Dicen que es urgente!

Salté de la cama sin despertarme del todo. ¿Quién narices llamaba un domingo a esas horas? Cogí el teléfono con los ojos aún cerrados.

–¿Sí?

Una voz de trueno me taladró los oídos.

–Soy el inspector Ostolaza.

–¿Inspector?

–Ostolaza –repitió.

Me desperté de golpe. Me froté los ojos para quitarme las legañas. Por un momento creí que estaba todavía soñando.

–¿Ocurre algo?

–Y tanto. Anoche era día 5, primer sábado de mes. ¿Es que ya no te acuerdas?

Claro que me acordaba. Durante varios días no había pensado en otra cosa. Imaginé que Ostolaza había puesto un cerco policial alrededor del restaurante Cipariso, que había hecho una redada, que los malos habían caído con todo el equipo, que Séptimus y sus secuaces ya habrían confesado sus crímenes, explicado quién se había cargado a Héctor, dónde estaba escondida Berta y dónde se encontraban todas las demás muchachas desaparecidas.

–¿Qué ha pasado?

–¿Qué ha pasado? Quiero que te pases por la comisaría.

Y colgó.

Me quedé con el auricular en la mano.

–¿Qué ocurre? –quiso saber mi madre.

Ostolaza me había colgado el teléfono sin explicarme nada. Pero era evidente que las cosas no habían salido como yo imaginé.

–Nada –disimulé lo mejor que pude–. Un compañero de la facultad necesita los apuntes de Sociología. Tengo que salir.

Tomé un trago de leche del envase que estaba en la nevera, a pesar de que estábamos en invierno, y me lancé a la calle sin pasar por el baño, ante la mirada preocupada de mi madre, que lógicamente no se había tragado la bola del compañero.

No necesité presentarme a los dos agentes que montaban guardia en la puerta de la comisaría. Al verme aparecer con la mochila en bandolera, uno de ellos me preguntó si me llamaba Daniel Villena, y cuando le respondí en sentido afirmativo me condujo a una gran sala donde Ostolaza, Galindo y media docena más de policías estaban esperándome.

El inspector se levantó nada más verme.

–Daniel Villena –me dijo visiblemente alterado–, estos hombres que ves aquí son los responsables de las distintas áreas implicadas en el asunto que tú sabes.

–Buenos días –dije con amabilidad, pero nadie me devolvió el saludo.

–Se supone que anoche tres individuos debían cenar en el restaurante Cipariso. Se supone que dos de estos tres individuos se llaman Fernando Fuentes, dueño de la empresa de construcción FUCONSA, y Melchor Alcázar, abogado de procedimientos civiles con bufete en Juan Bravo. Se supone que después de cenar, estos dos individuos más un tercero, del que no sabemos nada, debían secuestrar a una muchacha. Se supone que debían llevarla a la calle Bastero, al local de un tipo llamado Séptimus, en cuya trastienda hay un templo sagrado. Etcétera, etcétera, etcétera.

Ostolaza guardó silencio. Sacó la cajetilla de tabaco del bolsillo de su uniforme, tomó un cigarrillo y lo encendió. Soltó una vaharada de humo con un bufido.

–Y sin embargo, no ocurrió nada. Esos tres individuos no aparecieron por el restaurante. Fernando Fuentes cenó en su casa con su familia. El abogado Alcázar estuvo en el teatro con su novia. En el local de la calle Bastero, El Galeón Fantasma, solo conseguimos encontrar a un anciano achacoso que quería vendernos a toda costa un reloj de cuco. Ni rastro del templo, ni del pasadizo secreto, ni del cuadro de una mujer que murió hace casi cien años y que había sido el amor del anciano…

Me había quedado de piedra oyendo a Ostolaza.

–Necesito que cuentes aquí y ahora, delante de todos estos señores, de dónde has sacado todas esas mentiras. Tienes dos minutos antes de que me

enfade.

Contemplé los rostros de aquellos policías. Todos tenían los ojos puestos en mí y esperaban ansiosos mis palabras. Por un momento, barajé la posibilidad de contarles mis visiones oníricas, el hallazgo del pin, las confesiones de aquella camarera andaluza del restaurante Cipariso, mi visita al bufete de Melchor Alcázar y el descubrimiento de la palabra *Galeón* en su agenda. Estuve a punto de llamar a Alicia para que les explicara ella también todo lo que habíamos descubierto juntos, lo que sabíamos. Si la escuchaban a ella, corroborando mis teorías, tal vez me creyeran.

Pero no lo hice. Me quedé callado como un muerto.

–¿No vas a decir nada? –me apremió Ostolaza.

–Es posible que esos tipos se hayan olido algo.

Ostolaza se quedó mirándome a través del humo que acababa de expulsar y que formaba una cortina azulada.

–Somos profesionales. Como supondrás, aquí hacemos las cosas con sigilo. No vamos a espantar la liebre antes de cazarla. Esos tipos no tenían que haber sospechado nada.

Algo en mi interior me decía que en toda aquella historia había gato encerrado. Algo que a mí se me escapaba por los pelos. Algo que estaba delante de mis narices y que no era capaz de detectar.

–No sé lo que ha pasado. Pero todo lo que le conté lo he vivido personalmente. Puedo confirmarlo ante un juez o sobre una Biblia.

Javier Ostolaza se acarició el bigote mientras rumiaba aquellas palabras, tiró el cigarrillo y lo apagó con tanta prisa que la colilla se quedó arrugada en el suelo, exhalando un hililllo de humo, y por último disolvió la reunión.

–Podéis retiraros –dijo a todos los presentes–. Estad localizables por si necesito ponerme en contacto con vosotros.

Yo iba a desaparecer por la puerta, pero el inspector me frenó en seco.

–Tú quédate.

Vi cómo todos los jefes de las distintas unidades policiales se marchaban hablando entre sí y lanzándome miradas de desconfianza. Solamente Galindo y yo nos quedamos en aquella sala tan grande que podría servir para jugar un partido de baloncesto.

–Como comprenderás, Daniel, esto no es ninguna tontería, es algo muy serio.

Claro que lo entendía.

–Lo siento. Pretendía ayudar. Usted también comprenderá que yo no voy a inventarme esa historia que le conté.

Galindo no había despegado la boca todavía en toda la reunión. Llevaba el pelo negro peinado hacia la derecha, corto, negro, liso. El lunar sobre la sien izquierda. La expresión un tanto arisca.

–Hemos hecho el payaso por tu culpa –dijo con esa voz tan gruesa que no le pegaba en absoluto–. Será mejor que no vuelvas a contarnos más

tonterías. Eso es lo que quiere decir el inspector.

Definitivamente, no me gustaba aquel tipo.

–Lo siento –dije, y me di media vuelta para desaparecer de allí. Estaba dispuesto a todo menos a que me insultaran.

–Espera –dijo Ostolaza.

Me volví hacia él y procuré no mirar a Galindo.

–Quiero que estés también localizable. Por si acaso.

–Descuide, inspector.

Me marché de la comisaría con una sensación muy extraña. Comencé a dar vueltas por Madrid. No paraba de reflexionar sobre lo sucedido. Trataba de pillar un hilo para tirar de él, encontrar un argumento lógico entre tantas secuencias descabelladas. Pero siempre volvía al punto de partida con la sensación de que me faltaban datos, de que tenía la última pista al alcance de la mano, delante de las narices, y no era capaz de verla. ¿Cómo era posible que fuera verdad lo que me había dicho Ostolaza? ¿Cómo podía ser cierto que al final no hubiera sucedido nada de nada?

Tenía la impresión de que algo o alguien iba por delante de mí. Pero ¿qué o quién?

Me perdí por los jardines del Retiro. Allí me sentía bien. Entre los árboles que crecían por todas partes, caminando por los senderos solitarios, sentándome en algún banco o sobre la hierba, escuchando el viento, paseando entre la gente que, como yo, buscaba la soledad de aquel verdor silencioso.

Uno de mis sitios favoritos era el monumento a Alfonso XII, que se ubicaba en el lugar en el que había estado el antiguo embarcadero, que se remontaba a la época de los Austrias. Tomé asiento en una grada y contemplé el lago lleno de barquitas con gente. El agua estaba quieta, como dormida. Parecía un espejo grisáceo, que reflejaba la luz cenicienta de aquella mañana invernal.

Volví a pensar en Héctor Miranda y en Berta Ríos.

No podía abandonarlos.

Tenía que hacer algo por ellos. Y no sabía qué.

Mis padres se habían ido al Teatro Español, en la plaza de Santa Ana, para ver una adaptación teatral de la novela *Doña Perfecta,* de Galdós. Irene cenaba en casa de una amiga y pensaba quedarse a dormir. Genial. Sin mis padres y, sobre todo, sin la pelma de mi hermana, estar en casa se convertía para mí en una bendición.

Estaba repasando los apuntes de Historia en mi cuarto a la luz del flexo, envuelto en el más absoluto silencio.

De pronto, oí que alguien me llamaba.

Me volví en todas direcciones, sorprendido. ¿Quién podía llamarme si me encontraba solo en casa?

Miré el reloj: las doce en punto de la noche.

Me levanté, intrigado, y me asomé al pasillo. Oí de nuevo mi nombre, como una llamada lejana, subterránea, y casi al mismo tiempo vi con alarma que mi flexo se apagaba de golpe.

Pulsé el interruptor del pasillo, pero la luz había dejado de funcionar. Intenté encender la de mi habitación, con el mismo resultado.

Fui a oscuras hasta la caja del automático, creyendo que las pestañas habrían saltado por alguna razón, y comprobé, contrariado, que todas estaban levantadas.

¿Un corte de luz sin tormenta?

¿Qué diablos pasaba?

De nuevo llegó hasta mí aquel murmullo impersonal. Aquel susurro de aire sonando como a través de un tabique o de una cortina de agua. Escuché, con la espalda en la pared y el corazón latiéndome con fuerza. El miedo me tenía paralizado.

Intenté abrir la puerta de mi casa para salir al rellano y bajar a la calle o pedir auxilio a los vecinos, pero alguien había sellado la puerta y no podía escapar de aquella absurda situación.

Oí una vez más aquella voz llamándome. Lenta, espaciada, oscura.

Agucé el oído y comprobé que procedía de la cocina.

Empecé a caminar lentamente por el pasillo. A oscuras. Aquel murmullo seguía llamándome, convocándome, y yo me guiaba por el sonido en medio de las mil sombras que me cercaban, como una sombra más, hasta que llegué a la cocina.

Entonces lo vi.

Estaba sentado en una silla, un bulto iluminado por la escasa luz que entraba desde la galería y el patio interior del edificio y que derramaba por la estancia una claridad azufrada.

A pesar de la oscuridad que nos envolvía lo reconocí.

Era Héctor Miranda.

–¿Qué quieres? –le pregunté con un hilo de voz.

Héctor volvió la cabeza hacia mí. Sus ojos atravesaron la negrura hasta clavarse en los míos. Su expresión era de absoluto abatimiento. Parecía una estatua de sombra.

–¿Qué quieres de mí? –insistí.

Sus ojos dejaron de mirarme, para fijarse en una de las paredes de la cocina, la que hay entre la nevera y el aparador con la vajilla. En ella, siempre había habido un óleo que representaba un bodegón. Me sabía de memoria su contenido: una mesa de madera y, sobre ella, una orza, una ristra de ajos y varias hortalizas. Estupefacto, comprobé que el bodegón

había desaparecido y en su lugar alguien había colgado tres máscaras. Tres máscaras que yo reconocí de inmediato, porque eran las mismas que había visto en la tienda de Séptimus.

Héctor se había levantado y contemplaba, como yo, las tres máscaras, que a la luz sulfúrica que entraba desde la galería parecían rostros de muertos vivientes.

–¿Qué significa todo esto? –le pregunté, desesperado, a Héctor.

Pero Héctor había desaparecido de repente y a mi lado no había nadie. Me hallaba solo. Volví a mirar las tres máscaras y comprobé, aterrorizado, que las tres tenían el rostro de Héctor, el rostro tumefacto con el que murió: el ojo hinchado, el labio partido, el pómulo lastimado. Y las cuencas de los ojos vacías, sin vida, como dos agujeros negros.

Justo en aquel momento, advertí que acababa de encenderse una luz en alguna parte de mi casa. El resplandor llegaba hasta la cocina. Avancé corriendo por el pasillo, guiándome por aquella luz, y entré en mi cuarto.

El flexo estaba encendido de nuevo.

Pulsé el interruptor del cuarto y se encendió la lámpara central. Salí al pasillo y avancé hasta la cocina, encendiendo todas las luces de la casa que encontraba a mano. Al llegar a la cocina, observé que el bodegón estaba colgado otra vez en medio de la pared, con su orza, sus ajos y sus hortalizas. Como siempre.

Alicia regresó dos días más tarde. Cuando la puse al corriente de todo lo sucedido con el inspector Ostolaza se quedó desconcertada.

–No puede ser.

–Pues créetelo.

Acabábamos de subir la compra del supermercado: latas de conserva, algo de verdura, fruta, huevos, leche, pan y fiambre. Habíamos improvisado una comida a base de bocadillos de tortilla y ahora estábamos sentados en el sofá. Sus compañeras de piso todavía no habían regresado de las vacaciones.

–¿Has vuelto a El Galeón Fantasma?

–No.

–¿Y al restaurante Cipariso?

–Esperaba que vinieras tú para que fuéramos juntos.

Alicia se levantó del sofá y se puso a pasear por el minúsculo comedor, como un gato encerrado en una jaula.

–Alguien nos la ha jugado.

–Eso creo yo.

–Alguien que está conchabado con esos tipos…

Salimos a la calle para que nos diera el sol del invierno. La tarde estaba fría. Había que abrigarse con bufandas y con gorros porque el aire cortaba lo mismo que un cuchillo. Llamamos a Lázaro Abellán. No estaba en la

redacción. Nos dijo que andaba por el barrio de Salamanca y que podíamos vernos para tomar un café un rato más tarde. Quedamos en la Puerta del Sol a las siete.

Mientras se hacía la hora convenida nos dedicamos a perder el tiempo yendo de un lado a otro y tratando de trazar un plan. Pero Alicia estaba tan desolada como yo.

Abellán llegó con quince minutos de retraso. Llevaba una pequeña mochila a la espalda, un anorak verde y un gorro polar también verde que le tapaba media cara.

–Vamos, os invito a tomar algo caliente.

Entramos en un bar. Alicia y yo pedimos dos Coca-Colas; Abellán, un café con leche muy caliente. Nos quedamos de pie en la barra, porque el periodista tenía prisa. Aún debía ir a un par de sitios antes de volver a la redacción.

–¿Cómo lleváis lo vuestro? –preguntó tan pronto como le dio el primer sorbo al café con leche.

–De eso se trata –dije con voz apesadumbrada.

Le conté a Abellán todo lo ocurrido con Ostolaza y el periodista se puso muy serio.

–Esto es un asco. Cada vez hay más chorizos y más canallas sueltos por la calle, y nosotros lo único que hacemos es llenar páginas de prensa para nada.

–Al parecer, Berta Ríos no fue la primera –recordó Alicia–. Antes que ella, estos tipos han hecho desaparecer a unas cuantas chicas «solitarias».

Alicia había subrayado lo de «solitarias».

–Eso me suena a una red que trafica con chicas –comentó Abellán frotándose las manos–. Pero lo de solitarias me da que pensar.

–Imagino que serán chicas que van sin pareja, sin novio –observé.

–No creo. En estos casos, «solitarias» quiere decir chicas que viven solas o chicas a las que nadie echará en falta si desaparecen. Si no hay una familia detrás, presionando, la Policía y la Guardia Civil no ponen tanto interés y el caso se archiva mucho antes.

Aquellas palabras me llegaron al alma.

–¿Hay chicas así?

–Y tanto: inmigrantes, mendigas, extranjeras…

Abellán pagó, recogió el cambio y nos acompañó hasta la puerta. La luna creciente parecía colgada en mitad del cielo y a su alrededor brillaban las primeras estrellas. Madrid estaba iluminado, lleno de gente y de vehículos. Había tanto ajetreo en la Puerta del Sol que no podíamos dar dos pasos sin tropezar con alguien.

–Si necesitáis algo, no tenéis más que llamarme.

Nos despedimos con un apretón de manos. Saqué el móvil y marqué un número.

–¿A quién vas a llamar?

–Al Sebas.

–¿Para qué?

–Tenemos que volver a la tienda de Séptimus.

Alicia me miró, asustada, pero no dijo nada. En vez de protestar, empezó a morderse las uñas.

Capítulo decimonoveno

Las tres máscaras

EL Galeón Fantasma, tal como suponía, estaba cerrado a cal y canto, y la calle vacía. Alicia y yo nos apoyamos en la pared de enfrente, mientras esperábamos, y durante unos momentos nos dedicamos a observar la fachada del comercio. Decididamente, aquella era una calle tranquila. En cinco minutos no pasó nadie.

El Sebas llegó con la Honda a la hora convenida. Haciendo ruido y llenándolo todo de humo. Parecía un marciano, con el casco y el traje de motorista.

–¿Qué pasa, tronco? –dijo después de parar la moto junto a mí y quitarse el casco.

Le expliqué que necesitaba sus servicios para abrir aquella puerta.

–A ver cuándo me llamas para algo serio –bromeó–. Me va a entrar complejo de cerrajero.

–Anda, no protestes tanto. Si a ti te gusta ayudar a los colegas…

–Ya, tío, pero me llamas a unas horas…

El Sebas sacó un juego de llaves de la pequeña caja de herramientas que llevaba en uno de los bolsillos del traje, buscó con pericia la que necesitaba, se puso en cuclillas y abrió el candado en un santiamén. Luego, se quedó mirándonos a Alicia y a mí, entre burlón e intrigado.

–¿Me podéis explicar qué asunto os traéis en este garito?

–Es un secreto, Sebas, pero te lo diré en cuanto deje de serlo.

–Tenéis cara de haberos metido en un lío.

–Anda, vete a tomarte una cerveza –le pedí– y estate pendiente del móvil, por si tienes que sacarnos otra vez.

El Sebas arrancó la moto, se puso el casco y, haciendo un saludo militar con la mano, se largó de allí como un huracán.

Alicia y yo terminamos de abrir la puerta, lo suficiente para pasar. Una vez dentro encendí la linterna que me había traído de casa y bajé la puerta metálica de la calle.

El local estaba completamente oscuro y no se veía nada, excepto lo que yo iluminaba con mi pequeña linterna, un círculo de luz amarilla que nos guiaba a través de aquel bosque de objetos antiguos.

Todo parecía dormido, como en un almacén de cosas abandonadas hacía ya mucho tiempo, cubriéndose de polvo y olvido. En la repisa de la

chimenea, eché en falta las tres máscaras. Eran la imagen misma de la muerte. Habían desaparecido. ¿Dónde podían estar? ¿Quién podía haber comprado aquellas máscaras horrorosas? Me alcé de hombros. Ya tendría tiempo de averiguar algo más sobre ellas. Desvié el cerco de luz y alumbré el interior del local.

Al fondo distinguí el cuadro de Belinda. Enorme, cubriendo casi toda la pared. La sonrisa meliflua, la piel blanca como la nieve del rostro y de las manos, el ramo de flores, el vestido de muselina roja, la expresión de dulce inocencia.

La puerta del pasadizo secreto había sido disimulada con un empapelado.

Detrás del mostrador estaba la puerta con la cortinilla de yute.

–Vamos por ahí –le dije a Alicia, señalando con la linterna–.Veamos qué hay dentro.

El interior era una habitación extraña, con una cocina en una esquina y una campana extractora. Había un par de sillas, una alacena y algunas cajas. En la parte izquierda vimos un hueco, del tamaño de una puerta, cubierto con una cortinilla también de yute. Entramos en un almacén no demasiado grande, en el que había de todo en un absoluto desorden, una cama deshecha, muebles, más cajas, sacos, objetos amontonados.

Y ahí terminaba todo.

–¿Por dónde accedieron estos tipos al templo de Cipariso donde estuvimos tú y yo?

Alicia se había quedado mirando con mucha atención una de las paredes.

–Fíjate, Daniel, en lo que hay ahí.

Miré hacia donde señalaba Alicia y vi un tapiz cubriendo la pared. Un tapiz de unos dos metros, que llegaba hasta el suelo y que representaba una escena bucólica. Daba la impresión de ser tan antiguo como Matusalén.

–¿Qué le pasa al tapiz?

–No es un tapiz –dijo Alicia completamente segura–. Es una puerta.

Se acercó hasta el tapiz, tanteó con los dedos aquí y allá, y al presionar sobre un punto determinado, el tapiz se enrolló de forma automática, lo mismo que una persiana, y dejó al descubierto una abertura.

–¿Cómo lo has sabido?

Alicia me guiñó un ojo.

–Lista que es una. Tú primero.

Alumbré aquel boquete, que era del tamaño aproximado de una persona, y entré en la sala circular en la que habíamos estado la última vez. Allí seguían los candelabros, las telas colgadas de las paredes reproduciendo escenas mitológicas, los pebeteros, las hornacinas con las máscaras funerarias, el cuadro de Cipariso y Apolo, los tres reclinatorios.

Sobre el altar, tumbado boca arriba, con las manos cruzadas sobre el

pecho, yacía un cuerpo inmóvil. Tenía una de las tres máscaras cadavéricas colocada sobre la cara. No tardamos en descubrir que aquel infeliz, fuese quien fuese, estaba muerto.

Sin dejar de temblar, le retiramos la máscara del rostro.

Se trataba de Séptimus.

Ostolaza dejó oír su voz al cuarto tono. Después de identificarme, le dije que Alicia y yo queríamos hablar con él.

–¿Alicia? –preguntó el inspector con voz airada–. ¿Quién diablos es Alicia?

–Una amiga. Se trata de algo verdaderamente importante.

El policía tardó unos segundos en decidirse.

–Está bien. Venid a mi despacho mañana por la mañana. Estaré allí porque...

–Lo siento, inspector. No iremos a la comisaría. Tenemos que vernos en otro sitio. Y ahora mismo.

–¿En otro sitio?

–Ahora mismo. Y a solas –dije.

Ostolaza se mosqueó, porque el volumen y la irritación de su voz aumentaron de temperatura ostensiblemente.

–Pero ¿qué narices…?

–Escuche, inspector. Cuando le diga lo que hemos descubierto, lo comprenderá todo.

A través del móvil pude escuchar sus bufidos.

–Está bien –concedió al fin–. ¿Dónde nos vemos?

–Calle Bastero. El Galeón Fantasma.

Media hora más tarde, el inspector Javier Ostolaza, chaquetón de cuero, las manos en los bolsillos, el aire grave, asomaba por la calle Bastero.

Al verlo aparecer, salimos a su encuentro. Le presenté a Alicia y en cuatro frases le expliqué todo lo que habíamos descubierto.

–Vamos –le dije encendiendo la linterna.

Entramos otra vez en El Galeón Fantasma. A la luz de la linterna, aquel lugar tenía un aire mágico que ponía los pelos de punta. Le mostramos a Ostolaza la puerta camuflada junto al cuadro de Belinda, el reciente empapelado de la pared, la cocina, el cuarto con la cama y el tapiz que servía para ocultar la puerta secreta que daba al templo.

–Observe –dijo Alicia pulsando en un punto determinado del tapiz. Este volvió a enrollarse sobre sí mismo, dejando al descubierto la abertura que conducía al interior.

Entré el primero, alumbrando con la linterna. Ostolaza y Alicia me

seguían pegados a mis talones.

Accedimos otra vez al templo de Cipariso. El policía no salía de su asombro viendo toda la parafernalia de aquel extraño lugar. Los tapices, los candelabros, los reclinatorios…

Y el altar con el cuerpo de Séptimus.

El inspector dio un salto cuando vio el cadáver.

–¿Qué significa esto?

Todo estaba a oscuras y nos alumbrábamos solo con la luz de mi linterna. En aquel juego de luces y sombras, nuestros rostros parecían los rostros de tres fantasmas.

–Esto significa que alguien ha matado a este hombre –dije yo con aplomo–. Es evidente. Y significa que a usted lo han engañado como a un chino.

Los ojos de Ostolaza me taladraron a través de la oscuridad.

–¿Qué dices?

–¿Recuerda el día que se presentó aquí a instancias mías? Aún me acuerdo de sus palabras: «En el Galeón Fantasma solo conseguimos encontrar a un anciano achacoso que quería vendernos a toda costa un reloj de cuco. Ni rastro del templo, ni del pasadizo secreto…». ¿Se acuerda?

El inspector no dijo nada. Se limitó a mirarme como si yo fuera un espectro.

–Yo lo avisé a usted. Y cuando usted apareció por aquí no encontró nada.

–Está claro, ¿no? –intervino Alicia.

–¿Qué es lo que está claro? –el policía parecía fuera de sí.

–Que alguien cercano le ha dado gato por liebre –aclaré.

Ostolaza se acercó al cadáver de Séptimus y se dedicó a mirarlo con atención. Lo que quedaba fuera del alcance de mi linterna estaba sumido en la oscuridad más absoluta.

–Alumbra bien –me pidió.

El cuerpo estaba boca arriba. Séptimus vestía su sempiterno traje de gnomo medieval. Un vestido negro, que le llegaba hasta los pies. Calzaba botas. La cabeza reposaba sobre una pequeña almohadilla, sin el sombrero de pico. La pelambrera rala y canosa. La piel amarillenta. Tenía los ojos abiertos, de cara al techo. La boca retorcida en una mueca. La expresión de horror significaba que no había tenido una muerte placentera.

Ostolaza puso su mano derecha sobre una de las manos del muerto. Alicia y yo dimos un respingo. Lo de tocar un muerto nos provocaba demasiado respeto.

–Está como el hielo –dijo Ostolaza mientras sacaba un paquete de pañuelos de papel, extraía uno y se limpiaba la mano con la que había tocado el cadáver–. Este tío lleva muerto más de un día. Si no huele peor es

porque estamos en invierno y esta sala parece una cámara frigorífica.

Mi linterna seguía alumbrando el cadáver, pero el resplandor me permitió echar un vistazo rápido al lienzo de la pared que representaba a Cipariso con el ciervo muerto y a Apolo. Me pregunté si sería conveniente contarle al inspector todo lo relacionado con el mito.

–Mire aquí –indicó Alicia, señalando el cuello de Séptimus.

En la parte izquierda del cuello se apreciaba la marca de un pinchazo. Era una señal apenas perceptible. Parecía increíble que Alicia hubiera reparado en ella. El anciano tenía tantas arrugas por toda la piel que era prácticamente imposible detectar un pinchazo como aquel.

–¿Qué es eso? –quiso saber Alicia.

–Parece un pinchazo. Deben de haberle inyectado algo.

–¿El qué? –pregunté yo.

Ostolaza se volvió hacia mí con aire resignado. Por unos momentos, temí que fuera a decirme una inconveniencia.

–Pueden haberle inyectado cuarenta mil cosas: ricina, ántrax, mercurio, estricnina… Las posibilidades son infinitas.

–¿No puede ser un suicidio?

El inspector volvió a mirar el cadáver con detenimiento. Me cogió la linterna sin pedirme permiso y él mismo alumbró el pinchazo y los alrededores.

–Podría ser, aunque no creo. Nadie se pincha en el cuello a sí mismo. Sería la primera vez.

Salimos a la calle, desierta y silenciosa. Un par de gatos remoloneaban entre los cubos de basura.

–¿Puedo pedirle dos favores personales, inspector?

Ostolaza irguió la cabeza rectangular y se atusó el bigote. Sacó una cajetilla de tabaco, extrajo un cigarrillo y le prendió fuego. Dijo que sí sin abrir los labios.

–Avísenos cuando tenga el informe del forense y sepa las causas de la muerte y la identidad del fallecido. Sabemos que se hacía llamar Séptimus, pero me temo que no es más que un nombre falso.

El inspector echó una calada sin prisa mientras me contemplaba a través de la cortina de humo.

–¿Y el segundo favor?

–No nos meta a Alicia y a mí en esto. Diga que recibió una llamada anónima.

Los exámenes de enero nos obligaron a interrumpir nuestras pesquisas, por lo que tuvimos que aplazar el asunto de Berta y de Héctor hasta mediados de febrero.

Una mañana de domingo, Alicia y yo nos acercamos hasta el Carlos Sainz

Center para echarnos unas carreras a los *karts.*

Montamos solamente una vez. Los precios nos parecieron bastante elevados para nuestro exiguo presupuesto. Luego nos sentamos un rato en la cafetería y nos dedicamos a mirar a los demás.

Alejandro Cidones andaba por allí con un botellín de cerveza en la mano. Vestía ropas oscuras. El pelo largo, liso, los ojos saltones, el rostro apepinado. En la oreja derecha, el crucifijo negro. Definitivamente, tenía un aspecto muy particular.

Nos saludó muy efusivo y se sentó con nosotros.

–¿No habéis averiguado nada sobre Héctor?

Tuvimos que reconocer que todo seguía igual.

–Es una mierda –dijo Cidones después de darle un trago a la cerveza–. No sé para qué queremos tanta policía y tanta historia.

–Sabemos muy poco –reconoció Alicia–. Lo que dicen los medios de comunicación y poco más.

–Sí. La tele no ha parado de hablar del tema. Yo soy muy pesimista con estos asuntos. Después de tanto tiempo, Berta debe de estar pudriéndose en un hoyo.

–¿La conocías?

Cidones hizo un gesto elocuente con la cara para reforzar sus palabras.

–No mucho. Los vi juntos un par de veces. Héctor era un tipo atractivo y las chicas se le daban bien.

–Por cierto –dije–. ¿Te suena José Zorrilla?

Cidones puso cara de no entender bien mi pregunta.

–El escritor –añadí–. El autor de *Don Juan Tenorio.*

–Pues me suena de eso, sí. Pero, aparte…

De vez en cuando, me acordaba de los versos pronunciados por mí en mitad del sueño. Aquello me parecía una pista, una clave, aunque no conseguía entender qué podía significar.

–¿Tú sabes si Héctor era lector de Zorrilla o si le gustaba la poesía?

Cidones soltó una carcajada.

–A Héctor le gustaba la poesía lo mismo que a mí me puede gustar el waterpolo. Es decir, nada. Lo que a Héctor le gustaba era el deporte –miró a Alicia con picardía–. Y las chavalas, claro.

De súbito, Cidones se quedó como pensando en algo.

–Bueno, también tenía cosas raras.

–¿Cosas raras? –preguntó Alicia–. ¿Qué quieres decir con eso de «cosas raras»?

–Pues… la verdad es que no sé cómo decirlo… A mí, a veces, me parecía que Héctor tenía una especie de facultad especial.

–¿A qué te refieres?

–Veréis… –Cidones vaciló un poco antes de seguir hablando–, a veces decía que veía cosas extrañas. Cosas que nadie más era capaz de ver.

–¿Como qué?

–No sé. Él aseguraba que podía comunicarse con gente que estaba muerta, por ejemplo. O que iba a morir. Yo nunca le hacía caso, pero en cierta ocasión reconozco que se me puso la piel de gallina.

–¿Por qué?

–Estábamos en un bar de la Gran Vía, tomándonos unas cañas, y entró un desconocido. Se acercó a la barra, pidió un vaso de agua y se marchó enseguida, como si tuviera mucha prisa. Creo que no le dio ni siquiera las gracias al camarero. Tampoco cruzó con nosotros ni una palabra. Era un hombre mayor, con un abrigo gris. Tan pronto como ese desconocido pisó la calle, Héctor salió corriendo tras él, gritando «¡No lo haga!». Yo salí también, asustado por el comportamiento de mi amigo.

–¿Y qué ocurrió?

–El desconocido se arrojó a la calzada justo cuando pasaba un autobús.

Aquella revelación me llegó al alma. ¡Así que Héctor Miranda también tenía la capacidad de vislumbrar lo que ocurría más allá de la realidad!

Como yo.

–Yo no sé cómo se llama eso –siguió diciendo Cidones–. ¿Una visión paranormal? ¿Telepatía? Lo único que sé es que a mí me acojonó aquello.

La cara de Alicia era todo un poema. Estaba pálida.

Nos despedimos de Cidones y nos marchamos a dar una vuelta por la ciudad. El invierno apretaba y hacía un frío salvaje, pero a pesar de ello nos apetecía pasear.

Caminábamos por la ribera del Manzanares cuando sonó el móvil. Pulsé la tecla verde sin saber quién me llamaba.

–¿Sí?

Al otro lado de la línea tronó la voz estentórea de Ostolaza.

–Pasaos por la comisaría –aquello no sonaba a una invitación, sino a una orden–. Tengo algo para vosotros.

–¿Por la comisaría?

–Eso he dicho. Esta tarde, a las cinco. ¿Algún problema?

–Allí estaremos, inspector.

Javier Ostolaza estaba en su despacho, hablando con el subinspector Galindo. Después de los saludos protocolarios, los cuatro nos sentamos en los sofás de cuero negro. Tanto el inspector como el subinspector vestían uniformes oficiales de policía.

–Gracias por venir –dijo Ostolaza después de saludarnos.

Alicia y yo tomamos asiento en el mismo sofá. Ostolaza lo hizo en el de enfrente y Galindo se sentó a nuestra derecha. En medio había una mesa cuadrada de madera sobre la que descansaban un par de revistas de esas que editan los cuerpos de seguridad del Estado.

–Os prometí que os llamaría cuando supiera algo sobre la muerte de Séptimus –comenzó diciendo el inspector.

Yo hubiera preferido que el inspector nos citara lejos de la comisaría, a solas, en un parque o en una cafetería. No me gustaba Galindo. Y no me gustaba el aire oficial que Ostolaza le daba siempre a las conversaciones. Pero, en fin, tal vez se tratara solamente de prejuicios por mi parte.

–El subinspector Galindo, que es uno de mis hombres de confianza, ha seguido de cerca la instrucción del caso. Además, es experto en criminología.

–Así es –dijo Galindo con su voz gruesa, impropia de un hombre tan delgado y de modales tan exquisitos–. El individuo en cuestión falleció a causa de una inyección practicada en el cuello, en la arteria carótida exactamente. La inyección contenía sustancias letales. En concreto: tiopental sódico, bromuro de pancuronio y cloruro de potasio.

A mí todo aquello me sonaba a chino. Galindo siguió dándonos aquella lección magistral con su acento monótono.

–Al parecer, la muerte se produjo entre las tres y las cinco de la tarde anterior al día en que fue hallado el cadáver. Los resultados de la autopsia nos hacen descartar el suicidio.

El subinspector Galindo guardó silencio y se quedó mirándonos, como esperando nuestra aprobación. Alicia sonrió, dando a entender que todo aquello le parecía muy bien. Yo volví los ojos hacia Ostolaza.

–¿Y por qué iban a querer matar al dueño de un local tan miserable? Unos ladrones no se hubieran molestado en ponerle una inyección tan complicada a un anciano. Habría bastado con darle un garrotazo en el cráneo.

Ostolaza, que estaba mesándose el bigote todo el rato, hizo un gesto contrariado con la cara y me enseñó las palmas de sus manos.

–No sabemos si le robaron o no. Tal vez tuviera dinero escondido en algún rincón de ese antro inmundo.

–A lo mejor guardaba los ahorros de toda la vida –añadió Galindo–. Los viejos desconfían mucho de los bancos y prefieren ocultar el dinero debajo de una baldosa.

Yo sabía que aquel no había sido el móvil de la muerte de Séptimus. Estaba convencido de que el crimen tenía que ver con Cipariso y el asunto de Berta y Héctor.

–Puede ser –admití sin creerlo–. Sin embargo, había otro asunto…

Galindo estiró las orejas, como un perro de caza que ha olisqueado una liebre. Ostolaza frunció las cejas. Su cabeza rectangular parecía cortada con un pico.

–¿Quién era realmente Séptimus?

Esa pregunta me martirizaba. ¿Quién era aquel anciano que decía tener unos noventa años? ¿Un loco? ¿Un farsante? ¿Un mago? ¿Un simple criminal?

–Su nombre verdadero era Raimundo María Iranzo –dijo Galindo.

Capítulo vigésimo

Algo realmente siniestro

PASÉ el resto del día como un lelo. No me enteraba de nada. Durante la cena, apenas participé en la algarabía familiar. Mi padre hablaba de un problema que había tenido con el aparato de hacer las radiografías a los pacientes. Mi hermana nos contó que había discutido en clase con el profesor de Historia, porque era un comunista declarado y trataba de darle a la guerra civil española una versión marxista-leninista, y que ella no estaba dispuesta a dejar que la manipularan ideológicamente. Mi madre suspiraba, escuchando a mi padre y a mi hermana, y cuando le dejaban meter baza, decía que le apetecía mucho viajar por Sudamérica, porque había visto un reportaje de la ribera maya que le había encantado. Yo hacía como que seguía aquella conversación de besugos sin enterarme de nada. Asentía a todos, sonreía y volvía a concentrarme en mis pensamientos.

Me metí en la habitación enseguida. Estaba tumbado en la cama, aún sin desvestirme, cuando llamaron a la puerta. Era Irene.

–Tengo que hablar contigo.

–Pasa.

Irene entró y se sentó en la cama.

–El domingo es el cumpleaños de Susana –dijo sin preámbulos–. Me ha pedido que te invite a la fiesta.

–¿Susana? ¿Quién es Susana?

–Mi amiga, la que vive en Quintana. La habrás visto conmigo alguna vez. Alta, morena, simpática, con un pirsin en la ceja izquierda…

–¿Es que trabajas en una agencia matrimonial?

Irene sonrió maliciosamente.

–La tienes loquita.

–Haz el favor de largarte de aquí, alcahueta, si no quieres que te dé una paliza.

Irene se levantó de la cama. Antes de salir, se volvió desde la puerta.

–Entonces, ¿qué le digo a Susana?

Le tiré la almohada, pero Irene fue más rápida que yo y cerró la puerta antes de que la alcanzara.

Me desperté hacia las tres de la madrugada. La casa estaba silenciosa. No

podía conciliar el sueño. Mi mente volvía una y otra vez al asunto de Séptimus, de Berta y de Héctor. ¿Quién había matado a Séptimus, o Raimundo, o como se llamara aquel tipo?

Encendí el ordenador y abrí Google. Escribí: «Raimundo María Iranzo».

El dueño de El Galeón Fantasma había dicho que mató a Iranzo, el pintor enamorado de Belinda, y que se comió su corazón. Y ahora resultaba que él era el propio Iranzo. ¿Es que Séptimus se había matado a sí mismo hacía un montón de años? Además, el cuadro estaba fechado en 1942. Si el anticuario había sido el pintor y el enamorado de Belinda, en 1942 debía de tener unos veinte años como mínimo. Lo cual significaba que tendría ahora unos noventa. O tal vez más. ¡Aquello era imposible! ¿Quién diablos era Séptimus? ¿Y quién diablos era Raimundo María Iranzo?

Volvieron a aparecer las mismas tres entradas que la primera vez que busqué su nombre. Dos de ellas no servían para nada. La tercera era la que hacía referencia a su muerte: «Pintor nacido en 1914, en Burgos, y muerto de manera misteriosa en 1980, en Madrid». Su obra era muy breve. Se trataba de un pintor menor, especialista en retratos, que no había dejado rastro en la iconografía española.

El autor de la web era un tal Julio Manrique. Observé que en una esquina había un icono que reproducía un sobre. Decía: «Contactar con el autor del artículo». Pinché sobre el icono y se abrió el correo. Escribí unas palabras, diciendo que me interesaba la pintura de Iranzo y que me gustaría hablar con el autor del artículo.

Me metí en la cama y me tapé hasta la cabeza. Cuando me llegó el sueño ya entraba la claridad del amanecer por la ventana entreabierta.

Estaba en clase de Sociología, medio dormido. La profesora se dedicaba a largarnos un rollo sobre la teoría del conflicto y el interaccionismo simbólico. Algunos de mis compañeros tomaban apuntes con el bolígrafo y el papel, en plan tradicional. Otros tenían abierto el portátil. Yo tenía puesta la grabadora Olympus que me habían regalado mis padres después de aprobar la Selectividad. La mayoría bostezaba. Alicia, a mi lado, tecleaba de vez en cuando algunas frases que le parecían interesantes.

El móvil vibró en mi bolsillo. Lo saqué, intrigado, porque nadie solía llamarme en horas de clase. Vi, sorprendido, que se trataba del inspector Ostolaza. Se lo enseñé a Alicia al tiempo que le hacía un gesto de asombro con la cara.

La profesora se dio cuenta de que algo ocurría entre nosotros. Se acercó con disimulo, sin dejar de hablar sobre Herbert Blumer y Nikolas Rose, y cuando estuvo a mi altura se quitó las gafas y me dedicó una sonrisa envenenada.

–Señor Villena. Debe de ser muy importante el asunto que usted y su

compañera se traen entre manos.

Todos los ojos de la clase se posaron en mí.

–Lo siento, profesora. Pero sí, ya que lo dice, es una llamada importante. Nada menos que de un inspector de la comisaría de la calle Leganitos.

La cara de la profesora cambió bruscamente al oír aquellas palabras. La sonrisa se transformó en una mueca de incredulidad.

–Y además, urgente –añadí–. Así que, si me lo permite, saldré un momento.

La profesora no puso ningún reparo. Volvió a colocarse los lentes y a retomar el discurso. Apenas cerré la puerta marqué el número de Ostolaza. Al momento, escuché la voz del inspector al otro lado de la línea.

–¡Daniel, ha ocurrido algo muy grave!

Me puse en guardia.

–¿Qué ocurre?

–¡El abogado Melchor Alcázar ha aparecido muerto en su coche!

Fue como si me golpearan con un mazo. Por un momento, temí no haber oído bien.

–¿Cómo ha dicho?

–Lo que has oído. Tenemos que hablar ahora mismo. ¿Dónde estás?

–En la facultad.

–Espérame en la puerta. Voy para allá.

Alicia y yo nos sentamos en un banco de piedra. Los plátanos crecían perfectamente alineados en el paseo que se extiende junto a la calzada por la que pasan los coches, los buses y los taxis.

Estábamos tan impresionados que no éramos capaces de decirnos nada. Ambos permanecíamos silenciosos, contemplando las ramas de los árboles, el ir y venir de los estudiantes, el escaso tráfico.

Antes de la media hora estipulada, paró un vehículo policial ante nosotros. Conducía Galindo y Ostolaza iba de copiloto. Nos hizo una seña con el brazo derecho para que nos acercáramos.

–¡Subid!

Montamos en el coche sin más preámbulos y Galindo arrancó el vehículo en dirección desconocida. El inspector estaba serio, silencioso, como si se hubiera tragado un cuchillo. Galindo se limitaba a conducir sin abrir la boca.

–¿A dónde vamos?

–Pronto lo sabréis –dijo el subinspector, mirándonos por el retrovisor.

Aquello me daba mala espina. Habitualmente, y a pesar del cargo que ocupaba, el inspector era un hombre comunicativo. Aquel silencio espeso como un bloque de argamasa no hacía presagiar nada bueno.

El vehículo bajó por la avenida Séneca, dobló por la de Valladolid y,

antes de tomar el paseo de la Florida, torció a la derecha, cruzó el río Manzanares y a los pocos minutos se internó en los caminos de la Casa de Campo.

Galindo estacionó en un aparcamiento de coches, justo delante del lago. El lugar no estaba muy concurrido, tal vez por ser día laboral.

–Bajemos –ordenó Ostolaza.

Descendimos del vehículo. Alicia y yo no sabíamos todavía a lo que nos enfrentábamos. La actitud de ambos policías era de lo más extraña y yo había comenzado a mosquearme.

–Justo aquí estaba el coche de Melchor Alcázar, perfectamente aparcado, como nosotros. Y él sentado al volante, más muerto que mi bisabuelo.

–Eso ya me lo ha dicho por teléfono.

–Esta mañana, a las ocho, nos han avisado. Lo descubrieron dos jóvenes que pasaban por aquí haciendo *footing*.

Ostolaza encendió un cigarrillo y fumó sin prisa. La mañana estaba clara, limpia. Un sol de oro brillaba en lo alto del cielo, moteado de nubecillas blancas que el viento de marzo empujaba con suavidad hacia el este.

Frente a nosotros se extendía una fronda de árboles. En sus copas, los pájaros revoloteaban alegres. El lago se divisaba entre las ramas y las hojas de la vegetación.

–Alcázar tiene un pinchazo en el cuello –indicó el inspector con la voz ronca–. Ahora mismo, el cadáver se encuentra en el depósito y estamos a la espera de que el forense le practique la autopsia.

Galindo se había apoyado en el vehículo y escuchaba a su superior sin inmutarse. Parecía que la cosa no iba con él.

–Sospecho que nos vamos a encontrar la famosa triple sustancia –añadió–: el tiopental, el bromuro y el cloruro. Y en el mismo sitio: en la carótida. ¡Me juego el sueldo de un año a que acierto!

Alicia chasqueó la lengua y carraspeó un poco antes de hablar.

–O sea, que la posibilidad de un suicidio quedaría descartada.

–¡Aquí lo que hay es un psicópata asesino! –bramó Ostolaza–. ¡Un psicópata que nos está poniendo a prueba!

El inspector alzó la cabeza y se quedó mirando la lejanía. Echó una calada profunda, lanzó una bocanada de humo hacia el cielo y luego se giró hacia nosotros. Su mirada era la de un hombre desconcertado.

–Pero esto no es todo. Aún falta algo más.

Nadie preguntó qué era lo que faltaba.

Ostolaza tiró el cigarrillo al suelo, lo aplastó con el zapato, haciendo una doble «s» con la suela y se metió las manos en los bolsillos antes de soltar el resto.

–El muerto apareció con una máscara en la cara. Una máscara horrorosa –el inspector hizo un gesto de repugnancia–. Representaba el rostro de un muerto, con las cuencas de los ojos vacías, sin nariz, la dentadura sonriente,

cientos de arrugas, la piel comida por los gusanos, y un pañuelo negro atado por debajo del cuello, como un doble lazo. Algo realmente siniestro.

Yo sentí que un escalofrío me recorría la espalda.

Ostolaza dio algunos pasos sin dirección, cabizbajo, como tratando de ordenar sus pensamientos mientras andaba sin rumbo. Finalmente, se plantó ante mí y me contempló con cara de pocos amigos.

–Como imaginarás, hay mucha gente metida en el asunto. La brigada del crimen organizado, la de investigación de la delincuencia especializada, la de delitos contra las personas, los de antropología forense, los de química y toxicología… ¡Solo falta que venga a echarnos una mano El Capitán Trueno!

Galindo, que había permanecido apoyado en el vehículo hasta ese momento, dio un paso al frente y me señaló con el dedo índice de su mano derecha.

–Lo que el comisario quiere decirte es que tú sabes demasiado y tienes que decirnos de dónde has sacado tanta información.

–Yo no sé nada.

–¡Y una mierda!

Jamás hubiera sospechado que Galindo soltara aquella inconveniencia. Era un tipo tan flemático y tan estirado que aquella palabra en su boca, dicha con tanta violencia, sonaba a profanación.

–Tú nos hablaste de Séptimus –me recordó Ostolaza–, del abogado Melchor Alcázar, del empresario Fernando Fuentes y de otro desconocido. A todos los relacionaste con el caso de Héctor Miranda y Berta Ríos. Apenas han pasado cuarenta días y dos de esos individuos han muerto: el tipo de la tienda y el abogado, ambos del mismo modo, con esa inyección letal en la arteria del cuello, los dos asesinados… ¿Hemos de esperar que sigan asesinando a más gente?

Me sentía desbordado por los acontecimientos. ¿Cómo podía detener aquella cadena de muertes si yo mismo no sabía lo que estaba sucediendo?

–Si no colaboras por las buenas, tendrás que hacerlo por las malas –me amenazó Ostolaza–. ¡Dinos todo lo que sepas!

–¡No sé nada más! ¡Ya se lo he dicho!

Galindo se me acercó hasta ponerse a un palmo de mí. Era algo más bajo que yo, pero se le había puesto una cara de crispación que daba grima. Observé el lunar en la sien izquierda. El subinspector estaba tan tenso que pensé que el lunar iba a estallar de un momento a otro.

–Te lo diremos lo más suavemente posible: o nos dices todo lo que sabes o no tendremos más remedio que detenerte.

Por la expresión de Galindo supe que aquello no era una broma. Lo miré con ojos de incredulidad.

–¿A mí? ¿Por qué?

–Por sospechoso de asesinato.

La incredulidad se tornó en estupor. Me quedé sin capacidad de reacción. Me sentía igual que si me hubieran golpeado con un mazo en la cabeza.

–¡Están chiflados! –gritó Alicia.

Galindo se volvió hacia ella como si lo hubiera picado una serpiente.

–¡Cuidado con lo que dices! –la amenazó.

Miré al inspector, conteniendo a duras penas la cólera.

–Puede llevarme detenido y meterme en la cárcel si lo desea –dije lo más tranquilo que pude–, pero eso no le ayudará a encontrar a Berta Ríos, ni le ayudará tampoco a encontrar al que mató a Héctor Miranda, ni a los asesinos de Séptimus y de Alcázar. Yo no sé quién es el autor de estas muertes. Ya le dije que había comenzado a investigar el asunto por un trabajo en la facultad. Alicia y yo estudiamos Periodismo. Nos encargaron rastrear un tema de actualidad. Eso es todo. Preguntando aquí y allá, dimos con los nombres de Séptimus, de Alcázar y de Fuentes. Creo que se debió a un golpe de suerte. Nada más. Puedo prometerlo aquí, y lo haré, si llega el caso, delante de un tribunal. Ahora, haga lo que le plazca.

Ostolaza se quedó mirándome igual que un pistolero en las películas del oeste, hermético, mudo, impenetrable, calibrando mis palabras, examinando detenidamente los movimientos de mi cara. Debía de estar acostumbrado a interrogar a cientos de delincuentes, a provocarlos, a confundirlos, a leer en sus silencios. No sé la cara que puse, pero me sentía como alguien a quien habían enviado a galeras por error. Pensaba que la fatalidad me había elegido de forma injusta.

Alicia se acercó hasta mí y se aferró a mi brazo, como si tratara de protegerme o de darme ánimos. Al notarla a mi lado, le pasé inconscientemente un brazo por encima de los hombros y la atraje hacia mí.

–Tendrá que detenernos a los dos –señaló Alicia con la voz serena–. Si sigue adelante con esa absurda idea, necesitará cuatro esposas.

El inspector y Galindo cruzaron una mirada en silencio. El subinspector permanecía con la expresión de malas pulgas reflejada en el rostro.

Ostolaza se toqueteó el bigote repetidas veces, de manera mecánica, y se rascó el cabello canoso y abundante, mientras nos miraba de hito en hito a los dos. Supuse que estaba dirimiendo un litigio interior. Un litigio en el que se enfrentaban la profesionalidad, la conciencia y el sentido común. Finalmente, soltó un bufido.

–Quiero que desaparezcáis de la circulación hasta nueva orden.

–¿Eso significa que no nos va a detener? –preguntó Alicia con un tono irónico que no pasó desapercibido a nadie.

–Eso significa –nos gritó Galindo– que no queremos volver a veros nunca. ¿Entendido? De lo contrario, me encargaré personalmente de meteros entre rejas hasta que los olmos den peras.

Aquel tipo me ponía enfermo.

Lo miré a los ojos con expresión retadora, como si pretendiera fijar su rostro en mi memoria. Me importaba un pito que fuera un subinspector de Policía o un criminólogo o lo que puñetas quisiera ser. Para mí se trataba solamente de un imbécil a quien me gustaría decirle cuatro cosas bien dichas.

–¿Qué miras? –me preguntó con aquella voz gruesa que no casaba con su aspecto acicalado y relamido.

Decidí desentenderme de Galindo. No me molesté en responderle.

–Vamos, os llevaremos a casa –dijo Ostolaza, abriendo una de las puertas traseras del coche.

–No, gracias –rechazó Alicia con rapidez–. Volveremos dando un paseo.

–¿Seguro?

Alicia se acurrucó todo lo que pudo junto a mí.

–Segurísimo.

Cuando salía de la ducha aquella tarde, el móvil comenzó a sonar. Lo había dejado en mi cuarto, encima de la mesita de noche. Llegué envuelto en la toalla, chorreando agua por todas partes, y lo cogí sin mirar quién me llamaba.

–¿Sí?

–Hola.

Era Alicia.

–¿Qué haces?

–Me has pillado saliendo de la ducha. Dime lo que sea rápido porque tengo que pasar la fregona antes de que mi madre descubra la piscina que he formado en el pasillo y me mate.

–He quedado con Helena Hidalgo esta tarde para tomar unos vinos. Quiere enseñarnos algo relacionado con Berta y con Héctor.

–¡Estupendo!

–Dice que a lo mejor viene acompañada.

–Muy bien.

Le dije que pasaría a recogerla a las cinco y colgué. Había formado un charco a mis pies, mientras hablaba por teléfono, y escuchaba la voz de mi madre discutiendo con mi hermana. Me vestí con lo primero que pillé y fui directo a la galería a por el cubo y la fregona. No tenía ganas de que me echaran ninguna bronca.

Alicia había quedado con Helena en la cafetería Cristina de la plaza Mayor. Llegamos poco antes de lo previsto. Mientras hacíamos tiempo nos dedicamos a una de las tareas preferidas de Alicia: contemplar a la gente que va y viene. ¿Cómo se llamará el hombre que va con el periódico bajo el

brazo? Esa mujer y esa niña deben de ser tía y sobrina. Aquel señor tan bien vestido trabajará en una oficina. Aquella mujer tiene pinta de odiar a su marido… Era un juego inocente que nos hacía reír y pasarlo bien.

A los diez minutos más o menos aparecieron Helena y su acompañante.

Tanto Alicia como yo nos quedamos de piedra.

¡El chico no era otro que Víctor Zurano!

–Hola –saludó Helena con una sonrisa candorosa–. Perdonad el retraso. Creo que conocéis a mi amigo Víctor.

–¡Cuánto tiempo! –exclamó Víctor estrechando la mano que yo le había tendido mecánicamente y dando un beso a Alicia.

Tomaron asiento junto a nosotros. Víctor hizo una seña a un camarero que pasaba por allí y le pidió un par de chatos de vino.

–¡Qué casualidad! –exclamó Alicia cuando se hubo repuesto de la sorpresa.

–Las casualidades no existen –dijo enigmáticamente Helena–. Es el destino. Víctor y yo nos hemos conocido a través del Facebook hace ya un tiempo. Algunas amigas, como sabéis, habíamos abierto un foro para hablar del tema de Berta y de Héctor, y hay mucha gente metida. Víctor es uno de tantos.

Era cierto. Yo mismo había visto el foro, pero nunca me ha gustado meterme en estas plataformas internáuticas. Allí entra mucha gente y se dicen muchas cosas; la mayoría, tonterías. Desde luego, nada de lo que se decía en los foros de Internet me había servido para averiguar algo serio. Suposiciones, rumores, apuestas. A veces, incluso, la gente tenía mal gusto o poco respeto por el dolor de quienes lo estaban pasando tan mal.

–El caso es que un día salió vuestro nombre –añadió Helena, señalándonos con el índice derecho–. Sí, no me miréis así. Hay miles de personas interesadas en el asunto de Berta y de Héctor, y cualquier información para encontrar a mi amiga puede ser fundamental. Yo había comentado que andabais investigando la desaparición de Berta. Víctor leyó mi comentario y no tardó en escribirme, diciendo que os conocía a los dos. Quedamos un día, hablamos… y aquí estamos.

Aquello sonaba a surrealismo puro. Miré a Helena, sin acabar de creerme aquella historia tan sorprendente.

–¿Es cierto todo eso?

–Y tan cierto –aseguró Víctor.

Dice mi padre que el mundo es un pañuelo. Y debe de tener razón, porque lo que acababa de ocurrir no era muy habitual. Durante algunos instantes, me pareció que estaba viviendo otra más de mis escenas oníricas, que escapaban a la razón, que se apoderaban de mi voluntad racional y me hacían vivir experiencias extrañas, en las que se confundían la realidad y la fantasía.

–¡Con lo grande que es Madrid! –exclamó Alicia.

–El poder del Facebook es ilimitado –bromeó Helena.

Víctor sonrió.

–Por cierto, ¿cómo lleváis el asunto? ¡Jamás hubiera pensado que fuerais dos detectives!

Alicia soltó una carcajada y yo, simplemente, sonreí.

–Solo tratamos de averiguar qué pasó aquella maldita noche, quiénes se cargaron a Héctor y dónde puede estar Berta, esperemos que aún con vida. Hay mucha gente tratando de averiguar lo mismo, y gente mucho más preparada que nosotros: la Policía, la Guardia Civil, detectives profesionales –pensé en Carlos Valle–. Nosotros únicamente somos dos estudiantes de Periodismo que deben cubrir una noticia de actualidad para un trabajo en la universidad. Nos metimos en esto casi sin querer. Y respondiendo a tu pregunta, te diré que la cosa está bastante cruda.

–La esperanza es lo último que se pierde –comentó Helena–. Yo quiero creer que mi amiga está todavía viva en alguna parte, aunque cada día que pasa es un poco más difícil mantener la esperanza.

Durante unos momentos nos quedamos callados.

–¿Y qué era lo que querías enseñarnos relacionado con Berta? –quiso saber Alicia.

Helena metió la mano en su bolso y sacó una agenda de color marrón.

–He pensado que esto tal vez os pueda ayudar en vuestra investigación – dijo mientras abría la agenda y la mostraba, de cara a nosotros, para que viéramos su contenido.

La agenda estaba llena de nombres, tachones, números, rayas y dibujos. Allí era imposible entender nada.

–¿Qué tenemos que ver? –pregunté, algo confundido.

–He recordado, de pronto, que un día en clase Berta se dedicó a copiar estos versos en mi agenda. Yo no hice mucho caso, porque me pareció una bobada. Estábamos tan aburridas en la clase de Psicología que ella sacó el móvil y se metió en Internet, aunque está prohibido hacer eso en clase.

–¿Son versos? –pregunté yo estúpidamente; era evidente que aquello era un poema, o el fragmento de un poema.

–Así es. Y he pensado que a lo mejor os puede servir como pista.

Cogí la agenda y leí los versos en voz alta:

No sé qué fascinación
en mis sentidos ejerce,
que siempre hacia él se me tuerce
la mente y el corazón.

JZ

Me quedé sin saber qué decir. Leí los versos varias veces, hasta que los aprendí de memoria. No me sonaban de nada, aunque me parecían muy antiguos, tal vez del siglo XVIII o XIX. Pasé la agenda para que pudieran leer

el poema los demás.

–¿Qué significa JZ? –preguntó Alicia.

–Es lo mismo que le pregunté yo a Berta –dijo Helena.

–¿Y qué te dijo?

–José Zorrilla. Es un fragmento de *Don Juan Tenorio.*

Capítulo vigésimo primero

Era un ángel tal vez

EL sábado me despertó la lluvia golpeando los cristales de mi ventana. Me levanté de la cama y me asomé a la calle. A través del cristal contemplé el bullicio de la ciudad. El tráfico, habitualmente intenso en Madrid, se volvía infernal cuando caían unas gotas de agua. Todo el mundo cogía el coche o el taxi para ir a cualquier sitio.

Siempre me ha gustado la lluvia. Me provoca una extraña sensación de paz interior. De niño me entretenía en mirar los colores y los dibujos de los paraguas de la gente con la que me cruzaba o a la que contemplaba desde un lugar privilegiado como, por ejemplo, la ventana de mi habitación o el asiento de un autobús.

Entré en la cocina, atraído por el olor del chocolate. Es una costumbre que tiene mi madre: cuando llueve y es fin de semana toca chocolate con torrijas. Mi padre leía la prensa distraídamente.

–¡Qué bien huele!

–Pasa, dormilón –dijo mi madre, dándome un beso–. ¡Están calentitas!

Me serví un tazón de chocolate y me senté a la mesa. Las torrijas estaban diciendo «cómeme». Cogí una y me la llevé a la boca.

–¿Qué cuenta la prensa, papá?

–Nada importante. Lo de siempre.

Mi padre tenía ante él una tacita de café negro. A él le gusta sin leche, sin azúcar, sin nada. Ese es su desayuno favorito.

–Hoy hace seis meses que desapareció Berta Ríos. Aquí lo pone. Y todavía no se sabe nada de ella.

Me quedé con la boca llena de torrija y sin atreverme a seguir masticando.

–A ver, déjame.

Tomé el periódico.

> *La delegada del Gobierno en la Comunidad de Madrid ha confirmado hoy que la Policía Nacional sigue buscando a la joven desaparecida Berta Ríos, aunque ha eludido concretar más detalles.*
> *En rueda de prensa, la delegada se ha limitado a ratificar que varios cuerpos especializados trabajan sin descanso en el asunto. A las muchas preguntas de los periodistas ha respondido con evasivas, aludiendo a que*

el caso está bajo secreto del sumario del juez instructor y los servicios de la brigada científica.

La delegada ha resaltado la voluntad del Gobierno de que la Policía siga con la investigación de este lamentable suceso. LÁZARO ABELLÁN.

–O sea, que nadie sabe nada –dije devolviéndole el ejemplar de *El País* a mi padre.

–A esa muchacha no la encuentran ya, por mucho que la busquen –observó mi madre mientras se sentaba a la mesa y se servía un poco de chocolate.

Pensé en Héctor y en Berta. Había tratado de reconstruir tantas veces lo que debió de pasarles con la imaginación… Héctor estaba muerto y enterrado en la Almudena, y Berta… ¿quién podía saberlo? Yo estaba convencido de que aquellos canallas, fueran quienes fuesen, habían sacado a Berta del país y la habían vendido a unos indeseables, tal vez a gente de Asia o de África, donde nadie podría hacer nada por ella. La drogarían, la maltratarían y abusarían de ella hasta que se cansaran. Luego la dejarían tirada en una calle, como una basura, y entonces ella, destrozada después de tantas vejaciones, se quitaría de en medio, tirándose por un puente o a las vías de un tren, o cortándose las venas, porque ya no sería capaz de seguir viviendo en un mundo tan sucio. Pensé en algunas películas que había visto y que hablaban de ese tema: chicas occidentales, robadas y trasladadas a la fuerza a un país lejano, donde ricos potentados, gentes poderosas que controlan el petróleo y las multinacionales y las cotizaciones de la bolsa, las usaban y tiraban.

–Este mundo es una mierda –dije, despachando el chocolate.

–No hables así en la mesa –protestó mi madre.

–Ni en la mesa ni en ninguna parte –me censuró mi padre, apartando un poco el periódico para verme bien por encima de sus gafas de aumento–. ¿Desde cuándo te dedicas a soltar esas palabras?

–Lo siento, papá. Es que hay cosas que me ponen enfermo.

Mi madre, que es tierna y compasiva, me acarició la mano. Le besé la suya.

–Voy a estudiar un rato.

–¿Qué tal las notas? –mi madre era una obsesiva de las cuestiones académicas.

–Bien. De momento, no puedo quejarme. He sacado un 9 en Sociología, un 8,7 en Historia del Mundo Actual y un 10 en Estructura y Sistema.

–¿Estructura y Sistema? –mi padre se quitó las gafas al tiempo que hacía una mueca de extrañeza–. ¡Qué cosas más raras se estudian hoy en día! ¿Qué es eso de Estructura y Sistema?

A mi padre, todo lo que no tuviera relación con la osteoporosis, las

luxaciones, las férulas y las fracturas le sonaba a chino.

–¿De verdad quieres que te lo explique?

–Hombre, yo…

–Pues empezaré por decirte que, entre otras cosas, hemos hablado sobre las políticas neoliberales, sobre el consenso de Washington, sobre la globalización y sus ejecutores, que son el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio. Hemos hablado también sobre el papel de los Estados y…

–Está bien, cariño –me interrumpió mi madre–. Nos parece muy interesante, pero tú lo que tienes que hacer es irte a estudiar. El tiempo es oro.

Sonreí. Había conseguido asustarlos.

–Las torrijas están buenísimas –dije antes de salir.

Por el pasillo me crucé con Irene, que salía de su cuarto e iba al baño.

–Me han dado recuerdos para ti –me dijo.

No le pregunté quién había sido. Me limité a ignorarla.

–¿No quieres saber quién ha sido?

–No.

–Era una chica morena. Yo no la había visto nunca.

Estaba a punto de entrar en mi cuarto. Me detuve bajo el arco de la puerta, volví el rostro y la taladré con los ojos.

–Suéltalo ya, pelmaza.

–Lo tuyo es capullitis aguda.

–¿Quién era? –insistí sin hacer caso de su comentario.

–Yo estaba con mis amigas oyendo música en la plaza de Oriente y de repente se me acercó una chica a la que yo no conocía. No muy alta, ojos negros, el pelo atado en una coleta…

–Ahórrate las descripciones y ve al grano.

–Alguien le había dicho que yo era tu hermana. Creo que le debes de gustar…

Mi hermana era especialista en cabrearme. La cogí por los hombros y la zarandeé.

–Irene, por el amor de Dios, ¿quieres ahorrarte todos los preliminares y decirme quién era esa chica?

–Se llamaba Olga. Olga no sé qué… Y hablaba con acento andaluz.

La lluvia seguía cayendo lentamente sobre la ciudad, como una salmodia de cristal. Volví a asomarme a la ventana unos momentos para reconfortarme con aquella visión. El agua inundándolo todo, los árboles de la calle, las fachadas de los edificios, la calzada por la que transitaban sin parar miles de vehículos en todas direcciones, las aceras por donde se afanaban los transeúntes, protegiéndose con paraguas o con periódicos,

correteando para refugiarse de la lluvia bajo el primer portal a mano, en una panadería o en un bar.

Pensé en la familia de Berta. Cómo me gustaría llamarlos un día y decirles que por fin habíamos encontrado a Berta, sana y salva. Mientras contemplaba la lluvia cayendo sobre la calle, se me fueron los pensamientos hacia aquella pobre gente. Qué duro debía de ser seguir esperando día y noche una noticia, por pequeña que fuera. Por asociación de ideas, se me reprodujo en la mente la imagen de Carlos Valle, el detective de Alcalá, 390, *Charles Valley, Detective's Agency*, como rezaba en la puerta de su casa. La familia le había encargado rastrear cualquier pista sobre Berta. ¿Habría conseguido algo?

Volví a mi mesa. Tenía mucho trabajo de la universidad atrasado. Antes de ponerme a estudiar consulté el correo electrónico. Había *spam* por un tubo. Borré y borré casi sin mirar, propaganda, anuncios y tonterías de gente que se dedica a meterse en tu correo con total impunidad. Estaba a punto de tirar uno de esos correos extraños a la papelera, cuando me fijé en que el nombre del remitente me sonaba: Julio Manrique. Abrí y caí en la cuenta inmediatamente.

«Estimado señor Villena, estaré encantado de atenderle en mi despacho para hablar sobre el pintor Raimundo María Iranzo. Martes y jueves por la tarde, entre las cinco y media y las siete, suelo estar en la facultad. Un saludo».

Tomé nota de la dirección: Facultad de Bellas Artes. Ciudad Universitaria. Calle Greco, 2. Departamento de Didáctica de la Expresión Plástica.

Estaba a quinientos metros de mi facultad. Ideal, pensé.

Iba a abrir mis apuntes de Lengua Española cuando observé algo raro en la ventana. Las gotas de agua formaban un extraño dibujo, que parecía la silueta de una cabeza. La lluvia golpeaba, como si esculpiera en el cristal el rostro de un desconocido. Por un momento pensé que era mi imaginación. Muchas veces, de niño, me había quedado mirando las nubes en el cielo, viendo formas caprichosas, la cabeza de una vaca, un tren de vapor, un niño detrás de una pelota. Lo mismo me pasaba cuando me quedaba mirando fijamente las manchas de una pared. Era fácil descubrir el mapa de África, el perfil de una cara, la silueta de un árbol… Algo así me estaba ocurriendo ahora.

Era una cara de agua. Me acerqué con algo de temor hasta casi tocar el cristal con mi propio rostro. Estaba apenas a unos centímetros. De repente, escuché una voz líquida y oscura que me hablaba desde un lugar desconocido, igual que un rumor lejano: «Era un ángel tal vez. Era un ángel tal vez. Era un ángel tal vez».

¿De dónde procedía aquella voz? ¿Era real o eran figuraciones mías?

El rostro que formaban las gotas de lluvia comenzó a diluirse ante mis ojos, al mismo tiempo que se esfumaba aquella extraña voz que había

surgido de la nada. Un trueno sonó a lo lejos. Por un momento, pensé que el cielo se había roto, con un crujido espantoso, y que todos los muertos del mundo se habían puesto a llorar, y que aquella interminable lluvia no era otra cosa que el llanto desgarrado de miles y miles de desdichados.

Me senté en la silla y me quedé meditando en aquella frase: «Era un ángel tal vez».

¿Qué significaba aquello?

El profesor Julio Manrique era un hombre pelirrojo, de estatura media y complexión normal. Llevaba una bata blanca de cuyos bolsillos sobresalían lápices, bolígrafos y rotuladores de colores. El despacho parecía un almacén de objetos perdidos en el que reinaba el más absoluto caos.

–Tomad asiento.

No fue fácil encontrar dos sillas disponibles en aquel lugar tan abarrotado.

–Así que estáis interesados en Iranzo…

–Pues sí, hemos oído hablar de él.

El profesor tomó asiento junto a nosotros. Nos miró con curiosidad.

–Iranzo es un desconocido incluso para los profesores universitarios y los pintores actuales. Uno más de los muchos que han caído en el olvido. Es insólito dar con alguien atraído por su obra.

–Nos parece un autor muy… –Alicia no sabía qué adjetivo utilizar, porque en realidad no sabía qué decir de un pintor desconocido–… interesante.

Manrique sonrió, complacido.

–Es bastante interesante, sí. ¿Qué es lo que habéis visto de él?

Alicia y yo tragamos aire.

–Pues la verdad es que solo conocemos un cuadro suyo –dije, tratando de que mi voz sonara apasionada–. Un cuadro impresionante. Al menos, a mí me ha encantado.

–¿A qué cuadro te refieres?

–Uno que mide dos metros de alto por uno y medio de ancho aproximadamente. Es un retrato. De una mujer que viste un vestido de muselina roja y lleva un ramo blanco en la mano derecha y…

–Belinda Manfredonia.

–Veo que conoce el cuadro –dije, realmente admirado.

Manrique suspiró.

–Conozco la obra completa de Iranzo. Como no podía ser de otro modo. ¡Belinda Manfredonia! Desde el momento en que Iranzo la conoció en uno de sus viajes a Italia no retrató a ninguna otra mujer. Vivió para ella.

–Debió de ser muy hermosa –comentó Alicia, impresionada por lo que acababa de contarnos el profesor.

–Hermosísima. Belinda fue para Iranzo como la Fornarina para Rafael

Sanzio. Una musa y un mito. El de Venus.

Tras decir aquello, se volvió hacia el ordenador, cliqueó aquí y allá hasta que dio con el archivo que buscaba, lo abrió y ante nosotros aparecieron varios retratos, todos de la misma mujer. Los fue pasando uno tras otro. Eran fotografías de los cuadros que Iranzo había pintado de Belinda. Uno de los iconos se correspondía con el lienzo que Séptimus tenía en El Galeón Fantasma.

–¡Este es el cuadro al que nos referimos!

Manrique lo amplió hasta ocupar la pantalla completa. Luego, se quedó admirándolo, con los ojos entrecerrados y la expresión de éxtasis.

–¡Bellísima!

–Me he dado cuenta de un detalle –dijo Alicia, que también parecía fascinada–. En todos los cuadros aparece el mismo arbusto verde y el mismo ramo de rosas blancas en la mano de Belinda.

–Como no podía ser de otro modo –suspiró Manrique–. El arbusto es mirto y las flores son rosas blancas, sí, como tú misma has dicho.

–¿Y eso es algo especial? –pregunté intrigado.

El profesor nos contempló con gesto comprensivo.

–Las plantas siempre han tenido un valor simbólico y una dimensión mitológica en las manifestaciones artísticas del ser humano. La literatura, la música, la pintura, la escultura… ¿Qué sería del hombre sin la aportación espiritual de estas materias a su vida pedestre y finita? A través de ellas, el hombre se pone en contacto con la divinidad. ¿Quién si no el alma puede captar la belleza? ¿Cómo puede expresar el individuo, cualquiera que sea la época y el lugar a los que pertenece, sus sentimientos, sus dudas, sus emociones, sus penalidades, si no es mediante la mitología?

Alicia y yo estábamos con la boca abierta.

–En la tradición mítica grecolatina el mirto y la rosa estaban consagrados a Venus, la Afrodita que nació de la espuma del mar en las costas de Chipre. Venus era la diosa del amor y de la pasión. Tanto el mirto como la rosa simbolizan precisamente eso. El color verde del arbusto representa la vida eterna, lo perenne, lo que nunca ha de morir. El blanco de la flor hace alusión a la pureza, la inocencia y la fidelidad.

¡Vaya lección que acababa de darnos Julio Manrique!

–Iranzo debió de ser el hombre más enamorado del mundo –dijo el profesor con un tono de honda tristeza, como si la desgracia de aquellos individuos fuera su propia desgracia.

–Tenemos entendido que Belinda murió de tuberculosis –observé.

El profesor Manrique apartó los ojos de la pantalla para fijarlos en mí.

–En efecto. Tenía solo dieciocho años cuando dejó este mundo.

Recordé las extrañas palabras de Séptimus sobre Raimundo: «Nadie mejor que él podía haber pintado a Belinda con tanta precisión… Porque la amaba… La amaba tanto como yo… Por eso tuve que matarlo… con mis

propias manos… y luego me comí su corazón…».

–Hemos leído en alguna parte que alguien mató a Raimundo después de la muerte de Belinda. Una muerte, al parecer, violenta.

El rostro de Manrique se ensombreció de pronto.

–Raimundo murió en 1980, a los 66 años. Y, sí, es cierto. De muerte violenta.

–¿Qué le pasó?

Manrique movió la cabeza de derecha a izquierda.

–Cada vez que pienso en el terrible final de este hombre me da una pena infinita –el profesor hizo una breve pausa; se quedó en silencio, como tratando de recuperar el hilo de aquella historia en sus recuerdos–. Él y Josefina fueron encontrados muertos a machetazos en el salón de su casa.

–Disculpe, profesor, pero ¿quién es Josefina?

–Perdón –el profesor sonrió sin ganas–. Debí empezar por el principio. Raimundo María Iranzo y Belinda se habían casado en 1940. Fue un matrimonio fugaz. Tras la prematura muerte de ella, el pintor pasó unos años difíciles, pero se rehízo con el tiempo y se casó en segundas nupcias con Josefina de los Llanos en 1959; es decir, diecisiete años después de morir la bella Belinda.

Aquello daba un giro inesperado a la historia. Así que Iranzo, el pintor enamorado hasta la médula de su primera esposa, el que la amaba tanto, el que la había pintado con absoluta veneración y precisión, cuadro tras cuadro, como una obsesión enfermiza, se había casado con otra mujer, diecisiete años después de la fatídica muerte de Belinda Manfredonia.

–¿Ha dicho «a machetazos»? –observó Alicia.

–Prácticamente descuartizados –Manrique lanzó un suspiro–. Nadie se merece una muerte tan indigna, y menos un hombre de la valía artística de Iranzo. El asesino se ensañó con él hasta el punto de haberle arrancado el corazón.

Nos quedamos anonadados.

–¿Y no se supo quién los mató? ¿La policía no detuvo al culpable?

–Esa fue la parte más tétrica del asunto. El asesino, al parecer, fue su propio hijo, un muchacho que sufría perturbaciones mentales.

Alicia y yo abrimos los ojos como platos. Aquella historia parecía sacada de una novela de terror. Íbamos de sorpresa en sorpresa.

–¿El hijo? –preguntó mi compañera–. ¿Es que el pintor tenía un hijo?

–Así es. Un desequilibrado. Nunca pudo demostrarse que el joven hubiera sido el autor material de aquellas muertes, pero todo apuntaba a que fue él. Lo encerraron una temporada en un sanatorio mental.

–¿Cuántos años tenía el chico? –pregunté.

–En el momento del crimen, treinta y nueve.

Rápidamente hice el cálculo mental. Si en 1980 el hijo tenía treinta y nueve años, es que había nacido en 1941, un año antes de la muerte de

Belinda. O sea, que el muchacho era hijo del pintor y de Belinda Manfredonia, que lo había traído al mundo tan solo con diecisiete años.

–¿Sabe dónde encerraron al hijo?

–Me parece recordar que fue en el Hospital Psiquiátrico Penitenciario de Alicante.

Habíamos llegado al final. Allí ya no teníamos nada más que hacer. Aquel hombre, especialista en la obra de un pintor malogrado de manera tan dramática, nos había suministrado una información valiosísima. Nos levantamos y nos dirigimos a la puerta acompañados por el profesor.

–¿Cómo se llamaba el hijo?

Julio Manrique se había quedado con la mano en el pomo de la puerta entreabierta. Hizo un gesto de cansancio.

–Igual que el padre.

Alicia y yo abandonamos la facultad en silencio. A los dos nos embargaba una sensación muy extraña. Si la lógica no fallaba, Séptimus era el hijo de Belinda y Raimundo María Iranzo.

El asesino de su madrastra. Y de su propio padre.

Capítulo vigésimo segundo

Un libro de versos

A mi padre le gusta ver el telediario mientras comemos, que es una costumbre bastante discutible. Está bien enterarse de las cosas que ocurren en el mundo, pero, por otro lado, el excesivo número de noticias desagradables suele amargarte la comida. Terremotos, atentados, accidentes, guerras, manifestaciones, atracos, casos de corrupción… Prácticamente, los únicos momentos del telediario en los que no hay malas noticias suelen ser los deportes y el parte meteorológico.

Cualquier conversación familiar durante la comida suele acabar convirtiéndose en un diálogo de tontos, porque continuamente mi padre demanda silencio para escuchar una noticia que le parece interesante; mi hermana hace comentarios disparatados sobre cualquier cosa; mi madre no para de quejarse de lo mal que está el mundo y de que no hay justicia en ningún lado y de que antes se vivía mejor… Yo procuro no desentonar demasiado en aquel berenjenal. Hablo con monosílabos mientras pienso en mis cosas.

De repente, me llamó la atención una noticia que escuché: el empresario Fernando Fuentes, dueño de la constructora FUCONSA, había aparecido muerto de manera misteriosa en un almacén de su propiedad, con el rostro cubierto por una extraña máscara. El cadáver había sido descubierto por el perro de un vecino. La policía estaba investigando el caso y no se descartaba la idea de un suicidio.

Me había quedado con cara de tonto, los ojos clavados en la tele. Mis padres y mi hermana empezaron a burlarse de mí.

–Daniel, hijo, ¿qué te ocurre? –dijo mi madre pasándome varias veces la palma de la mano sobre los ojos; yo, ni pestañeaba.

–¿Eh?

Irene soltó una carcajada.

–¡Tendrías que verte! ¡Pareces un muñeco de las fallas valencianas!

La noticia, por suerte o por desgracia, solo duró unos segundos. Apenas nada. Para no tener que dar demasiados detalles, improvisé una mentira.

–Es que el muerto es familiar de un amigo mío.

Rápidamente, cambiamos de conversación. Las noticias de la tele se sucedían en cascada y mis padres e Irene pronto me dejaron en paz. Se me había ido el hambre de repente. Así que Fernando Fuentes había aparecido

muerto con una máscara en el rostro…

Estaba convencido de que le habían inyectado en la carótida la triple sustancia que había dicho Ostolaza.

Apenas probé el postre. Seguía con los ojos en la pantalla de la tele, pero con la mente me encontraba muy lejos de allí. El cerebro me funcionaba como una lavadora centrifugando.

Me retiré pronto, alegando que tenía que estudiar. Mi madre volvió a regañarme porque no había comido casi nada y se me estaba poniendo pinta de ermitaño. Mi padre me recomendó que tomara algún complejo vitamínico para encarar la recta final del curso. Irene estaba tan feliz zampándose la tarta de manzana que no me prestó ninguna atención.

Tan pronto como me encerré en mi cuarto, marqué el número de Alicia. «El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura».

¡Mierda!

Salí a la calle y me planté en casa de Alicia en menos de diez minutos. Ella y sus dos compañeras de piso estaban viendo una película de humor. A pesar de que parecían estar pasándoselo bastante bien, Alicia no protestó cuando tiré de ella y me la llevé al cuarto. Cuando nos encontramos solos, le conté lo de la misteriosa muerte de Fernando Fuentes.

–Echemos un vistazo en Google –dijo Alicia.

En la red no se decía mucho más de lo que yo había visto y oído en la televisión. Los dos nos quedamos unos momentos sin saber qué hacer ni qué decir.

–¿No te ha llamado el inspector Ostolaza? –me preguntó.

Recordé la última vez que vimos a Ostolaza y a Galindo. El inspector había sido claro. Pero más claro aún había sido su perro guardián: «No queremos volver a veros nunca… de lo contrario, me encargaré personalmente de meteros entre rejas hasta que los olmos den peras».

–No. No me ha llamado. Y dudo que lo haga.

Alicia se quedó pensativa unos instantes.

–¿Qué opinas de ese tipo?

–¿De Galindo?

–Claro.

Me vino a la mente la imagen de aquel sujeto. El pelo peinado con la raya hacia el lado derecho, los ademanes estirados, la voz gruesa, la expresión de perro asesino, el lunar sobre la sien izquierda… ¿Qué podía opinar de un individuo que solo hablaba para meter miedo?

–No me gusta nada.

–He estado pensando… –dijo Alicia enigmáticamente, pero enseguida pareció arrepentirse de lo que iba a decir–. Una tontería.

–Pues dime lo que sea, aunque sea una tontería, porque estoy a dos velas.

Alicia vaciló durante unos segundos.

–Un disparate –insistió–. He estado pensando… que Galindo estaba metido en el ajo, ya ves qué estupidez.

–¿En el asunto que llevamos entre manos?

–Pues claro. Estoy segura de que alguien de la policía está conchabado con esos tipos. ¿No te acuerdas del planchazo que nos llevamos el día que fueron a husmear a El Galeón Fantasma y al restaurante Cipariso? Alguien había alertado a esos canallas. ¿Y quién sabía lo de la redada? Piensa, Daniel.

No hacía falta pensar en nada. Ya lo había rumiado. Sí. A mí también me extrañaba todo aquello. Ostolaza y sus hombres no hallaron nada en la tienda de Séptimus y tampoco consiguieron obtener ninguna información en el restaurante griego. Nuestro plan había fracasado. ¿Cómo era posible?

Y ahora esto. La muerte de Fernando Fuentes, con la máscara puesta. Recordé las tres máscaras que vi en la repisa de la chimenea de El Galeón Fantasma. Las tres habían desaparecido la última noche que estuve en el lugar, la noche en que descubrimos el cuerpo sin vida de Séptimus.

Bastaba con atar los cabos. Los cadáveres de Séptimus, Melchor Alcázar y Fernando Fuentes aparecieron con la máscara. Recordé el extraño ritual en el templo de Cipariso, donde Séptimus había oficiado de sacerdote.

¿Quién era el tercer acólito? ¿Tal vez Galindo? Aquello era un disparate. Pero ¿por qué esa actitud hostil hacia Alicia y hacia mí desde el primer día? ¿Quién sino él podía haber puesto en alerta a la organización criminal la noche de Reyes?

Se me ocurrió un plan descabellado.

–Tenemos que ir a la comisaría –dije.

–¿Estás loco? Ya oíste. No quieren ni vernos por allí…

–Pues hemos de volver –insistí sin vacilación–, y lo que es peor: tenemos que encontrar la manera de entrar en el despacho de Galindo para echar un vistazo.

La cara de Alicia reflejaba la incredulidad más absoluta.

–No hay duda: estás loco.

Con el pretexto de que llamaba desde la redacción de El *País,* pregunté en la centralita de la comisaría si podía hacer una entrevista al subinspector Galindo. Cuando me preguntaron quién era dije que me llamaba Lázaro Abellán. El policía de guardia me dijo que Galindo solo estaba en el despacho las tardes de los lunes, los martes y los jueves. Las demás tardes las tenía libres.

Eso era precisamente lo que yo quería saber.

Alicia decidió dedicar la tarde del martes para adelantar tareas de la facultad. Pronto íbamos a encarar la recta final del curso y se nos

acumularían los exámenes y vencerían los plazos para entregar los trabajos pendientes.

En casa había agitación porque habían venido unos tíos a visitarnos. A mí me apetecía estar solo, así que salí a la calle, con la mochila cargada de libros y apuntes, y me dirigí a la biblioteca municipal de la calle Conde Duque. Era uno de mis lugares favoritos. Estaba a quince minutos de mi casa y lo tenía todo, en especial mucha luz, grandes mesas, silencio y poca gente. Me había acostumbrado a visitar la biblioteca cuando cursaba la ESO. Todavía recordaba la primera vez que entré en ella. Fue un día de lluvia torrencial. Huyendo del diluvio, me metí allí y esperé diez minutos en vano a que remitiera la lluvia. En vista de que iba para largo, se me ocurrió sentarme en una sala grande y espaciosa para adelantar mis tareas escolares. Cuando me vine a dar cuenta de que había dejado de llover, habían pasado un par de horas y había terminado todos mis deberes. Aproveché para pedir en préstamo un libro que teníamos que leer en la asignatura de Lengua castellana y Literatura. Me hice socio para sacar el libro. Luego tuve que volver dos semanas más tarde para devolverlo. Y desde entonces me había convertido en un asiduo ocasional –valga la paradoja– de aquella biblioteca.

Tomé asiento en una silla y saqué la libreta roja en la que anoto lo que me sucede. Allí hay de todo un poco: citas, teléfonos, frases célebres, versos sueltos… Mis ojos se posaron en aquella frase enigmática: «Era un ángel tal vez». La había subrayado en rojo. ¿Qué diablos podía significar?

Me levanté y comencé a ojear los libros que había en las estanterías. Tal vez me viniera bien leer un rato. De repente, ocurrió un hecho extrañísimo. Uno de los volúmenes que estaba en la estantería del fondo se cayó al suelo y se quedó abierto. Me volví atraído por el ruido. Las escasas personas que había en la sala hicieron lo mismo que yo: mirar hacia la estantería de la que había caído el libro para descubrir al individuo causante de aquel estropicio. Pero allí no había nadie.

Absolutamente nadie.

El libro había caído solo, sin que nadie lo empujara.

Sin darle mayor importancia, me acerqué para recogerlo y devolverlo a su lugar de origen. Pensé que tal vez alguien lo había dejado mal colocado.

Me agaché y lo cogí entre mis manos.

¡Se trataba de un libro de poemas de José Zorrilla!

Comencé a leer, estupefacto:

Era un ángel tal vez; descendió al suelo
para dejar sobre la tierra impía
alguna oculta maldición del cielo,
y un reguero de luz y de armonía.

Un temblor inmenso se apoderó de mí y estuve a punto de tirar el libro otra vez al suelo. ¿Quién había tirado aquel ejemplar de la estantería? ¿Y por qué se había abierto precisamente por la página en la que se leían aquellos extraños versos?

Y lo más absurdo de todo: ¿qué se suponía que debía hacer yo?

Volví con el libro a mi silla y me puse a leer.

Abrí Internet y busqué información sobre Zorrilla. Había demasiada. Pero lo más grave es que no sabía qué debía buscar exactamente. Era evidente que Héctor Miranda quería decirme algo a través del famoso escritor romántico. Leí con avidez todo lo que se decía de él en la red. Mal estudiante, obligado por su padre a cursar Derecho, huyó a Madrid porque le atraían las mujeres y la vida bohemia. Se dedicó a pintar. Fingió ser un artista italiano. Publicó poemas y dio discursos incendiarios, por lo que fue perseguido por las autoridades. Se escondió en casa de un gitano. Se casó con una viuda irlandesa, rica y mayor que él. El matrimonio fue un fracaso. Vivió en París, Londres, México, Cuba… Finalmente, le llovieron los elogios, pero pasó apuros económicos toda la vida. Murió en Madrid en 1893 a consecuencia de un tumor cerebral. Fue enterrado en la Sacramental de San Justo, pero tres años más tarde sus restos fueron trasladados a su ciudad natal, Valladolid, donde permanecen hasta el día de hoy.

Capítulo vigésimo tercero

Atando cabos

HABÍA comenzado a llover a media mañana. Alicia y yo, pertrechados de paraguas, cámara de fotos y mochilas, en plan reporteros intrépidos, llegamos a la comisaría hacia la una y media.

El policía de la puerta nos preguntó a dónde íbamos. Le mostré la tarjeta falsificada donde aparecía mi nombre como redactor de *El País* y le dije que tenía una cita con el inspector Ostolaza.

El agente nos miró de arriba abajo, como dudando.

–¿Usted cree que si no tuviéramos una cita habríamos venido con este tiempo? –preguntó Alicia en plan modosita.

Un relámpago cruzó el cielo y un instante después sonó un trueno espectacular. Arrancó a llover con tanta fuerza que los paraguas apenas podían protegernos. El policía se compadeció de nosotros, chasqueó la lengua y cabeceó de derecha a izquierda y de izquierda a derecha.

–Venga, pasad, que os vais a poner como una sopa.

No necesitamos que nos repitiera la invitación. Entramos como una exhalación en el interior de la comisaría. Como siempre, reinaba una gran agitación. Sabíamos perfectamente dónde estaba el despacho de Ostolaza. Primer piso, pasillo de la izquierda, segunda puerta. Hicimos el gesto de echar a andar sin encomendarnos a nadie, pero el mismo policía que estaba en la puerta nos puso la mano delante, a modo de barrera.

–Esperad. No podéis andar solos por las dependencias de la comisaría. Avisaré para que os acompañen.

Se asomó al interior, habló con otros agentes que estaban en la oficina de recepción y al momento se acercó a nosotros un policía bastante joven, con aspecto risueño. Nos acompañó hasta el piso superior sin dejar de hablar sobre el tiempo y el exceso de trabajo. Estaba a punto de llamar a la puerta de Ostolaza con los nudillos cuando le interrumpí con una frase que llevaba preparada.

–Tengo entendido que aquí trabaja el tío de una compañera mía de la facultad.

El policía frunció el entrecejo. Se había quedado con los nudillos en alto.

–Creo que se llama Galindo, o algo así –añadí.

–Ah, claro –sonrió cuando cayó en la cuenta–. Es el subinspector Germán Galindo. Un tipo duro –bromeó.

–Si pudiera saludarlo un momento…

La sonrisa desapareció del rostro del policía. Por unos momentos, se quedó sin saber qué contestarnos. Finalmente se alzó de hombros.

–Aquel de allí es su despacho –señaló con el brazo–. Pero hoy no está.

–Lástima.

Habíamos averiguado lo que buscábamos: cuál era el despacho de Galindo; el primero a la derecha, según se subía por las escaleras.

El agente llamó, oyó que alguien decía «sí» y se asomó.

–Tiene visita, inspector.

Javier Ostolaza se levantó de la silla tan pronto como nos reconoció, parapetados detrás del joven policía. Se acercó hasta nosotros sin prisa, sorteando los escasos muebles mientras nos observaba fijamente. Cuando estuvo ante nosotros, hizo ademán de decir algo, tal vez un exabrupto, pero lo pensó mejor y decidió callarse. Sonrió a su subordinado sin mover los labios.

–Puedes retirarte, Sánchez.

El aludido saludó y desapareció, cerrando la puerta y dejándonos solos con el inspector. Alicia y yo aguantamos impertérritos la mirada encolerizada de Ostolaza.

–¿Qué hacéis aquí?

–Tenemos que hablar con usted.

Ostolaza se rascó el bigote.

–¿De qué?

–Nos hemos enterado por los medios de comunicación de que Fernando Fuentes ha aparecido muerto, con un pinchazo en el cuello y una máscara en la cara. Todo coincide con nuestra información. Primero, Séptimus. Luego, Melchor Alcázar. Y ahora, Fernando Fuentes. Solo falta uno. Y es posible que ese uno sea precisamente el asesino.

Ostolaza seguía mirándonos con la cara tensa.

–Sentaos.

Yo llevaba la lección estudiada.

–Perdone, pero necesito ir al servicio. ¿Puedo?

Ostolaza hizo un gesto de contrariedad. Me acompañó a la puerta, la abrió y me señaló hacia el final del pasillo.

–Gracias.

Tenía tres o cuatro minutos para echar un vistazo al despacho de Galindo. No sabía lo que podía encontrar allí, pero si aquel individuo estaba implicado en el asunto de Héctor y de Berta, tal vez descubriera alguna pista.

Me dirigí con resolución hacia la puerta de su despacho. Por fortuna estaba abierta. La empujé despacio y me metí dentro antes de que apareciera alguien por el pasillo. Era una habitación no demasiado grande. Una mesa con un sillón de cuero, un sofá, un par de sillas, un macetón con una planta

artificial, una estantería llena de libros y un armario. Sobre la mesa, un ordenador y un teclado. Nada más. Busqué pero no había nada donde mirar. Aquel tipo debía de ser bastante ordenado. El escritorio estaba prácticamente vacío. Me asomé a las estanterías, ojeé aquí y allá. Volví a la mesa y abrí los cajones, uno por uno. Rebusqué por si encontraba alguna agenda, alguna libreta de notas, pero no vi nada que me llamara la atención. Oí un ruido en alguna parte y el corazón comenzó a latirme a doscientos por hora. Si me pillaban allí, tendría problemas.

Pensé que Alicia estaría conversando con Ostolaza, dándole coba o diciendo sandeces para tenerlo entretenido mientras yo buscaba no sabía bien qué en aquel despacho.

El tiempo corría y me estaba poniendo nervioso.

Decidí salir. Pero justo en aquel momento, reparé en la percha de pie que había tras la puerta. Galindo había dejado olvidado un abrigo color azul marino con botones de metal y ribetes dorados en el cuello y en las bocamangas. Tenía un águila roja a la altura del corazón. Metí las manos en los bolsillos de aquel abrigo y di con un objeto metálico. Cuando lo cogí entre mis dedos y lo reconocí, sufrí un estremecimiento.

¡Era un pin con las letras CPRS!

Pegué el oído a la puerta. Al otro lado no se escuchaba nada, por lo que deduje que el pasillo se hallaba desierto. Abrí tímidamente y asomé la cabeza. Por suerte, tal como me había figurado, no había nadie a la vista. Cerré la puerta antes de que me sorprendieran y enfilé el pasillo. Respiré hondo para recuperar la serenidad y sin perder más tiempo regresé al despacho de Ostolaza.

El inspector y Alicia conversaban sentados en los sillones de cuero. El policía parecía haber recuperado su habitual campechanía. Me invitó a tomar asiento junto a ellos con la mano.

–Mi mujer siempre quiso adoptar un niño negro o chino, pero a mí, la verdad, es que nunca me han gustado mucho los críos… La pobre, hace ya ocho años que me dejó solo en este mundo…

Alicia sonreía con una expresión encantadora. Cuando me senté a su lado, noté cómo respiraba aliviada.

Ya no tenía dudas: para mí, el subinspector Galindo era el cuarto hombre. Pero acusar a un policía solo por un pin me parecía demasiado arriesgado. No podía dar un paso en falso a aquellas alturas. Debía andar con pies de plomo.

–Pero, bueno, dejémonos de cháchara –dijo Ostolaza tan pronto como me vio tomar asiento frente a él–. ¿A qué habéis venido a la comisaría? Creía que la cosa estaba clara. No quería que volvierais a inmiscuiros en mi trabajo.

No paraba de darle vueltas en mi cabeza a la manera en que podía confesar a Ostolaza mis conjeturas. Pero ya no podía callar por más tiempo. O todo o nada. No había lugar para un término medio.

–Alicia y yo tenemos serias sospechas.

Ostolaza frunció el entrecejo.

–¿Qué clase de sospechas?

–Tal vez sepamos quién es el hombre que falta. Seguramente, el asesino de Séptimus, de Alcázar y de Fuentes.

El rostro de Ostolaza se tensó hasta lo indecible. Me contempló como si yo fuera un fantasma. Sus ojos me escrutaron de arriba abajo y de abajo arriba. Su mirada se desplazó hasta el rostro de Alicia, que, a mi lado, había comenzado a morderse las uñas. Volvió a recorrerme con la mirada, como si me escaneara con los ojos mientras hacía extraños cálculos mentales.

–¿Estáis seguros?

Alicia y yo intercambiamos una mirada de complicidad.

Asentí con la cabeza.

–Creo que sí.

Ostolaza se puso de pie. Comenzó a pasear por el despacho, con las manos en los bolsillos y la mirada extraviada. El silencio podía cortarse con una navaja. Yo seguía sentado en el sillón, sin atreverme a añadir nada más. Desde mi posición, el inspector parecía un gigante. Alto, grande, fuerte, la cabeza rectangular, el bigote poblado, el semblante adusto.

–¿Quién es?

Volví a mirar a Alicia, como pidiéndole permiso para hablar. Ella me devolvió una mirada cargada de malos augurios. La conocía demasiado bien. Su mirada no era un sí, pero tampoco un no. Me mordí la boca por dentro antes de arrojarme al abismo.

–Tal vez un policía. Un policía de esta misma comisaría.

El rostro de Ostolaza se puso pálido como el de un muerto. Se quedó mirándonos con la expresión desencajada. No era para menos. Acababa de decirle que el último implicado en aquella turbia trama de tráfico de mujeres y de asesinatos era nada más y nada menos que un representante de la ley. Alguien probablemente a su servicio.

Buscó la cajetilla de tabaco, extrajo un cigarrillo y le prendió fuego. Advertí que le temblaba el pulso. Fumó un par de caladas en silencio, sin dejar de observarnos a través de la cortina de humo.

–¿Cómo habéis llegado a esa conclusión?

–Atando cabos.

El inspector se acarició el mentón. Vi cómo entrecerraba los ojos mientras seguía observándonos alternativamente a Alicia y a mí. Me pregunté si había entrecerrado los ojos a causa del humo o por un ejercicio de concentración.

–Esto es demasiado serio para hablarlo aquí –dijo de pronto–. Puede haber oídos indiscretos. Será mejor que nos veamos en otro lugar.

–Está bien –acepté levantándome–. Usted dirá.

Alicia se puso de pie, imitándome. Ostolaza nos acompañó hasta la puerta.

–No habléis de esto con nadie. Absolutamente con nadie. ¿Estamos?

Alicia y yo dijimos que sí con un gesto.

–Creo que el mejor sitio es El Galeón Fantasma –nos indicó después de unos segundos de indecisión–. Esta noche. A las diez. ¿Qué os parece?

–¿Cómo entraremos?

–No os preocupéis. Yo estaré esperando dentro, en la sala donde encontramos muerto a Séptimus. Después de la muerte del viejo anticuario, y a propósito de la instrucción del expediente, mandé hacer copias de las llaves del local. Dejaré la puerta metálica bajada, pero con el candado abierto para que entréis sin problemas. Allí podremos hablar sin temor a que nadie nos moleste.

Cuando Alicia y yo salimos a la calle, seguía lloviendo a mares. Abrimos los paraguas y echamos a andar por la acera. Durante algunos minutos caminamos en silencio, dejándonos arrullar por el olor y la cantinela de la lluvia.

–Pasaré a recogerte a las nueve –dije ya ante el portal de su casa.

Nos abrazamos y nos besamos bajo el paraguas color chocolate de Alicia.

–Esto no me gusta –susurró Alicia con aire preocupado.

–¿No te gustan mis besos?

–No me gusta lo de Ostolaza. Me huele a chamusquina –la cara de Alicia era un poema–. ¿Crees que es normal que nos cite en el templo de Cipariso a las diez de la noche?

–Entonces, ¿qué sugieres?

–Tendremos que ir con mucho cuidado –dijo.

–Iremos con cuidado. Pero ahora no podemos echarnos atrás.

Volvimos, a besarnos, y con aquel beso desesperado tal vez estábamos tratando de darnos ánimo el uno al otro.

Eché a andar bajo la lluvia. El cielo estaba oscuro y apelmazado, como mi cerebro. Negros pensamientos volaban por mi mente.

Capítulo vigésimo cuarto

Nos veremos en el infierno

ESTABA tumbado en el sofá, con la mente perdida, dándole vueltas y más vueltas a aquel endiablado asunto. La cita con Ostolaza ocupaba todos mis pensamientos. Había algo que se me escapaba, algo sutil. Me lo decía la intuición. Alicia tenía razón. Olía a chamusquina. Sospechaba que en todo aquel galimatías había una pieza que no encajaba, pero no era capaz de dar con ella. Iba a delatar a Germán Galindo. Aquel iba a ser un paso definitivo. ¿Y si metía la pata? De repente, una idea cruzó por mi cerebro. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Solo había una manera de asegurarme de que Galindo era el hombre que faltaba, antes de dar un paso en falso aquella misma noche.

Marqué el número de Olga. Al tercer tono escuché su acento andaluz.

–Soy Daniel Villena. ¿Podríamos vernos?

–Ya sabes que entro a las cinco.

–Queda una hora todavía.

Olga pareció dudar al otro lado de la línea.

–Por favor, solo cinco minutos –insistí.

–Está bien –aceptó al fin–. En Los Rodrigos. A las cuatro y media.

Llamé a Alicia y le conté la idea que se me acababa de ocurrir. Teníamos poco margen de tiempo. Tomé un taxi y pasé por Vallehermoso para recogerla. Llegamos a nuestra cita con cinco minutos de retraso. Había dejado de llover y Olga estaba esperándonos al pie del árbol que crecía a la puerta del bar, con evidentes muestras de nerviosismo.

–Gracias por aceptar –dije después de darle un beso–. ¿Te acuerdas de Alicia?

Alicia y Olga se dieron un beso rápido.

–Claro que me acuerdo. Solo cinco minutos –protestó blandamente–. Ya sabes que mi jefe nos quiere allí un cuarto de hora antes.

Entramos en el bar y pedimos tres Coca-Colas. Decidí ir al grano.

–Habrás seguido por la prensa y la tele las últimas noticias del caso de esos chicos, Berta y Héctor… –empecé diciendo.

–No demasiado, la verdad.

–No importa.

Saqué una carpeta azul de la mochila, la abrí y extraje unas fotocopias de fotografías obtenidas de Internet.

–¿Los reconoces?

En la carpeta denominada HMG de mi ordenador había ido acumulando todos los datos de aquel embrollado asunto. Reseñas de prensa, fotografías publicadas en Internet, noticias extraídas de aquí y de allá. Las muertes de Alcázar, Séptimus y Fuentes habían sido ampliamente comentadas en los medios. No me había resultado nada difícil almacenar algunas de las fotos aparecidas.

–Sí –exclamó Olga con la mirada brillante de excitación–. A estos dos los conozco.

Su dedo señaló a Melchor Alcázar y a Fernando Fuentes.

–Son dos de los que solían venir a cenar al restaurante.

–¿Y estos otros?

Los otros eran Séptimus y Galindo. Olga se quedó confusa, mirando y remirando las fotografías, frunció el ceño, torció los labios y finalmente negó con la cabeza.

–No. A estos no los conozco.

Alicia y yo parpadeamos. Esperábamos que reconociera a Galindo, al menos.

–¿Estás segura?

–Estos dos no han venido nunca al restaurante. Seguro.

Durante unos momentos, Alicia y yo nos quedamos bloqueados. ¿Quién diablos era el tercer comensal? ¿Quién era el asesino? Faltaban cinco horas para nuestra cita con Ostolaza y, de pronto, descubríamos que Galindo no era el hombre que buscábamos.

–Por favor, Olga –insistí, señalando a Galindo–. Fíjate bien en este–. Alrededor de cuarenta años, delgado, pelo negro peinado a la derecha, un lunar bastante grande en la sien, algo más bajo que yo…

–No, no –dijo levantando los ojos hacia mí, después de haber escudriñado a fondo la fotografía–. A este tío no lo he visto en mi vida.

Nos despedimos de Olga y echamos a andar sin saber a dónde ir. Alicia no paraba de morderse las uñas.

Fuimos paseando hasta el río Manzanares y nos sentamos en un banco, a la orilla. Durante un rato, nos dedicamos a mirar la corriente del agua.

–¿Por qué no llamamos a Ostolaza y cancelamos la cita? –dijo Alicia sin dejar de mirar el río–. Total, ¿qué le vamos a decir? Nuestro castillo de naipes se ha venido abajo de manera ridícula.

Yo seguía dándole vueltas y más vueltas a todo aquello. Sabía que me faltaba la última pieza del rompecabezas, pero no acertaba a dar con ella para resolverlo.

Recordé la tarde en la que me colé unos minutos en el despacho de Galindo.

–Hay una cosa que no entiendo –dije en voz alta–. Si Galindo es inocente, ¿qué hacía el pin en el bolsillo de su abrigo?

Alicia me contempló con expresión lúcida.

–¿Por qué no se lo preguntamos directamente a él?

–¿Cómo dices?

Alicia se levantó, como impulsada por un resorte, y me dio la mano, invitándome a imitarla.

–No tenemos mucho tiempo –me apremió–. El reloj corre en contra nuestra. Vámonos. A veces, el camino recto es el más corto.

Cuarenta minutos más tarde, nos encontrábamos ante la puerta de la comisaría de la calle Leganitos. Habíamos ido tan deprisa que apenas habíamos cruzado un par de frases por el camino. El policía de la puerta nos reconoció.

–Hombre, los reporteros de *El País*. ¿Queréis ver a Ostolaza?

Alicia ensayó una de sus más seductoras sonrisas.

–No. Queríamos hablar con el subinspector Galindo.

–Pues lo tenéis crudo. Tiene la tarde libre. Venid otro día.

Aquello no nos lo esperábamos, pero Alicia reaccionó como un rayo.

–Es que el otro día estuvimos con él en una cafetería del centro de Madrid y se olvidó el abrigo. Queríamos devolvérselo.

El policía nos miró como si fuéramos dos marcianos.

–¿Un abrigo? Pero si estamos en abril… Y además, ¿dónde está el abrigo?

Alicia acentuó la sonrisa.

–Lo hemos dejado en el maletero del coche –improvisó como una encantadora de serpientes–. Un abrigo azul marino, con botones de metal y ribetes dorados en el cuello y en las bocamangas. Tiene un águila roja a la altura del corazón.

–Pues ya le diré yo que lo tenéis vosotros –gruñó desde su altura–. Pero ese abrigo no es del subinspector Galindo.

Abandonamos la comisaría con un sentimiento de extravío. Buscamos un cibercafé y nos sentamos ante un ordenador. Después de abrir Google, escribí «Restaurante Cipariso». Al momento, apareció la página donde se anunciaba el local, dirección, teléfono, especialidades. Grabé el número en el móvil y cerré la sesión.

Tan pronto como salimos a la calle marqué el número. No tuve que esperar más que dos tonos.

–Restaurante Cipariso –dijo una voz masculina.

–Por favor, con la señorita Olga.

–Un momento.

Estábamos en una calle con mucho tráfico y apenas se podía escuchar nada. Alguien salió de un portal y aprovechamos para colarnos dentro del

edificio. Así podría hablar sin ruidos de fondo.

–¿Sí? –a pesar del monosílabo reconocí al instante el acento andaluz.

–Olga. Soy Daniel Villena.

Imaginé la cara que debía de estar poniendo al otro lado del teléfono.

–¿Qué ocurre?

–Escucha, Olga. Es muy importante. Me gustaría que me hicieras un retrato robot rápido del tercer hombre. Dos de los tres individuos que cenaban en tu restaurante han aparecido muertos. Seguramente el que falta es el asesino. Trata de recordar, por favor.

Un silencio intenso siguió a mis palabras.

–Pues no sé. Además, está el jefe por aquí…

–Por favor.

Otro breve silencio.

–Está bien –dijo finalmente.

Eran las siete cuando nos plantamos de nuevo ante la puerta de la comisaría. El policía de guardia sonrió al vernos.

–¿Otra vez por aquí? ¿Es que no tenéis nada más importante que hacer? ¿Por qué no habéis traído el abrigo?

No me molesté en responderle.

–Es urgente que veamos al subinspector Germán Galindo.

–Ya os he dicho…

–Que tiene la tarde libre –atajé.

–¿Y no podéis esperar a mañana?

Alicia lanzó un soplido.

–Le acabamos de decir que se trata de un asunto urgente. Muy urgente.

El policía frunció el ceño, desconfiando.

–Esta noche se van a cometer dos asesinatos –añadió Alicia con voz cortante–, y usted será el responsable si no nos pone en contacto ahora mismo con el subinspector Galindo.

–¿Dos asesinatos? Eso es muy serio. ¿Quiénes van a morir?

–Nosotros dos. De hecho, ya estamos empezando a oler a fiambre.

El policía pareció dudar unos instantes, pero finalmente se alzó de hombros.

–Está bien. ¿Qué queréis que le diga?

–Dígale que nos llame urgentemente a este número –anoté el número de mi móvil en una hoja y se la entregué–. Pero llámele ahora mismo, por favor.

El policía se rascó la oreja.

–Yo todo esto lo veo muy raro –masculló mientras nos alejábamos.

Tal como había prometido, el inspector Ostolaza había dejado el candado abierto y pudimos entrar sin ninguna dificultad. El Galeón Fantasma estaba alumbrado con algunas velas colocadas aquí y allá, de manera escalonada, que al parecer el inspector se había molestado en encender para iluminar mínimamente el local.

A la luz de las velas, comenzamos a caminar por aquel laberinto de objetos heterogéneos. Miles de bultos inmóviles parecían acecharnos entre las sombras. Nos contemplamos en el espejo de una vieja consola y nos asustamos de nuestras propias imágenes. A su lado, descansaba un gramófono. Varios monigotes de guiñol nos observaban con sus ojos de vidrio desde un rincón, igual que los animales disecados del expositor.

Observé el cuadro de Belinda Manfredonia. La hermosa mujer parecía contemplarnos desde la muerte con una mirada inocente. Sí. Definitivamente, debió de ser una joven bellísima. Adondequiera que nos dirigiéramos en aquel dédalo de sombras inmóviles, los ojos de Belinda parecían seguirnos.

A través de la cortinilla de yute accedimos a la pieza que Séptimus usaba como cocina, y de allí, siempre con cuidado de no tropezar con nada, a la habitación interior.

El tapiz que hacía de falsa puerta estaba enrollado, como una persiana, dejando al descubierto la abertura por la que se accedía a la sala secreta.

El templo también estaba tenuemente iluminado. Vi los tres reclinatorios, las hornacinas con máscaras mortuorias y los tapices que reproducían escenas mitológicas en las paredes. Uno de los pebeteros emanaba efluvios de sándalo.

Sobre el altar estaba extendido el manto de terciopelo negro y dos velones enormes irradiaban una tenue luz por la estancia.

–¡Inspector! –exclamé–. ¿Dónde está?

En aquel momento, sentí un golpe en la cabeza y perdí el conocimiento.

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente. Cuando abrí los ojos, me dolía la cabeza y no sabía dónde me encontraba. Pero no tardé en recuperar la consciencia y regresar a la realidad. Estaba sentado en una silla, con las manos esposadas a la espalda. Alicia también estaba maniatada, a mi lado, y parecía dormida.

Frente a mí, sentado en otra silla, el inspector Javier Ostolaza sonreía enigmáticamente.

Traté de desasirme, pero me resultaba imposible.

–¿Qué significa esto?

–Lamento que hayamos llegado tan lejos –dijo Ostolaza con voz fría–. Os aseguro que no era mi intención haceros daño, pero no me habéis dejado otra opción. Esto es lo que les pasa a los que se meten donde no los llaman.

–Inspector… –farfullé–. Esto no puede ser verdad.

–Esto es tan verdad como que no vais a salir de aquí con vida.

Fue en aquel momento cuando reconocí la segunda voz que había escuchado en el extraño ritual. ¡Era la voz del inspector Ostolaza!

La luz temblorosa que arrojaban los velones encendidos nos tenía sumidos en una semioscuridad fantasmagórica.

–No entiendo nada, inspector –dije mirándolo a los ojos sin pestañear.

–La verdad es que me da un poco de pena tener que deshacerme de vosotros –dijo cínicamente–. Me habéis demostrado que sois dos jóvenes inteligentes. Podríais haber llegado muy lejos en la vida.

–No sea cáustico –le dije, sin saber de dónde saqué el valor para proferir aquella mínima protesta–. No le pega.

En aquellos momentos, Alicia comenzó a moverse. No tardó en abrir los ojos, como con pereza, y su reacción fue similar a la mía. Trató inútilmente de liberarse de las esposas.

–¿Qué ha pasado?

–Bienvenida al mundo –bromeó Ostolaza sin moverse de la silla–. Siento mucho que sea solo por unos minutos. Pronto volverás a cerrar los ojos… para siempre.

–¡Inspector! –exclamó Alicia–. ¿Qué ocurre?

Alicia me miró con ojos desencajados.

–Daniel. Dime que estoy soñando.

Le devolví una mirada desesperada. Yo tenía la boca tan seca que apenas podía hablar. Volví los ojos hacia Ostolaza.

–¿Dónde está Berta Ríos?

–Donde nadie la encontrará jamás. ¡Y basta ya! ¡Se acabó lo que se daba!

El inspector metió la mano derecha en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una jeringuilla y un frasco. Desenroscó el bote, cargó la jeringuilla con un movimiento rápido y certero, y se acercó a nosotros lentamente, la sonrisa diabólica, los ojos inyectados en sangre. Se acercó a mí con la jeringuilla que contenía la triple sustancia mortal: tiopental sódico, bromuro de pancuronio y cloruro de potasio.

–¡Nos veremos en el infierno!

Inesperadamente, se abrió la puerta camuflada del pasadizo secreto por el que Alicia y yo habíamos accedido por primera vez al templo y una luz poderosa invadió la estancia.

–¡Arriba las manos! –ordenó una voz de trueno.

El subinspector Galindo y media docena más de policías entraron en la sala, con linternas y pistolas. Ostolaza parpadeó, incrédulo.

–¡Suelta lo que tienes en la mano, Javier! –exigió la misma voz.

Aquella voz de trueno correspondía al policía que parecía estar al frente

de la comitiva. Se trataba de un hombre al que no había visto jamás. Un tipo alto y corpulento, como un mastodonte.

Ostolaza se vio acorralado antes de poder reaccionar. Varios policías lo estaban encañonando al mismo tiempo. La sonrisa se le había borrado por completo de la cara.

–Suelta esa mierda que llevas en la mano si no quieres que te convirtamos en un queso Gruyère –añadió el que llevaba la voz cantante–. Te aseguro que estamos deseando apretar el gatillo.

Viendo que no tenía ninguna opción, Ostolaza soltó la jeringuilla y agachó la cabeza. Uno de los agentes le puso las esposas.

Otros dos policías nos liberaron a Alicia y a mí. Por fin, ambos podíamos respirar.

–Soy el comisario Ricardo Cáceres –dijo aquel hombretón tratando de dar a su voz una entonación agradable– y quiero daros las gracias por haberos prestado a representar esta escena. Tal vez podríamos habernos ahorrado el numerito, pero así hemos sorprendido a Ostolaza con las manos en la masa.

Galindo nos estrechó las manos. Por primera vez, aquel hombre me parecía un policía auténtico.

–Yo también quiero felicitaros. Habéis estado soberbios. Esta tarde, al hablar con vosotros, lo vi todo claro. Era la oportunidad que estábamos esperando. De un tiempo a esta parte, andábamos con la mosca tras la oreja con el inspector Ostolaza. Vuestra colaboración ha sido decisiva. Lo único que lamento es que hayáis pasado tan mal trago, pero nunca habríamos permitido que corrierais peligro.

Alicia y yo no dijimos nada. Tratamos de sonreír. Todavía estábamos con el miedo en el cuerpo. Salimos de aquel lugar. Ostolaza iba custodiado por varios agentes. El comisario Cáceres, Alicia y Galindo me precedieron. Antes de abandonar el templo de Cipariso, eché un último vistazo. Mis ojos recorrieron el extraño santuario. Contemplé los tres reclinatorios, el altar con el manto de terciopelo negro, las velas que acababa de apagar uno de los policías, las hornacinas en las paredes con las máscaras mortuorias, el tapiz que representaba la historia mitológica...

Y la jeringuilla asesina en el suelo.

Capítulo vigésimo quinto

La sepultura 142

Nos tocó declarar ante la policía y el juez de primera instancia que abrió un proceso por lo ocurrido en El Galeón Fantasma y que, afortunadamente, era el mismo que instruía las causas de Héctor Miranda y de Berta Ríos.

Fueron días duros. Unas tres semanas en las que tuvimos que alternar las clases en la facultad con las comparecencias en comisarías, juzgados y no sé cuántas instancias más.

Durante aquellas jornadas vimos varias veces a Lázaro Abellán y, junto a él, a un ejército de periodistas, que cubrieron la noticia con grandes titulares. No hubo medio que no se hiciera eco del asunto: la prensa, la radio, la televisión, las páginas de Internet…

También tuvimos ocasión de volver a ver al detective Carlos Valle, a Helena Hidalgo, a Víctor Zurano, a Alejandro Cidones, a cientos de personas que habían estado pendientes de las investigaciones y que se sumaron a las manifestaciones de solidaridad con los fallecidos y con las familias.

Las redes sociales ardieron. La gente reclamaba más justicia, más seguridad ciudadana y, sobre todo, más mano dura contra la delincuencia y la corrupción.

Alicia y yo nos sentíamos como dos entes extraños en medio de aquella vorágine. Nos incomodaba tener que dar cuenta ante las autoridades policiales y judiciales al mismo tiempo que presenciábamos el dolor y el sufrimiento de las familias y los amigos de Héctor y de Berta.

Germán Galindo nos llamó una mañana cuando todo hubo terminado y nos citó en la comisaría. Al llegar, nos quedamos sorprendidos. El agente que estaba en la puerta nos saludó como si fuéramos viejos amigos y nos condujo hasta el despacho del comisario, Ricardo Cáceres.

–Os habéis hecho famosos –dijo sonriendo al llegar al despacho; luego llamó con los nudillos, oyó que decían «adelante» y abrió la puerta.

–Con su permiso, comisario. Daniel Villena y Alicia Guerrero están aquí.

–Pasad –ordenó la voz de trueno del comisario Ricardo Cáceres.

Junto a él había otros seis policías, entre ellos Germán Galindo, impecablemente peinado con la raya a la derecha, el pelo engominado, el lunar en la sien izquierda, la expresión relajada. Sonriéndonos.

Cáceres salió a nuestro encuentro.

–¡Daniel Villena! –exclamó, tendiéndome la mano.

Yo afirmé con una ligera inclinación de cabeza y estrechándosela. Una mano fuerte y velluda que podía destrozar la mía con tan solo apretar un poco.

–¡Alicia Guerrero!

Alicia sonrió como una princesa.

–Nunca os estaremos lo bastante agradecidos –dijo el comisario Cáceres con su inconfundible voz de trueno–. El subinspector Galindo ya me había hablado varias veces de vosotros. Y aunque no lo supierais, os seguíamos en la distancia.

Alicia y yo desviamos los ojos hacia Galindo, que nos guiñó un ojo en señal de amistad.

–Estos hombres que veis aquí –siguió diciendo Cáceres– son los responsables de las brigadas implicadas en el asunto de Héctor y Berta. Hemos querido que vinierais para daros las gracias personalmente por vuestra inestimable ayuda. Sin vosotros, tal vez no se hubiera resuelto este caso.

Alicia y yo no sabíamos qué decir. Tomamos asiento en dos sillones de cuero negro.

–Todos lamentamos lo del inspector Ostolaza. Desde hacía algún tiempo habíamos comenzado a sospechar que llevaba una doble vida. Después de lo sucedido y recompuestas las piezas del rompecabezas, algunas cosas han salido a la luz. Por ejemplo, que el inspector comenzó a cambiar de hábitos cuando enviudó, hace ocho años. No tenía hijos, ni sobrinos. Vivía solo y frecuentaba los casinos y los prostíbulos de lujo. Pero nadie le había dado importancia.

El comisario Cáceres hizo una breve pausa. Nos miró con simpatía.

–Creo que el subinspector Galindo os debe una explicación –añadió.

Alicia y yo desviamos los ojos hacia aquel hombre al que habíamos condenado injustamente. Galindo extremó la sonrisa.

–No ignoro que me comporté de forma un tanto grosera con vosotros. Quería intimidaros y haceros desaparecer. El asunto era peligroso y os estabais metiendo en la boca del lobo. No quería que os sucediera algo malo. Por fortuna, todo ha salido bien.

Galindo se puso de pie y comenzó a pasear por la sala, ante la atenta mirada de todos los presentes.

–El inspector Ostolaza lo ha confesado todo. Creo que tenéis derecho a saber lo que ha ocurrido.

Nadie dijo nada. Todos permanecimos en silencio.

–Cipariso era una especie de club privado –dijo Galindo, sin dejar de pasear por el despacho–. Una vez al mes sus miembros salían a buscar alguna de las muchas prostitutas que ofrecen sus servicios en la Casa de Campo. Muchachas extranjeras que se prostituyen para poder vivir y que

nadie echa en falta si desaparecen, porque la mayoría suelen estar aquí sin papeles, de incógnito, con nombres y documentación falsos… Carne fácil. Ahora sabemos que Ostolaza y sus compinches solían darse una buena cena antes de lanzarse a por una de esas desgraciadas. Las llevaban a El Galeón Fantasma. Séptimus era el socio perfecto. Al parecer, fue él quien comenzó a organizar estos ritos extraños, con velas, incienso, alcohol, opio y sexo. Mucho sexo. Los demás le seguían la corriente, y debían de pasarlo muy bien. Después de la orgía, a las chicas las vendían a una organización internacional. Las chicas rubias y de carnes blancas son muy apreciadas por algunos clientes millonarios, que no saben qué hacer con su dinero.

–Bajo la apariencia lunática de Séptimus se escondía un tipo inteligentísimo y bien relacionado. Pero era muy bueno fingiendo el papel de viejo extravagante. ¡El Galeón Fantasma era solamente una tapadera! –intervino Cáceres un momento.

–¿Y qué pasó con Berta y con Héctor? –pregunté.

–Fernando Fuentes era un gran hombre de negocios, pero un verdadero idiota. Estaba obsesionado con su sobrina Berta. Sobrina política, se entiende. Cierta noche, casualmente, Berta y su novio fueron a cenar al Cipariso. Era noche de caza. Durante la cena, Fuentes saludó a su sobrina, como es natural, y al volver a la mesa, tanto Alcázar como Fuentes comenzaron a bromear sobre la chica que, al parecer, era muy hermosa. Animados por el alcohol, decidieron saltarse las reglas. En vez de buscar una prostituta, los canallas decidieron ir a por ella.

–Pero eso es absurdo –exclamó Alicia–. ¡Berta reconocería a su tío! ¡A los otros también! ¡Habían coincidido en el restaurante! ¿O es que pensaban también venderla?

Galindo suspiró.

–En sus bacanales los miembros del club Cipariso empleaban máscaras. Eso, que empezó siendo un juego excitante, se había convertido en una costumbre y una tradición. Se ponían las máscaras cada vez que raptaban a una chica y la llevaban a El Galeón Fantasma. Ostolaza, Fuentes y Alcázar salieron del restaurante y siguieron a la pareja, que se marchó dando un paseo hasta el parque de San Isidro. Debió de resultarles sencillo. Se pusieron las máscaras y entraron en acción. Primero había que deshacerse del chico. Seguramente no querían matarlo, solo dejarlo inconsciente; pero se les debió de ir de las manos. Héctor Miranda era un chico muy fuerte, por lo que tuvieron que golpearlo varias veces para librarse de él. En cuanto a la chica, tampoco pensarían que iba a ofrecer tanta resistencia. Debió de patalear, arañar y gritar. En uno de sus manotazos, Berta arrancó la careta a su propio tío. Lo reconoció, y lógicamente, después de aquello la muchacha no podía seguir con vida. La violaron, y después…

–¿Se cargaron a Berta? –pregunté horrorizado.

Galindo guardó silencio. Un silencio elocuente. Sus ojos estaban al borde

de las lágrimas. Como el de todos los que estábamos escuchando aquella escalofriante narración.

–¿Y dónde escondieron su cuerpo? –preguntó Alicia.

–Ostolaza jura que no lo sabe. Al parecer, fueron Fuentes y Alcázar quienes se encargaron de hacer desaparecer el cuerpo. Ostolaza solo dice que la enterraron «en una tumba vacía donde nadie la encontrará jamás».

–¿Una tumba vacía?

Galindo asintió.

–¿Y usted se lo ha creído?

Germán Galindo detuvo su paseo y me miró limpiamente.

–Estoy convencido de que ha dicho la verdad. Al fin y al cabo, nos ha contado todo lo que os estoy diciendo. No tenía por qué escamotear esa información.

Hubo un silencio espeso que nadie se atrevió a romper.

–¿Y por qué mató Ostolaza a sus compinches? –pregunté.

El subinspector retomó el paseo.

–Cuando aparecisteis vosotros, todo cambió. Ostolaza se asustó. Erais un par de jóvenes entrometidos que sabían demasiado. Conocíais lo que se tramaba en El Galeón Fantasma. Habíais delatado a Fuentes y a Alcázar. También a Séptimus. Solo era cuestión de tiempo que lo descubrierais a él. Antes de que eso ocurriera, el inspector decidió cortar por lo sano y romper con todo. Debió de sentirse como un ratón acorralado.

Galindo puso fin a su relato y se sentó en su sillón. Pasados unos segundos, el comisario Ricardo Cáceres se puso de pie, dio un par de palmadas para espantar el silencio incómodo que se había instalado en la sala y dejó oír su voz de trueno.

–En fin, tema cerrado. Lo mejor es dar carpetazo. Borrón y cuenta nueva. En todos los rebaños hay ovejas negras. En cuanto a vosotros dos…

Ricardo Cáceres tenía pinta de boxeador. Sus manos eran enormes y sus ojos, negros, miraban de frente, con nobleza. Me palmeó la espalda y me pareció que me habían golpeado con una barra de hierro.

–Habéis demostrado que tenéis aptitudes para esto. El cuerpo necesita buenos policías. ¿Por qué no lo pensáis?

Alicia y yo intercambiamos una mirada.

–¿Qué es lo que tenemos que pensar? –pregunté.

Cáceres soltó una carcajada, Galindo lo imitó y todos los policías allí reunidos terminaron riendo al mismo tiempo.

–¡Diablos, muchacho! La Policía necesita gente como vosotros. Gente que sea capaz de luchar contra el crimen organizado, contra narcotraficantes, contra las mafias, contra los asesinos. Por desgracia, el mundo está lleno de gentuza. Y las leyes en ocasiones tampoco ayudan mucho. Vosotros dos habéis nacido para esto.

Sonreí, turbado.

–Lo pensaremos –dije al fin.

Nos levantamos. Todos los policías nos estrecharon las manos, uno por uno, y nos desearon suerte en la vida. Germán Galindo nos acompañó hasta la puerta.

Me quedé mirándolo. Su aspecto seguía siendo pulcro, elegante. Parecía mentira que hubiéramos sospechado de aquel individuo.

Pensé que debíamos sincerarnos con él.

–Disculpe, subinspector. Pero tanto Alicia como yo debemos confesarle una cosa.

–¿Sí?

Saqué el pin del bolsillo del pantalón y se lo enseñé. Galindo lo miró con indiferencia unos momentos y me lo devolvió.

–¿Qué es?

–Lo encontré en su despacho.

Galindo abrió los ojos, sorprendido.

–¿En mi despacho?

Afirmé.

–Pues no tengo ni idea.

–Estaba en el bolsillo de un abrigo colgado en su percha. Azul marino, largo, con botones de metal, con ribetes dorados en las bocamangas y en el cuello, con un águila roja en el pecho… Al principio creí que era suyo. El pin era una prueba de culpabilidad. Alicia y yo pensamos que usted era el asesino. Además, su actitud siempre tan hostil hacia nosotros no hacía sino apuntalar nuestras sospechas. Fue el agente que hacía guardia en la puerta de la comisaría el que nos dijo que el abrigo no le pertenecía.

–Supongo que os referís al agente Hurtado. Uno alto.

–Exacto.

–Ostolaza se había dejado el abrigo olvidado en mi despacho. Y estuvo allí dos o tres días, porque nunca me acordaba de devolvérselo.

Aquello lo aclaraba todo.

–Espero que volvamos a vernos –dije sonriéndole y estrechándole la mano.

–Eh, espera, espera. ¿Qué hacías tú en mi despacho?

–Ya le he dicho que Alicia y yo sospechábamos de usted. Le pedimos disculpas.

Galindo se echó a reír. Luego, besó a Alicia.

–Y tú, Alicia, cuida de Daniel, pero ten cuidado. Seguro que te mete en otro follón dentro de nada.

–No se preocupe. Ya me he vacunado.

–Volveremos a vernos. Seguro. Y no os olvidéis de las palabras del comisario Cáceres. Aquí hace falta gente como vosotros dos.

El mes de mayo estaba a punto de morir. Pronto empezaban los exámenes finales y tanto Alicia como yo no habíamos tenido ni un segundo de paz para repasar los apuntes. Estábamos condenados a suspenderlo todo.

El último sábado de mayo, nos acercamos a casa de Berta. El padre me había llamado por teléfono. Rafa, el hermano, nos abrió la puerta y nos invitó a pasar. Sus padres estaban sentados junto a la ventana desde la que se veía la calle Caramuel.

Al vernos entrar, se pusieron de pie y nos abrazaron, emocionados.

–Sentaos –dijo el padre–. ¿Un café?

Aceptamos y tomamos asiento junto a ellos.

–Queremos daros las gracias por todo lo que habéis hecho por Berta –comenzó diciendo el padre–. Gracias a vosotros, al menos, hemos podido saber la verdad.

–Y esos canallas han pagado por sus crímenes –añadió la madre con la voz quebrada.

Yo no sabía qué decirles.

–Sin embargo… –titubeó el padre de Berta Ríos–, sin embargo, no podremos descansar hasta que no aparezca el cuerpo de nuestra hija.

Observé a la madre, frente a mí. Era una mujer todavía joven, de la edad de la mía, unos cuarenta y cinco años más o menos. Rubia, atractiva. Tenía los ojos apagados y una expresión de ausencia. El padre trataba de mantener el ánimo, pero se notaba también que había claudicado hacía tiempo. Los imaginé pasando las noches en blanco, sin pegar ojo, pensando en Berta, en volver a verla, soñando despiertos en la posibilidad de que no hubiera muerto, de que todavía estuviera viva en alguna parte. ¿Por qué no?

–¿Qué averiguó el detective que contrataron? –preguntó Alicia.

El padre hizo una mueca de cansancio.

–Nada en absoluto. Ha sido como tirar el dinero a una alcantarilla, aunque a nosotros lo que menos nos importa, como comprenderéis, es el dinero. Por encontrar a Berta seríamos capaces de cualquier cosa.

Recordé a Carlos Valle, su aspecto desaliñado, los gatos blanco y negro agazapados bajo las sillas, el olor de la comida rancia que impregnaba aquella casa pobre. Sentí lástima por el detective, pero sobre todo una pena hondísima por aquel matrimonio que tenía junto a mí, por Berta Ríos, por Héctor Miranda. Y también por nosotros, Alicia y yo, porque el mundo me parecía un estercolero, un páramo hostil donde no existía la justicia, ni la humana ni la divina, donde todo estaba sujeto a las veleidades del azar. El mundo. Un lugar extraño en el que era imposible encontrar la felicidad.

Pensé en las muchas chicas desaparecidas, raptadas, violadas, vendidas en el mercado de la carne a gente rica. ¿Qué importaba el país de los clientes que se dedicaban a comprar aquellas muchachas jóvenes? El horror no entendía de patrias ni de razas.

El padre de Berta se sirvió más café.

–Habíamos pensado que… –vaciló mientras se ponía una cucharadita de azúcar–, que tal vez vosotros hayáis oído algo sobre el paradero de Berta. Al fin y al cabo, hablasteis varias veces con esos policías.

Alicia y yo nos miramos, desorientados.

–No sé –añadió–. Quizás esos tipos dijeran algo, una palabra que pueda ser una pista. Un detalle insignificante…

–Lo lamento mucho, señor Ríos –contesté, desalentado–. Pero lo único que conseguimos averiguar sobre el paradero de Berta ya se lo hemos notificado a la policía, al fiscal y al juez. Las palabras de Ostolaza fueron claras: «En una tumba vacía donde nadie la encontrará jamás».

Durante unos momentos permanecimos callados, rumiando aquellas palabras brutales. Terminé el café, que de repente tenía un sabor amargo, y me quedé sin saber dónde mirar ni qué decir. Alicia se levantó.

–Tenemos que marcharnos –anunció con una media sonrisa en los labios–. Ojalá pudiéramos ayudarles.

Todos los demás la imitamos. Alicia tenía razón. Debíamos irnos. Allí ya no teníamos nada más que hacer.

Esa noche no podía conciliar el sueño. Todo lo ocurrido en los últimos meses se me representaba como una oscura pesadilla: la cara rectangular de Ostolaza, el lunar sobre la sien izquierda de Galindo, la sonrisa cínica de Melchor Alcázar, la figura extravagante de Séptimus, la belleza sinuosa de Helena Hidalgo, el rostro apepinado de Cidones con el crucifijo negro colgando de la oreja, el gesto siempre contrariado del detective Carlos Valle, embutido bajo la gabardina raída que apenas podía disimular la protuberancia de su barriga, la expresión cansada de Lázaro Abellán mientras removía el azúcar del capuchino, el aire académico del profesor Julio Manrique, yendo de un lado a otro con su bata blanca, los bolsillos repletos de rotuladores…

Las palabras de Ostolaza resonaban en mi cerebro como martillazos: «En una tumba vacía donde nadie la encontrará jamás».

La idea de una tumba vacía parecía sacada de una película de terror. ¿A quién se le podría ocurrir enterrar a nadie en una tumba vacía? Pero, por otra parte, ¿dónde había oído o leído algo referente a una tumba vacía? Traté de recordar. Sí. Me sonaba haber leído algo respecto a un sepulcro que no contenía ningún muerto. ¿Dónde? ¿Cuándo? De repente, sentí un escalofrío. ¿Cómo no lo había pensado antes? Encendí la luz de la lamparilla, salté de la cama y fui directo al ordenador. Cuando se abrió la página de Google, escribí: «José Zorrilla».

Volví a leer, con el corazón desbocado, los datos biográficos de José Zorrilla. Al final del texto se decía que el poeta había muerto en Madrid en 1893, a raíz de una operación que se le practicó para extraerle un tumor

cerebral. Sus restos fueron enterrados en el cementerio de la Sacramental de San Justo, pero en 1896, cumpliendo la voluntad del propio escritor, fueron trasladados a su ciudad natal: Valladolid. La ciudad de Madrid, en honor al poeta, había decidido mantener vacía la tumba hasta el día de hoy. En la actualidad, los restos mortales del insigne autor del *Don Juan Tenorio* reposan en el Panteón de Vallisoletanos Ilustres del cementerio del Carmen.

A la luz del flexo volví a leer las líneas finales, sobrecogido por una sospecha que comenzaba a roerme los huesos.

¿La tumba en la que estuvo enterrado Zorrilla entre 1893 y 1896 estaba vacía?

Escribí: «Sacramental de San Justo». Se abrió la página del cementerio.

Fundado en 1845. Historia. Servicios. Galería. Otras Sacramentales. Cementerios parroquiales. Contacto.

Leí por encima la historia. Abrí la página de servicios. El menú desplegado hablaba de servicios comerciales, religiosos, flores, mármoles, prestaciones funerarias, cementerios, arte y epitafios. Pinché aquí y allá sin encontrar nada interesante. Abrí la galería y se me ofrecieron en una panorámica de mosaico las distintas áreas de la Sacramental: patios, panteones y capillas. Abrí el Panteón de Hombres Ilustres y ante mí apareció una pantalla en la que se veía un panteón y a su lado una lista de personajes famosos de las letras españolas. Leí los nombres de Villaespesa, Núñez de Arce, Mariano José de Larra, Espronceda, Harzensbusch, Gómez de la Serna… Había muchos escritores famosos, pero ni rastro de Zorrilla.

Volví atrás, al mosaico de imágenes donde se mostraban todos los patios funerarios, y decidí ir uno por uno. Pinché sobre el primero, que era el Patio de San Miguel. Junto a la foto del jardín y las tumbas, una lista con cuatro personajes ilustres, pero desconocidos para mí. Repetí la operación en el patio de San Justo, en el de la Santa Cruz, en el de Santa Catalina, en el de San Millán… Los difuntos eran escritores, militares, políticos, médicos, pintores, músicos… Los huesos de los próceres españoles convertidos en polvo. Vanidad de vanidades.

Abrí el patio de Santa Gertrudis.

Los hermanos Álvarez Quintero, el actor Manuel Dicenta, el compositor Moreno Torroba, el poeta Ramón de Campoamor, el militar Manuel Pavía, el arquitecto Enrique María Repullés…, ¡el escritor José Zorrilla…!

Impaciente, pinché sobre José Zorrilla y se me abrió la página funeraria del poeta. Una foto en la parte superior izquierda, con la barbita y el bigote románticos, el pelo largo y ondulado al estilo de la época, la levita oscura, el pañuelo al cuello, los brazos cruzados, la expresión confiada… Abajo, una imagen de la tumba, en un tono azul grisáceo, la cruz y las palabras esculpidas sobre la lápida, pero completamente ilegibles. En la parte derecha de la pantalla, un texto con los datos biográficos y comentarios sobre su vida y su obra, en especial, el *Don Juan Tenorio,* el drama que lo inmortalizó. En

la parte inferior del texto estaba escrita la ubicación de la tumba.

Patio de Santa Gertrudis. Primera sección.

Sepultura 142.

Volví a la página principal.

Horario de visita: todos los días del año, de 8:00 a 15:00 horas. Horario de oficina, teléfonos, correo, cómo llegar, si tiene una defunción y no sabe dónde acudir haga clic en este enlace… Cerré la página y apagué el ordenador.

Tenía suficiente.

Capítulo vigésimo sexto

¿Quién va a buscar a un muerto en un cementerio?

ALICIA se quedó boquiabierta cuando le conté cuáles eran mis planes.

–Creo que no te he oído bien.

–Me has oído perfectamente. Tenemos que ir al cementerio a echar un vistazo. Me huelo que Berta está enterrada en la misma tumba en la que estuvo Zorrilla.

Volví a recordar todas las visiones que había tenido, siempre con Héctor Miranda como protagonista. Su imagen reflejada en el espejo de mi cuarto de baño, aquel rostro de agua dibujado en la ventana de mi habitación, musitando «era un ángel tal vez», mientras llovía sin cesar… Pero, sobre todo, los versos de Zorrilla de mi pesadilla.

¡Pobre niña! ¿Qué se han hecho
los delirios de tu infancia?

Le recordé todo aquello a Alicia, que no supo qué decir. Se sentó en el sofá, con aire preocupado.

–¿Qué te pasa? ¿Es que no confías en mí?

Alicia levantó los ojos y me miró con expresión abatida.

–¿Te das cuenta de lo que estás proponiendo? Quieres que vayamos a un cementerio y abramos una tumba. ¡Estás loco!

Me senté a su lado y le tomé las manos.

–¿Y qué se supone que deberíamos hacer?

–Contárselo a la policía y que vayan ellos a levantar la lápida.

–Ya. Y también cuento que he tenido una visión… Me tomarían por loco. Además, imagina que van allí, abren la tumba y no hay nada…

Durante unos momentos nos quedamos callados, rumiando nuestra desdicha. Laura apareció por allí, descalza, con unos pantalones cortos ajustados y una camiseta que dejaba al descubierto el ombligo. Traía un zumo de piña en la mano derecha.

–¿Qué os pasa? Parece que estáis en un velatorio.

Alicia apenas la miró.

–Pues sí, lo has acertado. De muertos va la cosa.

Laura hizo un ademán de repelús.

–Uy, uy, uy… Me largo. A mí estos asuntos me dan mal rollo.

Se marchó como había venido, andando como si flotara en el aire y dejando tras ella una nube de perfume.

–¿Y cuándo has pensado que vayamos al cementerio? –me preguntó Alicia tan pronto como Laura hubo desaparecido.

–Mañana por la noche.

Alicia me miró, horrorizada.

–¡Definitivamente estás loco!

El paseo de la Ermita del Santo es una calle ancha, con muchos automóviles, que discurre paralela al cauce del río Manzanares. Entre el paseo y la Vía Carpetana se encuentran los cementerios de las Sacramentales de San Isidro y de San Justo, que son de los más grandes e ilustres de Madrid.

–Aquí arranca el parque de San Isidro –le comenté a Alicia cuando llegamos al inicio del paseo de San Illán.

El cementerio tenía por aquel lado una puerta de emergencias, que solía estar cerrada. Desde allí se veían las luces del estadio Vicente Calderón, al otro lado del río.

–El lugar en el que encontraron inconsciente a Héctor Miranda –me recordó ella.

–Exacto. A él se lo cargaron y a ella, después de violarla, la mataron también y la escondieron en este cementerio. Era la jugada perfecta. ¿Quién va a buscar a un muerto en un cementerio?

Nos habíamos apoyado en el muro que rodeaba el camposanto. Un muro de un metro y medio de altura. Sobre él, se alzaba una verja enorme cuyos barrotes terminaban en punta, como lanzas negras y oxidadas. Alicia se acercó hasta la puerta, le echó un vistazo superficial, hizo una mueca de desaprobación, y regresó junto a mí negando con la cabeza.

–¿Y cómo vamos a entrar?

–Eso ya está solucionado.

Eran las dos menos cuarto de la madrugada. Hacía una noche apacible, de finales de primavera. En el cielo brillaban multitud de estrellas, como diamantes vivos, y la luna creciente parecía una rodaja de melón suspendida en el firmamento. Corría un aire suave que traía fragancias de flores nocturnas.

Me acerqué hasta la puerta, pasé los brazos por los barrotes y maniobré en los candados que sujetaban un poste de hierro atravesado, a modo de tranca. Saqué los candados e hice deslizar la barra, que cayó al suelo. La hierba amortiguó el golpe.

Abrí ligeramente la puerta, lo suficiente para que pudiéramos pasar, e

invité a Alicia a entrar delante de mí con un gesto teatral.

–Las señoritas primero.

Alicia me contempló, asombrada.

–¿Cómo lo has hecho?

–Con las manos –dije bromeando.

–No seas majadero –protestó poniéndose con los brazos en jarras–. Dime cómo has conseguido abrir esta puerta.

Dejé escapar un suspiro.

–Está bien. Te lo diré, pesada. Esta mañana estuve aquí con el Sebas. Eché un vistazo al cementerio y localicé la tumba de Zorrilla. Luego, busqué un lugar por el que entrar. Esta puerta me pareció perfecta. Da a un patio trasero que se usa para guardar herramientas de albañilería y jardinería, eso que emplean los sepultureros y los trabajadores del cementerio, ya sabes, carretillas, andamios, sacos de yeso, azadas… Lo de forzar los candados y dejarlos abiertos fue cosa del Sebas.

–Supongo que tu amigo habrá flipado contigo. Primero lo de El Galeón Fantasma. Ahora lo del cementerio… Debe de creer que andas metido en asuntos de ultratumba.

–El Sebas es un tío legal, que nunca pregunta nada. Además sabe, como todo el mundo, lo que pasó en la tienda de Séptimus, y que tú y yo hemos desmantelado una banda de criminales. Está orgulloso de ser mi amigo y presume de ello ante sus colegas. Cuando le comenté lo de venir aquí, me dijo que sí sin rechistar.

Alicia fue a replicar algo, pero se calló. Tampoco era plan de estar alargando la conversación. Era tarde y teníamos trabajo.

Entramos en el recinto y entornamos la puerta, atravesando el poste de hierro y colocando los candados en su sitio, aunque sin cerrarlos, para poder salir más tarde.

Allí mismo arrancaba un caminito, flanqueado de arbustos, a cuya derecha se abría el patio de las Ánimas, que ascendía, haciendo una curva a la izquierda, hasta otro patio. Yo me había molestado esa mañana en pasar por las oficinas y hacerme con un plano del cementerio. El patio era el número cuatro de la sección de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Desplegué el plano y traté de orientarme a la luz de la luna.

–¿No te has traído la linterna?

–Sí, pero no voy a encenderla todavía. Aquí hay vigilantes nocturnos… He visto una caseta, que debe de ser de los guardias. Tienen un pedazo de tierra con árboles frutales, tomates y patatas, no te creas. No podemos encender ninguna luz. Nos descubrirían.

–Pues yo creo que nos van a descubrir de todos modos. Esa gente suele tener perros ¿Qué les vamos a decir si nos pillan? Nos confundirán con ladrones de tumbas.

–No te preocupes. He tomado nota de dónde está esa caseta. Iremos

dando un rodeo.

Pasamos al patio tercero, luego al segundo y después al primero, siempre bordeando la parte izquierda de los nichos, que era la parte que daba al paseo de la Ermita. El aspecto era siniestro. Tumbas, lápidas, panteones, estatuas de mármol. Algunos cipreses se elevaban dispersos, aquí y allá, como centinelas macabros en mitad de la noche. Las sombras se cernían sobre nosotros amenazadoramente.

Aquello era una ciudad de muertos. Miles y miles de desconocidos dormían allí el sueño de los justos, ordenados en nichos o en sepulcros, deshaciéndose en polvo lentamente. A la luz de la luna, el cementerio ofrecía una imagen espectral. Las efigies de los ángeles de piedra, elevándose sobre las lápidas, parecían demoníacas.

Alicia me había cogido de la mano y no se soltaba por nada. Estaba tan aterrada que yo era capaz de escuchar el castañeteo de sus dientes.

–Esto es una locura –volvió a repetir en voz baja.

Avanzamos por el patio de San Millán, zigzagueando entre las tumbas y las cruces que se alzaban por todas partes. Los senderos por los que transitábamos eran estrechos. Prácticamente, podíamos tocar la piedra fría de las losas funerarias con las manos.

Por la parte izquierda llegamos a una portezuela entornada, y por allí nos colamos en la sección cuarta de Santa Gertrudis, que era el área más alejada del cementerio. Bordeamos más panteones, más cipreses y cientos de sepulturas hasta desembocar en la sección tercera.

–Esto no se acaba nunca –protestó Alicia.

–Ya llegamos.

–Aquí hay más gente que fuera.

Por fin entramos en el recinto donde estaba la tumba de Zorrilla, la primera sección del patio de Santa Gertrudis.

Yo había memorizado bien la ubicación del sepulcro. Había tomado como referencia un panteón y dos cipreses muy juntos. A la derecha de los cipreses había una tumba con una estatua bastante tétrica: una virgen de piedra, sin ojos, cuya cabeza estaba cubierta con un manto negro. Era la imagen misma de la muerte.

Junto a esta tumba se encontraba el sepulcro de Zorrilla, sobre cuya lápida estaba escrita la siguiente leyenda: «Aquí yació el insigne poeta José Zorrilla desde el 25 de enero de 1893 hasta el 2 de mayo de 1896, en que fue trasladado a Valladolid por el municipio de aquella ciudad donde había tenido cuna y quiso tener enterramiento. La Real Academia Española y la Sacramental de San Justo consagran a su memoria esta sepultura vacía».

La lápida que cubría la tumba pesaba horrores, pero yo había tomado ya mis precauciones aquella misma mañana. Me acerqué a un lateral del patio y

me encaramé hasta el tercer nicho, que estaba completamente vacío. Alicia, que me seguía a todas partes, como un perrito asustado, se alarmó al verme trepar por los nichos.

–¿Qué haces?

Le alargué unas cuantas herramientas.

–Las puse aquí esta mañana.

Eran unas barras de hierro bastante poderosas. Alicia las recogió una por una sin volver a protestar.

–Supongo que servirán para apartar la lápida. Pronto lo averiguaremos.

No era tarea fácil. Había que colocar las barras a modo de palanca y tirar hacia un lateral. Se necesitaba maña, no fuerza.

–No podremos conseguirlo –se lamentó Alicia.

El silencio era sepulcral, nunca mejor dicho. De vez en cuando oíamos el canto fúnebre de algún ave nocturna, una lechuza o un mochuelo, que habría anidado en un ciprés o en el hueco de algún nicho.

A medida que avanzaba la noche, las sombras habían comenzado a espesarse sobre nosotros. La claridad fantasmal de la luna sobre las lápidas proporcionaba una sensación de irrealidad que ponía los pelos de punta. En medio de aquella atmósfera funeraria, parecíamos dos salteadores de tumbas.

–La lápida ha sido abierta recientemente y no será difícil desplazarla –dije para darle ánimos a Alicia.

Y era cierto. Alguien había movido aquella enorme losa, lo que facilitaba nuestro trabajo. Haciendo un juego de palancas, con tres hierros, conseguimos ladearla lo suficiente para que nos permitiera asomarnos al interior.

Un tremendo olor a podredumbre nos golpeó. Alicia y yo nos tapamos la nariz al mismo tiempo. El hedor de la carne descomponiéndose resultaba insoportable.

–¡Puaf! –exclamó Alicia apartándose de la tumba–. ¡Esto es repulsivo!

Era evidente que allí había un cadáver pudriéndose. A mí también me resultaba insufrible seguir adelante, pero no podíamos irnos de allí sin confirmar visualmente el descubrimiento. Saqué la linterna de la mochila.

–No mires, si no quieres –le dije a Alicia.

No hizo falta que se lo repitiera. Alicia se apartó todavía un par de pasos más y se puso de espaldas a mí. El olor era repugnante. Haciendo de tripas corazón, alumbré con la linterna el interior de la tumba.

Lo que vieron mis ojos jamás lo olvidaré.

Epílogo

ALICIA y yo nos acercamos paseando hasta el cementerio de La Almudena, donde estaban enterrados los cuerpos de Héctor Miranda y de Berta Ríos. La tumba en la que los dos amantes descansaban era sencilla, un nicho de mármol blanco en el que había dibujada una cruz y tallada la efigie de un ángel joven. Los nombres, las fechas de nacimiento y muerte, y una frase piadosa, de autor anónimo: «Los que viven en el amor no han de morir jamás».

Había cientos de flores llevadas por infinidad de amigos, compañeros, familiares. La tragedia de aquellos dos jóvenes había sido seguida por todo el país y eran muchos los madrileños que se acercaban hasta allí para rendirles el último homenaje. Los periódicos habían hecho correr ríos de tinta con la tragedia de Héctor y Berta, cuyas vidas habían sido truncadas en la flor de la juventud. La televisión y las emisoras de radio no habían parado de hablar sobre el asunto, con entrevistas, reportajes y documentales que la gente había seguido con interés.

Alicia y yo depositamos un ramo de mirto y rosas blancas junto al nicho, y durante unos momentos nos quedamos en silencio, rememorando aquella desgraciada historia, desconsolados por las muertes de dos personas que no habíamos conocido en la vida, pero que ahora añorábamos en la muerte. Dos jóvenes a los que les habían arrebatado la existencia de manera absurda.

El mirto y la rosa blanca parecían abrazarse dentro del ramo. Los símbolos del amor eterno de Afrodita. El verdor perenne del mirto, la inocente castidad de la rosa.

–No es justo –dijo Alicia, conmovida.

–La vida no es justa.

La tarde estaba triste y amarilla. Alcé los ojos y contemplé el esplendor del cielo inmaculado, limpio de nubes, como un cristal azul.

–Debería haber un Dios en alguna parte –añadió Alicia–. Y un juicio final sumarísimo, para que cada uno apechugue con lo suyo.

–¿Y quién te asegura a ti que no hay un Dios en alguna parte?

Alicia me cogió la mano.

–Sería genial –dijo.

Echamos a caminar por el cementerio. El aroma de las flores impregnaba el aire. En las lápidas, las cruces, los nichos y los sepulcros se advertían las secuelas del paso del tiempo. Una sensación de abandono flotaba por todas partes, como un vaho que se apoderaba sin querer de las plantas que crecían

por los caminos, de las inscripciones funerarias o del liquen que trepaba por los mármoles oscuros de los mausoleos.

–La única verdad es el olvido –dije en plan filosófico al ver tanta desolación.

Me encontraba en casa, estudiando para el examen final de Lengua Española. Era una materia que en el colegio y en el instituto siempre se me había dado bien. La sintaxis y la morfología me resultaban sencillas. Al principio, todos los estudiantes de primer curso de Periodismo nos quedamos de piedra, cuando vimos la asignatura entre las troncales, pero desde el primer día de clase comprendimos la necesidad de estudiar lenguaje periodístico.

Estaba peleándome con los complementos circunstanciales cuando oí a mi hermana gritándome desde el pasillo.

–¿Qué quieres? –pregunté asomándome.

–Han llamado al portero automático. Preguntan por ti.

–¿Quién es?

–No soy tu secretaria.

Compadecí a mi futuro cuñado. Fui hasta el interfono, que estaba junto a la puerta de entrada a la casa.

–¿Sí?

–Soy Carlos Valle.

¡El detective Charly Valley en mi casa! ¡Aquello sí que era una sorpresa! Mientras bajaba a la calle me preguntaba qué querría de mí aquel sabueso. La historia de Héctor y de Berta había terminado y los malvados habían pagado sus fechorías. A excepción de Ostolaza, todos los demás estaban durmiendo el sueño eterno. En mi opinión, no quedaba ningún cabo suelto.

Como era de esperar, dada la época del año, el detective no llevaba puesta la gabardina. Hacía calor y la gente andaba por la calle con ropas veraniegas. La camisa a rayas rojas y blancas apenas podía contener la enorme barriga.

Valle me saludó con una sonrisa que me pareció demasiado afectuosa.

–¡Hola, chaval! –dijo estrechándome la mano–. Pasaba por aquí y me dije: «Voy a saludar a Daniel»», y eso he hecho. Espero no haberte importunado.

A aquellas alturas de la película, yo sabía que Valle no había venido a verme por casualidad. Algo se tramaba aquel sujeto.

–¿Te apetece tomar algo? ¡Hace un calor de mil demonios!

La curiosidad pudo más que la necesidad. Debería haber dicho que no y volver a mis estudios de sintaxis, porque faltaban un par de días para el examen, pero una voz interior me decía que Carlos Valle quería contarme algo interesante. Si no, no se hubiera molestado en venir hasta mi casa.

–De acuerdo.

Volvimos a entrar en el bar Los Bocadillos, el que está debajo de mi casa. El mismo camarero secaba los mismos vasos con el mismo trapo que algún día debió de ser blanco.

–¿Qué quieres?

–Coca-Cola.

–¿No quieres un coñac?

Negué con una sonrisa.

–Pues no sabes lo que te pierdes, chaval.

Luego se volvió hacia el camarero, que estaba pendiente de nuestra conversación.

–Una Coca-Cola y una copa de Magno.

El camarero nos sirvió las bebidas al momento y nos sentamos con ellas en una mesa. A aquellas horas no había casi nadie en el local. Nada más tomar asiento, Charly se llevó la copa a los labios y se bebió la mitad de un solo trago; luego, exhaló una vaharada etílica y chasqueó la lengua varias veces, supuse que para paladear mejor el sabor del coñac.

–¡Este Magno resucita a un muerto!

Contemplé a Valle con curiosidad. Definitivamente, aquel tipo no me caía mal. En realidad, me caía incluso bien. Me parecía un pobre hombre, que sobrevivía como podía ejerciendo un oficio para el que tal vez no tuviera aptitudes. Detective Charly Valley. ¿Qué pensarían de él sus clientes si supieran que su madre lo llamaba «Carlitos»?

–La verdad es que no he pasado casualmente por tu casa –me confesó Valle poniéndose serio de repente.

–Lo suponía.

Se pasó la mano por la barba mal afeitada.

–Quería felicitarte por haber desmantelado tú solo a esa banda de criminales. Bueno, tú solo no. Con la ayuda de esa chavala que te acompaña a todas partes. Llevo mucho tiempo en este mundillo y jamás he visto a nadie como tú.

Vaya. Aquello sí que no me lo esperaba. ¡Charly Valley echándome flores!

–Creo que hemos tenido algo de suerte.

–La suerte es para quien la busca. La fortuna ayuda a los audaces, que decían los antiguos. No es fácil la labor de un investigador privado en este país. Y supongo que en ningún país. Nadie te regala nada. La policía te mira como si fueras un leproso. La prensa te ningunea. La gente, en general, te considera un entrometido que se dedica a meter las narices donde no le importa. Para encontrar la más pequeña pista hemos de hurgar en los basureros de esta maldita sociedad. ¿Sabes a dónde quiero ir a parar?

–Me temo que no.

–Claro que me entiendes. Tú no eres tonto. Has demostrado que puedes ser el número uno. Te lo digo yo.

Valle liquidó la copa con un trago tremendo y se limpió la boca con la

mano; luego, le hizo un gesto al camarero para que la llenara otra vez. El camarero se acercó con la botella y le puso otra ración. Yo aún tenía la Coca-Cola casi entera.

–Lo que quiero es hacerte una proposición.

Parpadeé.

–¿Una proposición?

–Sí, chaval. ¿Qué te parece si te asocias conmigo? Ya tengo pensado el nombre de la agencia: V & V. ¿Lo pillas? Valle y Villena, siguiendo un orden escrupulosamente alfabético. ¡No me digas que no es genial! ¡V & V! ¡Creo que no se me ha ocurrido una idea tan extraordinaria en toda mi vida! Yo pondré la experiencia, la cartera de clientes, el local, y tú, la intuición y la inteligencia. ¿Qué me dices?

Por un momento, creí que Valle estaba bromeando, pero su cara no engañaba: Carlos Valle hablaba en serio. Bebí un trago de Coca-Cola para ganar tiempo, porque la propuesta de aquel hombre me había pillado tan de sorpresa que me había quedado completamente bloqueado.

–Creo que no entiendo.

–Sí, hombre. Seremos socios. No tienes que poner nada más que tus dotes personales, que son muchas. Y en cuanto a las ganancias, vamos a medias. Te aseguro que hay mucho trabajo. El mundo está lleno de misterios y crímenes sin resolver.

Apuré la Coca-Cola de un trago y me puse de pie.

–Lo siento, Valle. Le agradezco su oferta, pero he de terminar mis estudios. Y tampoco tengo claro que quiera dedicarme a esto toda mi vida.

–¡Podrías compaginar la carrera con el trabajo de detective privado!

Sonreí, entre halagado y compasivo. Volví a contemplarlo, esta vez con algo de afecto. Su aspecto desaliñado, su mirada suplicante, la expresión de hombre derrotado despertaban en mí un extraño sentimiento de piedad.

–Primero acabaré Periodismo. Luego, ya veremos.

Valle terminó su segunda copa, volvió a limpiarse la boca con la mano y se puso de pie. Fue hasta el mostrador, pagó y salió conmigo a la calle. Hacía una tarde espléndida.

Me volví hacia él y le tendí la mano.

–Gracias de nuevo por su ofrecimiento.

Me estrechó la mano.

–Si cambias de opinión, ya sabes dónde estoy. V & V. No lo olvides.

Me guiñó un ojo, en señal de complicidad, antes de darse media vuelta y dejarme solo ante el portal de mi casa.

El mes de junio languidecía. A pesar del buen tiempo, Jesús Iraola llevaba puesta su impecable chaqueta gris. Unos minutos antes, el despacho parecía un gallinero, lleno de alumnos alborotadores. Alicia y yo nos habíamos

quedado para el final, a instancias mismas del profesor.

Cuando nos quedamos solos, Iraola nos sonrió con evidentes muestras de simpatía. Se quitó la chaqueta y se sentó en su sillón de cuero negro.

–Sentaos, por favor.

Alicia y yo obedecimos. Todos los alumnos habían entregado el trabajo estipulado a principio de curso por el profesor, un trabajo de investigación sobre un tema «de candente actualidad».

–Supongo que me traéis el trabajo.

–En efecto –dije, sacándolo de mi mochila.

Habíamos puesto por escrito la tragedia de Héctor Miranda y de Berta Ríos, sin escatimar detalles. Cuarenta páginas en las que relatábamos aquella historia que había empezado el sábado 6 de octubre y había finalizado el jueves 6 de junio, justo ocho meses después.

Dos semanas habíamos necesitado Alicia y yo para escribir el trabajo, días y noches sin parar de ordenar datos, de redactar, borrar, volver a escribir, numerar capítulos. Tuvimos que evocar la historia de Séptimus, que era la historia de Belinda Manfredonia y del pintor Raimundo María Iranzo, su locura y su muerte. Evocamos también las muertes del abogado Melchor Alcázar y del empresario Fernando Fuentes. Recordamos al inspector Ostolaza. A Germán Galindo y al comisario. También rememoramos la importancia en nuestras investigaciones de personas como Cidones, como Helena Hidalgo, Lázaro Abellán, el profesor Julio Manrique…

Todos ellos, a su manera, habían contribuido a esclarecer los hechos. Y todos ellos formaban parte de nuestro relato.

Jesús Iraola tomó el trabajo con sus manos.

–Lo leeré con mucho gusto –dijo–, aunque ya conozco la historia. Os habéis convertido en dos personajes famosos.

Yo me ruboricé un poco. Alicia sonrió alegremente.

–¿Eso quiere decir que nos va a poner una buena nota?

Iraola soltó una carcajada. Del profesor serio y enchaquetado que nosotros conocíamos de clase no quedaba nada. En su lugar, ante nosotros había un hombre jovial, que parecía sentirse muy a gusto con nosotros.

–¿Una buena nota? Como la mayoría de gente de este país, he seguido el caso por los medios de comunicación. Jamás he tenido unos alumnos tan brillantes como vosotros.

Iraola se pasó la mano por la barbilla.

–Os lo diré con franqueza: creo que tenéis un futuro prometedor. Que esto es lo vuestro. Y que ojalá hubiera muchos más «investigadores» así en esta facultad. Os merecéis una matrícula de honor.

Poco después, abandonamos el despacho de Iraola. Era ya mediodía y brillaba el sol en el cielo despejado. Hacía tanto calor que no apetecía ir andando a ninguna parte, así que decidimos tomar el autobús.

La parada estaba completamente vacía. Nos sentamos bajo la marquesina

para evitar el sol, que caía a plomo.

–¿Qué hacemos ahora? –me preguntó Alicia.

–Podríamos comernos unas *pizzas* y luego irnos a los *karts*. O mejor aún: a la piscina.

Alicia me abrazó y me llenó de besos.

–Tú lo que quieres es verme en bikini.

Un automóvil apareció a lo lejos. Venía muy deprisa, a mucha más velocidad de la que estaba permitido correr en aquel lugar. Era un Alfa Romeo rojo.

Al pasar frente a nosotros, comprobé atónito que nadie estaba sentado al volante.

¡El coche circulaba sin conductor!

¿Cómo era posible aquello?

Todo transcurrió con tanta rapidez que apenas pude distinguir más detalles. Pensé que tal vez el conductor era un enano o un niño. O quizás se trataba de un coche conducido por control remoto.

El Alfa Romeo desapareció enseguida a lo lejos, entre una polvareda de humo y de ruido y yo me quedé contemplando la lejanía de la avenida Complutense.

Alicia notó algo raro en mi actitud.

–¿Qué te pasa?

–Hay que estar locos para ir a esa velocidad por aquí –dije–. Esos del coche rojo van a estrellarse en cualquier curva.

Alicia se separó de mí y me contempló con gesto preocupado.

–¿Qué coche rojo?

Edición en formato digital: agosto de 2018

ISBN ebook: 978-84-696-2504-0

Conversión a formato digital: REGA

www.brunolibros.es